



**Universidad Nacional Autónoma de México**

**Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos**

**Maestría en Estudios Latinoamericanos**

**La ensayística cubana contemporánea y su contribución a  
un pensamiento de integración nustramericana:  
La obra de Fernando Martínez Heredia en los años 90**

**Tesis que para optar por el grado de Maestra en Estudios  
Latinoamericanos**

**presenta**

**Yinett Polanco Fernández**

**Tutora: Dra. Liliana Weinberg**

**Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe CIALC**

**Ciudad de México, junio de 2016**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Agradecimientos:**

A la UNAM, por abrirme las puertas a otro mundo del conocimiento.

A mi tutora, Liliana Weinberg, por contagiarme su pasión por el ensayo y por el entusiasmo con que acogió mi tema de tesis.

A Ana Cairo, porque con una sola lectura de lo que era apenas un incipiente proyecto supo indicarme cuál de todos los caminos era el sendero a seguir.

A Claudio Katz, por la calidez con que me acogió en Argentina y sus oportunos consejos de búsqueda bibliográfica.

A Salvador, por ser mi eterno co-conspirador y porque sin él y Ayrén y aquella madrugada intensa donde vio a luz esta idea, nunca hubiera llegado a la maestría.

A *La Jiribilla*, por ser mi casa y la escuela que preparó mis alas para volar hasta aquí. A mis jiribillos, que saben quiénes son aunque ya no estén.

A la familia (Paco y la Mediniza) y a los amigos que encontré en México y que no me permitieron derrumbarme cuando la noche se hizo más oscura.

A mis amigas y amigos de toda la vida, dispersos por todas partes, inamovibles a pesar del tiempo y la distancia.

A mi familia, la de siempre y la que he ido formando.

A mi mamá, por todo, aunque casi siempre me vuelva loca.

A Fernando Martínez Heredia, por su autenticidad, su compromiso y su fidelidad a sus ideas, que me llevaron a dedicarle esta tesis después de tantos años de conocerlo.

“El de la integración, como cualquier otro proceso humano, extravía en gran parte su sentido, si se lo sustrae del contexto histórico, o por lo menos hacerlo así estorba su más acertada comprensión.

Por eso el análisis del problema debe ser referido a épocas o momentos bien determinados; solo de este modo se verá favorecido el entendimiento de sus posibilidades, obstáculos y alternativas. Dicho sea esto sin descuidar los elementos permanentes y fecundos que la idea arrastra –como tendencia y como aspiración– desde hace más de un siglo y medio.”

Gregorio Weinberg

“Integración y democracia”

“¿Existe una cultura latinoamericana? (...) La pregunta me pareció revelar una de las raíces de la polémica, y podría enunciarse también de esta otra manera: «¿Existen ustedes?»

Pues poner en duda nuestra cultura es poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuestos a tomar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte.”

Roberto Fernández Retamar

*Todo Caliban*

## ÍNDICE

<b>Introducción: El ensayo y la idea de América Latina</b>	<b>1</b>
<b>Capítulo 1. Algunas consideraciones teóricas y metodológicas necesarias</b>	<b>8</b>
<b>Integración latinoamericana: espacio de unión o terreno de conflicto</b>	<b>29</b>
<b>Capítulo 2. Cuba piensa (y construye) a Latinoamérica</b>	<b>38</b>
<b>De los años noventa y cómo entender el ensayo cubano hasta la actualidad</b>	<b>49</b>
<b>Capítulo 3. Fernando Martínez Heredia como síntesis del ensayismo sobre la idea de la integración latinoamericana.</b>	<b>65</b>
<b>“«Nuestra América», presente y proyecto de América Latina”: las bases de una idea</b>	<b>73</b>
<b>La economía en el ensayo de la integración latinoamericana</b>	<b>79</b>
<b>Culturas e identidades latinoamericanas</b>	<b>86</b>
<b>Pensar la política en términos continentales</b>	<b>97</b>
<b>4-Conclusiones</b>	<b>104</b>
<b>Anexo 1: Problemas del ensayo cubano en los años noventas*</b>	<b>109</b>
<b>Anexo 2: “Nuestra América” presente y el proyecto de la América Latina*</b>	<b>114</b>
<b>Anexo 3: Movimientos sociales, política y proyectos socialistas*</b>	<b>130</b>
<b>Anexo 4: Cultura y política en América Latina*</b>	<b>155</b>
<b>Anexo 5: Trazando el mapa político de la América Latina*</b>	<b>160</b>
<b>Anexo 6: Entrevista con Fernando Martínez Heredia: El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución</b>	<b>186</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>222</b>

## Introducción: El ensayo y la idea de América Latina

En 1994, el año más difícil de todo el Periodo Especial, cuando parecía que en verdad se había llegado al punto crítico de la “opción cero”<sup>1</sup> en la Isla, Fernando Martínez Heredia decía desde La Habana: “Una vez más Cuba es retada a relacionarse íntimamente con el mundo, y el ensayo —que es expresión del trabajo intelectual sobre lo social— es otro teatro de ese desafío.”<sup>2</sup>

En apenas cuatro líneas Martínez Heredia marcaba así dos de los ejes fundamentales que han definido no solo su propia obra, sino la obra de muchos de los predecesores y continuadores del pensamiento crítico en Cuba. En primer lugar la comprensión del país no como un ente aislado sino en su relación con el contexto mundial. Como veremos más adelante en esta investigación -haciendo énfasis en la relación de Cuba con América Latina- esta corriente tenía en la Mayor de las Antillas ya para entonces muy larga data y con esta aseveración Fernando marcaba una afiliación ideológica compleja que claramente lo alejaba de un nacionalismo chato y lo acercaba a uno entendido como una construcción mucho más universal que se nutre de intercambios.

En verdad las palabras de Martínez Heredia constituyen en sí mismas una magnífica definición del ensayo. Nos envía a un tiempo al mundo de lo literario y a la situacionalidad del ensayista. Coloca al ensayo en un lugar de intersección entre el rol del intelectual a partir de su capacidad de reflexión, del escritor que respeta la dimensión expresiva y su papel como autor de un

---

<sup>1</sup> La opción cero era aquella donde no habría nada que vender o comprar en los mercados internos del país.

<sup>2</sup> Fernando Martínez Heredia, "Problemas del ensayo cubano en los años noventa" en *El ejercicio de pensar*, La Habana, Ciencias Sociales, 2010, p. 104.

trabajo que interviene críticamente sobre lo social. También aquí Martínez Heredia es continuador de una tradición ensayística particular ligada a una manera de pensar propositiva y programática desde la lógica y los métodos de indagación de las ciencias sociales sin renunciar al estilo diáfano, al valor expresivo, al empleo de imágenes y conceptos que el ensayo literario ofrece, que ha encontrado en la integración latinoamericana un terreno fértil de donde han nacido algunos de los análisis más sagaces de la intelectualidad cubana.

La definición dada por Fernando Martínez Heredia del ensayo en ese contexto particular podría aplicarse a su propia vida, en la que siempre ha vinculado la práctica y el discurso, la expresión cuidada con alcance literario y la intervención en la vida pública. Como veremos más adelante, a lo largo de los años este filósofo y ensayista cubano ha tejido redes intelectuales que le han permitido “relacionarse íntimamente con el mundo” y nutrirse en un diálogo siempre continuo de lo mejor y más revolucionario (entendido en el sentido de transformador) del pensamiento latinoamericano y universal. Del mismo modo, Fernando ha asumido una postura de compromiso tan radical que lo ha llevado, incluso, a empuñar las armas por ese proyecto de unidad latinoamericana que tantas veces parece acercarse y otras, como sucede en este 2016, vuelve alejarse en el horizonte.

Este modo de actuar marca la tendencia de una zona de la intelectualidad latinoamericana que la ayuda a identificarse no con una postura esencialista sino a entender al intelectual latinoamericano como parte de una construcción compleja, pues al tiempo que ayuda a pensar y armar el proyecto defendido –de nación o de latinoamericanismo–, se va construyendo a sí mismo como figura pública a través del ejercicio de la palabra, es decir, entendiendo sus textos

como una forma de construcción propia y colectiva. Este accionar les permite, como en el caso de Fernando Martínez Heredia, el paso del yo -como intelectual y como hombre político- a un nosotros en el cual se siente inserto cuando piensa presentes y futuros para una posible integración de este espacio comúnmente denominado América Latina.

La primera definición de América, su nombre, nos vino de fuera, del mismo modo que vinieron otras denominaciones antes y después. Éramos entonces el espacio nuevo, donde todo era posible, donde podrían existir El Dorado, la Fuente de la eterna juventud, las amazonas, el buen salvaje, el hombre natural y los reductos jesuitas. Era la Utopía hecha tierra. Nuestros antepasados indígenas conocían otros hombres, islas y tierras, pero tal vez fueran los Kunas (habitantes aborígenes de Panamá y Colombia) los únicos que contaban con un nombre que los englobara como un todo, ese Abya Yala, hoy reivindicado por muchas organizaciones indígenas del continente, que forma parte de esos *Cien nombres de América* de los que habla el chileno Miguel Rojas Mix cuando analiza la carga ideológica y de imposición de poder que cada una de las denominaciones recibidas llevaba.

Provino de fuera, sin duda, la primera mirada totalizadora. Pero tras cuatro siglos de conquista y colonización, esa mirada se reivindicó nuestra. Afirma el escritor venezolano Arturo Uslar Pietri que “Toda la historia de América Latina ha sido una historia de toma de conciencia, de definición de posiciones, una búsqueda hacia afuera y hacia adentro y esta búsqueda ha sido muchas veces frustrante y los resultados no han dejado de ser muchas veces contradictorios”<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Arturo Uslar Pietri, “¿Existe América Latina?” en *Ensayos sobre el Nuevo Mundo. Antología de textos políticos*. Madrid, Tecnos, 2002, p. 85.



Obsesionados parecían los americanos que se empeñaron en configurar a la tierra grande. Simón Bolívar, Francisco Miranda, el cura Miguel Hidalgo, José Martí... curia de "hombres alucinados" como les llamaría Gabriel García Márquez en "La soledad de América Latina", que se admiraban o se odiaban, se hermanaban o se iban unos contra otros, y todos en pos de las mismas ideas. Eran los padres de la independencia, los parteros de los Estados-nación, pero eran a la vez los utópicos refundadores del continente.

Desde la política se intentó armar entonces el espacio, y fundar la gran Colombia o luchar por la independencia de Cuba para al mismo tiempo "fomentar y auxiliar la de Puerto Rico"<sup>4</sup>. "Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos", aseveraría José Martí en "Nuestra América"<sup>5</sup>. Pero "Nuestra América" misma, con su reclamo de "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas"<sup>6</sup>, es ejemplo de que el mayor bastión de esta idea ha sido la palabra.

Desde las (re)construcciones historiográficas, las novelas nacionales, la poesía, pero sobre todo desde el ensayo, su género bandera, asistimos, como diría Edmundo O'Gorman, a la "invención de América", que en la mayoría de los casos sería una construcción por oposición: lo indígena, lo africano o lo criollo frente a lo hispano, lo hispanoamericano frente a lo anglosajón, América frente a Europa.

---

<sup>4</sup> José Martí, "Bases del Partido Revolucionario Cubano (PRC)", La Habana, Centro de Estudios Martianos. Editora Política, Disponible en [congresopcc.cip.cu/wp-content/uploads/.../bases-y-estatutos-PRC.pdf](http://congresopcc.cip.cu/wp-content/uploads/.../bases-y-estatutos-PRC.pdf), Recuperado el 21 de enero de 2013, s/p.

<sup>5</sup> José Martí, "Nuestra América" en *La Revista Ilustrada*, Nueva York, Disponible en [biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal27/14Marti.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal27/14Marti.pdf), Recuperado el 21 de enero de 2013, p. 133.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 135.

Sin obviar sus particularidades, podría hablarse de un punto común en los discursos de corte progresista en la región: la defensa de lo latinoamericano como eje articulador de la izquierda continental, un pensamiento que se nutre en la praxis de los padres fundadores de la patria americana en las gestas independentistas del siglo XIX. Al decir de los escritores cubanos Humberto Rodríguez Manso y Alex Pausides “a la independencia política de la mayor parte de los países hispanoamericanos, la acompañó el ‘deseo de independencia intelectual’”<sup>7</sup>. Dicha voluntad ya se hace explícita, según expresa el dominicano Pedro Henríquez Ureña, en la *Alocución a la poesía* de Andrés Bello (1823), aunque también podría rastrearse en lo político en la obra de Simón Bolívar.

En su libro *El cóndor pasa. Hacia una teoría del cine nustramericano* el crítico cinematográfico cubano Frank Padrón se adscribe a una idea de Juan Luis Álvarez Gayou y afirma que el llamado pensamiento crítico nustramericano contemporáneo es heredero de tres grandes movimientos políticos que cambiaron la historia del continente: las revoluciones mexicana, cubana y nicaragüense y explica que este pensamiento puede ser llamado crítico en tanto toma distancia de los paradigmas teóricos eurocentristas, y apuesta por la búsqueda de nuevas alternativas y “Nustramericano por su defensa de los valores y prácticas identitarias, históricamente marginadas como, por ejemplo, la defensa de los pueblos originarios, del afrodescendiente, del criollo, etcétera”<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Humberto Rodríguez Manso y Alex Pausides, *Cuba, cultura y revolución: claves de una identidad*, La Habana, Colección Sur Editores, 2011, p. 9.

<sup>8</sup> Frank Padrón, *El cóndor pasa. Hacia una teoría del cine nustramericano*, La Habana, Ediciones Unión, 2011, p. 15.

Desde su nacimiento el ensayismo cubano tuvo en el latinoamericanismo a uno de sus pilares. La preocupación ontológica por la cubanía ha sostenido por dos siglos un diálogo constante por las inquietudes sobre América Latina. Los discursos han variado conforme a los tiempos y el ensayo cubano de tema latinoamericano se ha reinventado a sí mismo sumando miradas políticas, literarias, filosóficas, económicas, sociológicas...

Si bien mucho se ha escrito sobre la ensayística cubana que abordaba estos temas en el siglo XIX e inicios del XX, posiblemente el mismo fenómeno en la última década del pasado siglo apenas ha sido atendido por su cercanía en el tiempo. El tema de investigación, relacionado con el estudio de la ensayística cubana contemporánea, en particular la obra de Fernando Martínez Heredia y su aporte a un pensamiento crítico nuestramericano, aspira a constituir una propuesta novedosa, que pudiera favorecer modestamente el desarrollo de perspectivas teóricas latinoamericanas de corte crítico.

Nos circunscribiremos a la producción intelectual cubana más reciente en el género de ensayo, específicamente a los trabajos publicados por el ensayista, historiador, filósofo y abogado Fernando Martínez Heredia, por cuanto su excepcional trayectoria y la prominencia de su obra, escrita y de vida, íntimamente ligada al latinoamericanismo, confieren un enorme peso a sus escritos sobre este tema.

El estudio pretende contribuir a recomponer un área caracterizada tanto por la dispersión y fragmentación de la producción científico-teórica, como por la ausencia de una proyección más integrada de la comunidad intelectual y académica, fundamentalmente de izquierda. Es por esa razón que hemos

incluido íntegramente en los anexos de esta investigación los textos analizados, por cuanto solo uno se encuentra disponible en internet y los otros están editados en Cuba, con apenas uno de ellos reeditado en Argentina. La desconexión existente entre nuestras industrias editoriales torna realmente difícil que los intelectuales de nuestra región puedan leerse los unos a los otros con la asiduidad que debieran, con lo cual la inclusión de estos ensayos en la tesis abre una ventana de acercamiento a la obra de Fernando Martínez Heredia desde México.

La tesis se divide en cuatro momentos fundamentales: un primer capítulo teórico-metodológico que indaga entre otros temas sobre qué entendemos por ensayo de tema latinoamericano y qué posturas se considerarán sobre la integración en el continente. Un segundo capítulo que describe cómo el ensayo cubano se ha acercado a América Latina y las particularidades que este fenómeno tuvo en los años 90, un tercer capítulo que se enfoca en la presencia constante de América Latina en el ensayismo de Fernando Martínez Heredia y el último momento se le dedica a las conclusiones.

## **Capítulo 1. Algunas consideraciones teóricas y metodológicas necesarias**

Una tesis dedicada al ensayo no debería estar encorsetada en una estructura metodológica rígida sino que debería buscar un modo de aproximación que honre su carácter proteico, prometeico y “metódicamente ametódico”<sup>9</sup>. En el ensayo predomina, como muestra Walter Mignolo<sup>10</sup>, el carácter expositivo-argumentativo sobre el narrativo y en este sentido el ensayo hace familia con otras formas de la prosa de ideas y con órbitas del conocimiento con las que guarda distintas formas de afinidad, entre ellos el discurso filosófico y el de las ciencias sociales.

Ello no quiere decir, como veremos más adelante en palabras de algunos de los estudiosos del género, que el ensayo esté reñido con la teoría, sino que en él predomina un movimiento interpretativo que permite hacer de ella una apropiación más libre de los diversos discursos y formas de apropiación al universo social, acercando y alejando la mirada según el interés del ensayista-investigador, articulando distintas modalidades y “tomas” de la realidad, reuniendo conceptos e imágenes que no necesariamente pertenecen al mismo campo semántico para enriquecer así, por asociación o por disociación, sus significados.

El peligro de hacer una tesis sobre un tipo de ensayo que tiene su tópico fundamental en la integración latinoamericana es que ambos, ensayo e integración, son conceptos inasibles y escurridizos sobre los cuales se han

---

<sup>9</sup> Theodor W. Adorno, “El ensayo como forma” en *Notas sobre literatura. Obra completa 11*, Madrid, Akal, 1974, pp. 22-23.

<sup>10</sup> Walter Mignolo en Liliana Weinberg, *Umbral del ensayo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 35.

escrito páginas y páginas sin que pareciera jamás que los autores llegasen a ponerse de acuerdo. Esta investigación no pretende entonces tener una palabra última en lo que a esas definiciones se refiere, sino mínimamente esbozar algunas nociones operativas que permitan seguir adelante en la investigación.

Define la Real Academia Española al ensayo como: “Escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales”. La propia genealogía del género puede parecer confusa. Si bien algunos autores lo remontan incluso a la época griega, entre ellos Francis Bacon, a quien se reconoce como uno de sus padres fundadores, que llegó a decir sobre el ensayo: “*The word is late, but the thing is ancient*” y Georg Lukács, que describe a Platón como el primer y más grande ensayista; de manera general uno de los consensos en torno al ensayo radica en ubicar su genealogía con Montaigne, quien al decir de la estudiosa del tema Liliana Weinberg, le imprimió una especie de ADN que se ha mantenido, aunque no se puede hablar de una definición ahistórica del ensayo por cuanto este está marcado por la aparición del sujeto pensante y el género se ha ido transformando en la medida en que el propio sujeto lo ha hecho<sup>11</sup>. Hacer un recorrido por lo que se ha entendido por ensayo a lo largo de los años escapa de las pretensiones de esta investigación; otros autores, latinoamericanos muchos de ellos, le han dedicado ya a esta tarea ingentes esfuerzos. Cada ensayista construye su propia definición del ensayo al tiempo que ensaya sobre el tema que le sirvió de punto de partida, lo cual implica que pueden

---

<sup>11</sup> Para ampliar la comprensión en este sentido ver de la autora citada los acápites “Los orígenes del Término” y “Michel de Montaigne: una nueva poética del saber” en *Situación del ensayo*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006 y “El ensayo como poética del pensar”, en *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI, 2007.

existir tantas definiciones de ensayos como ensayistas posibles porque, como afirma Jean Starobinski: “Para cumplir plenamente con la ley del ensayo, el ensayista debe ensayarse a sí mismo”<sup>12</sup>.

Compleja definición entonces la de algo que tiene su unicidad en la pluralidad, si lo que distingue al ensayo es lo que cada quien pone de sí en él. Esta marca distintiva de ensayo para sí y para los otros, es decir, la particularidad que el juicio de cada quien le imprime, es lo que en opinión de Georg Lukács define su valor: no la sentencia a la que se arriba, “sino el proceso mismo de juzgar”<sup>13</sup>.

Esta insistencia de Lukács en la importancia del proceso de juzgar remite a la definición del género que ofrece Medardo Vitier, quien lo califica como “prosa de interpretación y discusión”<sup>14</sup>. Quizá sea esta conceptualización una de las que mejor ponga de manifiesto la capacidad del ensayo de ser vehículo del pensamiento y el diálogo intelectual, lo cual le permite vincular la reflexión individual del ensayista con un espacio colectivo del que este se siente parte o ayuda a construir a través de sus textos, como ejemplificaremos más adelante en esta tesis.

En su libro *Teoría del ensayo* José Luis Gómez-Martínez hace una recopilación de varias definiciones del género a través del tiempo y en los diferentes espacios en los cuales ha tenido auge, marcando diferencias entre el ensayo inglés, el francés y el hispanoamericano. Quisiera resaltar entre ellas, por sus coincidencias con los planteamientos de esta investigación, la de

---

<sup>12</sup> Jean Starobinski, “¿Es posible definir el ensayo?”, Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, AECID, 1998, p. 36.

<sup>13</sup> Georg von Lukács, “Sobre la esencia y la forma del ensayo. Una carta a Leo Popper”, México, Anuario de Letras Modernas, Universidad Nacional Autónoma de México. Versión digital. Disponible en: [http://www.journals.unam.mx/index.php/al\\_modernas/article/view/31063/28765](http://www.journals.unam.mx/index.php/al_modernas/article/view/31063/28765), 1910, p. 38.

<sup>14</sup> Medardo Vitier, *El ensayo americano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, p. 48.

Gómez de Baquero, quien habla de un “género que le pone alas a la didáctica y que reemplaza la sistematización científica por una ordenación estética, acaso sentimental, que en muchos casos puede parecer desorden artístico. Según entiendo el ensayo, su carácter específico consiste en esa estilización artística de lo didáctico que hace del ensayo una disertación amena en vez de una investigación severa y rigurosa”<sup>15</sup>. Esta caracterización del ensayo expone su similitud con los verdaderos modos de aprendizaje humano, absolutamente individuales aunque inmerso en procesos colectivos, y con la manera en que transcurre la vida misma, lo que equivale a decir que asumir su escritura como un género que no rehúye la enseñanza sino que la reviste de tintes más personales es una forma de honestidad intelectual, como podremos apreciar en el capítulo dedicado a la obra de Fernando Martínez Heredia.

Reconoce la propia Liliana Weinberg que “existen por lo tanto muy pocas características mínimas en las cuales suelen coincidir los estudiosos: escrito dedicado a ofrecer el punto de vista de un autor respecto de alguna cuestión; vínculo con la prosa; carácter no ficcional; perspectiva personal ostensible, apertura a un amplio espectro de temas y formas de tratamiento; concisión; contundencia; voluntad de estilo”<sup>16</sup>.

La hibridez creciente de los géneros ha hecho que incluso estas características mínimas sean puestas en entredicho. Diversos autores insisten en señalar los nexos entre el ensayo y la crónica o entre el ensayo y la carta; y cada vez se cuestiona más, por poner apenas un par de ejemplos, la brevedad del texto como marca indeleble para considerarlo ensayo o la obligatoriedad de su carácter no ficcional por cuanto, como afirma el ensayista e investigador

---

<sup>15</sup> Eduardo Gómez de Baquero en José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*, México, UNAM, 1992, pp. 7-8.

<sup>16</sup> Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI, 2007, p. 18.



venezolano Gustavo Guerrero en su propia capacidad de reinención como género “un importante sector del ensayo latinoamericano contemporáneo ha acabado cruzando la frontera entre ficción y no ficción, y hoy cohabita postautónoma y postestéticamente con la novela y el cuento, si acaso no se puede alegar que ha adoptado tácticamente sus convenciones narrativas y hasta su apariencia”<sup>17</sup>.

De manera que tomando la postura de diversos autores hemos conformado una definición somera que funcione al menos como punto de partida para nuestra investigación. Entenderemos por **ensayo** en el contexto de esta tesis al texto en prosa escrito generalmente de manera interpretativa y argumentativa, aunque puede estar abierto a operaciones poéticas y narrativas, para expresar el punto de vista, opiniones o posiciones del escritor ante un tema generalmente instalado en la frontera entre naturaleza y cultura, no en aras de encontrar una verdad última, sino de abrir un camino hacia su indagación.

Siguiendo a Liliana Weinberg anotaremos como aspectos básicos del ensayo los siguientes:

- tratamiento de todos los temas a partir de un yo interpretativo meditativo y central
- fusión de lo privado y personal con lo intelectual y conceptual
- situacionalidad
- énfasis en la experiencia
- actitud comentativa del yo en el mundo

---

<sup>17</sup> Gustavo Guerrero, “Modos, rutas y derivas del ensayo contemporáneo. De la tierra firme al mar sin orillas”, México, *Revista de la Universidad de México*, 2014, p. 70.

-libertad y flexibilidad para organizar los contenidos semánticos<sup>18</sup>

Entendemos también que el ensayo generalmente no se presenta como un género puro y que, como afirma esta ensayista e investigadora argentina, hace familia con otros géneros, es decir, que puede nacer en vínculo con el artículo, la carta, el discurso, el prólogo de un libro, entre otros<sup>19</sup>. La definición podría extenderse mucho más pero hemos pretendido sintetizarla a su máxima expresión para que resulte operativa a los fines de esta pesquisa. Por su pertinencia para la investigación más adelante nos detendremos en las particularidades del ensayo con tema latinoamericanista.

El otro concepto que debemos esclarecer es el de **integración latinoamericana**. Terreno aún más escabroso si se quiere por cuanto en primer lugar el concepto de integración hace su entrada mucho más tarde que el concepto de ensayo, siendo asociada su aparición a la de otro fenómeno del cual no se comienza a hablar hasta el siglo XX: la globalización. El concepto de integración ha estado muy mezclado con programas políticos y su definición se transforma en dependencia del lugar de la integración al cual alude, los tintes ideológicos por los que esté permeado y otras condicionantes.

Según el profesor de la University College y University of Pittsburgh, Giovanni E. Reyes, hay un entendido de integración como un proceso que implica la existencia de tratados preferenciales de comercio (disminución de aranceles entre países miembros); el área de libre comercio (donde se eliminan aranceles entre las naciones del bloque comercial); la unión aduanera (además de eliminación de aranceles entre miembros, se establecen aranceles externos comunes); un mercado común (además de las características de

---

<sup>18</sup> Lilita Weinberg, *Umbral del ensayo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 33.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 33-36.

unión aduanera se agrega la libre circulación de factores productivos, especialmente mano de obra y capitales); y la unión económica a la que describe como fase culminante de la integración incluyendo coordinación de políticas macroeconómicas, sistema monetario común y moneda común<sup>20</sup>.

Sin embargo esta postura ha sido muy cuestionada por autores que insisten en la necesidad de particularizar estos procesos a través de una regionalización consciente por los peligros que puede acarrear una imposición de esta receta sin tener en cuenta las características de cada región específica. También se ha hablado por esa razón de la necesidad de entender la integración en otros planos que no abarquen únicamente al área económica. En el prólogo de *Integración regional: hacia una estrategia de cadenas de valor inclusivas* la Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Alicia Bárcena, describe a la integración regional como “un proceso multidimensional, cuyas expresiones incluyen iniciativas de coordinación, cooperación, convergencia e integración profunda, y cuyo alcance abarca no solo las temáticas económicas y comerciales, sino también las políticas, sociales, culturales y ambientales”<sup>21</sup>.

Los expertos discuten si usar el término integración es correcto únicamente para referirse a políticas económicas como aranceles externos comunes, liberalización del comercio, complementación industrial, unificación de la moneda, entre otros de la misma índole como sucede en el caso de la Unión Europea; si para hablar de verdadera integración se necesitan organismos supranacionales efectivos y funcionales o si, en el caso de

---

<sup>20</sup> Giovanni E. Reyes, "Integración Regional", Zona económica, 2007, Disponible en <http://www.zonaeconomica.com/integracion-regional>, Recuperado el 22 de mayo de 2017, s/p.

<sup>21</sup> Alicia Bárcena, Antonio Prado, Osvaldo Rosales y Ricardo Pérez, *Integración regional: hacia una estrategia de cadenas de valor inclusivas*, Santiago de Chile, Naciones Unidas/ Cepal, 2014, p. 7.

América Latina, es más certero hablar de una integración por la cultura que parecer ser la más sostenida en el tiempo.

Plantean los especialistas de la CEPAL que los desafíos de la integración latinoamericana vienen dados, entre otros motivos, por la extrema heterogeneidad estructural de la región, así como por su desigual participación en los mercados mundiales de valor a pesar de estar mayoritariamente unida por una lengua común –a diferencia de lo que ocurre en la Unión Europea por ejemplo. Por citar solo algunos ejemplos, en América Latina hay una concentración de las firmas exportadoras en Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, México, Paraguay, Perú y Venezuela. Por el contrario existe una alta inserción en cadenas mundiales de valor en el caso de México y los países centroamericanos, basada fuertemente en industrias procesadoras (maquila) cuyas exportaciones participan de manera activa en cadenas de los sectores electrónico, automotor, de insumos médicos y de confecciones, entre otros; esta inserción en cadenas mundiales de valor es muy baja en América del Sur y el Caribe se sitúa en una posición intermedia.<sup>22</sup>

Como ya habíamos dicho, aunque el concepto de integración se suele definir desde lo económico, suele estar asociado a agendas políticas. El concepto de integración en América varía raigalmente en dependencia de si se habla de integración panamericana, es decir con la presencia de Estados Unidos (e incluso Canadá), o se habla de integración latinoamericana, es decir, solo los países que se encuentran al sur del Río Bravo, incluyendo a los del Caribe. La presencia de diversos organismos regionales como Mercosur, Unasur, Caricom, OEA, Alianza del Pacífico, ALBA y la CELAC por mencionar

---

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 50.

algunos, hablan de la heterogeneidad dentro de la propia integración latinoamericana. Defender uno u otro tipo de integración lleva generalmente implícito posturas políticas que analizaremos en con mayor detenimiento más adelante.

Del mismo modo que lo hicimos con la categoría ensayo, con fines operativos para esta investigación daremos una definición -al mismo tiempo lo más breve y general posible- de **integración** como un proceso en el cual los pueblos y/o países de la región intentan -a partir de sus similitudes históricas, económicas y geográficas en unos casos, o a partir de la complementariedad de sus necesidades y ofertas en otros- generar un tercer actor que los represente de manera conjunta y mediante el cual puedan negociar entre ellos o con actores externos planes de acción políticos, económicos y culturales, tratados y posturas conjuntas, etc. Al igual que con el ensayo, un poco más adelante ofreceremos un bosquejo por las particularidades que han distinguido a los procesos de integración latinoamericana.

Para enmarcar el alcance de esta investigación en los límites de sus búsquedas diremos que se inscribe dentro del **campo dedicado al estudio de la cultura, los procesos identitarios, artísticos y la cultura política en América Latina**. Dentro de este campo, el tema propuesto se corresponde con la línea dedicada al estudio de **teorías y procesos culturales, construcción de imaginarios, cosmovisiones e identidades**.

La tesis intenta indagar en torno a cómo ha contribuido la ensayística cubana contemporánea, y en particular la obra de Fernando Martínez Heredia, a la conformación de un pensamiento crítico nustramericano a partir de cuáles son los presupuestos teórico-conceptuales relevantes para el análisis del

ensayo, teniendo en cuenta autores y teorías propias del campo de los estudios críticos latinoamericanos y cuál es la ubicación (formal-estructural) de la tradición ensayística nacional en el campo cultural cubano.

Intentaremos destacar cómo recupera Martínez Heredia la tradición de la ensayística cubana para establecer un diálogo con las corrientes fundamentales de pensamiento en América Latina y resaltar los rasgos que caracterizan el discurso de su producción ensayística sobre la integración latinoamericana con el objetivo de analizar los aportes de la ensayística de este autor en la conformación de un pensamiento crítico nustramericano.

El estudio propuesto aspira a seguir los presupuestos del paradigma crítico, teoría que se ocupa de la crítica a la sociedad y de la búsqueda de nuevas alternativas<sup>23</sup> precisamente el objetivo principal que nos proponemos con este primer acercamiento a la ensayística cubana contemporánea en relación con el llamado pensamiento nustramericano a través de la obra de Fernando Martínez Heredia.

Esta investigación pretende acercarse metodológicamente a los textos analizados a través de la interpretación, escogiendo, como diría Adorno la experiencia espiritual “como modelo”, aun sin imitarla simplemente como “forma”<sup>24</sup>, haciendo un esfuerzo por tener una aproximación cualitativa que permita confrontar y poner en diálogo estos ensayos con otros datos experienciales y de contexto obtenidos en el proceso de investigación biblio y hemerográfica, así como contrastarlo con posturas e informaciones obtenidos a través de la consulta a expertos.

---

<sup>23</sup> José Luis Álvarez-Gayou, *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*, Barcelona, Paidós, 2007, p. 30.

<sup>24</sup> Theodor W. Adorno, Ob. Cit, pp. 22-23.

Este acercamiento cualitativo nos ofrece una mayor flexibilidad a la hora de emplear distintas perspectivas teórico-metodológicas, y la preeminencia que otorga hacia una visión holística de la sociedad pues entre sus rasgos fundamentales se encuentra el hecho de centrarse en las relaciones dentro de un sistema o cultura. Además se interesa por la comprensión de un escenario social concreto dentro de un contexto histórico específico como insiste Gregorio Weinberg en la cita que da inicio a esta tesis, y no necesariamente en hacer predicciones sobre el mismo.

Por otra parte esta perspectiva tiene en cuenta las posibles desviaciones propias del investigador y sus preferencias ideológicas, lo que resulta fundamental a la hora de realizar el análisis de las publicaciones estudiadas. Además el investigador cualitativo, del mismo modo que lo hace el ensayista, asume la responsabilidad de interpretar lo que observa, escucha o lee.

Para recopilar la información necesaria para esta tesis se consultaron textos teóricos propios del campo de los estudios latinoamericanos, así como diversos libros, revistas y artículos sobre ensayo, integración, economía e historia de Cuba y América Latina. Con vistas a una mayor comprensión del abordaje que se ha hecho en Cuba del tema de la integración latinoamericana se procedió a entrevistar en primer lugar al propio sujeto de estudio, Fernando Martínez Heredia, así como a otros investigadores que trabajan la temática<sup>25</sup> de integración latinoamericana, quienes ayudaron a acotar el objeto de estudio e hicieron recomendaciones de índole bibliográfica entre otras.

---

<sup>25</sup> La estructuración de esta investigación hubiera sido imposible sin las extensas conversaciones sostenidas con el economista argentino Claudio Katz y los investigadores cubanos Ana Cairo, Luis Suárez Salazar y Lourdes Regueiro. Aunque no aparecen reflejadas en la tesis a modo de entrevistas sus sugerencias sobre los alcances de la investigación así como sus recomendaciones bibliográficas, aclaración de conceptos teóricos y dudas historiográficas fueron un apoyo fundamental para esta investigadora.

Esta información fue triangulada o puesta en diálogo permanente con el análisis de los textos seleccionados para de esta manera poder evaluar y describir la producción ensayística de Fernando Martínez Heredia y asomarse al panorama del pensamiento cubano contemporánea que aborda la temática de la integración latinoamericana.



## El ensayo latinoamericano: claves de una identidad

Habitualmente se piensa que el más atacado (individuo, grupo o nación) busca reafirmarse por medio de una identidad diferenciadora que le permita no desaparecer, mantenerse en el tiempo fiel a una “esencia” identificada como suya. Como esta postura esencialista ha sido superada en muchos campos, podríamos estar hablando entonces de una definición programática, que se autoconstruye constantemente en el devenir. Si el precepto griego de “conócete a ti mismo” había encontrado desde Montaigne un género para una introspección que al mismo tiempo incluyera el diálogo, ese espejo se agrandaba ahora, para que pudieran mirarse en él los pueblos... y conversar a través suyo.

El ensayo le permite a sus creadores –diría alguna vez la profesora e investigadora Liliana Weinberg– afiliarse a una tradición, pero los primeros “americanistas” debieron de inventarla, así es en esta clave de revalorización de algunos de los principios del pensamiento ilustrado como afirma el ensayista e investigador Fernando Aínsa que “debe releerse” lo mejor de la tradición ensayística del continente:

Desde el momento de la Independencia, el ensayo estuvo abocado a configurar la identidad hispanoamericana y a encontrar los modelos más adecuados para afrontar los conflictos y las antinomias en que se dividía y polarizaba la sociedad. A ello contribuyó la búsqueda de una “originalidad” americana que Simón Rodríguez resumió en la máxima “inventamos o erramos”<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Fernando Aínsa, “Pensar en español desde América. El ensayo como escritura de una independencia inconclusa”, *Philologia Hispalensis* Nro. 25, España, Universidad de Sevilla, 2011, p. 14.

Los fundadores de los países latinoamericanos más o menos como los entendemos hoy debieron construir auxiliándose de un pasado glorioso, real o conformado, una idea integradora que no existía, a partir de la cual crearían además un programa que pretendía ser de presente, pero era en realidad de futuro. Tal como reclamaría Lukács años después, estos ensayos iniciáticos del tema americano, tenían “la capacidad de una nueva reordenación conceptual de la vida”<sup>27</sup>.

Mucho se ha discutido en torno a por qué la filosofía excede en América los márgenes del tratado doctoral y se desborda y expresa mejor en el ensayo. Género en permanente construcción, como las naciones de este lado del Atlántico, sus formas imprecisas prestan mayor libertad a los intelectuales para quienes, como afirmara Roberto Fernández Retamar en “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”, “La búsqueda filosófica o se insertaba en nuestra problemática o era especulación hueca”<sup>28</sup>.

A los intelectuales latinoamericanos el ensayo les brindaba la libertad propia de su género, una libertad que no buscaba encasillar la realidad en moldes preestablecidos o importados, sino a la cual el ensayista se aproximaba no desde la perspectiva del investigador distanciado e impoluto, sino desde la conciencia de formar parte de la misma.

Afirma el profesor argentino Horacio Cerutti que “Una de las nociones que llevó a José Gaos en su momento a proponer la noción de pensamiento para definir el objeto de una historia de la filosofía en el ámbito hispanoamericano, surgió de la constatación de la dimensión pública que organizaba interiormente la producción intelectual en la región. Una producción no regida

---

<sup>27</sup> Georg von Lukács, Ob Cit, p. 15.

<sup>28</sup> Roberto Fernández Retamar, “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”, *Revista Casa* Nro. 40, enero-febrero, La Habana, Casa de las Américas, 1967, pág. 5.

prioritariamente por las demandas de la discusión académica, sino por las urgencias de una realidad lacerada que requería respuestas y soluciones políticas”<sup>29</sup>. Frente a la distancia fría y “objetiva” del investigador, se posiciona entonces la toma de partido consciente y abierta del ensayista.

El ensayo en América gozó, incluso por el choque de polos opuestos, de una concatenación. En el prólogo de la edición mexicana de *La expresión americana*, del escritor cubano José Lezama Lima, publicado por el Fondo de Cultura Económica, la estudiosa brasileña Irlemar Chiampi destacaba en esas “definiciones” del siglo XIX y principios del XX los intentos de Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, José Enrique Rodó, Ezequiel Martínez Estrada, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y José Carlos Mariátegui y anotaba:

las respuestas a aquellas indagaciones variaron de acuerdo con las crisis históricas, las presiones políticas y las influencias ideológicas. En sus escritos América había pasado por el sobresalto de las antinomias románticas (¿civilización o barbarie?), por los diagnósticos positivistas de sus males endémicos, por la comparación con Europa y la cultura angloamericana; algunas veces había reivindicado su latinidad, otras, la autoctonía indígena; se vio erigida, posteriormente, como el espacio cósmico de la quinta raza y hasta conceptualizó su bastardía fundadora. No existió intelectual prominente en su tiempo que permaneciera indiferente a la problemática de la identidad. Ya fuera con pasión vehemente o con frialdad científicista, con optimismo o desaliento, con visiones utópicas o apocalípticas, nacionalistas o hispanofóbicas, progresistas o conservadoras, los ensayistas del americanismo expresaron —como en un texto único— su angustia ontológica ante la necesidad de resolver sus contradicciones de una manera que certificara su identidad<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Horacio Cerutti Guldberg, “Hipótesis para una teoría del ensayo” en *El ensayo americano: para una reconceptualización*, México, UNAM, 1993, p. 15.

<sup>30</sup> Irlemar Chiampi, “Prólogo a *La expresión americana*” en *La expresión americana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 3.

La primera mitad del siglo XX trajo otra oleada de pensadores e intelectuales, que nuevamente desde el prisma del ensayo se acercaron a América, esta vez para recuperar aquellos elementos que habían sido mayoritariamente obviados en pos de una unificación para y por la independencia. Salieron a relucir entonces el indio y el negro, el chino y el árabe allí donde los había, y se escucharon las voces del mexicano Alfonso Reyes con la “inteligencia americana”, el dominicano Pedro Henríquez Ureña con *La utopía de América*, los venezolanos Mariano Picón Salas con la combinación de las formas europeas con las indígenas y Arturo Uslar Pietri con su teoría del proceso de aluvión de nuestra literatura...

Para la estudiosa española María Andueza, los cultivadores de este género en la América del siglo XX compartían una raíz humanística expresada en sus trabajos, en ese deseo de otorgar universalidad a las particularidades propias de estas tierras y contextos: “los ensayistas latinoamericanos centraron su interés en el hombre de América como ser individual y como nación, conciencia y comunidad, circunstancia y destino”<sup>31</sup>.

Nuevamente el ensayo como medio para explorar caminos, para conocerse, para inventarse, para labrarse una ruta. Nuevamente el ensayo, género cuya más íntima ley es la herejía según Adorno, intentando colar una tesis desde los márgenes, intentando desplazar el centro, abrirlo, desarrollar, a semejanza de su estructura misma, múltiples ideas, viejas o novedosas, que por contraste o por asociación generen nuevos centros cada vez y ensanchen así los límites de la utopía.

---

<sup>31</sup> María Andueza, “Trayectoria y función del ensayo hispanoamericano del siglo XX” en *El ensayo americano: para una reconceptualización*, México, UNAM, 1993, p. 11.

Otros como Theotonio Dos Santos, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini... se voltearon hacia la Teoría de la Dependencia que había enunciado Raúl Prebisch en los años cuarenta para, desde posturas mucho más sociológicas, pero también con acercamientos eminentemente ensayísticos, tratar de aprehender la realidad latinoamericana. El ensayo de temática latinoamericana volvió entonces a ampliar sus márgenes para acoger a ciencias más duras como la economía o la sociología y hacer posible su diálogo con la política y la cultura en un espacio donde todos los campos del conocimiento se cuestionaban abriendo así nuevos caminos a la comprensión de lo latinoamericano, su papel en la dinámica mundial y la posibilidad de una integración con tintes propios.

En los años sesenta, tras el triunfo de la Revolución Cubana y los movimientos guerrilleros en el continente, la utopía, el ensayo y la idea de América como un todo parecían darse de nuevo la mano. En 1963, Germán Arciniegas publicaba un título que era una declaración de fe: *Nuestra América es un ensayo*. Para el ensayista, historiador y político colombiano la idea de que el ensayo como género encontrara adeptos muy tempranamente en este lado del mundo mientras otros géneros literarios como la novela tardaran en hacer su aparición en la otra cara del Atlántico encuentra su explicación en la diferencia, en la otredad del continente: “América surge en el mundo, con su geografía y sus hombres, como un problema. Es una novedad insospechada que rompe con las ideas tradicionales. América es ya, en sí, un problema, un ensayo de nuevo mundo, algo que tienta, provoca, desafía a la inteligencia”<sup>32</sup>. El texto aparece impreso primero en la revista *Cuadernos de París*, y luego es

---

<sup>32</sup> Germán Arciniegas, *Nuestra América es un ensayo*, México, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1963, p. 8.

reeditada por el Centro de Estudios Latinoamericanos y la Coordinación de Humanidades de la UNAM. El título de Arciniegas se convierte entonces en un plantar bandera, en un autorreconocimiento que reclama pensar (se) (nos) desde la problematización de la diferencia.

El paso del yo intelectual problematizador de su propio nombre y clasificación al nosotros hacedores de proyectos de futuro y “de comunidad cultural” es, en opinión de Liliana Weinberg, uno de los rasgos definitorios del ensayo en nuestra región pues este es un “proceso interpretativo que en doble movimiento enlaza al ensayista y su comunidad, a la palabra y al universo simbólico y conceptual del autor con un horizonte de sentido”<sup>33</sup>.

Esta coyuntura de poder profundizar en el aquí y el ahora de la que habla Weinberg en el texto aludido, es la que muchos autores de la región vieron en los inicios de la Revolución Cubana al constatar el horizonte de utopías, posibilidades y participación que esta parecía ofrecer<sup>34</sup>. Al decir de la crítica de arte y ensayista cubana Graziella Pogolotti el triunfo del 1ro. de enero de 1959, rescataba para los intelectuales de la región los vínculos entre política y cultura:

Les daba la oportunidad de recuperar un protagonismo social y, con ello, una historia forjada en el Continente desde las guerras de independencia. En esta perspectiva de refundación intervenían las ideas, tan necesarias como las armas, el cine y la voz personal de los cantautores, despojada de los atributos del comercialismo, capaz de

---

<sup>33</sup> Liliana Weinberg, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 41-42.

<sup>34</sup> Valdría la pena revisar el análisis que el texto “En torno a la utopía y el entusiasmo” (disponible en <http://oncubamagazine.com/columnas/en-torno-a-la-utopia-y-el-entusiasmo/>) hace el periodista cubano Jesús Adonis Peña sobre el momento utópico que constituyó la Revolución cubana en los años 60 y cómo a su juicio esta cristalizó luego en un “rígido orden socio-político”

saltar las barreras entre lo culto y lo popular, comprometida y cargada de subjetividad”<sup>35</sup>.

Para los ensayistas e intelectuales latinoamericanos la integración latinoamericana volvía una y otra vez como utopía, pero no en el sentido de algo irrealizable, sino de un horizonte posible. En América Latina la utopía ha sido un bien de mucho valor, dado que al decir de Joaquín Santana Castillo, independientemente de los intereses variados que confluían en la idea de nación en su despertar latinoamericano esta no era “entendida en términos restringidos de demarcación territorial, sino como expresión política de oposición a España. Esta fue la base para la aparición de la utopía de la unidad latinoamericana (Hispanoamérica en un principio)”<sup>36</sup>.

Aunque después viniesen las dictaduras en los años setenta, la deuda externa en los ochenta y el neoliberalismo de los noventa para desmentirlo, una mirada a los títulos del escritor y ensayista hispano–uruguayo Fernando Ainsa, *Los buscadores de la utopía* (1977), *Necesidad de la utopía* (1990) y *La reconstrucción de la utopía* (1998) puede indicar la persistencia de la temática en el imaginario y cuánto pugnaba el ensayo por defenderla desde los más variados tintes ideológicos.

Mientras en 1989 caía el Muro de Berlín, se desmembraba la Unión Soviética en 1991 y Francis Fukuyama proclamaba el fin de la historia, mientras la tecnología cambió los modos de socialización y se acortaban cada vez más los tiempos de lectura en pos de una sociedad repleta de imágenes, a pesar de que debió replegarse en muchos espacios, y varios de sus defensores renegaron de sus anteriores posturas, allí donde la realidad

---

<sup>35</sup> Graziella Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60*, La Habana, Letras Cubanas, 2006, p. 3.

<sup>36</sup> Joaquín Santana Castillo, *Utopía, identidad e integración en el pensamiento latinoamericano y cubano*, La Habana, Ciencias Sociales, 2008, p. 252.

parecía contradecirlo, el ensayo persistió en la “utópica” idea de la integración de Nuestra América.

Ello quiere decir que las normas que se habían tenido por universales son desafiadas por la aparición de un contexto diferente, una realidad que necesita ser explicada con otras claves, otros esquemas y otros lenguajes y géneros menos dogmáticos que, como el ensayo, fueran más permeables y capaces de acoger, y explicar, por tanto la irrupción de lo diferente en lo nuevo.

Esa idea de que las teorías y explicaciones válidas para el viejo mundo son como ropa de almacén que trasladada a otro cuerpo siempre necesita un arreglo de sastre pervive por decenios y aún en 1993 Dejan Mihailovic reclamaba en “El mundo como ensayo”: “América Latina necesita una utopía y ensayo propios para el propio hombre latinoamericano”<sup>37</sup>.

Aunque excede el marco temporal de esta investigación, conviene recordar que con el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela en 1998, tras más de veinte años de lo que el presidente ecuatoriano Rafael Correa denominó “la larga noche neoliberal”, llegaron a la región gobiernos con discursos que parecían comprometidos con la equidad social y la integración de los pueblos del continente. Así parecían pretenderlo la fundación de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de América (ALBA), el fortalecimiento del llamado Mercado Común del Sur (MERCOSUR), y la fundación de organizaciones como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), y más recientemente la Comunidad de Estados Latinoamericanos (CELAC).

La reconfiguración del mapa político del continente -que en estos momentos está cambiando nuevamente con el avance de la derecha que ya se

---

<sup>37</sup> Dejan Mihailovic, “El mundo como ensayo” en *El ensayo americano: para una reconceptualización*, México, UNAM, 1993, p. 299.



ha reposicionado en el gobierno de muchos países y en otros sostiene una enconada lucha por el poder-, respondía, en primer lugar, a las propias condiciones objetivas que existían en cada uno de esos países para que surgiesen diferentes tipos de revoluciones, proyectos democráticos y de gobierno, y movimientos sociales. Ahora bien, sin olvidar este insoslayable punto de partida, habría que analizar qué otros factores, de corte ideológico, político y cultural contribuyeron a la reorientación del pensamiento de los principales dirigentes de estos movimientos e, incluso, de sus actores sociales.

Por ello se justifica la indagación sobre el aporte del ensayo como género a la capacidad de América Latina de pensarse a sí misma, máxime si hablamos de un tipo particular de ensayo hecho desde una isla que por cuatro decenios había sido un horizonte para muchos y un punto de discusión y enfrentamiento para otros, y, en cualquier caso, en palabras de Fernando Martínez Heredia, un "laboratorio social latinoamericano"<sup>38</sup>, es decir, el espacio de donde se ensayaban –y valgan las diferentes acepciones del término para este caso– modelos de luchas revolucionarias, experimentos sociales y políticos y validaciones teóricas que pretendían tener un alcance continental.

---

<sup>38</sup> Fernando Martínez Heredia, "Ciencias Sociales y construcción de alternativas" en *El ejercicio de pensar*, La Habana, Ciencias Sociales, 2006, p. 86.

## **Integración latinoamericana: espacio de unión o terreno de conflicto**

Un tópico común cuando se habla de integración latinoamericana es creer que esta idea puede partir únicamente de la izquierda, que integración es equivalente a unidad, que por lo tanto, lleva implícita la idea de igualdad y que por ende está exenta de conflictos. Un breve repaso por la historia del continente y por los propios impulsos integracionistas brinda la medida de lo errado de esta apreciación.

En primer lugar habría que cuestionarse por qué surge la idea misma de integración. Para el investigador cubano Joaquín Santana Castillo en los últimos doscientos años ha sido el empeño por acceder a la modernidad el gran articulador del proyecto de integración, de la búsqueda de la identidad latinoamericana y la construcción de los Estados nacionales, con el objeto de interconectarlos y vincularlos “a los proyectos modernizadores y a las acciones de carácter político o socioeconómico dirigidas a la conquista de los parámetros de la ansiada civilización, del anhelado progreso, del esperado desarrollo. La historia de las ideas en América Latina es también la historia de los avances, obstáculos y conflictos de la inteligencia americana en torno a la modernidad y las vías y medios para alcanzarla”<sup>39</sup>.

Esta es una clave vital para entender la línea coherente que aunque con sus diferencias de tiempo e ideología une a proyectos aparentemente tan distantes como los de Bolívar, Martí, la CEPAL, la teoría de la dependencia, el ALBA... por solo mencionar algunos. Cada uno de ellos ha pretendido hacer

---

<sup>39</sup> Joaquín Santana Castillo, Ob. Cit, p. 153.

entrar por fin al continente a una modernidad siempre escurridiza, que al igual que la idea de integración misma se convierte en la típica utopía, siempre en el horizonte, siempre alejándose a medida en que se camina en su dirección. La siguiente interrogante sería entonces qué ha sucedido en la praxis con estas retóricas modernizadoras en el continente que ha convertido a la integración en una idea siempre latente, presta a ser usada desde el arsenal político pero con muy poca ejecución real explicada tal vez por la historia de golpes militares en el continente, el debilitamiento de la figura del Estado y la intervención sistemática de los Estados Unidos en las acciones que pudieran apuntar a una integración que lo excluya del mapa político de la región. Además, a pesar de que parece un concepto repleto de buena voluntad, la idea de una integración subcontinental casi a modo de Destino Manifiesto pero sin la presencia norteamericana podría encubrir, como apunta Fernando Martínez Heredia más adelante en esta tesis, la imposición de unas culturas sobre otras.

En el prólogo de *América Latina: de la integración del capital a la integración de los pueblos* el economista cubano Osvaldo Martínez afirma que “La integración en América Latina y el Caribe en los últimos sesenta años ha tenido más retórica que realizaciones concretas en función del desarrollo. Durante décadas la integración coleccionó promesas, discursos grandilocuentes, populismo demagógico y escasas acciones reales de verdadera integración”<sup>40</sup>.

Llegado este punto una pregunta salta a la vista: ¿qué entender por verdadera integración latinoamericana? Reconocen los autores dedicados al

---

<sup>40</sup> Osvaldo Martínez, “Prólogo a América Latina: de la integración del capital a la integración de los pueblos” en *América Latina: de la integración del capital a la integración de los pueblos*, La Habana, Ciencias Sociales, 2011, p. VII.

tema que uno de los de los terrenos más pantanosos es dilucidar precisamente este concepto. Sin duda, en la región han existido y existen varios proyectos de integración que se contraponen o se superponen, crecen en paralelo o actúan por acción y reacción, y cada uno de ellos tiene su propio corpus teórico, su programa de acción, sus exponentes más destacados.

Habría que mencionar primeramente a los dos grandes conceptos integracionistas de la región, perennemente en disputa: el panamericanismo, que incluye a los Estados Unidos y a la América del Norte en general, evidente en la Primera Conferencia Internacional Panamericana, en el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y también en los tratados regionales firmados con algunos países de la región como Chile, Colombia y México y el latinoamericanismo, evidente en el proyecto de Bolívar, Martí, el ALBA y la CELAC, por solo mencionar unos pocos ejemplos de ambos lados.

Contra el panamericanismo han reaccionado de manera general los exponentes del latinoamericanismo, un ejemplo son las crónicas de José Martí sobre la Primera Conferencia Internacional Panamericana publicadas entre el 28 de septiembre de 1889 y el 31 de agosto de 1890, en el diario argentino *La Nación*, el periódico mexicano *El Partido Liberal* y *La Revista Ilustrada* de Nueva York. Decía Martí en una de ellas:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> José Martí, *Tomo 6 Obras Completas 26 tomos*, La Habana, Ciencias Sociales, 1991, p. 153.

Al decir de Joaquín Santana Castillo, “Panamericanismo y Latinoamericanismo han sido por tanto los proyectos utópicos integracionistas que con mayor fuerza han estado presentes en la mente y actividad práctica de políticos e intelectuales de esta parte del mundo”. El primero, como es evidente en las palabras de Martí, concebido en función de la economía norteamericana y el segundo tratando de favorecer “la integración de América Latina, al privilegiar las características culturales e historias comunes. Veía en la unidad un medio eficaz para enfrentar agresiones y peligros externos”<sup>42</sup>.

Pero esta gran diferenciación en dos bloques fundamentales, panamericanismo y latinoamericanismo, no es la única en cuanto al tema. Al interior del latinoamericanismo también existen diferencias que los expertos insisten en señalar, basadas en disímiles formulaciones teóricas o en que el hecho de la integración alude a un concepto de identidad común que se da por sentado muchas veces, cuando en realidad muchas características nacionales no pueden ser generalizables a escala continental.

Del programa bolivariano retomado con posterioridad por José Martí, la idea de integración vivió un letargo continental hasta que en los años cuarenta aparentemente volvió a aparecer, de la mano de gobiernos nacionalistas como lo de Juan Domingo Perón en Argentina o Getulio Vargas en Brasil, pero referidos fundamentalmente a la región sudamericana. Con el avance en el tiempo podremos observar cómo cada nuevo intento integracionista parece poner en cuestión no solo qué se entiende por integración, sino qué se entiende por América Latina, pues aunque casi siempre se acude a este denominador genérico, lo cierto es que la mayoría de los esfuerzos no

---

<sup>42</sup> Joaquín Santana Castillo, Ob. Cit, p. 251.

trascienden el hecho de agrupar a regiones específicas, es decir: Sudamérica (Pacto Andino, Comunidad Andina, Mercosur), Centroamérica (SICA, Sistema de la Integración Centroamericana) y el Caribe (Caricom, Mercado Común del Caribe).

La teoría desarrollista de la CEPAL en los años 50 con su modelo de sustitución de importaciones y su planificación nuevamente se planteaba la interrogante de la entrada de América Latina al mundo moderno. El resultado más tangible de esta primera etapa de la CEPAL es la creación de la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio), integrada en un primer momento por Argentina, Brasil, Chile, México y Paraguay a la que más tarde se sumaron Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela. Al final el modelo fracasa por cuanto, entre otras razones, no contemplaba en realidad las necesidades de una integración con las características de los países y pueblos del Tercer Mundo, es decir, de marcado desbalance económico, político y cultural.

Mientras los sesenta y setenta son décadas de permanente tensión entre los intentos de integración por parte de los países latinoamericanos y retrocesos debidos a la labor de zapa norteamericana o en algunos casos a la llegada de las dictaduras, en los ochenta el subcontinente se asfixiaba con la crisis de la deuda y los noventa parecían paralizar a los países con sus políticas neoliberales. En medio de estas convulsiones la idea de integración siguió latente con mayores o menores fuerzas e iniciativas.

Para el ensayista y economista argentino Claudio Katz la diferenciación entre ambos podría esclarecerse:

“Integración y unidad latinoamericana son conceptos diferentes. Mientras que el primer término alude a convenios comerciales, la segunda noción sintetiza un viejo anhelo de asociación política. Esta distinción nunca fue estricta y muchos promotores de ambos proyectos han utilizado una u otra denominación. Pero, en general, la integración es un estandarte de los empresarios que negocian aranceles y la unidad es una bandera antiimperialista de las organizaciones populares”<sup>43</sup>.

Sin embargo, otros autores reservan para el aspecto económico el apelativo de proyectos de colaboración o intercambios comerciales, y definen a la integración no solo como ese anhelo de asociación política sino que lo hacen extensivo a marcos de referencia culturales e históricos compartidos como los procesos de colonización, el lenguaje, vínculos étnicos y, sobre todo, a aspiraciones y procesos de lucha común en el presente que le dan sentido incluso a la propia noción de América Latina.

Es el caso del historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy, quien declara que “por integración latinoamericana y caribeña entendemos la ideología y la política dirigidas a fortalecer la colaboración entre estos países hermanados del subcontinente, con el propósito de resolver problemas comunes, arreglar por medios pacíficos los conflictos intestinos que puedan surgir, rechazar en forma mancomunada las amenazas y pretensiones de las grandes potencias, en particular de Estados Unidos, y promover su activa participación en el escenario internacional”<sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> Claudio Katz, *Integración o unidad latinoamericana*, La Haine, 2008, Disponible en [http://www.lahaine.org/katz/b2-img/katz\\_integ.pdf](http://www.lahaine.org/katz/b2-img/katz_integ.pdf)., Recuperado el 21 de octubre de 2014, s/p.

<sup>44</sup> Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo, “La idea de América Latina” en *Los laberintos de la integración latinoamericana. Historia, mito y realidad de una utopía*, Morelia, Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, pp. 44-45.

Un paso más allá va el experto cubano en relaciones internacionales Carlos Alzugaray. A su juicio, para hablar de integración regional no basta ni con intercambios comerciales ni con proyectos políticos de asociación, sino que esta debe verse “como un proceso complejo, amplio, profundo y multifacético de transferencia gradual de atribuciones soberanas a un nivel supranacional de gobernabilidad con la participación de actores gubernamentales por el cual se maximizan los beneficios y se minimizan los costos de la interdependencia y la globalización”<sup>45</sup>.

Si nos atuviéramos a este último concepto podríamos afirmar que América Latina no ha vivido entonces ningún proyecto de integración real y completa porque, aunque hayan existido intentos de crear estructuras supranacionales desde diferentes perspectivas como la Organización de Estados Americanos (OEA) o el Parlamento Latinoamericano (PARLATINO), el poder y alcance de estas desde el punto de vista legal y real deja mucho que desear. De forma mucho más reciente la UNASUR y la CELAC podrían desempeñar tales funciones, pero en ambos casos su corta trayectoria y la rapidez con que se están desarrollando ciertos acontecimientos en el continente indican que habría que esperar hasta tener un diagnóstico de estas asociaciones.

De cualquier manera no es ocioso señalar que en la vida real no necesariamente existe una correspondencia entre estos modelos teóricos y sus realizaciones concretas que apuntan más a intenciones y a un camino por recorrer que a un esquema terminado y definitivo. Sobre este punto

---

<sup>45</sup> Carlos Alzugaray Treto, “Regionalismo, integración y relaciones interamericanas” en *La integración política latinoamericana y caribeña: un proyecto comunitario para el siglo XXI*, Morelia, Asociación por la Unidad de Nuestra América (Cuba), Universidad de Guadalajara (México), Rectoría y Escuela de Historia de la universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México), 2001, p. 156.



abundaremos de la mano de Martínez Heredia en el tercer capítulo de esta tesis.

Quizá sea a causa de la falta de concreción y supervivencia en las iniciativas económicas, comerciales y políticas que la idea de una integración por la cultura tenga tanta fuerza en América Latina. Si para Carlos Monsiváis “A lo largo del siglo XIX, a los países iberoamericanos los une el sentido de la historia, que es el otro nombre de la azarosa construcción de la estabilidad para el desarrollo educativo y cultural”<sup>46</sup>, las nuevas realidades del siglo XX, y aún más en el XXI, donde fenómenos como el reconocimiento —político, jurídico y antropológico— de los pueblos indígenas, la inclusión de nuevos grupos y actores sociales antes inexistentes o invisibilizados, la migración —en el interior de la propia América Latina, hacia Estados Unidos o Europa— cumplen un papel tan importante hacen que, al decir de Néstor García Canclini, se haya expandido la escala: “la condición actual de América latina desborda su territorio. Quienes dejaron sus países, y ahora extienden nuestras culturas más allá de la región, muestran el desencaje doloroso de los latinoamericanos y también las oportunidades que ofrecen los intercambios globales”<sup>47</sup>.

Cómo entender entonces una integración cuando las fronteras culturales y las geográficas no coinciden y los discursos nacionalistas exceden el espacio físico. La mayoría de los intentos de integración del siglo XX tenían que ver con la capacidad de los Estados de articular políticas de esta índole hacia dentro y hacia afuera de sus límites pero, ¿qué pasa entonces con el

---

<sup>46</sup> Carlos Monsiváis, "La identidad cultural de la América Latina" en *Realidades y utopías de la América Latina y el Caribe*, Cátedra América Latina y el Caribe, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1995, p. 131.

<sup>47</sup> Néstor García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 12.

progresivo debilitamiento del papel de los Estados nacionales o cómo incluir a pueblos indígenas, como los descendientes de los mayas, que se extienden a lo largo de varios países o cómo incluir a pueblos con culturas tan fuertes como los puertorriqueños que, sin embargo, no son Estados soberanos?

En 1954 Mariano Picón Salas afirmaba que “Por su propia naturaleza el ensayo se desarrolla de preferencia en épocas de crisis, cuando el hombre se siente más confundido y están crujiendo, amenazantes —antes que emerjan otros— los valores de una vieja cultura”<sup>48</sup>. La sentencia de Picón Salas es clave para entender el contexto que intentaremos recrear más adelante en esta tesis, por cuanto los ensayos de Fernando Martínez Heredia que analizaremos pertenecen justamente a uno de los momentos de mayor crisis de la historia de Cuba.

Si las definiciones “clásicas” de integración, en la práctica y en la academia, se han estrellado en las arenas movedizas de América Latina por adolecer de comprensión ante esta realidad otra, qué mejor vía para aproximarse a un fenómeno cambiante que un género abierto, poroso y relacional como el ensayo mismo, que posee, al decir de Liliana Weinberg, una “capacidad mediadora entre mundos y articuladora de experiencias”<sup>49</sup>.

---

<sup>48</sup> Mariano Picón Salas, “Y va de ensayo” en *Viejos y nuevos mundos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983, p. 995.

<sup>49</sup> Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI, 2007, p. 10

## Capítulo 2. Cuba piensa (y construye) a Latinoamérica

Cual punto de partida inamovible, la mayoría de las antologías de ensayo cubano del siglo XX arrancan con el texto martiano “Nuestra América”, publicado en 1881. La justificación gira comúnmente en torno al hecho de que fue Martí, con su pensamiento de largo alcance y su magistral escritura, aún en el siglo XIX, quien le abrió las puertas al XX en Cuba. No deja de ser curioso que el primer gran ensayo cubano sea, precisamente, un ensayo en torno al tema de la integración continental.

Abogaba Martí, un isleño hijo de español, por la entrada en la historia de las jóvenes naciones a las que llama nuestroamericanas y usa evidentes alegorías del martirologio cristiano para defender el peso de la masa indígena a la que prácticamente se le había arrebatado el poder de la voz. Reclamaba entonces el Apóstol de la independencia cubana:

¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas<sup>50</sup>.

No deben obviarse las circunstancias de publicación del texto: aparecido por primera vez el 1 de enero de ese mismo año en la *Revista Ilustrada*, en Nueva York, y luego el 30 de enero en el diario mexicano *El Partido Liberal* “Nuestra América” puede concebirse como una suerte de reacción a la por entonces recientemente concluida Conferencia Internacional Americana y las

---

<sup>50</sup> José Martí, “Nuestra América”, en *La Revista Ilustrada*, Nueva York, Disponible en [biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal27/14Marti.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal27/14Marti.pdf), Recuperado el 21 de enero de 2013, p. 134.

reuniones de la Comisión Monetaria, por lo que la publicación primera sería la respuesta dentro de su contexto más inmediato, hacia su antagonista, los Estados Unidos, y la réplica en México sería la tribuna que lo amplificaría hacia la América que Martí consideraba suya.

El Apóstol de Cuba expresaba en el texto su preocupación por un tema que antes había angustiado a otros próceres latinoamericanos como Bolívar: el problema de la cultura americana, de su especificidad y de las consecuencias de querer aplicar *a priori*, recetas de gobierno diseñadas para otras realidades a causa del desconocimiento de las realidades propias:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas<sup>51</sup>.

Como en círculos concéntricos el ensayismo cubano regresa periódicamente a este texto fundacional en el cual, como veremos en el próximo capítulo con Fernando Martínez Heredia encuentra claves de lectura siempre renovadas para entender a Cuba en su relación con el continente.

Medio siglo después, cuando ya se había comenzado a cumplir el vaticinio martiano de la expansión de los Estados Unidos “sobre nuestras tierras de América”<sup>52</sup>, otro cubano, el filósofo y pedagogo Medardo Vitier, realizó la primera antología de ensayo en el continente. Otra vez un cubano

---

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 135.

<sup>52</sup> José Martí, "Carta inconclusa a Manuel Mercado" (1895), La Habana, Segunda Cita, Disponible en <http://segundacita.blogspot.mx/2013/01/ultima-carta-inconclusa-de-jose-marti.html>, Recuperado en 11 de noviembre de 2013, s/p.

encontraba en México el espacio idóneo para que su voz tuviera mayor eco en el continente. En el primer capítulo de *El ensayo americano* Medardo afirmaba que aunque el ensayo era género de madurez en las culturas, había tenido “una considerable manifestación en estas jóvenes repúblicas”<sup>53</sup>.

Vitier llamaba la atención así sobre la paradoja de que el ensayista necesita abreviar de las lecturas previas que le ayuden a conformar un sustrato cultural y tiempo para digerir esas lecturas, de modo que las citas derivadas de estos textos no sean recitadas a la manera de la escolástica tradicional, sino usadas como prismas refractarios para nuevas interrogantes. Sin embargo, los ensayistas de las jóvenes repúblicas americanas no habían contado con el tiempo suficiente para decantar y consolidar esa tradición, por lo que el primer ensayismo latinoamericano debió hacerse a caballo, en tiempos de guerra y fundación, y hasta hoy sus continuadores han heredado esa urgencia por el presente puesto que en segundos este se convierte en futuro.

“El ensayo aviva, sobre todo de unos cincuenta años para acá, las mejores savias del americanismo”<sup>54</sup>, decía en este texto publicado por la Colección Tierra Firme, nacida apenas un año antes, en 1944, como parte del Fondo de Cultura Económica de México y que, junto con la Biblioteca Americana, que inicia en 1947 con la publicación del *Popol Vuh*, componen, al decir de la investigadora y ensayista argentina Liliana Weinberg, un “proyecto de política cultural de largos alcances”<sup>55</sup> en el cual este libro representa una pieza clave, no solo por la conceptualización que hace sobre el ensayo mismo,

---

<sup>53</sup> Medardo Vitier, Ob. Cit, pp. 58-59.

<sup>54</sup> *Ibíd*em, p. 8.

<sup>55</sup> Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006 p. 305.

sino por cuanto es la primera visión de conjunto (impresa además) sobre este tema en el continente.

Destaca igualmente Liliana Weinberg en *Situación del ensayo* que este texto de Vitier aparece cuando la preocupación por lo latinoamericano comienza el progresivo desplazamiento que lo llevó de la literatura a la filosofía. Podría añadirse además que esta rotación de lo latinoamericano no se detuvo ahí; la sociología se encargaría de tomar el relevo unos años más tarde integrando los prismáticos con lo que lo latinoamericano se miraba y, hacia finales de siglo, aunque esta vez fuera para negarlo, la literatura volvía a reabrir el debate sobre “lo latinoamericano”. Al decir de Liliana Weinberg, “Vitier nos proporciona así una agenda y una genealogía del ensayo americano y plantea en su obra una línea extremadamente original en el estudio de la relación entre el ensayo y América Latina, puesto que su hilo conductor es siempre el problema de la interpretación”<sup>56</sup>.

El camino abierto por “Nuestra América” y que ampliara con su enfoque sobre la interpretación Medardo Vitier sirvió para que transitaran autores disímiles como Fernando Ortiz quien con su teoría sobre los procesos de transculturación no solo ayudó a entender la “esencia” de la cubanidad sino también a aportar luces sobre el proceso de formación de muchos grupos en el continente, alejado de posturas “puristas” que pretendían ver únicamente en la defensa del indigenismo lo propiamente americano.

Nada desdeñable es la contribución de Alejo Carpentier con su tesis sobre lo real maravilloso a esta imaginería latinoamericana que él descubre en Haití, aunque asegurara que “esa presencia y vigencia de lo real maravilloso

---

<sup>56</sup> *Ibíd.*, p. 308.

no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonías<sup>57</sup>, apoyado luego en una serie de artículos periodísticos y con un volumen titulado *Visión de América*, que recoge años después de algún modo las experiencias de un viaje realizado en 1947 por la Gran Sabana de América.

Un hito en este recorrido lo constituyen los cinco ensayos recogidos en *La expresión americana* de José Lezama Lima, quien daría un nuevo punto de giro a esta temática no separando el sur y el norte, sino integrándolos desde una filosofía poética que privilegiaba el actuar de la imago en la historia, incluyendo Haití, Brasil y Estados Unidos, no aludiendo a lo latino y lo anglo, a lo hispano y lo indígena, sino trazando unas fronteras divisorias permeables, que tuvieran en el paisaje sus múltiples compuertas. Lezama, siguiendo la línea abierta por Carpentier, añade entonces un nuevo elemento según el cual la cultura latinoamericana se constituía no solo en base a hechos pasados sino también en su capacidad de imaginarlos.

El mismo año 1957, cuando Lezama dictaba sus conferencias agrupadas con posterioridad en este libro visto como sumun de la ensayística latinoamericana en el Instituto Nacional de la Habana, Leopoldo Zea desde México publicaba su *América en la historia*. ¿Era azar concurrente que las disciplinas se tocaran o sería que la vena del americanismo como utopía, es decir, como proyecto posible, recorría y conectaba de modo soterrado todo el continente?

---

<sup>57</sup> Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999, p. 3.

Refiriéndose a este ensayo de Lezama el investigador cubano Luis Álvarez Álvarez afirma que desde el inicio del mismo se puede descubrir “la esencia dominante de *La expresión americana*: la literatura continental no puede ser comprendida si no se alcanza una percepción a la vez estética e histórica, y tanto conceptual como imaginal —se está tentado a decir que razón e intuición— de cómo la cultura latinoamericana construye un devenir de su expresión literaria”<sup>58</sup>.

Si bien hasta este momento hemos analizado la construcción de la dimensión latinoamericanista desde la literatura, la esfera del pensamiento o, a lo sumo desde una visión política que no detentaba el poder, veremos cómo la llegada de la Revolución Cubana fue un parteaguas que permitió dar un nuevo impulso al ideal integracionista latinoamericano desde las esferas política y cultural expresado en leyes, políticas de Estado y gobierno inaugurando así una nueva etapa de creación de instituciones y marcando así otra en lo que al latinoamericanismo concierne.

Esta nueva situación les daba un vuelco a las reflexiones en torno al papel de Cuba dentro del continente pues ya no se trataba únicamente de intelectuales tratando de construir un proyecto cultural común, sino de engranajes muchos más amplios y complejos en los cuales el país y la región intentaban sincronizarse. Recuerda Martínez Heredia en la entrevista realizada para esta investigación que:

América Latina tenía un peso inmenso en Cuba. Cuando triunfa la Revolución Fidel hace su primera salida a Venezuela para agradecer a quienes ayudaron pero también para contactar con nuestra región:

---

<sup>58</sup> Luis Álvarez Álvarez, “Lezama Lima y la imago americana”, Revista *Temas* Nro. 65, La Habana, 2011, p. 17.



América Latina. Toda la exaltación de sentimientos en la Cuba de los primeros tiempos que supera lo estrictamente nacional está relacionada con Latinoamérica<sup>59</sup>.

Baste recordar el acto celebrado en El silencio, Caracas, el 23 de enero de 1959, para apreciar el peso del discurso latinoamericanista desde el inicio de la Revolución cubana. En la alocución que simbólicamente pronunciaba desde uno de los lugares de tierra firme que más había contribuido al triunfo revolucionario, Fidel Castro aseveraba:

Estos pueblos de América saben que su fuerza interna está en la unión y que su fuerza continental está también en la unión. Estos pueblos de América saben que si no quieren ser víctimas de nuevo de la tiranía, sino quieren ser víctimas de nuevo de las agresiones, hay que unirse cada vez más, hay que estrechar cada vez más los lazos de pueblo a pueblo, y a eso he venido a Venezuela: a traer un mensaje no de casta o de grupo, sino un mensaje de pueblo a pueblo<sup>60</sup>.

La II Declaración de La Habana, del 4 de febrero de 1962, reafirma esta postura de que el destino de Cuba está ligado estrechamente a la participación latinoamericana pues Fidel afirma que ante la posibilidad de una intervención militar de los Estados Unidos en Cuba la isla no estaría sola:

Con nosotros van a estar, en primer término, nuestros hermanos de América Latina; los pueblos que tan gallardamente, tan valerosamente, se batieron en las calles de muchas naciones oprimidas, que tan dignamente, y en masa, respaldaron a la Revolución mientras transcurría la conferencia de Punta del Este; los pueblos que enviaron sus mejores representantes a

---

<sup>59</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

<sup>60</sup> Fidel Castro Ruz, "Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la Plaza Aérea del Silencio, en Caracas, Venezuela", La Habana, 1959, Disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f230159e.html>, Recuperado el 21 de marzo de 2015, s/p.

Cuba y a la propia Punta del Este, para decir allí la voz no de las oligarquías sino de los pueblos<sup>61</sup>.

La creación en 1967 de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que pretendía apoyar una misma estrategia de liberación nacional para todo el continente es expresión de este impulso político. Ya no se trataba solamente de una integración por el pensamiento o, incluso en la esfera económica, sino además por la acción política y armada. En el discurso de clausura de la Primera Conferencia de esa organización Fidel Castro, refiriéndose al papel de las guerrillas afirmaba:

Estamos hablando de las condiciones de América Latina. No queremos meternos en otros líos, que son ya bastante grandes, de los que tienen otras organizaciones revolucionarias en otros países como en Europa, pero estamos hablando para la América Latina. Y desde luego si se conformaran con sus errores, ¡pero pretenden alentar los errores de los equivocados en este continente! De manera que alguna prensa llamada revolucionaria ha hecho ataques contra Cuba por nuestras posiciones revolucionarias en América Latina<sup>62</sup>.

Había sido tan grande la conmoción de 1959 que los ensayistas cubanos procedieron a la reinversión y revalorización de símbolos y categorías de alcance continental. Tal es el caso de Roberto Fernández Retamar con “Martí en su (tercer) mundo” (1963-1964), que fuera recogido luego junto con textos dedicados a César Vallejo, Rubén Martínez Villena, Ezequiel Martínez Estrada,

---

<sup>61</sup> Fidel Castro Ruz, “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario de la Dirección Nacional de las ORI y Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la Segunda Asamblea Nacional del pueblo de Cuba, celebrada en la Plaza de la Revolución”, La Habana, 1962, Disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f040262e.html>, Recuperado el 21 de marzo de 2015, s/p.

<sup>62</sup> Fidel Castro Ruz, Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la clausura de la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad”, La Habana, 1967, Disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f100867e.html>, Recuperado el 21 de marzo de 2015, s/p.

Franz Fanon y el Che Guevara en un volumen titulado *Ensayo de otro mundo* pero, sobre todo, con *Caliban* (1971), que desde sus inicios se cuestiona si existe una cultura latinoamericana y reconoce en el rostro de este salvaje que aprende la lengua para subvertir su uso el propio rostro latinoamericano. Es decir, que la propia conmoción de los tiempos históricos es propicia para la relectura y reconversión de signos que abran nuevos caminos de reinterpretación de las identidades asumidas como propias hasta entonces, lo cual constituye, a todas luces un accionar eminentemente ensayístico.

No en vano una de las primeras instituciones fundadas por la Revolución fue la Casa de las Américas, nacida a sólo cuatro meses del triunfo revolucionario, a tenor de la Ley 299 del 28 de abril de 1959, y presidida hasta su muerte en 1980 por Haydée Santamaría, una de las principales heroínas del movimiento 26 de julio y combatiente de la clandestinidad y de la Sierra Maestra. Resultaba simbólico que una figura de tanto peso político estuviera al frente de una institución cultural que aspiraba a convertirse en un faro continental. En su alcance cultural la Casa de las Américas fungió en muchas ocasiones de mediador e intermediario allí donde las relaciones diplomáticas no alcanzaban a llegar.

La Casa organizó, desde fecha tan temprana como 1961, el Primer Festival de Teatro Latinoamericano y con el paso del tiempo fue artífice de una colección de artes plásticas y un premio de musicología con representación continental, incluyó centros y programas de estudio para el Caribe y los pueblos indígenas. Sin embargo, por lo que quizá haya sido más identificada es por su rol importantísimo en el reconocimiento de una narrativa latinoamericana que vio cristalizar su máxima difusión en el fenómeno del *boom*. Huelga

resaltar que su prestigioso premio literario incluyó, desde su nacimiento en 1960, la categoría de ensayo como uno de los apartados de premiación.

Aunque la Revolución bebe del ideario integracionista martiano, y también de las contribuciones de la CEPAL, la coyuntura internacional, la expulsión de Cuba de la OEA, el acercamiento de Cuba a la Unión Soviética y la posterior entrada al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), así como otros factores de índole económica provocan un desfase entre esta manifiesta intencionalidad política y su puesta en práctica, al menos en términos de tratados económicos, comerciales, etc. Aun así, no deben dejar de señalarse dos momentos importantes relacionados con la aspiración latinoamericanista de la Revolución Cubana en la década del setenta, uno en el ámbito de la cultura y otro en el campo legal.

El 3 de diciembre de 1979 se inauguró el Festival Internacional de Nuevo Cine Latinoamericano. Al igual que sucedió con la Casa de las Américas, el Festival dejó una impronta en los modos de hacer cine de la región y se convirtió en punto de convergencia de los cineastas del continente. Para entender su importancia hay que reparar además en las instituciones que le dieron origen o continuidad: la convocatoria partía del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), la primera institución cultural creada por la Revolución, apenas 83 días después de su triunfo. Un lustro después de la inauguración del Festival, el 15 de diciembre de 1986, se creó la Escuela Internacional de Cine y TV (EICTV) por el Comité de Cineastas de América Latina, como filial de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y con el apoyo del gobierno de Cuba.

Desde el punto de vista jurídico el hito en los setenta lo constituye la inclusión en la Constitución de 1976 de su artículo 12 donde se expresaba que Cuba: “Aspira a integrarse con los países de América Latina y el Caribe, liberados de dominaciones externas y de opresiones internas en una gran comunidad de pueblos hermanados por la tradición histórica y la lucha común contra el colonialismo, el neocolonialismo, y el imperialismo en el mismo empeño de progreso nacional y social”<sup>63</sup>.

En 1992, cuando se reformó la Constitución este artículo fue uno de los 77 cambiados de un total de 141<sup>64</sup>. La Carta Magna cubana fue modificada nuevamente en 2002 para establecer el carácter irrevocable del sistema político socialista y en la versión que hasta hoy rige este artículo reza que Cuba “reafirma su voluntad de integración y colaboración con los países de América Latina y del Caribe, cuya identidad común y necesidad histórica de avanzar juntos hacia la integración económica y política para lograr la verdadera independencia, nos permitiría alcanzar el lugar que nos corresponde en el mundo”<sup>65</sup>.

---

<sup>63</sup> s/a, *Constitución de la República de Cuba*, La Habana, 1976, Disponible en <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/6/2525/51.pdf>, Recuperado el 21 de mayo de 2015, s/p.

<sup>64</sup> Para más información sobre los cambios de la Constitución en Cuba ver el artículo de Mylai Burgos, “El Derecho en Cuba Socialista. Reflexiones desde perspectivas crítico-dialécticas”, de Diciembre 2010. Disponible en <http://mylai Burgos.org/escritos-universitarios/capitulos-de-libros/el-derecho-en-cuba-socialista-reflexiones-desde-perspectivas-critico-dialecticas/>

<sup>65</sup> s/a, *Constitución de la República de Cuba*, La Habana, 2003, Disponible en [http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/06/go\\_x\\_03\\_2003.pdf](http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/06/go_x_03_2003.pdf), Recuperado el 21 de mayo de 2015, p. 9.

## **De los años noventa y cómo entender el ensayo cubano hasta la actualidad**

Los noventa constituyeron una década compleja para el mundo. Luego de haber vivido durante varios decenios en una polarización este-oeste, sintetizada en la contradicción mundo capitalista versus mundo socialista, los noventa fueron los años en que la humanidad asistió —una parte atónita y la otra eufórica— a la caída de lo que, durante años, fue el campo socialista. La configuración política, y en algunos casos económica, del planeta cambió completamente. El mundo se volvió unipolar, liderado por la política de los Estados Unidos.

América Latina había finalizado una década que se caracterizó por la debacle de la deuda y el fin de algunas de las dictaduras que aún pervivían. Los noventa continuaron exhibiendo la impronta de las políticas neoliberales por todo el continente. Los gobiernos de la región apenas se preocuparon por establecer políticas de intercambio comercial y mucho menos por hacer planes de integración.

Para Cuba constituyó una de las décadas más dramáticas de su historia, en particular desde el punto de vista económico, campo en el que ha sido descrito como “la mayor afectación que haya sufrido desde su constitución como Nación”<sup>66</sup>. En primer lugar nuestro país pertenecía al bloque socialista y sus relaciones comerciales se daban casi exclusivamente con países de esa área, y sobre todo, con la Unión Soviética. A partir de la desaparición del llamado socialismo real en los países del este, Cuba quedaba prácticamente

---

<sup>66</sup> María Isabel Domínguez García Domínguez García y María Elena Ferrer Buch, *Jóvenes cubanos expectativas en los 90*, La Habana, Colección Pinos Nuevos, Editorial Ciencias sociales, 1996, p. 1.

aislada, expuesta sin más a los avatares del mercado mundial, sin socios comerciales que suministraran las importaciones necesarias para la vida del país y muchísimo menos que compraran los productos exportados por la Isla.

Algunas cifras podrían dar una idea de la magnitud del impacto de la caída del campo socialista para Cuba: en 1992, el intercambio comercial había disminuido en un 70% con respecto a 1989; y el producto interno bruto (PIB) en un 24%, en tanto la capacidad industrial decreció en un 30%. Al siguiente año, 1993, el comercio total disminuyó en un 23%; y la capacidad industrial se aprovechó solamente en un 15%, mientras que el PIB bajó hasta un 34,8% con respecto a 1989. En este último año, el déficit presupuestario fue de 1390 millones de pesos y la liquidez monetaria creció de 4 000 millones de pesos a 11 000 millones de pesos en 1993<sup>67</sup>.

A la altura de mayo de 1994, “el 69% de las empresas del país funcionaban con pérdidas”<sup>68</sup> lo cual demuestra la amplia extensión temporal de la crisis económica cubana. De manera general entre 1989 y 1991 las importaciones totales de la URSS descendieron en un 30,3%, sin los combustibles no llegaría al 20%. Dos tercios de la reducción ocurrieron en 1991, cuando el incumplimiento en alimentos fue más del 50%, las materias primas, partes y piezas, y otros productos muy necesarios para la industria, la construcción, la agricultura y el transporte casi desaparecieron. También las

---

<sup>67</sup> Yinett Polanco Fernández y Yadnara Martínez Fresneda, *La comunicación pública en Cuba en la primera mitad de la década del noventa. Una aproximación al Sistema de Comunicación Institucional entre 1990 y 1996*, Tesis de Licenciatura, La Habana, Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana, 2006, p. 32

<sup>68</sup> Julio Carranza Valdés, “La economía cubana: balance breve de una década crítica”, *Revista Temas* Nro. 30, La Habana, 2002, p. 32.

exportaciones se vieron dramáticamente afectadas: en 1991 las exportaciones cubanas a la URSS se redujeron a un 38% de las de 1989<sup>69</sup>.

El carácter de las exportaciones cubanas era otro problema que se sumaba a la lista, pues Cuba había basado su comercio fundamentalmente en renglones tradicionales como el azúcar y los cítricos, pero ya a la altura de 1990 en un estudio acerca de la economía cubana, se planteaba que un reto al cual había que enfrentarse era a la modificación de la composición de las exportaciones “a mediano y largo plazo en dirección a las corrientes más dinámicas y más exigentes a nivel mundial”<sup>70</sup>, es decir, en ramas como la biotecnología, la informática y otras, en las cuales Cuba debería invertir pensando en un desarrollo futuro, al tiempo que necesitaba consolidar y diversificar los productos tradicionales.

En su etapa de mayor relación con la Unión Soviética, Cuba en lugar de poder diversificar sus productos, en muchos casos lo que hizo fue intensificar y extender el cultivo de algunos productos tradicionales que solo encontraban salida a través de este mercado socialista que al desaparecer le ocasionó, en palabras de Martínez Heredia “la pérdida de las relaciones económicas más grandes del país por muchísimo, sin ninguna indemnización”<sup>71</sup>.

Este ocurrió, por ejemplo, con los cultivos del cítrico y la caña de azúcar. Para responder a la demanda de ambos productos Cuba multiplicó su producción de cítricos en un 14% subiendo de 70 mil toneladas al año a un

---

<sup>69</sup> Fernando Martínez Heredia, *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 84.

<sup>70</sup> s/a, "La economía cubana frente al reto de los años 90. Algunos problemas globales", La Habana, Centro de Estudios de la economía cubana, 1990, p. 25.

<sup>71</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.



millón y utilizó el 52% de toda el área sembrada de la isla para producir la caña demandada que ascendía primeramente a un total de cuatro millones y después 4 400 000 toneladas de azúcar anuales y para la cual había realizado una inversión de millones de dólares a finales de los 60 e inicios de los 70 en su industria azucarera<sup>72</sup>.

Con esta especialización en unos pocos renglones productivos Cuba lo que hacía era, en palabras de Martínez Heredia “certificar su condición de país subdesarrollado o semicolonizado”<sup>73</sup>. Se puede tener una idea del desastre económico que acarrearón estas acciones tras la desaparición del campo socialista si se piensa que dado que el control internacional del mercado del cítrico está en manos norteamericanas e israelíes, con la pérdida del mercado soviético Cuba se quedó sin lugar para colocar esas cosechas de cítricos y “se pudrieron y cayeron al suelo los frutos de miles y miles de árboles”<sup>74</sup>. Del mismo modo la industria azucarera se convirtió en un gigante de pies de barro con una cantidad de centrales que echaban a andar para producir un azúcar que no se podía vender y que usaban una tecnología envejecida que demandaban piezas de repuesto que luego no se encontraban en el mercado mundial por ser de fabricación soviética<sup>75</sup>.

En medio de esta situación Cuba tuvo que reconfigurar entonces su mapa económico y comercial y aunque Europa se constituyó en el principal socio en

---

<sup>72</sup> *Ibidem.*

<sup>73</sup> *Ibidem.*

<sup>74</sup> *Ibidem.*

<sup>75</sup> Quizá la mejor medida de lo que significó en el terreno azucarero este primer impacto que acabó en los años dos mil con el desmontaje y demolición de numerosos centrales a través de todo el país no la den las investigaciones académicas sino el arte: el documental *Demoler* (disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Ad3qaTiZueU>) del fotógrafo y realizador Alejandro Ramírez recoge las experiencias de todas las comunidades y bateyes que organizaban su vida alrededor de estos centrales y que en muchos casos desaparecieron o tuvieron que reconfigurar sus actividades e identidades.

estos ámbitos, América Latina también ocupó un lugar destacado en la reconfiguración de los intercambios. Obviamente los cambios más visibles tuvieron lugar en la economía primero y, hacia finales del decenio, con el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela en 1998, en lo político después.

Además de ser los años del Periodo Especial, muchos reconocen a los noventa como los años gloriosos del Centro de Estudios de América (CEA), una institución del Partido Comunista de Cuba del cual Fernando Martínez Heredia fue Jefe de Departamento y miembro de su Consejo Científico entre 1984 y 1994. Desde el CEA se llamó, hasta su controvertido cierre en 1996, a repensar el socialismo cubano en claves propias, y la integración con América Latina formó parte siempre de esa concepción.

El Departamento de América del Comité Central, que era la continuación de la organización de este tipo internacionalista que existió desde inicios de la Revolución, era atípico. Todos los Partidos Comunistas tenían una dirección de Relaciones Internacionales; Cuba tenía dos: una para el mundo y otra para América, lo cual era lo lógico en el caso cubano. Dentro de ese movimiento era imprescindible el análisis. No se puede entrar en empeños tan grandes, tan complicados, con tanta decisión y donde se juega tanto sin análisis. Entonces siempre hubo dentro de América áreas de análisis, trabajo de análisis, respeto por el análisis. Incluso el Comandante Manuel Piñero<sup>76</sup> que fue el jefe prácticamente todo el tiempo era un enamorado del pensamiento, tenía una cultura rara para ese tipo de tarea, esto hace que fuera una actividad completamente internista pero existente hacía mucho y se le daba mucho valor a lo que algo dijera como

---

<sup>76</sup> De acuerdo con la enciclopedia cubana *EcuRed*, Manuel Piñero Losada (1933-1998), conocido también como el Comandante Barbarroja, se integró desde muy joven a la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista. Se incorporó a la guerrilla en la Sierra Maestra y como miembro del II Frente Oriental Frank País alcanzó el grado de Comandante. Al triunfo de la Revolución, fue uno de los encargados de la formación de los órganos de la seguridad del Estado y el encargado de coordinar la ayuda a los revolucionarios que en América Latina luchaban contra las dictaduras en sus países. Fue fundador del Partido Comunista de Cuba y miembro de su Comité Central desde 1965 hasta 1997, año en que se retiró a la vida privada. Falleció en un accidente automovilístico el 11 de marzo de 1998.

análisis después de haber visto una situación concreta a diferencia de otras áreas donde eso tenía poco valor o tenía menos<sup>77</sup>.

Pareciera paradójico que el CEA surgiera en la década que albergara lo que Ambrosio Fornet llamó “el quinquenio gris”<sup>78</sup> y otros autores insisten en ver como un decenio negro. El espíritu de respeto por el pensamiento y el análisis fundamentado que se respiraba en aquella institución permitió que en cuanto comenzó a alivianarse la sujeción ideológica con la URSS y empezaron a terminar las dictaduras militares en el continente el CEA comenzó a ganar en presencia por toda América Latina.

Yo recuerdo –cuenta Martínez Heredia- que fui a Montevideo en noviembre del 85 como delegado de Cuba pero como CEA y allí se reunió una cantidad impresionante de intelectuales y de científicos sociales y la Fundación Ford envió un jerarca que tuvo la prepotencia de decir: la Ford no le va a dar ni un dólar a los investigadores sociales que no investiguen los problemas de la gente común de sus pueblos. Estaban interesados porque ya habían matado muchísima gente, ahora necesitaban algo preventivo pero nosotros también, por razones diferentes, estábamos muy interesados. Allí fue cuando ingresamos en Clacso en ese mismo lugar y mes<sup>79</sup>.

A través de esta estrategia Cuba comenzó a recuperar los contactos a nivel intelectual y de grupos políticos que se habían visto profundamente debilitados por unos años. El interés en este sentido era bidireccional, a Cuba le importaba acercarse a Latinoamérica y aunque

---

<sup>77</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

<sup>78</sup> Se refiere al contexto cultural de Cuba entre los años 1971- 1975 caracterizado por un predominio del dogmatismo ideológico y político muy fuerte, en el cual fueron marginados muchos escritores e intelectuales cubanos impedidos de editar sus obras o desempeñar su papel de figuras públicas. En el año 2007 Ambrosio Fornet ofreció una conferencia como parte del Ciclo La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión" titulada "El quinquenio gris: revisitando el término" que puede consultarse online en: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=45857>

<sup>79</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

algunos de los revolucionarios latinoamericanos sobrevivientes de las dictaduras estaban reacios a este acercamiento, por considerar a Cuba prosoviética, a otros, sobre todo de las generaciones más jóvenes sí les interesaba recuperar el contacto que se había tenido en décadas anteriores alentados por la presencia indiscutible de Cuba en las luchas de Nicaragua y la ayuda brindada a El Salvador.

Eso hizo más fácil todo –rememora Fernando- y ya a mediados de los 80 el CEA tenía una presencia real en medios que se empezaban a reanimar en los casos de las dictaduras, o trataban de reorganizarse en otros casos o eran fuerte desde siempre como en el caso mexicano, medios intelectuales, de ciencias sociales en donde la entrada fue muy positiva. Entonces la revista empezó a nutrirse de trabajos nuestros y de otras personas pero con una organicidad y un propósito muy marcado: volver a hacer importante el tema de América Latina en Cuba y volver a ser la influencia de Cuba en América Latina y esto se logró bastante”<sup>80</sup>.

Paradójicamente la academia y los grupos de investigación subordinados al poder estatal se convirtieron en reducto del menos académico y más insumiso de los géneros, que se incorporó también al accionar de los movimientos sociales. El ensayo de temática latinoamericana que se hizo en Cuba entonces volvió a reinventarse, a servir para pensar, otra vez, qué había faltado, dónde estaban las fallas, cuál era el camino ante las circunstancias cambiantes.

En medio de la debacle que significó la llegada de los años noventa para Cuba en su intervención ante el V Congreso de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) en 1994, Fidel Castro afirmó: “Lo primero que hay que salvar es la cultura”. Ello significaba, en un contexto de pérdidas económicas y

---

<sup>80</sup> *Ibíd.*

de socios comerciales, de incertidumbre ante la desaparición del campo socialista, apostar por un proyecto de futuro que recupera la historia colectiva e intelectual propia y distintiva de Cuba, por cuanto solo sobre esas bases se podría construir algún tipo de consenso.

Todo debía ser repensado, las certezas tenían que ser puestas en cuestión y nuevas interrogantes debían ser planteadas. De nuevo el ensayo era reavivado por los tiempos de crisis y desde la isla se apostó por él para el debate, para contener y formular los nuevos cauces del pensamiento. En el año más duro, 1994, la colección Pinos Nuevos, auspiciada por las editoriales Letras Cubanas, Gente Nueva y Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, y nacida como vía para publicar a los nuevos escritores que habían sido premiados con el certamen homónimo, presentaba la nada desdeñable cifra para ese momento de 35 libros de ensayo en la VI Feria Internacional del Libro de La Habana.

De manera significativa las palabras introductorias estuvieron a cargo de Fernando Martínez Heredia. Sus conclusiones de entonces estaban en consonancia con lo dicho por Fidel sobre la importancia de la cultura para el país, pero hasta hoy podrían ser derrotero no solo para los intelectuales más jóvenes, sino para todo aquel que pretenda contribuir, de manera original, al pensamiento teórico latinoamericano:

En la etapa que apenas comienza, al trabajo intelectual en que se originan los ensayos le tocará participar, en un lugar y de maneras sumamente relevantes. La lucha que se abre ante nosotros es, sobre todo, una lucha cultural, en la que habrá que ser creativos –y no solo

resistentes- para sobrevivir y salir adelante sin perder la nación ni la manera de vivir que hemos escogido<sup>81</sup>.

En la memoria de muchos cubanos, la primera mitad de los noventa quedaron guardados como años de silencio, por los largos apagones que imposibilitaban esa costumbre de poner música en la casa a tan altos decibeles que la compartes con el vecindario; porque la escasez de combustible volvía al tránsito de un automóvil casi un acontecimiento y las fábricas tenían sus maquinarias detenidas; por lo apagado de la gente, que concentraba sus energías en pedalear unas bicicletas chinas que inundaron las calles de la isla entonces, y en sobrevivir.

De vez en cuando el silencio era roto por algún grito: el de una botella de cristal que se estrellaba contra algún establecimiento estatal, el del Maleconazo en agosto de 1994<sup>82</sup>, el de la gente yéndose en camiones para las salidas masivas en balsa durante la crisis migratoria como si fueran a una fiesta cuando muchos de ellos encontraron una muerte segura. Desde las letras gritaba la literatura en las editoriales extranjeras la aparición de otros actores sociales a los que el periodismo nacional no se refería e intentaba participar el ensayo en las revistas y los espacios culturales y de pensamiento, aunque sus enunciados parecían que no eran escuchados con frecuencia fuera del gremio.

Los cambios en la realidad pueden provocar, aunque no siempre lo hacen, cambios en el discurso, así como a veces el discurso se adelanta a la

---

<sup>81</sup> Fernando Martínez Heredia, "Problemas del ensayo cubano en los años noventa" en *El ejercicio de pensar*, La Habana, Ciencias Sociales, 2010, p.105.

<sup>82</sup> El Maleconazo es el nombre que recibió un grupo de protestas antigubernamentales ocurridas en Cuba el 5 de agosto de 1994, consideradas una de las más prominentes desde el inicio de la Revolución cubana. Los incidentes se originaron tras la intercepción por parte de las autoridades cubanas de cuatro embarcaciones que navegaban hacia la costa de Estados Unidos sin autorización. Lo que comenzó como un intento de fuga masiva a la Florida, se transformó en un motín popular con el resultado de varias personas heridas, comercios saqueados y cristales rotos.

realidad. Por esa razón es tan importante el análisis de cómo el ensayismo cubano asumió y analizó esta nueva panorámica, que le daba un giro al discurso latinoamericanista que tan larga data tenía en Cuba y lo tornaba más apremiante. Muchos fueron los estudiosos de la isla que volvieron sobre el tema del latinoamericanismo y la necesidad de la integración. Algunos habían trabajado el tema anteriormente y otros, por ser más jóvenes se incorporaron entonces a su análisis y estudio.

Aunque excede los límites temporales de este estudio, cabe resaltar que no terminó en los noventa la vida pública del ensayo en Cuba, numerosos libros de ensayos literarios, políticos, filosóficos, sociológicos se han seguido publicando desde entonces a la fecha. Dos antologías, publicadas una en Cuba y la otra en México, podrían servir de ilustración de la vitalidad del género en Cuba. La primera de estas fue realizada por Rafael Hernández<sup>83</sup> y Rafael Rojas<sup>84</sup> y apareció justamente editada por el mismo Fondo de Cultura Económica que había sacado a la luz aquella antología del Ensayo Latinoamericano de Medardo Vitier.

Este *Ensayo cubano del siglo XX* comienza, de manera aparentemente paradójica con el texto “Nuestra América” de Martí y en amplísimo abanico incluye 39 autores de la etapa republicana y revolucionaria. De este último

---

<sup>83</sup> Rafael Hernández es un académico y ensayista cubano. Estudió filosofía, literatura y ciencia política en la Universidad de La Habana y El Colegio de México. Trabajó junto con Fernando Martínez Heredia en el Centro de Estudios de América, donde dirigía los estudios norteamericanos. Autor de numerosos libros sobre relaciones cubano-norteamericanas, migración, política y cultura cubana. Es el director de la revista *Temas*, la más importante publicación de ciencias sociales que en la actualidad se edita en Cuba.

<sup>84</sup> Rafael Rojas es un historiador y ensayista cubano residente en México. Licenciado en Filosofía por la Universidad de La Habana y Doctor en Historia por El Colegio de México. Es autor de más de quince libros sobre historia intelectual y política de América Latina, México y Cuba. Desde 1996 es profesor e investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), en la ciudad de México y ha sido profesor visitante en las universidades de Princeton, Columbia y Austin.

periodo se recogen tanto textos de intelectuales que han permanecido viviendo y publicando en Cuba como de otros que emigraron y, en algunos casos, sostienen posturas críticas con el gobierno cubano, y en otros no. Temas como la identidad cubana, la raza y el racismo, el género, el papel de los intelectuales, la sociedad civil, la literatura, las artes plásticas, el teatro, la historiografía... se amalgaman en el extensísimo volumen de 738 páginas que puede dar algunas pistas de los múltiples caminos por los que el ensayo cubano ha transitado.

En el prólogo de la antología sus autores se refieren al hecho de que la alerta martiana en “Nuestra América” “contra el síndrome del aldeano vanidoso” sirvió para que la mayoría de los mejores de estos textos no se centraran únicamente en nuestra circunstancialidad, sino que usaran nuestras particularidades para entender la interrelación del país y del ser cubano con el mundo. “Paradójicamente, la cultura de la isla y la ensayística que la ha acompañado han estado, desde los dos siglos anteriores, menos aisladas, mucho más expuestas y movidas por los vientos —de los huracanes y otras turbulencias— que algunas ensimismadas culturas continentales. Esta condición se revela en un muestrario de ensayos que abordan problemas no exclusivamente cubanos; y sobre todo en la dimensión americana y universal donde se colocan”<sup>85</sup>.

No es ociosa la llamada de atención de estos autores, sirve para reparar en el hecho de que el interés por lo latinoamericano no es un fenómeno de nueva aparición en el ensayismo cubano, por el contrario basta ojear los

---

<sup>85</sup> Rafael Rojas y Rafael Hernández, “Prólogo al Ensayo cubano del siglo XX” en *Ensayo cubano del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 7.



nombres más sobresalientes de la tradición literaria, filosófica y sociológica de la isla para percatarse que el interés por lo cubano en relación con lo latinoamericano —que como rasgo distintivo para los cubanos significa no solo lo latinoamericano continental, sino también lo caribeño— reaparece periódicamente, como suele suceder en el ensayo, como una verdad que es necesario reexaminar, poner en cuestión una y otra vez.

La segunda de estas antologías fue publicada ocho años después por la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, en coedición con la Editorial Complutense. Bajo el nombre de *Identidad y descolonización cultural* el estudio y la compilación de 623 páginas realizadas por Luis Rafael<sup>86</sup> comienza igualmente con “Nuestra América” pero recoge únicamente textos extensos de diez autores presentes también en la antología anterior y tiene un marco temporal mucho más acotado que concluye en el *Caliban* de Roberto Fernández Retamar.

En el riguroso estudio introductorio titulado “El ensayo: entre la reflexión y la fabulación”, Luis Rafael también apunta a la coincidencia observable en los finales del siglo XIX y durante el XX en “el afán de nuestros ensayistas por describir la identidad nacional y regional, deslindando rasgos diferenciadores”<sup>87</sup> y hace hincapié en la relación entre ensayo, latinoamericanismo y modernidad

---

<sup>86</sup> Escritor cubano, Licenciado y Máster en Literatura hispanoamericana y en Didáctica de la Lengua, Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Dirigió la revista literaria *Jácara* entre 1995 y 2005. Ha publicado una veintena de libros, algunos de ellos traducidos a varias lenguas y ha escrito guiones para radio y televisión. Director de publicaciones de la Editorial Verbum y profesor colaborador de la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>87</sup> Luis Rafael, “El ensayo: entre la reflexión y la fabulación” en *Identidad y descolonización cultural. Antología del ensayo cubano moderno*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2010, pp. 11-12.

de la que hablábamos en el capítulo anterior y de la cual Fernando Martínez Heredia, como veremos más adelante constituye un perfecto ejemplo:

Puede que la más notable diferencia entre el ensayismo hispanoamericano y el ensayismo europeo, o el que se produce en el resto del mundo occidental, esté determinada por la urgencia de progreso y modernidad de las repúblicas americanas. Mientras los intelectuales y pensadores europeos construyen teorizaciones y filosofías en la continuidad de sus tradiciones, los intelectuales y pensadores hispanoamericanos, agentes activos en la vida cultural y política de Hispanoamérica, evaden las abstracciones, produciendo, de forma incidental, una literatura que pretende reflexionar sobre su contexto y dialogar con lo inmediato, en un ejercicio de reacomodo de la pupila, para ver de otro modo lo que antes se vio únicamente bajo el prisma colonial. De ahí que la dimensión sociológica del ensayo latinoamericano resulte innegable<sup>88</sup>.

Además se debe señalar que el país no se ha contentado en estimular solamente la producción ensayística nacional: en el año 2003 creó un premio para este género que lleva el revelador título de “Pensar a Contracorriente”. Convocado por el Instituto Cubano del Libro, el Ministerio de Cultura de Cuba y la Editorial Nuevo Milenio, el certamen plantea en sus bases “el objetivo de reconocer y difundir el pensamiento crítico sobre los problemas y desafíos del mundo contemporáneo desde una amplia perspectiva anticolonial y antiimperialista”, así como se propone estimular “la circulación del pensamiento hoy disperso, silenciado y marginado de los grandes circuitos de dominación, aspira a contribuir a la estructuración de un activo sistema de ideas en el

---

<sup>88</sup> Ibídem, p. 12.

campo de las Ciencias Sociales y de la cultura, promoviendo al cambio a la resistencia y al poder hegemónico”<sup>89</sup>.

Una breve inspección por los títulos premiados o reconocidos con menciones honoríficas da cuenta de la persistencia del tema latinoamericanista tanto los autores de la región e, incluso, en algunos de los europeos ganadores del certamen, como lo muestra la Mención de Honor que obtuvo en 2005 "Hacia un nuevo paradigma para la integración multinacional latinoamericana y caribeña: un enfoque desde la perspectiva crítica y participativa", de Luis Suárez Salazar (Cuba); el Primer Premio entregado en 2006 a "Pensando en José Martí: imperialismos, acuerdos comerciales y desarrollo latinoamericano", de Luciano Vasapollo (Italia) y el Premio de 2011 para el argentino Carlos Bauer por "La huella de Haití entre el latino-americano-centrismo y la historia universal. Otro camino para descolonizar nuestra historia, cultura y Estado. Notas para un proceso de liberación permanente" y en 2012 conferido a "Una mirada desde el Sur a la democratización: Telesur y la nueva propuesta comunicacional para América Latina, de Yarimar Marrero (Puerto Rico).

Unos años más tarde, en 2009, el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, a cargo del Programa de investigaciones sobre las culturas de América Latina y el Caribe, apoyado por el Fondo Cultural de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de América latina y el Caribe (ALBA), convocó al Concurso de Becas de Investigación Cultural, "con el propósito de incentivar las investigaciones que focalicen las diversas complejidades de los procesos de cambio político-culturales en la región, considerando

---

<sup>89</sup> s/a, "Bases de las Becas de Investigación Cultural Pensar a Contracorriente", La Habana, 2011, Disponible en <http://www.cubadebate.cu/noticias/2011/11/07/convocan-a-concurso-internacional-de-ensayo-pensar-a-contracorriente/>, Recuperado el 15 de octubre de 2013, s/p.

particularmente sus potencialidades para generar una integración desde la diversidad cultural y con capacidad de enfrentar sus retos políticos para la inclusión social, la equidad y la justicia social”<sup>90</sup>. Para entender la línea que siguen estas becas baste señalar que su primera edición tuvo como eje temático Integración y Procesos de Cambio Político-Culturales en América latina y el Caribe y la segunda se dedicó a los Procesos de construcción de sociedades incluyentes, culturalmente diversas y ambientalmente responsables en América Latina y el Caribe.

En un artículo titulado “Pensar desde Cuba” publicado apenas en el 2013, en *La Jiribilla*, la ensayista y crítica Graziella Pogolotti volvía a hacer una defensa del género en nuestro país por su contribución a la toma de una conciencia rebelde e identitaria, y por el impacto que ha tenido en la conceptualización de nuestros procesos de lucha: “Por su naturaleza, el ensayo es un género híbrido, escurridizo ante las prisiones del ordenamiento académico, despojado de marcas eruditas, centrado en el predominio del yo. Toma las palabras en las grandes encrucijadas de la historia, inscrito en su tiempo, antidogmático y antiautoritario, transgresor de certidumbres construye su universo”<sup>91</sup>.

Sea válido este brevísimo paneo cubano hasta la actualidad porque estamos conscientes de que en la realidad los procesos –de integración o de cualquier otra índole- no tienen cortes tan limpios como los que por razones

---

<sup>90</sup> s/a, "Bases de las Becas de Investigación Cultural del Instituto Cubano Juan Marinello", Revista *Caliban*, La Habana, 2011, Disponible en <[http://www.revistacaliban.cu/imprimir\\_extra.php?numero=8&extra\\_id=1](http://www.revistacaliban.cu/imprimir_extra.php?numero=8&extra_id=1), Recuperado el 15 de octubre de 2013, s/p.

<sup>91</sup> Graziella Pogolotti, "Pensar desde Cuba", *La Jiribilla* Revista de Cultura Cubana, La Habana, 2013, Disponible en <http://www.lajiribilla.cu/articulo/3240/pensar-desde-cuba>, Recuperado el 15 de diciembre de 2013, s/p.

metodológicas se realizan en aras de una investigación. Hacer un recorrido más extenso temporalmente o más panorámico por todas las posturas y autores del ensayismo cubano durante la década del noventa habría demandado más tiempo del que esta investigadora disponía para esta ocasión.

De esta manera preferimos centrarnos en la obra de Fernando Martínez Heredia por su trayectoria sostenida en el tiempo en la defensa del latinoamericanismo, por la prominencia de su obra en la década de 1990 y por su ensayismo antidogmático y transgresor de certidumbres, para usar los términos de Graziella Pogolotti, lo cual lo vuelve representativo de esta corriente.

### **Capítulo 3. Fernando Martínez Heredia como síntesis del ensayismo sobre la idea de la integración latinoamericana.**

La historia probablemente debería comenzar mucho antes, cuando siendo un adolescente leía textos de marxismo en su Yaguajay natal, o cuando mientras estudiaba para formar parte del cuerpo docente de la Universidad de la Habana se escapó de la escuela durante la invasión a Playa Girón para combatir no con los libros, sino fusil en mano, porque creyó que era lo correcto. Debería incluir tal vez ese periodo al que apenas se refiere cuando su espíritu de solidaridad lo llevó a Nicaragua durante la guerra, a causa de lo cual quedó impedido de caminar durante varios meses aunque aun así afirme que haber participado en los inicios de la Revolución cubana y haber estado en Nicaragua le dio la posibilidad de haber sido “partícipe de la barbaridad libertaria que significa una revolución dos veces. A mí me parece que la alegría de ese tipo de vida no es superable”<sup>92</sup>.

Sin embargo, casi siempre las referencias bibliográficas del filósofo, historiador, ensayista y abogado Fernando Martínez Heredia comienzan anotando que fue director del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, aquel que realizara una actualización impresionante de los planes de estudio de esa asignatura en Cuba y bajo el impulso de Fidel lograra imprimir los textos más actuales de la materia por ese entonces para ponerlo al alcance de los universitarios cubanos de manera gratuita.

---

<sup>92</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

Su biografía pareciera estar marcada por múltiples cierres y continuos resurgires. Al decir del también ensayista y abogado cubano Julio César Guanche, Fernando “representa un ejemplar típico de intelectual orgánico de la revolución que, *comme il faut*, fuera en los sesenta un cuadro político e intelectual de toda confianza; en los setenta, un proscrito; en los ochenta, alguien de cuidado; y en los noventa, un intelectual herético y orgánico a la vez”<sup>93</sup>.

A pesar de los vaivenes del contexto político, Martínez Heredia ha mantenido su coherencia intelectual y personal a partir de una honestidad que escasea en nuestros días y una postura de mucha humildad sobre su faceta como pensador. “Lo más valioso del trabajo intelectual –dice– es que puede levantarse por encima de las coyunturas, para ayudar a la gente a entenderlas, a mirar más allá de sus narices y a representarse un mundo y una vida muy superiores a las condiciones en que se vive, y a ayudar a la gente a buscar los caminos”<sup>94</sup>.

En medio de la compleja panorámica que vivían Cuba y el continente latinoamericano a finales de los sesenta, Fernando está entre los fundadores del mensuario cultural *El Caimán Barbudo* y reaparece en 1967 nuevamente en la escena intelectual cubana al frente de una revista que hasta hoy es objeto de estudio por cuanto marcó un hito en el campo de las ciencias sociales en Cuba: *Pensamiento Crítico*, que llegó a tener una tirada de quince mil ejemplares. Dirigida por él desde su fundación hasta su cierre en 1971, en sus 53 números

---

<sup>93</sup> Julio César Guanche, "La biografía oficial de Fernando Martínez Heredia" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 3.

<sup>94</sup> Fernando Martínez Heredia, "Trazando el mapa político de la América Latina" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 65.

publicados aparecieron más de 600 textos dentro de los cuales el tema de América Latina volvía una y otra vez<sup>95</sup>.

En el editorial que precedía al número 46 de la publicación, sus redactores declaraban que “los temas latinoamericanos están instalados en nuestra revista desde el inicio de su publicación. Es consecuencia natural de ser un vehículo de la cultura cubana, hoy que esta se halla definitivamente ligada por la revolución socialista a su destino americano”<sup>96</sup>.

Fernando rememora lo que significaba América Latina para *Pensamiento Crítico* en la entrevista realizada para esta investigación, al referirse a cómo en las páginas de la revista ponían a dialogar a autores que podían ser del mismo país o de varios países del continente con tendencias ideológicas contrarias dentro de la línea revolucionaria latinoamericana o como incluso publicaban textos de autores considerados enemigos si ello ayudaba a entender y clarificar cuál debía ser el accionar del movimiento latinoamericanista, revolucionario y/o comunista<sup>97</sup>.

A lo largo de su devenir como intelectual Martínez Heredia se ha ido construyendo una afiliación que lo acerca a determinadas figuras del pensamiento crítico latinoamericano y universal: estudioso de la obra de Antonio Gramsci<sup>98</sup> y el Che Guevara<sup>99</sup>, ha recuperado nombres que marcaron

---

<sup>95</sup> Datos tomados del texto “A cuarenta años de Pensamiento Crítico”, incluido en *La crítica en tiempos de Revolución*, la antología de la revista realizada por Fernando Martínez Heredia, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2010.

<sup>96</sup> Fernando Martínez Heredia, *Ibidem*, p. 109.

<sup>97</sup> Para ampliar más en el tema ver la Entrevista con Fernando Martínez Heredia: “El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución”, La Habana, 2015.

<sup>98</sup> Fernando es presidente de la cátedra de estudios que lleva el nombre del comunista italiano, ha publicado los textos “Vida y propuesta de Antonio Gramsci” (*En el horno de los 90*), las palabras de presentación del CD Room *Cuadernos de la cárcel y otros textos*, “Gramsci con nosotros”, “Gramsci en Cuba” en el nro. 32 de 2013 de la Revista de Estudios



pauta dentro de la tradición intelectual y revolucionaria en Cuba pero a los que el tiempo ha ido alejando y aparentemente vaciando de significación para la Cuba contemporánea como Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, Raúl Roa y Antonio Guiteras. Ha sido además defensor de un marxismo crítico y libertario, inscribiéndose él mismo en la línea de pensadores definidos por esta postura por lo cual, en los momentos en los que el dogmatismo se hacía sentir con todo su peso sobre la vida cultural y política del país, Fernando se vio apartado del espacio público sin dejar por ello de investigar y trabajar, manteniéndose firme en su compromiso como intelectual, aclarando que nos referimos al intelectual del que hablaba Luis Rafael, es decir de aquel que pretende, a pesar de todo, ser un agente activo en la vida cultural y política del país y de la región.

Premio Nacional de Ciencias Sociales 2006, Fernando Martínez Heredia dirige en la actualidad el Centro de Desarrollo e Investigación de la Cultura Cubana Juan Marinello, una institución con mucho prestigio dentro del campo de las ciencias sociales en la isla. Fue director del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana e Investigador Titular del mismo, miembro de los Consejos de las revistas latinoamericanas *América Libre*, *Caminos* y *Debates Americanos*.

Su trayectoria política, de acción y ensayística indican que, para Fernando, América y su posible integración por la vía de la cultura, la política,

---

Latinoamericanos y usado significativamente las posturas gramscianas en sus análisis sobre la Revolución del 30 y la Cuba contemporánea.

<sup>99</sup> Entre sus textos más significativos sobre esta figura están “Che, el argentino” y “El Che Guevara: los sesenta y los noventa” en *El corrimiento hacia el rojo*, “Che, pensador de la praxis” dentro del volumen *En el horno de los 90*, el libro *Las Ideas y la batalla del Che*, el Prólogo a los *Apuntes filosóficos* del Che editados por Ocean Sur en 2012, así como los textos publicados en el año 2013 “El pensamiento del Che en la Cuba actual”, “Che: el Pensador, la Teoría, la Crítica y el Legado” y “El Che y la crítica desde el socialismo cubano”.

la economía, los movimientos sociales o la acción guerrillera excede lo que comúnmente llamamos “temas de investigación”, para convertirse en un objetivo de vida. Esta alineación entre lo vivido y lo escrito le permite a Fernando evidenciar que escribe de “buena fe”, esto es, con honestidad en su inquirir y colocarse, del mismo modo en que lo hacía Montaigne en los albores del género ensayístico, “como garante de lo dicho”<sup>100</sup>.

Una conversación con Fernando, no importa si es presencial o telefónica, puede comenzar por el más trivial de los asuntos y terminar cuestionándose los destinos de la nación o del continente. Así fue la extensa entrevista que para esta tesis le realizara en enero de 2015 en su pequeño departamento de Playa, al oeste de La Habana, donde entre sus libros y los de Esther Pérez, editora, traductora, investigadora y su compañera de toda la vida, apenas quedaba espacio para mecerse en el sillón.

El intenso modo en que Fernando ha vivido hace que no solo tenga a mano siempre una cita, sino también una anécdota, un recuerdo, una observación aguda, demoledora incluso a veces. Quizá por eso, por su ritmo intempestivo, por su urgencia de construir futuros ha escogido los textos “breves” como su principal vía de reflexión y sus letras se parecen a él mismo, imposibles de encasillar en una única categoría, llenas de múltiples inquietudes y, a pesar de su usualmente corta extensión, repletas de honduras, con aquella “contundencia” de la que hablaba Weinberg, una rigurosidad teórica que no se ve menoscabada por circunloquios innecesarios y con una “voluntad de estilo”

---

<sup>100</sup> Lilita Weinberg, "El ensayo y la buena fe" en *El ensayo hispánico: cruces de géneros, síntesis de formas*, Ginebra, Droz, 2012 p. 24.

capaz de condensar ideas trascendentales en pocas palabras digno de las mejores páginas del ensayismo.

De esta manera sus ensayos, prólogos, reseñas, artículos periodísticos, híbridos de todos ellos... conforman un arsenal de mensajes certeros que con el tiempo se ha ido recogiendo en libros, aunque son muchos los textos que han quedado dispersos aquí y allá, esperando por un editor consagrado o por un tiempo del que su propio autor nunca dispone por estar más interesado en construir redes intelectuales que se extienden por América Latina y muchas partes del mundo, en formar a los jóvenes, en crear sueños, en afincar raíces que permitan sostener embates tan duros como los que sufrió Cuba en los años noventa, periodo sobre el cual Fernando ha vuelto una y otra vez a causa de su trascendencia en toda la historia posterior.

La postura de Martínez Heredia en torno al género que nos ocupa en esta investigación se halla perfectamente descrita por él mismo. Como ya referíamos anteriormente corría el año 1994 cuando en la presentación de los 35 libros de ensayo que engrosarían la Colección Pinos Nuevos ese año realizó en una intervención la cual fue, en sí misma, un ensayo sobre el ensayo. No puede pasarse por alto el hecho de que en esta alocución Fernando, que habitualmente construye la tradición en la cual él se autoinscribe, cambia la perspectiva, se troca en el maestro que da a sus continuadores claves de entendimiento y pistas de futuro.

En ese texto Fernando aborda muchos de los temas que veremos a continuación en su obra, es decir: las particularidades del ensayo en Cuba, la relación del ensayo con las ciencias sociales, el ensayista como intelectual, la

defensa del compromiso como parte intrínseca del ser intelectual, esto último de radical importancia por cuanto la coyuntura nacional e internacional parecía más propicia para la asunción de las teorías posmodernas y el más absoluto descreimiento y ante ello la argumentación de lo que, según Liliana Weinberg ha sido “cifra del mejor ensayismo: el ejercicio de la responsabilidad”<sup>101</sup>.

Cientista social, es lógico la preocupación de Martínez Heredia por las relaciones del ensayo con su ámbito, por cuanto durante mucho tiempo el género parecía ser coto exclusivo de la literatura y recordemos que para él es “expresión del trabajo intelectual sobre lo social”. Fernando, enemigo acérrimo del dogmatismo, encuentra en el ensayo una vía y una herramienta para desencartonar a las ciencias sociales de las verdades establecidas: “El ensayo encuentra ante sí una mayor libertad –o más permisividad– en cuanto a la ampliación de sus temas, pero en un ambiente en que parece imposible, e indeseable, todo paradigma”<sup>102</sup>.

Sin embargo, alerta, la libertad del ensayo no debe confundirse con una renuncia a la teoría ni con la pérdida de la direccionalidad a la hora de hacer ciencia porque, a su juicio la ausencia de objetivos claros (que no explícitos) en el trabajo científico, “empobrece sus posibilidades de encontrar y debatir los problemas principales, torna estériles sus lenguajes y sus instrumentos, y embota el alcance de su actividad”<sup>103</sup>.

Sus afirmaciones sobre lo que debe ser el ensayo en Cuba bien pueden extrapolarse a lo que todo buen ensayista debe perseguir: la búsqueda de

---

<sup>101</sup> Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 320.

<sup>102</sup> Fernando Martínez Heredia, "Problemas del ensayo cubano en los años noventa" en *El ejercicio de pensar*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2010, p. 103.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 104.

sentidos, el ver más allá de la superficie en lugar de quedarse con análisis epidérmicos, la independencia de pensamiento, la capacidad —unida a la posibilidad— de empujar los límites de lo posible, de caminar hacia el horizonte, que cada ensayista se establezca como utopía. En palabras de Fernando:

El ensayo tendrá que ser vehículo del conocimiento social real, de la imaginación y las ideas que sean capaces de ir precisamente desde lo obvio, lo aparente y lo posible hacia adentro, y que también sean capaces de ir más allá. Imaginación e ideas que sean aptos para problematizar lo que hoy parece de sentido común o inevitable, que no teman dudar e incluso mostrar otros caminos. El ensayo tendrá que estar dispuesto a ofrecer su conciencia al país, esto es, deberá reunir ciencia e ideales. Deberá convertirse en una forma escrita de la libertad. Y a la vez, ser eficaz<sup>104</sup>.

Cronológicamente a veces, a saltos otras, dialogando con su propia voz a través de la entrevista hecha para esta tesis en función de concatenar ideas que se reencuentran, iremos analizando así los textos escogidos de Martínez Heredia de la última década del pasado siglo que mejor sintetizan su preocupación por el tema en este período, para seguir los pasos de este ensayista tras la idea de una integración latinoamericana, de una América nuestra que se pueden encontrar en su obra como una constante preocupación, cual tema y variaciones en un músico virtuoso.

---

<sup>104</sup> *Ibíd.*, p. 105.

### **“«Nuestra América», presente y proyecto de América Latina”: las bases de una idea**

Cuando en 1991 se cumplían cien años de la publicación de “Nuestra América”, Fernando publicaba en el Anuario del Centro de Estudios Martianos un texto titulado “«Nuestra América», presente y proyecto de América Latina”. Ese año sería recordado internacionalmente como el del derrumbe de la Unión Soviética. Dos años antes había caído el Muro de Berlín, y desde los Estados Unidos y el ala derecha internacional se esperaba ansioso lo que suponían sería la inminente desaparición de la Revolución Cubana.

Sin embargo, aunque fuese escrito en los albores de lo que se conocería luego como Periodo Especial, no es pesimismo lo que trasunta este texto de Martínez Heredia. Por el contrario, Fernando celebra como una “coincidencia feliz” el hecho del centenario del texto martiano conocido como un ensayo fundacional de la integración latinoamericana, con “la necesidad de llenar el vacío que deja la caída del socialismo real, tumba ideológica a la que se quiere arrastrar en la actualidad a todo el pensamiento revolucionario”<sup>105</sup>.

Fernando hace con ello al mismo tiempo una operacionalización de sentidos múltiple, en primer lugar una relectura de la situación no como cierre concluyente sino como abertura de posibilidades y, en segunda instancia, una declaración de fe, pues mientras muchos intelectuales de trayectoria progresista renegaron de sus posturas de izquierda tras la caída de la URSS, él se reafirma como revolucionario y, en apenas dos líneas plantea una tesis que podría ser aproximadamente: habíamos equivocado el camino, pero eso no significa que reneguemos de nuestras metas.

---

<sup>105</sup> Fernando Martínez Heredia, "Nuestra América. Presente y Proyecto de la América Latina" en *El corrimiento hacia el rojo*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001, p. 177.

Yo fui tildado, con razón —afirmaba en la entrevista para esta tesis— de no ser partidario de la Unión Soviética. En el año noventa hice una intervención en un evento de la UJC (Unión de Jóvenes Comunistas), a la cual le puse como título “Saquémosle provecho a nuestras desgracias” y en ella decía que no viéramos la caída del campo socialista como algo malo sino como la posibilidad de inventar nuevos caminos. Un activista belga amigo de la Revolución cubana escribió un texto muy valioso que decía: “hagamos renacer la esperanza”, es decir frente a aquella postura de “se acabó todo, ahora hasta la historia se acabó”, yo decía “Saquémosle provecho a nuestras desgracias” y él decía “hagamos renacer la esperanza”.

Por eso supongo que volví sobre esa idea más tarde y decía aquello de la “feliz coincidencia”. La idea era que habíamos terminado algo que ya estaba forzado a terminar, y que no fuéramos la última víctima de aquello sino que fuéramos capaces de tomar el pensamiento revolucionario latinoamericano y también el pensamiento socialista y marxista y no solo latinoamericano<sup>106</sup>.

Con “...presente y proyecto de América Latina”, Martínez Heredia retoma la figura de José Martí, un ícono de la cultura política revolucionaria cubana, y en particular a este ensayo fundacional del pensamiento integrador del siglo XIX para entender la situación de su contexto histórico de finales del siglo XX, es decir, relaciona ensayísticamente pasado, presente y futuro.

Lo primero que celebra Martínez Heredia en Martí es su posición como latinoamericanista: “La exposición y defensa de la especificidad latinoamericana es el logro mayor de su posición intelectual revolucionaria. Martí la convoca a reconocerse a sí misma, que es una forma superior de existir, un peldaño decisivo hacia la toma de posesión de sí misma”<sup>107</sup>. Al

---

<sup>106</sup> Fernando Martínez Heredia, “El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución”, La Habana, 2015, s/p.

<sup>107</sup> Fernando Martínez Heredia, “Nuestra América. Presente y Proyecto de la América Latina” en *El corrimiento hacia el rojo*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001, pp. 181-182.

resaltar específicamente esta faceta martiana Fernando realiza esta doble operación tan típica del ensayismo de inscribirse en una tradición que reconoce como suya y que al mismo tiempo ayuda a construir, en este caso, la integración latinoamericanista.

En el diseño de esta tradición en la cual se autoinscribe Fernando ubica cuál es el lugar del pensamiento de Martí en la ruta libertaria del continente: “La visión martiana ha funcionado como forma de conocimiento social superior y guía política para toda una época histórica que apenas comenzaba a desplegarse. Martí logra formular una utopía (un más allá alcanzable por la praxis) americana, un objetivo y un destino específico para el Continente latinoamericano” —afirma<sup>108</sup>.

En dos momentos clave de su ensayo Martínez Heredia llama a revisar por qué siguen teniendo vigencia las posturas martianas de “Nuestra América” a pesar, o quizás, a causa, de la historia transcurrida a lo largo de cien años en el continente. En primer lugar, a su juicio, porque el reto principal continúa siendo el mismo: “el problema básico que planteó hace un siglo sigue en pie: la necesidad de la liberación nacional, y la de las luchas populares, nacionales y continentales, para lograr esa liberación nacional”<sup>109</sup>. Es decir, que Martínez Heredia se desliga de la postura positivista de concebir la historia como etapas de un proceso siempre en ascenso o peldaños que deben ser ascendidos individualmente y, en el caso de los países latinoamericanos, no ve ni desligados el proceso de liberación nacional del de integración latinoamericana

---

<sup>108</sup> *Ibíd*em, p. 180.

<sup>109</sup> *Ibíd*em, p. 184.



ni al primero como escalón para el segundo, sino que los pone a ambos como parte de un proceso bidireccional.

Pero, y esto es muy importante, Fernando no solo afirma que el problema básico es el mismo sino que la lectura martiana del asunto continúa siendo válida: “Sus tesis mismas de ‘Nuestra América’ están dramáticamente en pie, aunque sean ya otros los datos del problema. El conjunto de sus escritos, su modo de abordar los problemas (...), todo Martí puede servir para entender el presente y trazar el proyecto, si somos capaces de ser grandes y hábiles”<sup>110</sup>. Vuelve a hacerse visible la doble operación, un ensayista relee a otro predecesor en busca de las claves para entender y describir una idea, no a través de recetas, porque como afirma el propio Fernando los datos han cambiado por lo tanto el resultado esperado debe ser otro, pero aún son válidas las lógicas de pensamiento que ayuden a la resolución del problema, en este caso la de la posibilidad de una América integrada, que en realidad es un proyecto en construcción.

Fernando, como Martí, reconoce que es Cuba el punto de partida de su análisis y ahonda en cuál es el lugar de la isla, aun en medio de la debacle del socialismo real, en el proyecto de integración latinoamericana. Destaca que Martí percibió claramente la necesidad de que “el continente emprenda su camino de reafirmación y liberación, para que Cuba tenga en él aseguradas su independencia y su entorno natural, de pueblos libres coaligados”<sup>111</sup>.

Este apunte, realizado en un momento en que Cuba se había quedado sin sus antiguos socios comerciales del CAME y la Unión Soviética, enfatiza en la

---

<sup>110</sup> Ibídem, p. 187.

<sup>111</sup> Ibídem, p. 187.

importancia de que la isla mirara nuevamente hacia su “entorno natural” de relación tal como no había podido haberlo hecho en décadas anteriores cuando, impelida por las circunstancias, se había visto abocada a ser partícipe de otro tipo de integración.

Cuba entró en el CAME o COMECON por una necesidad perentoria, por eso es que entró a los 14 años del triunfo. Porque cualquiera que se fije podría preguntarse por qué, si tenían relaciones enormes con la Unión Soviética y el Campo Socialista desde el segundo año, por qué tardaron 12 más en entrar. Porque no era este el mercado al que se aspiraba. El día que Cuba ingresó en el CAME en 1972, el delegado cubano, Carlos Rafael Rodríguez, pronunció un discurso tan breve que quizá no pasa de dos párrafos. En esencia decía que Cuba ingresaba en el CAME porque no podía ingresar en una asociación de países de la América Latina que es su verdadera región de pertenencia cultural, histórica, económica y política; en segundo lugar decía que Cuba se consideraba un país subdesarrollado porque la inmensa mayoría de sus exportaciones eran productos primarios y en tanto no exporte productos industriales se considerará subdesarrollado. Eso era una forma de decir que estábamos allí porque no nos quedaba otro remedio<sup>112</sup>.

No es sobre la base del desconocimiento de la realidad que Fernando realiza su “predicción” de una integración latinoamericana. Aunque describe en tono apasionado las relaciones entre Cuba y el resto del continente: “Los nexos de los fundamentos espirituales, de la cultura política y de la fe revolucionaria de los cubanos con la América nuestra son enormes y entrañables”, dice, pero él mismo reconoce a continuación que:

Las relaciones reales entre nuestras culturas actuales son, sin embargo, muy insuficientes; muchos fuertes enemigos, falta de fuerza material cultural, algunos desaciertos nuestros, y el desconcierto que produce la originalidad misma de un régimen socialista como el cubano, están en la

---

<sup>112</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

base de esa insuficiencia. Las relaciones económicas son una muy modesta fracción de nuestro intercambio, aunque crecen, y tenemos numerosas relaciones estatales<sup>113</sup>.

Nótese en este caso el uso del plural en la palabra “culturas” porque Fernando difiere de quienes defienden la postura de *una* cultura latinoamericana: Hay *culturas* latinoamericanas y no *una* cultura latinoamericana, y las historias de ellas son conflictivas<sup>114</sup>. Esto es importante porque a su juicio la pretensión de una cultura única solo puede esconder subordinaciones y dominaciones entre países y grupos en lugar de posibilitar diálogos reales y certeros que abrirían el camino a la construcción de esa América posible a la que apuntan siempre sus textos. Como buen ensayista Fernando toma un concepto que ya estaba previamente en el campo de las ideas y en el campo cultural (valga en este caso la redundancia) y la vuelve a poner a examen una y otra vez, en este ensayo y en los que le siguieron en años posteriores que serán analizados más adelante.

Es decir, al igual que muchos de sus predecesores en el ensayo de integración latinoamericana Fernando ofrece una panorámica de la situación, suministra claves para entenderla y propone estrategias de presente y futuro porque, como afirma Graciela Sheines: “el ensayo latinoamericano incita a la acción, conduce al compromiso con la realidad social y política”<sup>115</sup>.

---

<sup>113</sup> Fernando Martínez Heredia, "Nuestra América. Presente y Proyecto de la América Latina" en *El corrimiento hacia el rojo*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001, p. 187.

<sup>114</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

<sup>115</sup> Graciela Sheines, "Fundar la patria en la escritura (reflexiones sobre el ensayo en Iberoamérica)" en *El ensayo iberoamericano, perspectivas*, México, UNAM, 1995, p. 195.

## **La economía en el ensayo de la integración latinoamericana**

Como se describió en el acápite anterior, los años noventa en Cuba, son, para los cubanos, indefectiblemente los años del Periodo Especial, lapso en el cual se desconfiguró y reconfiguró la realidad existente hasta entonces a una velocidad increíble. Ello llevó a que las disquisiciones sobre la integración latinoamericana que se hicieron en esos años no tuvieran únicamente un carácter teórico. Se teorizaba acerca de integración e intercambio comercial latinoamericano a partir también de una realidad que en ocasiones suele ser obviada o pasar desapercibida. Con la llegada del Periodo Especial, el desplome de su Producto Interno Bruto, perdidos sus antiguos socios comerciales, Cuba tuvo que buscar nuevos mercados, nuevos proveedores y aunque el mayor intercambio económico sería con Europa, también las relaciones de esta índole con América Latina se incrementaron notablemente.

Al decir del economista cubano Hiram Marquetti, “el flujo comercial de la isla con América Latina representaba en 1989 aproximadamente el 6%, mientras que al culminar 2000 constituyó más del 29%”, ascenso notable sobre todo si se tiene en cuenta que los noventa no fueron un decenio de gran crecimiento e intercambio comercial en la región, de hecho, afirma Marquetti que “el intercambio comercial entre Cuba y América Latina superó el promedio regional del comercio intralatinoamericano en el período 1999-2000”<sup>116</sup>.

Por lo tanto, en tal situación de contingencia era muy difícil establecer convenios bien pensados a largo plazo de índole continental, de hecho ni siquiera todas las relaciones bilaterales que se establecieron perduraron por

---

<sup>116</sup> Hiram Marquetti Nodarse, “Cuba-América Latina y el Caribe: balance de las relaciones económicas y comerciales en los años 90” en *América Latina, el Caribe y Cuba en el contexto global*, Brasil, Laboratorio Editorial FCL, 2002, p. 240.

mucho tiempo por cuanto respondían, netamente, a una coyuntura muy específica. “Las relaciones económicas que se establecen en esas condiciones son lo que yo llamé en el 92 relaciones para sobrevivir —afirma Martínez Heredia—. Yo planteaba entonces que Cuba tenía tres desafíos por delante: el primero era sobrevivir, el segundo es que fuera viable y el tercero era la naturaleza del régimen que emergería de esa nueva forma”<sup>117</sup>.

El primer problema es con qué América Latina se pretendía establecer relaciones. En su ensayo “Movimientos sociales, política y proyectos socialistas” que expuso en el Seminario Estado, Partidos Políticos y Movimientos Sociales, organizado por el Foro de Sao Paulo, en México D.F, Fernando describe la situación del continente a la altura de 1993, en medio de lo más agudo del Período Especial en Cuba usando, para establecer este juicio e ilustrar el panorama no solo los datos duros de la ciencia sino también adjetivos y giros del lenguaje que ayudan al lector a comprender mejor el panorama que Fernando traza en pocas palabras:

La miseria actual en América Latina se torna estructural y creciente porque es consecuencia de la fase del capitalismo subordinado en que la transnacionalización se ha vuelto determinante en la formación económica. Este proceso significa que más del 40 % de la población es excluido de la economía o no es necesitado por ella; la mitad ya son indigentes. Pero no solo ellos sobran: el bienestar de amplios sectores medios, los negocios de una parte del empresariado capitalista, la actividad económica con fines nacionales, todo proyecto capitalista nacional, la más modesta política social, la soberanía nacional, también se deterioran o están siendo excluidos. Decrecen el empleo, el ingreso, el valor que se da a las capacidades, la salud y hasta la estatura de los pobres; su lucha diaria es por la sobrevivencia. Millones de servidores públicos, técnicos,

---

<sup>117</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

profesionales, comerciantes, empresarios —cada uno a su talla—, pierden nivel de vida, seguridad y esperanzas<sup>118</sup>.

Haciendo gala de la situacionalidad que al inicio decíamos que es uno de los rasgos que caracteriza al ensayo, Fernando se acercaba a los problemas que enfrentaba todo el subcontinente al sur del Río Bravo que obstaculizaban una posible integración entre los países de la región aunque hace la salvedad de haber excluido a Cuba de su análisis porque su situación era “irreductible al resto”<sup>119</sup>. Esta, que pudiera parecer una salvedad puramente metodológica es un indicador de su capacidad como ensayista para distinguir entre un proceso que vive de manera más inmediata, el del Periodo especial en Cuba —al cual le dedica innumerables acercamientos en otros textos por esos mismos años<sup>120</sup>— y otro, el de la situación latinoamericana, del cual también forma parte pero que tiene otras explicaciones y otros actores distintos aunque por razones que veremos más adelante complementarios al cubano.

Martínez Heredia es muy incisivo respecto al rol que ocupa Latinoamérica en el comercio y la economía mundial y las causas que la llevaron hasta allí, fundamentalmente tras la década perdida del ochenta y la expansión neoliberal de los noventa. En su lectura se pueden rastrear las huellas de economistas y sociólogos en conceptos como los de centro y periferia que, aunque no están citados expresamente, pueden adivinarse entre líneas:

---

<sup>118</sup> Fernando Martínez Heredia, "Movimientos sociales, política y proyectos socialistas" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, pp. 38-39.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>120</sup> Entre los textos más notables de Fernando Martínez Heredia de análisis sobre la Cuba de esos años pueden citarse “En el horno de los noventa. Identidad y sociedad en la Cuba actual”, “La alternativa cubana”, “Notas sobre sociedad y cultura en la Cuba actual”, “Izquierda y marxismo en Cuba”, “Educación, cultura y revolución socialista” recogidos junto con otros títulos en *El corrimiento hacia el rojo* y “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia”, “Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba”, “Marxismo y cultura nacional”, “Nación y sociedad en Cuba”, “Cultura y revolución” incluidos en el libro *En el horno de los 90*.

La formación económica en América Latina está adecuándose al modelo que le impone el capitalismo mundial, un modelo que es demasiado excluyente y subordinador. El lugar de este continente en el comercio mundial decrece rápidamente, se desmantelan estructuras de producción industrial y el gigantesco parásito de la deuda externa extrae proporciones crecientes del producto económico. En las condiciones actuales, la política de las clases dominantes carece de espacio para medidas sociales que equilibren sus regímenes y sustenten reformismos políticos<sup>121</sup>.

Fiel al espíritu ensayístico de no ver los fenómenos segmentados sino en su interrelación, Martínez Heredia analiza este desmembramiento económico con el desmembramiento sufrido por la figura del Estado, no desde ópticas anarquistas sino desde el prisma neoliberal lo cual, como veíamos en el capítulo anterior, tiene una incidencia en las posibilidades de articular un proyecto viable de integración latinoamericana:

Se les exige que el Estado —a la vez "adelgazado" y autoritario— sirva menos a los intereses del país y a la soberanía nacional que a la dominación transnacional. Además, los Estados Unidos sobredeterminan los rasgos de esa dominación: ante su pérdida de competitividad frente a otros centros capitalistas y sus problemas internos, los Estados Unidos tratan de convertir a la América Latina en coto suyo, basándose en su implantación imperialista y controles previos en la región, y en ser hoy la única superpotencia mundial. Pretende hacernos rehenes de su debilidad, además de víctimas de su fuerza<sup>122</sup>.

Si bien esto afecta por un lado a los proyectos de Estado nación que mayoritariamente se consolidaron en el siglo XIX o inicios del XX en América Latina, dejando en manos del mercado regulaciones que dan al traste con los índices de vida de millones de personas en el continente, por otro lado Martínez Heredia afirma que esto ayuda a la valoración positiva de nuevas

---

<sup>121</sup> Fernando Martínez Heredia, "Movimientos sociales, política y proyectos socialistas", en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 39.

<sup>122</sup> *Ibíd.*, p. 39.

formas de insurgencia, las cuales, por otras razones, también veían en la figura del Estado un enemigo:

el Estado es execrado hoy desde los ángulos y los propósitos más diferentes: se le considera entrometido e ineficaz respecto a la economía, incapaz para atraer la inversión extranjera o para defender a la sociedad de sus efectos, burocrático, autoritario, sordo o inútil para enfrentar las necesidades sociales, o servidor de intereses antipopulares. La sociedad que se expresa o se organiza parece ser la antítesis del Estado, y eso aureola de simpatía a los movimientos sociales<sup>123</sup>.

Como buen ensayista Martínez Heredia no se conforma con describir la situación económica del continente, le interesa saber qué factores condujeron a la situación hasta ese punto, y regresa entonces un lustro más tarde sobre la problemática económica y su relación con la política intercontinental en un Taller de Educación Popular organizada por el Centro Martin Luther King Jr., una institución que, aunque en primera instancia tiene un carácter religioso cristiano, en Cuba ha sido articuladora de relaciones con movimientos sociales de toda Latinoamérica y también con actores de los Foros Sociales Mundiales. De ese modo en el ensayo “Trazando el mapa político de la América Latina”, que sirvió de introducción al debate de ese taller, Fernando se cuestionaba algunas de las verdades establecidas con respecto a la economía mundial y del continente:

Lo primero es el mito de la centralidad de la economía vigente y de su intangibilidad. Está muy extendido en toda América Latina y no solo en ella: es el gran mito mundial de hoy. Pero estoy hablando de América Latina. ¿Por qué es tan fuerte ese determinismo económico y cómo se llegó a ese grado de impotencia? Varias tradiciones diversas son opuestas al fatalismo económico, y el tipo de marxismo al que yo me adscribo

---

<sup>123</sup> *Ibíd*em, p. 41.



también lo es. Pero en la región fueron creadas condiciones —externas a la economía— favorables a la libertad de acción de las clases dominantes para hacer que las mayorías sean las que paguen las consecuencias de la renovación de su asociación subordinada a los centros del capitalismo mundial —que ahora es mucho más íntima—, y de las variaciones de la tasa de ganancia. Los Estados Unidos sobre-determinaron ese proceso, desde el control económico más descarnado hasta la colaboración en la represión, que llegó en algunos lugares al genocidio<sup>124</sup>.

El margen de acción que tienen entonces las fuerzas no digamos ya progresistas, sino incluso las burguesas nacionalistas<sup>125</sup> es, al decir de Fernando, muy reducido en esta coyuntura, lo cual resulta una enorme barrera en cualquier proyecto de carácter integracionista, o, incluso colaborativo en el cual pudiera pensarse: “El proceso de centralización y concentración de capitales del último tercio del siglo xx ha sido descomunal. América Latina no quedó al margen de él. La intimidad de los lazos que se han establecido entre los países latinoamericanos y el centro imperialista es tal, que el espacio de autonomía de los poderes de la región, está desapareciendo”<sup>126</sup>.

Sin embargo, aunque como se ha visto por diferentes razones el continente estaba sumido en una debacle económica, política y social, paradójicamente Cuba logra aprovechar esa misma coyuntura para, en medio de la desaparición de sus antiguas redes de comercio y política, encontrar

---

<sup>124</sup> Fernando Martínez Heredia, "Trazando el mapa político de la América Latina" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 66.

<sup>125</sup> La existencia o no de unas burguesías nacionalistas ha sido un tema de amplio debate durante años entre los economistas, sociólogos y filósofos del continente. Muchos afirman que el uso de este término es una contradicción en sí mismo por cuanto el esquema mundial en el cual se inserta América Latina hace a las burguesías más cercanas a los círculos de poder internacionales que a los proyectos de Estado-nación, y otros afirman que son estas lógicas de poder internacionales las que frenan un mayor desarrollo de estas clases o sectores sociales. Con fines operativos en esta investigación usamos el término en el mismo sentido que lo hace Fernando Martínez Heredia, es decir, como una clase o grupo social que eventualmente hacía coincidir sus intereses de clase con los de sus respectivos países.

<sup>126</sup> Fernando Martínez Heredia, "Trazando el mapa político de la América Latina" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 67.

resquicios en sectores que habían sido desplazados y perjudicados por esa reconfiguración económica y volverlos aliados puntuales que en todo caso le permitieron establecer relaciones de intercambio, porque como recuerda Martínez Heredia, el horizonte de la integración parecía más inalcanzable que nunca en ese momento:

Las relaciones con América Latina empezaron a crecer a partir de esa coyuntura y crecían con alguna celeridad, lo cual es interesante para un estudioso. En ese momento América Latina vio contraerse a la mitad su participación en el mercado mundial en toda esta etapa. Los Estados Unidos controlaron de manera más brutal a la América Latina y en los años ochenta empezó el proceso de desindustrialización en América Latina. Quizá la necesidad extrema de algunos de estos países de diversificarse por su propio descalabro, y por esa sujeción terrible de las burguesías nacionales a los Estados Unidos ayudó a que, por carambola, tuvieran más relaciones con Cuba. Lo cierto es que de todas maneras Cuba tiene relaciones con algunos de esos países, no con toda la región. Venezuela no aparece en el horizonte hasta final del siglo. Hasta el salto tremendo que dieron con el gobierno de Chávez el monto de las relaciones económicas de Cuba y Venezuela es despreciable. En otros países va creciendo, pero en ningún caso hay ahí una voluntad integradora que vaya siquiera hacia mercados comunes porque se dan facilidades. Creo que son relaciones bilaterales siempre y esto no cambia hasta que empieza a aparecer una política más internacional, cuando empiezan a aparecer en el gobierno de algunos países grupos con intereses autónomos capaces de reivindicarlos y salir adelante<sup>127</sup>.

El reconocimiento que hace Fernando de cómo y por qué Cuba tiene relaciones de intercambio con algunos países latinoamericanos en este contexto huye de los lugares comunes de un tipo de discurso habitual en Cuba, que parece dar por sentada la integración latinoamericana en lugar de considerarla un proceso aspiracional. Esto habla de un ensayista que, tal como aparece en la caracterización de Luis Rafael, evita las abstracciones y en su

---

<sup>127</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

lugar necesita estar muy atento a las ondas sutiles o vibrantes de la realidad para poder incidir en ella.

### **Culturas e identidades latinoamericanas**

Cuando se revisan los ensayos sobre integración latinoamericana —dejando de lado los escritos por economistas obviamente— la economía no se suele contrastar con tanta fuerza con otros factores y procesos como la cultura, la identidad y/o la política como sí lo hace Fernando Martínez Heredia, quien intenta poner a dialogar siempre a varios de estos actores para comprender la realidad del continente. Pero ello no significa, ni remotamente, que el análisis que hacía Martínez Heredia desde Cuba de la integración y lo latinoamericano tuviera un carácter lineal o economicista.

En el ensayo leído en México en 1993, Martínez Heredia no solo hace una sistematización y análisis de la situación económica usando un lenguaje perfectamente comprensible que lo acerca a un público mucho más general, además presenta, en un párrafo certerísimo usando sus puntos de vista el tema de la complejidad de la cultura y sus relaciones con la política, asociando dos conceptos que suelen presentarse como separados. La ampliación del campo semántico de la cultura que da como resultado esta operacionalización le permite a Martínez Heredia una mirada crítica a este fenómeno de mucha mayor profundidad y esto lo lleva a afirmar que lo que le impide a la izquierda alcanzar triunfos definitivos es su ausencia de una cultura propia, orgánica a la situación específica de cada país, que es el único modo en que se podría articular después integradoramente:

En esta etapa resulta entonces central la lucha cultural. La izquierda tiene que lograr una identificación propia de tal calidad que constituya al fin su especificidad; que sea su brújula para la actuación y el polo que atraiga a los humildes y a todos los que quieran sumarse a favor de los cambios, en vez de ser su identidad, el peso de un saco de indefiniciones e inconsecuencias que arrastra fatigosamente. Entiendo que el único camino viable y eficaz es la construcción de una posición socialista (lo que siempre incluye convicción, elaboración técnica, voluntad, acción), que sea irreductible a la dominación capitalista y generadora de una cultura de liberación. Las ideas, la organización y la acción política de izquierda, están obligadas a ser ajenas y opuestas al capitalismo: solo así podrán tener oportunidades en esta etapa y en la lucha cultural que se ventila. No solo son obsoletos los viejos tópicos y modos ideológicos "de izquierda", también es ineficaz la lucha ideológica que no se entienda a sí misma como parte de un enfrentamiento más amplio, cultural<sup>128</sup>.

El problema de una cultura de izquierda que desconozca la situación y los componentes históricos de cada país de la región es, al parecer de Fernando, un problema fundamental en las alternativas que se presentan como libertarias pero que luego no hacen sino repetir esquemas de dominación de variada índole (por género, raza, orientación sexual, etc.) perdiendo así la oportunidad de aprovechar el espacio contestatario que la reivindicación de estos derechos genera con posterioridad y designándolos dogmáticamente en su lugar como rezagos capitalistas:

El comunismo entra en América Latina afectado primero por el deseo excesivo de mundializar la doctrina pero sin condiciones para eso. En lugar de apelar a una etapa de apropiación cultural y de fortalecimiento cultural apela a una etapa de formalización política y autoritarismo político. Entonces crea organismos realmente externos a sus países en muchos casos, pero muy disciplinados y estructurados, que todos quieren lograr lo mismo: la Internacional Comunista. Pero las culturas de estos países y

---

<sup>128</sup> Fernando Martínez Heredia, "Movimientos sociales, política y proyectos socialistas" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 53.

pueblos en muchos casos tienen elementos superiores a los que traen estos compañeros y en otros no, pero por lo general son muy diferentes. Entonces se termina con ideales maquillados y asimilaciones del Occidente burgués<sup>129</sup>.

Asistimos aquí a esta fusión de lo privado con lo intelectual y conceptual de la que habla Liliana Weinberg pues quien reflexiona es, nada menos, que un hombre que ha vivido la mayor parte de su vida en un país autodeclarado comunista, que se reconoce a sí mismo como tal y de todas maneras el ensayista es capaz de unir este “énfasis en la experiencia” al análisis de los errores del movimiento comunista mundial para realizar esta reflexión. De esta manera Martínez Heredia pasa de una filiación que le viene dada por el aprendizaje de las luchas sindicales que recibe en el propio batey<sup>130</sup> donde nace y por la inserción en los acontecimientos políticos de la Cuba revolucionaria, a una afiliación en la cual complejiza su yo enunciativo tomando mayor conciencia de su capacidad crítica, alternando la voz del yo ensayista e investigador de ciencias sociales y del nosotros como colectividad cubana y latinoamericana del cual se siente parte según se acerca o aleja del objeto de estudio.

En 1997, en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología en Sao Paulo Fernando ofreció una conferencia titulada “Cultura y política en América Latina” que se puede leer como un magnífico ensayo en el cual se refería al espacio que había ido ganando a través de los años la defensa de la identidad latinoamericana desde la cultura y argüía para ello el hecho de que las identidades latinoamericanas estuvieran en riesgo, que

---

<sup>129</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

<sup>130</sup> En Cuba y en una zona del Caribe antillano se le denomina batey al lugar donde están las casas, las oficinas y el comercio en un central azucarero.

todavía existía la dimensión de proyecto, es decir, “la propensión a atribuirle un destino a la América Latina” y que la necesidad de defenderse encontraba “en lo específico regional una fuerza; y en la cultura la expresión por excelencia de lo que tienen y de lo que buscan”<sup>131</sup>.

Hay dos puntos importantes que se deben destacar del contexto de este ensayo, amén del texto mismo. El primero es que es un texto leído en un congreso, es decir, en un espacio que por sí mismo está pensado para ser fuente de diálogo, de discusión; en este caso los interlocutores que tiene siempre cualquier ensayista son mucho más palpables, visibles. Sin embargo, luego, con la publicación del texto, el ensayo expandirá sus fronteras y posibilidades de interlocución y es a la construcción de este otro público posible, no homogéneo, sino compuesto por varios entendedores procedentes de múltiples áreas - del campo literario, académico, de las ciencias sociales, económicos, políticos, de movimientos ciudadanos-, a la que le apuesta siempre Fernando y lo que explica su estilo de escritura.

El segundo es que, si bien se trata de un congreso específicamente dedicado a la sociología, Fernando dota a su texto de un alcance que supera lo estrictamente académico, y se adscribe así a la corriente que no ve dicotomías entre el pensar “ensayístico” y el pensar “sociológico”, entendido este último como la intención de adaptar las ciencias duras a las ciencias sociales. En general los ensayos de Fernando Martínez Heredia —y ello se puede apreciar particularmente en los dedicados a la temática de integración latinoamericana— son absolutamente transdisciplinarios y amalgaman a través de un estilo sagaz

---

<sup>131</sup> Fernando Martínez Heredia, "Cultura y política en América Latina", en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 21.

filosofía, sociología, historia... logran sintetizar y sistematizar conceptos y saberes provenientes de múltiples fuentes de conocimiento para incidir en la realidad de la cual habla. Este tipo de discurso es ejemplo de la problematización de los límites entre ensayo y ciencias sociales, que, al decir de Liliana Weinberg se vincula “con la tensión entre, por una parte, esquematizaciones y, por la otra, desarrollos literarios”, que nos vuelve a remitir a la estilización artística de lo didáctico de la que hablábamos con Gómez de Baquero y que permite aunar en un género probablemente lo mejor de ambas áreas del saber.

Manejar con soltura las herramientas del lenguaje y las profundidades de las teorías le permite a Martínez Heredia ampliar el diapasón de sus públicos potenciales y abrir caminos en ese sentido. Logra así un acercamiento entre dos orbes y destinatarios de difícil conciliación: el ensayo para el gran público o la generalidad de los cultos y el ensayo académico de especialistas. Como afirma Alejandro Labrador Sánchez “la reflexión teórica rigurosa facilita al ensayista ver lo que falta por decir, o expresar aquello de lo cual aún no se puede o no se quiere hablar en el universo exclusivo de las teorías. Inversamente, el ensayo en ciencias sociales plantea a las teorías nuevos problemas, enigmas y paradojas que esperan un nivel superior de argumentación”<sup>132</sup>.

Fernando realiza aquí otra operación de resignificación cuando pone a dialogar dos cuerpos teóricos que curiosamente no suelen relacionarse: los defensores de la “inevitabilidad” de la integración latinoamericana y los

---

<sup>132</sup> Alejandro Labrador Sánchez, “Teoría y ensayística en el discurso sociológico”, en *El ensayo iberoamericano, perspectivas*, México, UNAM, 1995, pp. 93-94.

estudiosos de la cultura como fenómeno y proceso. A diferencia de otros constructores de la unidad latinoamericana desde la cultura Fernando Martínez Heredia no concibe a esta última como un campo placentero libre de conflictos sino que, por el contrario tiene una mirada muy crítica de esa perspectiva: “únicamente se habla bien de Latinoamérica en términos culturales, que resulta como una especie de consolación: es la que tenemos: la Latinoamérica cultural, pero mira qué bonita es”<sup>133</sup>.

Cuando Martínez Heredia repiensa la “inevitabilidad” de la integración latinoamericana esto le permite reabrir discusiones que hubieran podido estar en apariencia superadas o pasadas de moda dentro del campo político e incluso en algunas zonas del intelectual, pues a su juicio, hablar de la integración latinoamericana como un “deber ser” a partir de la historia común resulta un manto que oculta las verdaderas historias múltiples de América: “cuando se habla de una historia común en realidad estamos entre autoctonías más o menos mentadas, historias más o menos tergiversadas o parcialmente ocultadas, e inclusiones relativas”<sup>134</sup>. La realidad con su tozudez implacable nos demuestra que, ante el discurso de la “inevitabilidad” de la integración latinoamericana, que pretende ser políticamente correcto muchas veces, suelen surgir luego conflictos que encuentran su explicación justamente en estas historias ocultadas y tergiversadas.

En el ensayo “Cultura y política en América Latina” Fernando es nuevamente el ensayista que regresa una y otra vez a definiciones y realidades preexistentes para volver a poner en cuestión no solo la idea de la identidad

---

<sup>133</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

<sup>134</sup> *Ibíd.*



latinoamericana sino la defensa *a priori* del concepto sin analizar qué se está defendiendo en primer lugar. Revisa los conceptos, hace reordenamiento en el campo semántico. Esta postura ensayística le permite acercarse a la definición para detectar sus limitaciones y debilidades y también sus fortalezas para encontrarle así nuevas potencialidades:

Resulta entonces ambigua —y hasta contradictoria— la asunción de la defensa de la identidad latinoamericana desde la cultura. En la medida en que responde a las necesidades anotadas al inicio es un vehículo de resistencias, que podría ser muy útil en la búsqueda de caminos y en la acumulación de fuerzas propias que permitan avanzar desde la defensa hacia la proposición de opciones viables frente a la inhumana dominación del sistema. En la medida en que se reduzcan los ámbitos y perspectivas de esa identidad a ideas estrechas que permanezcan dentro del campo “cultural”, que no incluya e integre los conflictos reales existentes —ideológicos, sociales, económicos, políticos—, y las necesidades reales de las mayorías, ella será muy débil frente al imperialismo y frente a los intereses de las minorías dominadoras en cada país, y será manipulable por ellos<sup>135</sup>.

De este modo Fernando alerta de la desventaja que tienen los movimientos y procesos de izquierda para apropiarse de las raíces de las culturas de las cuales surgen e incorporar su simbología al sentido común de los pueblos y desvela la capacidad que tienen las industrias culturales en el capitalismo para reabsorber estas “esencias culturales” y convertirlas luego en mercancías comercializables en forma de telenovelas de turno, reggaetones que parecen defender la identidad compartida del continente, comida típica o ropa étnica como si esta banalización de los productos bastara para expresar la diversidad cultural latinoamericana. Para Martínez Heredia “las asunciones

---

<sup>135</sup> Fernando Martínez Heredia, "Cultura y política en América Latina" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 22.

latinoamericanas de las culturas latinoamericanas serán eficaces para nuestras sociedades si ellas son capaces de asumir las complejidades de sus implicaciones”<sup>136</sup>.

Hacia el final del ensayo Fernando destaca el hecho de que entender la complejidad de esta diversidad no se trata de establecer un multiculturalismo políticamente correcto con el cual cualquier gobierno o grupo dominante podría estar de acuerdo por cuanto le fuera funcional a sus intentos normalizadores, sino, por el contrario, su comprensión es un paso para recuperar su potencial movilizador: De esta manera Fernando asume una distancia crítica ante un tema en el que se reconoce inserto por lo cual aunque este distanciamiento crítico le permite ganar en lucidez no reniega de saberse partícipe del fenómeno.

El análisis cultural latinoamericano se encuentra ante una riquísima diversidad, ante un sinnúmero de especificidades nacionales, regionales, locales, de tipos disímiles de grupos humanos, como seguramente sucede en otras regiones del mundo. Lo problemático es que esas especificidades tienen que tomar parte activa en cualquier proyecto unitario latinoamericano que pretenda ser beneficioso para las mayorías del continente<sup>137</sup>.

Cuando un año más tarde Fernando hablaba en el Taller de Educación Popular del Centro Martín Luther King Jr. volvía sobre el tema de las diversidades culturales, no como un elemento que, *per se* juegue a favor o en contra de proyectos integracionistas o nacionalistas, sino como elementos inherentes a las formaciones humanas que, de no ser tomados en cuenta,

---

<sup>136</sup> *Ibíd*em, p. 23.

<sup>137</sup> *Ibíd*em pp. 24-25.

desvirtúan cualquier análisis sobre la realidad y limitan el alcance de cualquiera de estos proyectos:

La gente vive en su diversidad, y no en la unidad. Eso también es lo normal. La diversidad es local, regional, económica, de género, política, religiosa, étnica, ideológica, racial, de todos los tipos imaginables. Lo anormal es la unificación de diversidades. Puede suceder o conseguirse por un tiempo o transitoriamente, por determinados motivos. Ya eso es algo. Creo que siempre es una ganancia, es una escuela, pero es un logro muy insuficiente. La diversidad no es una argucia o una conspiración de los burgueses, ni es tampoco una bendición para los que luchamos contra el capitalismo. Es una característica de la gente<sup>138</sup>.

Esto que leído de manera aislada parece una afirmación muy obvia, debe entenderse realmente como una postura de crítica a los movimientos de izquierda que históricamente han tenido relaciones conflictivas con grupos minoritarios o representantes de varias diversidades pues dan por sentado que los intereses de estos grupos deben subsumirse de manera automática en los de su proyecto de Estado o gobierno<sup>139</sup>, y no que estos proyectos deben representar y dar cabida a aquellos. Prosigue Martínez Heredia afirmando entonces que:

(...) la gente vive en su cultura, y, por tanto, vive sus culturas. Siempre existe una compleja integración de las formas culturales, con predominio de una estructura que fija lugares, alcances y valoraciones, para cada forma, con lo que asegura mediante la dominación cultural, que la reproducción de la vida social sea a la vez la de la dominación<sup>140</sup>.

Justamente para analizar cómo es posible la reproducción de la dominación repara Martínez Heredia en cuáles son las raíces de las que se ven

---

<sup>138</sup> Fernando Martínez Heredia, "Trazando el mapa político de la América Latina", en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 74.

<sup>139</sup> Piénsese en la compleja relación que tuvo la Revolución Cubana con los homosexuales, que tuvo sus momentos más álgidos en la creación de las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) y la crisis del Mariel y que apenas se ha ido revirtiendo en las últimas décadas a partir de la labor del Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX) o en los conflictos que gobiernos autodenominados progresistas de la región como Ecuador o Chile tienen o han tenido con grupos indígenas.

<sup>140</sup> Fernando Martínez Heredia, "Trazando el mapa político de la América Latina", *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 74.

a sí mismas como las grandes culturas latinoamericanas. Se refiere entonces a sus complejidades de carácter histórico recordando que muchas de los grandes genocidios continentales se hicieron en nombre de los proyectos de Estado nación que le daban un sentido de pertenencia a amplias capas poblacionales las cuales toleraban en su nombre diversos grados de represiones: “El peso simbólico de la patria, la bandera, la república, no es pequeño en el caso latinoamericano. Nació de conmociones generalmente anticoloniales, y de eventos revolucionarios que reunieron a clases y grupos diversos, y que en algunos casos tuvieron extraordinarios componentes populares”<sup>141</sup>.

Este peso de lo historiográfico que ha servido de asidero a muchos de los peores proyectos latinoamericanos incluyendo las dictaduras —que se llamaban a sí mismas nacionalistas— tiene también un lado positivo asociado a la creciente globalización de las clases dominantes, y es que, cada vez menos, las clases dominadas se reconocen en ellas, hecho que, si se le aprovecha, tiene un potencial liberador:

Hace quince años, Frei Betto, escribía que, respecto a la vida material, Brasil alberga en sí una Bélgica y una India. Hace diez años recorrí Calcuta en el centro de Lima. Quizás, la paradoja más hiriente para el conocimiento en América Latina, es ver que conviven esas realidades con la aceptación de que la vida no se puede vivir de otra forma, como no sea el capitalismo. Esa sobredeterminación de fuente mundial, favorece a las clases dominantes latinoamericanas. Pero, a la vez, es un índice de su debilidad, porque las va reduciendo en términos culturales a ser clases cada vez menos nacionales<sup>142</sup>.

Lector acucioso de Gramsci, Fernando detecta en este proceso las dificultades cada vez más crecientes con que se encuentran las clases

---

<sup>141</sup> *Ibidem*, pp. 66-67.

<sup>142</sup> *Ibidem*, p. 72.

dominantes en América Latina no ya para imponerse como hicieron durante la etapa de las dictaduras, sino para construir consensos en las sociedades a las cuales supuestamente gobiernan, guían y organizan de modo que ante su falta de validación no le queda otro remedio que acudir a episodios de represión esporádica o sistemática según sea el caso referido:

Las viejas hegemonías latinoamericanas, fueron arrastradas por las modernizaciones y por los cambios del período reciente, pero las nuevas clases dominantes de la mayoría de los países carecen de rasgos fundamentales para que pueda hablarse de la consolidación de nuevas hegemonías. Sin gestas propias ni memorias de conducción de mayorías, sin base en amplios sectores intermedios, sin dominio apreciable sobre la autodeterminación nacional ni la economía, la hegemonía de las clases dominantes no está establecida, y en algunos casos se reduce a equilibrios<sup>143</sup>.

Con una lógica ensayística Martínez Heredia no organiza entonces la realidad latinoamericana a partir de los tradicionales pares filosóficos de bueno y malo sino que es capaz de apreciar ventajas y desventajas dentro de un mismo proceso de dominación cultural que adquiere diferentes matices según sea el país o grupo social del que se trate: “la dominación cultural no es un escenario fatal en el que todo es funcional: es un teatro de conflictos y adecuaciones, de renovaciones y nuevos conflictos. En lo esencial, hoy el capitalismo está ejerciendo el control, pero en la cultura de las gentes y sus expresiones hay un inmenso potencial de rebeldía”<sup>144</sup>.

---

<sup>143</sup> *Ibidem*, p. 70.

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 74.

## **Pensar la política en términos continentales**

Mucho incide la política en la economía en los países al sur del Río Bravo y a pesar de la catástrofe económica de la década, quizá sea la política el que fuera el territorio más arduo para defender la integración continental en los noventa. “Cómo hacer en el momento en que en América Latina han triunfado los peores gobiernos para decir que uno lo que tiene que ser es latinoamericano” se preguntaba Fernando en la entrevista para esta tesis mientras recordaba que eran los tiempos cuando “Carlos Saúl Menem está haciendo lo peor que se puede hacer en América Latina” y cuando “a quienes quisieron protestar en Dominicana a fines de los ochenta los mataron en pequeños grupos, y a quienes quisieron protestar en Caracas en febrero del 89 los mataron en masa.” A eso le añadía Fernando el hecho de que a causa de la delicada situación que tenía en Cuba en aquellos años no parecía factible ni siquiera defender el socialismo. “Entonces ¿qué se podía defender por otra parte en relación con América Latina?: hablar de los movimientos de lucha sociales, y se decía entonces que teníamos que conocerlos, que teníamos que unirnos a los movimientos de lucha sociales, ¿por qué? Porque no había movimientos de lucha política”<sup>145</sup>.

Es notoria la insistencia de Fernando en la importancia de los movimientos sociales en esos años porque para él los proyectos de liberación e integración del continente no necesariamente tenían que partir, o debían circunscribirse a proyectos estatales. De hecho defiende esa aproximación a los movimientos sociales como algo de lo más notorio en términos de

---

<sup>145</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

acercamiento y solidaridad entre Cuba y el resto de América Latina en esa década.

Aparecían problemas graves como decir: nosotros somos latinoamericanos, vamos a recuperar la latinoamericanidad y a la vez tenemos una situación económica desesperada, vamos a recuperar los negocios. Esa fue una década de tensión y creo que sobre este asunto no se ha pensado lo suficiente.

Lo que a mí me parece impresionante es como se mantuvieron los intereses y las discusiones latinoamericanas. Vamos a celebrar dentro de diez días el 11no. Paradigmas Emancipatorios, un taller que nació en el año 95 gracias a que un grupito de personas formadas se decidieron a ser latinoamericanos a como diera lugar. El primer taller lo dimos en un Club Náutico de la costa habanera todo desvencijado, sin muebles ni nada y que por lo tanto se lo prestaban a cualquiera. La primera mañana discutimos Enrique Dussel, Marta Harnecker y yo mientras un grupo de personas participaban, decían y escuchaban, aunque fue en plena crisis total y quienes lo organizaron no tenían un pasado latinoamericano pero este país tiene muchas reservas. Gilberto Valdés, quien sigue hasta el día de hoy llevando eso ha logrado que cada dos años asistan centenares de latinoamericanos a cada uno de los paradigmas. Se convocaba como una cuestión de los movimientos sociales, que era lo que de verdad tenía posibilidad de ser<sup>146</sup>.

Huelga llamar la atención sobre que justamente uno de los ensayos analizados en esta tesis lleva por nombre “Movimientos sociales, política y proyectos socialistas”. En él Martínez Heredia hace casi una declaración de fe con respecto a cómo percibir la realidad latinoamericana desde la interrelación de varios procesos y no desde un ángulo único y segmentado: “El problema práctico de las relaciones entre lo político y lo social es central en América Latina actual, aunque no es explicitado en el mismo grado ni de igual forma por

---

<sup>146</sup> Ibídem.

los sectores interesados”<sup>147</sup>. De esta manera Fernando realiza una doble lectura al afirmar al mismo tiempo no solo que esta interrelación entre política y sociedad es insoslayable en cualquier análisis serio sobre este tema, sino que cada quien (estudiosos, políticos, movimientos sociales...) puede percibirla desde una óptica diferente según sea el prisma con que se mire o el grado de implicación.

Esta diferencia de matices vuelve más complejo cualquier intento de integración ya no solo porque las economías en los noventa estuvieran cercanas a una catástrofe, o porque las raíces culturales de cada región sean diversas y hasta contrapuestas, sino porque en términos políticos tampoco suelen funcionar las homologaciones impuestas y lo que en un contexto determinado pueden representar “avances democráticos”, por poner solo un ejemplo, en otro diferente puede implicar un franco retroceso:

Otro rasgo significativo actual es la tendencia a homologar idealmente los sistemas políticos de América Latina y sus referentes ideológicos a los de los países capitalistas desarrollados. Las causas y las manifestaciones de esa tendencia son complejas. En las últimas décadas se ha profundizado y acelerado la universalización de los procesos sociales, impulsada por el capitalismo desarrollado. En los países de la llamada periferia del capitalismo se combinan, por una parte, la creciente determinación y sujeción de su economía al exterior y la disminución progresiva de su autodeterminación, la transnacionalización, la miseria masiva estructural y otras consecuencias de la madurez del sistema mundial capitalista, con la pretensión —por otra parte— de que esas sociedades "subdesarrolladas" se organicen políticamente y tengan un mundo ideológico que imite a los países centrales<sup>148</sup>.

---

<sup>147</sup> Fernando Martínez Heredia, "Movimientos sociales, política y proyectos socialistas" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 35.

<sup>148</sup> *Ibíd.*, pp. 36-37.



Entonces el esclarecimiento de qué entiende cada país o grupo político y social por conceptos como democracia —ya no democracia socialista o burguesa sino democracia sin apellidos, como si existiese una única definición posible—, o socialismo es, a juicio de Martínez Heredia, una forma de entender su direccionalidad. Este esclarecimiento de los contenidos semánticos es muy propio del ensayo pues en él siempre hay una orientación, una capacidad de reexaminar conceptos desde una mirada valorativa nunca neutral, es un género moral, ideológico y, por lo tanto, esta insistencia en develar campos semánticos es, al mismo tiempo, un acto de valentía del ensayista: la reapropiación de estas nociones constituye una toma de partido intelectual ante el miedo por las palabras que muchas veces se percibe en algunos movimientos de adscripción revolucionaria, y en Cuba en particular<sup>149</sup>.

Ya se trate de una institución política, de un partido tradicional, un movimiento de masas o incluso un gobierno establecido que en teoría denuncien la situación de las mayorías miserables, apoyen las demandas sociales de diversos sectores y traten de “presentar una alternativa de cambio frente al sistema vigente”, en América Latina sucede que algunos de estos “sectores dentro de esas organizaciones suelen reivindicar el socialismo como horizonte, sin pretender su implantación para un futuro próximo, ni ser homogéneos en cuanto a qué entienden por socialismo”<sup>150</sup>.

---

<sup>149</sup> El debate en torno a si era pertinente hablar de democracia y sociedad civil en Cuba que tuvo lugar en el VII Congreso del Partido Comunista, realizado del 16 al 19 de abril de 2016, a partir de posturas mucho más conservadoras de las que tenían Fernando Martínez Heredia, Jorge Luis Acanda, Rafael Hernández, Julio César Guanche y otros intelectuales cubanos en los noventa y tempranos dos mil, pone en evidencia los avances y retrocesos que estas discusiones pueden tener en una sociedad.

<sup>150</sup> Fernando Martínez Heredia, "Movimientos sociales, política y proyectos socialistas" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, pp. 48-49.

En el análisis minucioso de conceptos que son usados de manera más o menos libérrima en América Latina, Martínez Heredia no pasa por alto a las "alternativas", definición que somete a un pertinente análisis de contenido semántico. Así los pasa por un tamiz crítico haciendo de esta manera una crítica de la crítica misma. Se centra en ellas en 1998 en el ensayo para el debate en el Taller de Educación Popular cuando afirma que la palabra "alternativas", tiene diversas implicaciones: "Alternativa es una manera delicada de llamarle a las cosas cuando uno carece de todo poder. Como carecemos de poder, le decimos alternativa al poder, le llamamos alternativa al socialismo y a la liberación"<sup>151</sup>.

De nuevo es importante recalcar el contexto: en este taller realizado en uno de los espacios no gubernamentales que desde Cuba más ha estimulado el pensamiento y la reflexión en torno al accionar de los movimientos sociales en el continente se reunían jóvenes de izquierda de diferentes países latinoamericanos por lo que una alocución que ensayara la integración latinoamericana en ese momento reforzaba la construcción del concepto mismo y su conversión en realidad. Entonces Martínez Heredia planteaba:

El problema del alcance de las ideas y del movimiento es también el problema de lo posible. ¿Nos estamos planteando estos problemas realmente? Tengo la sensación de que las cuestiones fundamentales no se discuten mucho. (...) Es imprescindible librar la batalla cultural que cree espacios para negar la dominación, el poder y las jerarquías vigentes; que cree un campo diferente y opuesto al capitalismo para la actuación y los nuevos proyectos, que instituyan nuevas personas y nuevas sociedades<sup>152</sup>.

---

<sup>151</sup> Fernando Martínez Heredia, "Trazando el mapa político de la América Latina" en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 63.

<sup>152</sup> *Ibíd.*, p. 82.

Aunque a esta altura del siglo muchos hayan experimentado francos retrocesos y otros estén en crisis, estos nuevos proyectos que Fernando reclamaba parecían llegar entonces con la entrada del XXI. También la situación económica de Cuba había dejado de ser un poco menos angustiante y perentoria, por lo que estaba en capacidad de establecer otras relaciones con Latinoamérica que no fueran únicamente de sobrevivencia y tiene distintos niveles de influencia sobre determinados líderes y gobiernos de la región.

Fernando destaca el caso venezolano, en el cual “Cuba tiene una influencia muy favorable desde antes del inicio de la Revolución Bolivariana por las relaciones de Hugo Chávez con Fidel (...) esa relación tiene que tener un peso porque Venezuela a su vez ha tenido un papel continental”, cita además a Evo, quien “visitaba el país antes de ser presidente y tenía admiración por el Che” y a Correa, cuyo “gobierno ha sido muy afín al nuestro de maneras reales”. Afirma además que otros gobiernos de la región que “también tienden a la autonomía y al mejor reparto de la renta nacional” tenían “una influencia de Cuba que, aunque es de otro modo, salvando la diferencia en los detalles, también es importante porque ahí lo que se pone en juego es el prestigio de Cuba y el prestigio de ellos, es decir, la amistad de algunos de estos líderes con Cuba está muy bien en ambas direcciones porque a ellos los hace más creíbles como actores políticos”<sup>153</sup>.

Vendrían entonces los tiempos del ALBA, el retorno con fuerza del Mercosur, la fundación de la CELAC. Vuelven a ser pertinentes las definiciones de integración que pretendíamos dar al inicio de esta tesis por cuanto Martínez

---

<sup>153</sup> Fernando Martínez Heredia, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", La Habana, 2015, s/p.

Heredia recuerda que a Hugo Chávez le gustaba mucho distinguir entre integración y unión, volviendo a insistir así en que este tipo de fenómenos no pueden verse aislados ni en estado puro:

Él decía que estábamos luchando por la integración de los países de América Latina pero lo que había que tener como objetivo verdadero a ver cómo se lograba era la unión, que eran dos cosas diferentes. (...) es cierto que tanto Venezuela como Cuba han tenido ese tipo de relaciones con varios países de América Latina. ¿Pero se puede decir que tienen solo efectos económicos? Sería un gravísimo error. Tienen efectos políticos e ideológicos tremendos<sup>154</sup>.

Justo en el año que llega al poder en Venezuela Hugo Chávez y se abren las puertas así del periodo de poco más de una década caracterizada por el liderazgo de gobiernos progresistas de centro izquierda que tomaron supuestamente entre sus estandartes y campañas políticas principales la integración latinoamericana, el ensayismo cubano parecía preludear lo porvenir desde la figura de Fernando Martínez Heredia quien proponía entonces dos cosas: la necesidad de un proyecto (político, teórico, económico, cultural...) propio, pues “no tiene ninguna posibilidad de seguir un proyecto mundial que le ofrezcan”, pero insistiendo en la visión unitaria: “América Latina necesita declarar su segunda independencia”<sup>155</sup>.

---

<sup>154</sup> *Ibíd.*

<sup>155</sup> Fernando Martínez Heredia, “Trazando el mapa político de América Latina” en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005, p. 83.

#### **4-Conclusiones**

Fernando Martínez Heredia es ejemplo del amplio diapasón de temas y enfoques que por décadas ha manejado la tradición ensayística cubana. Y Martínez Heredia lo retoma, se afilia, se inserta y la repiensa. Siguiendo a Martí abrió una mirada más amplia de lo latinoamericano que deja, como lo hace siempre un buen ensayista, otros cuestionamientos que pueden ser contestados en una conversación intemporal por quien quiera continuar en esa línea.

Aunque por su propia formación el ensayo que trabaja está más cerca de lo sociológico y filosófico, Martínez Heredia utiliza una prosa fluida, diáfana, aunque no exenta del uso de figuras literarias y las amalgama de manera natural con las herramientas y teorías que trae apre(h)endidas de las ciencias sociales. Fernando ayuda a construir esa tradición de la que se siente parte, citando a otros ensayos y ensayistas que le precedieron y con los cuales él siente que hace familia y, al mismo tiempo, dejando preguntas abiertas, temas pendientes que podrían servir para reabrir nuevas discusiones, para motivar ese diálogo que representa el espíritu del ensayo y del cual este autor tanto disfruta.

En los ensayos de Fernando puede apreciarse cómo, a pesar de que en el transcurso de los años las condiciones económicas y políticas han sido en realidad mayoritariamente adversas para la concreción de la integración latinoamericana, su insistencia en el tema no está relacionado con una postura maniqueísta que da por sentado esta integración como un hecho “natural”, como antes no dio por sentado las etapas de la

construcción del socialismo al comunismo. Por el contrario, Martínez Heredia analiza las condiciones concretas de cada país y cada región del continente, sus contradicciones latentes, desmenuza conceptos como el de lo “latinoamericano”, la “cultura común” o la “historia compartida” para encontrar lo que estas categorías solapan y, al mismo tiempo, las potencialidades que esconden.

Como buen ensayista Fernando no da ninguno de estos temas por agotados; por el contrario retorna sobre ellos una y otra vez, sin querer dar conclusiones definitivas en ningún caso. Ante los cambios de contexto que se van sucediendo a lo largo de la década Martínez Heredia vuelve a preguntarse recurrentemente qué significa “Nuestra América”, esa frase acuñada por Martí que se volvió casi una toma de partido en el continente y qué significa la “integración”. Lo hace variando el punto de mira, sabiendo que alternar el sitio de abordaje puede conducirlo a una mejor comprensión del fenómeno, a una mayor amplitud de entendimiento. Fernando cambia el enfoque del diálogo para hacerlo más cercano a los interlocutores a quienes se dirige en cada momento según estos sean en primera instancia netamente cubanos o se esté dirigiendo a un público latinoamericano, aunque en ningún caso desconoce —por el contrario tiene plena conciencia de ello— que sus palabras tendrán resonancia fuera de ese lector o receptor inicial.

Cabe volver a destacar que Martínez Heredia representa de modo muy elocuente esa “buena fe” que se ha visto como característica del ensayo. Su vida es coherente con sus textos y, por lo tanto, sus preguntas hacia los otros son también un autocuestionamiento desde la honestidad

intelectual y el compromiso con lo escrito. No se percibe a sí mismo como un iluminado, sino como alguien con capacidad de incidencia sobre lo social. Ello lo hace uno de los mejores representantes de la larga lista de investigadores y académicos que en Cuba se han acercado por años al tema de América Latina y de la integración latinoamericana.

Fernando sintetiza las líneas fundamentales que ha trabajado el ensayismo cubano que ha abordado el tema de la integración latinoamericana, es decir: un acercamiento político al tema, lo cual equivale a una toma de partido, sin que esta excluya variables culturales, históricas, económicas, sociales. O sea, no desde discursos dogmáticos, sino desde análisis serios y profundos que desentrañen los momentos que abordan los ensayos, su propia contemporaneidad, pero, construyendo también, abiertamente o a *sotto voce*, un proyecto de futuro, hablando, como lo hacía Roque Dalton, de la América Latina que puede —y que Fernando y mucha de la mejor tradición del ensayismo de izquierda cubano ansía— llegar a ser.

Mis años como periodista y editora de la Revista de Cultura Cubana *La Jiribilla* me dejaron, entre mis ganancias más preciadas, una amistad con Fernando (y una complicidad con su esposa Esther) sin las cuales no me hubiera aventurado nunca a hacer este estudio. Lo aquí escrito es apenas la punta de un iceberg que esconde largas horas de conversación en las oficinas de *La Jiribilla* y en todos aquellos espacios donde coincidíamos como los talleres del Marinello y las reuniones de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), charlas telefónicas interminables, intempestivas solicitudes de ayuda y colaboración con la revista a las que

Fernando siempre accedía con un entusiasmo y una seriedad admirables aunque significaran para él pérdidas de horas de sueño y otros sacrificios.

Aun así, debo reconocer que el impulso final de dedicarle esta investigación me lo dio Ana Cairo en diciembre de 2014 en La Habana. Hasta entonces yo pretendía incluir más autores cubanos en este análisis, probablemente ateniéndome a un texto de cada quien y fue ella quien, con su lucidez y justeza, me dijo: concéntrate en Fernando, su obra da para mucho y ya es hora de que se le dedique por fin una tesis.

Como para nosotros la comprensión de lo latinoamericano ha estado siempre religado a la comprensión de lo cubano y viceversa, quizá sea esta una manera de saldar algunas deudas: con la generación de Fernando, que alcanzó a participar en ese optimismo utópico fundacional de los sesenta en Cuba, con la de mis padres que cuando la avalancha de los noventa se les vino encima se dieron cuenta de que sus viejos referentes ya no les iban a servir apenas para criar a sus hijos, con la mía propia, que aún conservaba los recuerdos de los dibujos animados rusos mientras iba emigrando, silenciosamente, hasta desperdigarse por todo el mundo y aun así sigue pensando a Cuba, y sintiendo a Latinoamérica.

Esta investigación es apenas un punto de partida. De ella podrían derivarse varias líneas de análisis que serían pertinentes para el campo de los estudios latinoamericanos: una de ellas podría ser la comparación entre las posturas de Fernando y la de otros intelectuales cubanos sobre el mismo tema o de este con sus pares de América Latina para tener así una dimensión más exacta de esta discusión a nivel continental. Este, sin



embargo es un proyecto ambicioso que por razones de tiempo podría acometerse únicamente a nivel de doctorado o a través de un equipo de investigadores si se quiere comprender el proceso en toda su complejidad.

Aunque Martínez Heredia ha estado vinculado con México, y en especial con la UNAM por tres décadas, de manera general su obra apenas encuentra difusión fuera de determinados círculos intelectuales más ligados al estudio de Gramsci, el Che y el marxismo. Sin embargo, la socialización de los textos aquí analizados, o la reedición mexicana de textos publicados por editoriales cubanas y argentinas fundamentalmente, contribuiría no solo a una mejor comprensión de los procesos de integración latinoamericanos sino también a una forma de hacer y entender el ensayo desde el cruce de saberes y la honestidad y compromiso del intelectual ante su realidad circundante que, a pesar de ser durante mucho tiempo una marca de agua del género en estos lares, lamentablemente se ha ido perdiendo en algunos espacios.

## **Anexo 1: Problemas del ensayo cubano en los años noventas\***

### **Fernando Martínez Heredia**

Ante todo reitero nuestro agradecimiento a los editores argentinos que han dado un ejemplo de solidaridad sagaz e ilimitada: ellos han sido decisivos para este logro. Saludo también los esfuerzos y desvelo de los trabajadores y los responsables del Instituto Cubano del Libro que no cejaron hasta que se alcanzó el éxito de esta empresa.

La colección Pinos Nuevos es un gran acontecimiento cultural: cien cubanos inéditos se presentan de un golpe, diciendo de la fuerza de la cultura en el país, y de que ella está en buenas manos en lo que toca a productos acabados de la sensibilidad y el pensamiento. Los ilustradores de cubierta son también una selección de artistas plásticos casi siempre jóvenes como los autores que en conjunto dan una formidable muestra del lugar tan destacado que han alcanzado esas artes en Cuba.

Treinta y cinco ensayos inéditos de una vez, los que estamos presentando aquí hoy, dan cuenta de un logro más notable aún: existe, y está activo, el pensamiento en nuestra patria. Y estos son los que alcanzaron a estar. La premura de la convocatoria no dio tiempo a muchos a presentarse; los autores de varios ensayos muy apreciados por nosotros resultaron no ser inéditos, y este era un requisito indispensable. Otros, en fin, entre el centenar tomado en consideración, son valiosos y promisorios pero no suficientes respecto al promedio exigido, al juicio de la Comisión de Selección. Sabidos son también los límites de todo juicio y de toda selección.

Tenemos así reunida a una familia de ensayistas que, como toda estirpe, es naturalmente diversa, rica en individualidades y tamaños, aunque a la vez se reconoce en cada uno de sus miembros. Con todos tengo yo una relación: tuve la suerte de estar entre sus lectores primeros. Me toca aquí hablar desde el terreno que me es más cercano, el del pensamiento social y las ciencias sociales, motivado por el hecho de que más de veinte de los libros que presentamos hoy pertenecen a esos territorios. Hago la salvedad —no por obvia innecesaria— de que en los ensayos de temas literarios y artísticos se

encuentran, encontré, numerosas implicaciones, alusiones o abierto tratamiento de asuntos de pensamiento y ciencias sociales.

No es posible hablar de cada uno, por su gran riqueza y diversidad de temas. Me parece entonces feliz la opción indicada por los organizadores, de hacer algunos comentarios alrededor de los "problemas del ensayo cubano en los años noventa"; es decir, de algunos entre la enorme cantidad de temas, interrogantes y expectativas que a todos nos motivan, nos preocupan y a veces nos angustian.

En estos ensayos hay un motivo fuerte para reconocernos a nosotros mismos, para sentir ese orgullo de ser cubanos que hoy está sufriendo en Cuba disminuciones y amenazas. Es pues una fiesta de la nación encontrarse aquí, también de esta manera, ante el testimonio de la elevación que alcanza el pensamiento de sus hijos. Hoy la cuestión de la nación vuelve a ser crucial entre nosotros. Pero ella nunca ha sido la cuestión de la nación en general, y ahora lo es menos que nunca. De nuestras acciones y nuestros pensamientos dependerá cómo nos replanteemos la nación y las opciones que asumamos serán decisivas para llegar a unos u otros resultados de alcance histórico que pueden ser muy divergentes entre sí.

Al ensayo le toca entonces continuar estos caminos que ustedes están abriendo, pero encontrando y planteándose bien los problemas actuales del ensayo cubano, para tener más oportunidades de acertar y de desarrollarse. El principal, a mi juicio, es el problema de los asuntos, de los temas mismos que se investigan y exponen. Cada ambiente social predispone o aleja, aconseja, hace aparecer, o, por el contrario, llega hasta a prohibir los asuntos que ha de tratar el pensamiento social. Los campos profesionales sufren esas influencias y las traducen desde sus especificidades y anteriores hemos padecido una situación de empobrecimiento y de dogmatización muy fuertes de los fundamentos del pensamiento social, que afectó muy duramente a las disciplinas sociales y le hizo mucho daño al ensayo. La paradoja es que, en ese mismo tiempo, se multiplicaron en un grado extraordinario las capacidades escolares y técnicas de las generaciones jóvenes, y el país mismo avanzó muchísimo en la complejización de sus tejidos sociales y en sus expectativas culturales.

Ahora el paradigma que nos fue impuesto está vencido, desprestigiado a fondo desde el mismo centro externo que lo originó, aunque son totalmente insuficientes la crítica interna que hacemos a aquella ideología de dominación y el provecho que hemos sacado de su bancarrota en Europa. Por otra parte, estamos en medio de una crisis económica que ha barrido gran parte del estado de bienestar compartido entre todos que teníamos, y están en curso transformaciones de estructuras y relaciones de gran magnitud y consecuencias inciertas. El ensayo encuentra ante sí una mayor libertad o más permisividad— en cuanto a la ampliación de sus temas, pero en un ambiente en que parece imposible, e indeseable, todo paradigma. El problema de la teoría —o de los debates acerca de diferentes teorías y sus implicaciones, que sería lo más sano parece obviarse renunciando a toda teoría. La cuestión verdaderamente grave, y que no puedo evitar recordar, es que ese problema nunca ha podido resolverse así. Por una parte, las adscripciones teóricas no tienen que ser expresas para surtir efectos; por otra, y es lo más importante, la falta de orientación (en el buen sentido de esa palabra que ha sido tan desgastada en el uso y el lenguaje comunes) del trabajo científico empobrece sus posibilidades de encontrar y debatir los problemas principales, torna estériles sus lenguajes y sus instrumentos, y embota el alcance de su actividad.

Otro problema es el del compromiso. Después de tanto tiempo de sufrir tantas intervenciones en tantos campos de la vida en nombre del compromiso, de manera tan pesada y torpe y con tantos formalismos e imposiciones, hoy a muchos les parece lo más correcto desligar de todo compromiso al trabajo de ciencias sociales y sus productos. Todo lo que sugiere compromiso puede ser percibido como la amenaza de caer bajo un peso muerto de prejuicios que tiene una amarga historia. Sin embargo, creo que lo acertado sería debatir en qué puede consistir la pertenencia ideológica en estos campos en la actualidad, cómo ella puede ser legítima y, sobre todo, beneficiosa, en sus relaciones con la investigación, el conocimiento y sus frutos. Porque opino que la pertenencia ideológica es inevitable, y que lo indispensable es asumirla como algo en que uno tiene parte del dominio y de las decisiones, en vez de ser un simple siervo de ella.

Una vez más Cuba es retada a relacionarse íntimamente con el mundo, y el ensayo —que es expresión del trabajo intelectual sobre lo social— es otro teatro de ese desafío. ¿Cómo tomar de lo que existe en el mundo, asumir algo que tiene sus propias lógicas de desarrollo y sus funciones? ¿Cómo equipararse con el mundo sin servilismo, sin nuevas colonizaciones? Esta siempre ha sido una tarea muy difícil para los pueblos que han sufrido los impactos de las universalizaciones sucesivas del capitalismo; pero hoy es más difícil que nunca antes, porque la cultura de los centros del capitalismo parece contener todas las propuestas posibles para la vida social organizada, desde la vida cotidiana hasta los caminos del conocimiento social.

En la etapa que apenas comienza, al trabajo intelectual en que se originan los ensayos le tocará participar, en un lugar y de maneras sumamente relevantes. La lucha que se abre ante nosotros es, sobre todo, una lucha cultural, en la que habrá que ser creativos y no solo resistentes— para sobrevivir y salir adelante sin perder la nación ni la manera de vivir que hemos escogido. El ensayo tendrá que ser vehículo del conocimiento social real, de la imaginación y las ideas que sean capaces de ir precisamente desde lo obvio, lo aparente y lo posible hacia adentro, y que también sean capaces de ir más allá. Imaginación e ideas que sean aptos para problematizar lo que hoy parece de sentido común o inevitable, que no teman dudar e incluso mostrar otros caminos. El ensayo tendrá que estar dispuesto a ofrecer su conciencia al país, esto es, deberá reunir ciencia e ideales. Deberá convertirse en una forma escrita de la libertad. Y a la vez, ser eficaz.

A principios de este siglo parecía que no había más camino para Cuba que su sujeción a los Estados Unidos, y que incluso la isla podría alcanzar una prosperidad económica desde el lugar que supuestamente nos tocaría en el nuevo imperio, aunque se abandonara a cambio el proyecto de nación constituida como república nueva, en busca del cual —a costa de esfuerzos increíbles y de un mar de sangre— el pueblo de Cuba se tornó específico, y se volvió irreductible a ser contenido dentro de otra nación. Hacía diez años que había muerto Martí, cuando un gran cubano, Enrique José Varona, leyó su conferencia "El imperialismo a la luz de la sociología". "Materia de gran actualidad" le llamó Varona a su asunto y explicó la necesidad del análisis que

emprendía y que, a la luz de la ciencia "debe y tiene que hacerlo el profesor". Toda su rica exposición acerca del imperialismo estaba motivada, explicó, por el hecho de que "ningún pueblo más interesado que el nuestro en este estudio". En ese mismo ensayo, Varona opina sobre tres cuestiones que considera fundamentales para Cuba en la coyuntura que el país está viviendo. Yo solo quiero, sin embargo, terminar estas palabras con una afirmación que él hizo allí, y que hago mía: "Yo creo que los pueblos que tienen conciencia de su valor moral están obligados a hacer frente a todos los que provengan lo mismo de la acción desencadenada de los elementos que de la misteriosa trama de las leyes sociales".

\* Intervención en la presentación de los treinta y cinco libros de ensayo de la colección Pinos Nuevos, en la VI Feria Internacional del Libro, La Habana, 12 de febrero de 1994. Fue publicada en Fernando Martínez Heredia: *Repensar el socialismo. Dilemas de Cuba los 90*, Les Éditions du CIDIHCA, Montreal, 2001, pp. 155-16 También existe una edición en francés, de la misma editorial y año (*Repenser le socialisme. Dilemmes de Cuba dans les années*, traducción de Jacques-Francois Bonaldi, pp. 161-166).

## **Anexo 2: “Nuestra América” presente y el proyecto de la América Latina\***

**Fernando Martínez Heredia**

### I. La propuesta martiana.

Es una coincidencia feliz la del centenario de “Nuestra América” con la necesidad de llenar el vacío que deja la caída del socialismo real, tumba ideológica a la que se quiere arrastrar en la actualidad a todo el pensamiento revolucionario. Antes de aquel derrumbe ya estaba en marcha en la América Latina una gigantesca operación que debía consolidar los efectos de las grandes represiones políticas y sociales, y del proceso neocolonial de transnacionalización, sucedidos ambos en las últimas décadas. Esa operación pretende renovar y ampliar el consenso de las mayorías con los sistemas de dominación, mediante la alternancia de gobiernos civiles en Estados nacionales más fuertes y tecnificados que nunca antes en sus funciones de mando y de represión, utilizando la recreación del mito de la democracia y el mito del liberalismo más bien que los avances de la democracia real, y con aparatos formadores de opinión pública a su servicio que han multiplicado su alcance, atractivo, nivel técnico, inculturación y diversidad.

La caída del socialismo real, desenlace funesto de un extravío que gravará sobre todo el fin de siglo, introduce una formidable variación en contra de los intereses de los pueblos latinoamericanos, porque permite postular que frente a la fuerza inmensa e incontrastada de los Estados Unidos no queda otra salida que resignarse y “esperar tiempos mejores”. Las políticas posibles serían sólo las orientadas o avaladas por el imperialismo y sus agencias, los arreglos bilaterales de las situaciones económicas críticas serían los únicos tolerados; ahora la soberanía sólo puede defenderse parcialmente -extraña parcelación- y hasta el crimen impune de Panamá induce a hacer más concesiones en vez de denuncias.

En perspectiva, resulta aún peor la supuesta lección que pretende sacarse de la caída del socialismo real: el socialismo como aventura de cambio

de las personas y la humanidad, ha fracasado, fue una hermosa ilusión impracticable. No hay que mezclar ideales y realidades. Quizás, si somos pueblos laboriosos y juiciosos, alcancemos algunos logros que tal vez traigan consigo el mercado democratizado y la democracia mercantil. Se consumaría así el robo de la esperanza, con el decreto de que la historia ha terminado. En adelante, algunos países volarán en hermosos círculos; los demás podremos admirarlos mejor mientras nos arrastramos, en círculos también.

A un siglo de la aparición de aquel breve ensayo en Nueva York y en México, es necesario llamar la atención sobre la vigencia y procedencia actuales de “Nuestra América”, esto es del mensaje y del proyecto martiano de conquistar una segunda independencia de la América Latina, y dentro de él, del lugar y el deber de Cuba en América. Intentaré basarme en esa necesidad para presentar una visión de “Nuestra América” desde el presente y el futuro de la América Latina. Relacionar la prédica de José Martí con nuestra circunstancia exige que examinemos si aquella fue acertada, trascendente y duradera, y si su circunstancia es comparable con la actual.

Toda revolución profunda genera un pensamiento trascendente, y lo hace por lo menos en dos sentidos. Porque ese pensamiento analiza de manera nueva y radical todas las realidades de su entorno, incluidos los proyectos sociales, y las baña con una luz nueva, volviéndose a la vez capaz de participar de modo decisivo en la creación de realidades nuevas. Y porque el pensamiento puede trascender a la coyuntura que lo anima y al asunto inmediato que lo ocupa, e integrarlos a una perspectiva de mayor alcance acerca de la actividad y motivaciones humanas, y de las relaciones e instituciones, sociales. Cuba entró en un profundo proceso de revolución durante el último tercio del siglo pasado, que se propuso resolver -en grados diversos- los tremendos problemas nacionales y sociales del país. José Martí, líder político fundamental de la última fase de aquel proceso, produjo, con amplia ventaja, el movimiento y el pensamiento más revolucionario de esa época.

“Nuestra América” expresa, en síntesis, la enorme riqueza y radicalidad de la posición y el proyecto revolucionarios de Martí, en su dimensión



latinoamericana. Entre muchas sugerencias y afirmaciones importantes, veo en el texto cuatro tesis principales acerca de su asunto central:

1) las estructuras coloniales han logrado permanecer en las repúblicas latinoamericanas: 'la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República', dice Martí, "nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado"<sup>1</sup>;

2) el liberalismo no es la opción de progreso que "civilizará" al Continente, como disyuntiva excluyente frente al "atraso" y la "barbarie" de las dictaduras y las montoneras. Mentos colonizadas son incapaces para "regir pueblos originales, de composición singular y violenta", porque ellos no saben "con qué elementos está hecho su país", dice Martí. No pueden ser creadores estos estadistas o pensadores, y por tanto no pueden gobernar en un pueblo nuevo, ni guiarlo en el proceso de reconocerse -identificarse, diríamos hoy-, cambiarse mediante la acción conjunta, y disfrutar todos los que debe ser de todos, que esos son para Martí los objetivos de la acción política latinoamericana. "Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano."<sup>2</sup> "Entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando por su falta de realidad local, el gobierno lógico";

3) el peligro mayor para la América Latina es "el vecino formidable", "un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña", "el águila temible" el "crítico goloso e impaciente", "el yanqui aniquilador y rapaz", que de estas y otras formas parecidas llama Martí en sus escritos al imperialismo norteamericano. "La diferencia de orígenes, métodos e intereses" entre los Estados Unidos y la América Latina está próxima a convertirse en un intento de apoderamiento y dominio del primero sobre la segunda. Comprender esto es fundamental, y actuar en consecuencia;

4) América se salvará, esto es, hay que salvar a la América nuestra, pero sólo podrá salvarse mediante soluciones propias, y que impliquen la participación de la masa de los oprimidos. "A los sietemesinos sólo les faltará el valor", "porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás", anatematiza

Martí desde la década final del siglo pasado, no más fácil década que la que comienza ahora. La unidad es indispensable y es virtud suprema, postula, pero ella no es una abstracción. Ante todo es “la marcha unida”, es una unidad para realizar una misión histórica, “la segunda independencia” latinoamericana. Es una unidad basada en levantar a los humildes y convocarlos a una lucha que si no es popular no tendrá fuerza suficiente para osar vencer, y si no es para que todos disfruten lo que debe ser de todos –para que se realice la república- no valdría la pena. “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.”

La salvación no está en rescatar, mucho menos en imitar, “la salvación está en crear”. Hombres nuevos americanos les llama Martí a estos que llegarán a verse a sí mismos “con los ojos alegres de los trabajadores”. La América trabajadora es la que lleva a costas la gran tarea que vendrá, y es la heredera del Continente, en el arrebatado final de “Nuestra América” en que encuentran su sentido la naturaleza, las culturas autóctonas, los próceres y la gesta popular de la independencia, el proyecto de Bolívar, “el criollo independiente”, el mestizaje triunfante y, sobre todo, la fundación que es preciso realizar: “la América nueva.”

Lo esencial se ha dicho, y el autor se explica: “Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.”

Martí siente orgullo de lo que la América Latina ha logrado ya: “de factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas.” Proclama ese orgullo ante todos, clava a los bribones que se avergüenzan de su origen, canta las glorias de la independencia y culpa al colonialismo del retraso y la herencia desventajosa que pesan ahora, frente a la urgencia de cerrar el paso al neocolonialismo y de crear repúblicas nuevas. Por lo mismo, no hace hagiografía con los héroes ni patriotismo con la independencia. En cambio, Martí hace interpretación histórica y análisis de las estructuras de las sociedades y las conductas de los actores sociales -juicios asistidos por la pasión, como pedirá Carlos Mariátegui

una generación después-; y todo lo hace con el objetivo de aclarar, movilizar y organizar para la acción liberadora.

Están a la vista la trascendencia y el alcance extraordinarios de “Nuestra América”. La visión martiana ha funcionado como forma de conocimiento social superior y guía política para toda una época histórica que apenas comenzaba a desplegarse. Martí logra formular una utopía (un más allá alcanzable por la praxis) americana, un objetivo y un destino específico para el Continente latinoamericano. En el mismo proceso en que devela o analiza lo esencial de la historia, las contradicciones y las necesidades de esta América, identifica a su enemigo principal -el imperialismo norteamericano- y explica que el enfrentamiento es ineludible, propone el desarrollo de una autoidentificación y una coordinación práctica latinoamericana para las acciones de defensa y de liberación, y postula que este programa es la única opción.

## II La producción de un pensamiento latinoamericano.

Si tomáramos el conjunto de la obra martiana, ya que “Nuestra América” es coherente con ella, todo lo expuesto se enriquecería y desplegaría mucho más. Toda esa producción literaria de Martí, que guarda una correspondencia ejemplar con su trayectoria vital, es una combinación maravillosa de enfrentamiento y previsión de los asuntos de cada día con una lucha complicadísima y prolongada, que teje voluntades y maneja coyunturas muy disímiles, con una estrategia radical y unos objetivos revolucionarios de gran alcance.

Martí tiene un conocimiento profundo de lo esencial de la historia de América, de la nuestra y de la de los Estados Unidos, como evidencia, por ejemplo, en “Madre América” (1889). Tiene la comprensión más completa de la contraposición existente entre ambas Américas, a partir del conocimiento de sus raíces, su contenido a fines del siglo pasado, la inevitabilidad del choque y la tendencia imperialista norteamericana. Esto fundamenta la necesidad de que nuestra América se una contra ese imperialismo, una necesidad perentoria si la vemos desde la actividad martiana como político revolucionario, o una necesidad histórica a realizar si miramos desde el pensador revolucionario que trasciende su tiempo. -Martí llama a la lucha, porque no hay otra opción: es

fundamental que todos entiendan que el “convite” panamericano es una estrategia norteamericana de debilitar, para el asalto inminente, a los países de la América Latina. “Lo menos peligroso”, dice, “es ser enérgico”, mientras que la debilidad y las concesiones no salvarán a nadie. Reclama no aliarse a los Estados Unidos en sus enfrentamientos con poderes europeos, no ir unas repúblicas al servicio de los Estados Unidos contra otra república latinoamericana, impedirle que ensaye su colonialismo nuevo (su neocolonialismo) en las repúblicas americanas. Son los pasos que deben llevar hacia la obra necesaria: la segunda independencia. No puedo evitar recordar al Che, setenta y cinco años después, llamando a nuestra América, al Tercer Mundo, con las palabras de Martí: “es la hora de los hornos, y no se ha de ver más que la luz”.

El conocimiento de Martí de lo esencial latinoamericano es la base del alcance asombroso de su obra de madurez, intelectual y política. Sus manifestaciones innumerables están centradas o inspiradas, ‘tienen su clave en ese conocimiento, que a su vez ha sido motivado, impulsado y alimentado por la acción revolucionaria cubana de Martí y por el largo camino de más de dos décadas de estudios de las realidades cubanas, hechos siempre desde el propósito de hacer la revolución de liberación nacional, cuyo carácter necesariamente popular, comprendido y emprendido como objetivo de su práctica política, estará en la base de su concepción de la *república nueva*. Y así, por ejemplo, en esa pieza crucial que es el discurso del 10 de octubre de 1889, expone acabadamente su tesis del papel de la guerra para que “un pueblo nuevo y heterogéneo” se descubra a sí mismo mediante su propia actuación, se unifique, ejercite “la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación”. Y explica que los problemas de un pueblo así no se resuelven con los consejos del último diario inglés, ni con una recién llegada tesis alemana, ni con otras lucubraciones importadas del Norte, como alertará quince meses después, en “Nuestra América”.

“La exposición y defensa de la especificidad latinoamericana es el logro mayor de su posición intelectual revolucionaria. Martí la convoca a reconocerse a sí misma, que es una forma superior de existir, un peldaño decisivo hacia la

toma de posesión de sí misma. Si sólo eso hubiera logrado ya habría razón para elogiarlo mucho, pero Martí va más allá. Relaciona a esta América con “la que no es nuestra” y con Europa, por la raíz misma de esas relaciones, que son las colonizaciones. “Lo que es” la América Latina incluye desde ahora lo que le han hecho sus depredadores desde la conquista<sup>3</sup>, lo que le obligan hoy a ser, lo que en apariencia es, y sobre todo, lo que está obligada a realizar con su actuación para conquistar ese ser suyo. El manejo de la especificidad y la identidad latinoamericana frente al Occidente colonizador, criminal y burgués, al Occidente de maravillosas revoluciones tecnológicas y culturales, es el pivote sobre el que este hombre excepcional logra desarrollar una posición, una obra, un mensaje y un combate anticolonial y antineocolonial. Este hijo de una colonia y formado en las metrópolis, poseedor en grado sumo de los frutos espirituales de aquella cultura occidental, intelectual moderno como pocos ha habido, logra transmitirnos una posición, una obra, un mensaje y un combate frente a la colonización espiritual -funesta porque pretende desarmar para siempre al colonizado, y sumarlo, hacerlo cómplice contra su pueblo-, frente al dominio enemigo que convierte a la civilización, la modernidad, el liberalismo, las luces, los avances, en polos de dominio contra nuestros pueblos, y de antinomias falsas para desarmar y desmoralizar, y hacer lacayos a los pensamientos y los sentimientos.

Entonces produce Martí interpretaciones del mundo desde la América Latina, esa necesidad vital de hoy, sin la cual quizás no nos salvaremos; produce otro pensamiento, irreductible a la cultura dominante y también a la cultura avanzada pero dominada, que van floreciendo en el ‘Tercer Mundo a partir de las colonizaciones. Es bochornoso leer tanta tontería o confusión presuntuosa con motivo del Bicentenario de la Revolución Francesa, un siglo después de la página luminosa en que Martí explica a los niños, y a todos, lo esencial de la Revolución francesa; una página en que reconoce a los protagonistas de la revolución, y los menciona seis veces -los trabajadores, los que trabajaban, la gente de trabajo, los hombres de trabajo, así les llama-, expone el sentido profundo de aquellos acontecimientos, no menciona por su nombre a ninguno de los personajes que llenan las narraciones sobre esa época, y concluye: “Ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los

hombres a ser tan esclavos como antes.” Tras lo cual se lanza, en diecisiete páginas agudísimas y atractivas, a mostrar y ofrecer, desde nosotros, claves de interpretación del mundo entero<sup>4</sup>.

El pensamiento martiano fue el más subversivo de su época, para Cuba y América Latina, porque fue: a la raíz de los problemas fundamentales y de su superación, y mostró un camino para crear nuevas realidades y hombres nuevos, enlazando el proyecto más ambicioso de liberación nacional y humana concebido hasta entonces en América, con las propuestas concretas de cómo ir realizándolo. Martí emprendió una cruzada de clarificación y de reunión, de movilización de sueños y organizaciones, desde mucho antes que su lucha fuera visible, y lo fuera su papel de conductor supremo de la revolución cubana. Sus escritos durante la estancia en México (1875-1877) contienen ya elementos importantes de este nuevo pensamiento<sup>5</sup>. En 1880 le escribe a Miguel Viondi: “Lo imposible es posible. Los locos somos cuerdos”. A fines de la década ya se lo dirá a todos: “el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana.”

De aquí en adelante todo en Martí, hasta el último papel, y el último esfuerzo, hasta la muerte, irá luchando y apuntando en esa dirección. Todavía cercana su caída, en marzo de 1896, Enrique José Varona, el científico social y el pensador que ha ido recorriendo laboriosamente su camino, comprende lo que da sentido y unidad a la obra y la conducta martianas, el reto tremendo de planteo y la política práctica que debía convertir lo “imposible” en posible, y en realidades. “No colocó su ideal en un mundo inaccesible”, dice Varona: “todo lo hacía como si no hubiera de hacer otra cosa”, “no era un político especulativo”. “Tenía la convicción: ‘yo alzaré al mundo.’ Y en todo fue grande, pero lo mayor fue su facultad de armonizar y organizar”<sup>6</sup>.

Martí fue el más revolucionario entre los revolucionarios de su tiempo, y era forzoso que arrastrara, que despertara fe en los que hacen la historia aunque no le conozcan del todo las razones. También era forzoso que polemizara con otros que dentro del campo de la revolución tenían ideas más moderadas o respondían a proyectos menos revolucionadores. Cuando se quebrantó el proyecto revolucionario del 95, cuando el país fue ocupado

militarmente por los imperialistas norteamericanos y se desembocó en la primitiva república burguesa neocolonial, fue lógico que se rechazara a Martí, y que se le olvidara. La contrarrevolución ansiaba desaparecerlo, y no podrían asumirlo ni entenderlo “los reformistas sinceros -el movimiento regular que siempre sigue a un impulso prolongado”, utilizo palabras de Martí de 1893. Agotado aquel ciclo revolucionario, Martí quedará como herencia yacente, que levantarán los revolucionarios del siglo veinte.

### III Martí y el futuro de América Latina.

Martí sigue vigente para América Latina, porque el problema básico que planteó hace un siglo sigue en pie: la necesidad de la liberación nacional, y la de las luchas populares, nacionales y continentales, para lograr esa liberación nacional. En el siglo transcurrido, los Estados Unidos cayeron sobre nuestra América. Las fases sucesivas de ese apoderamiento y de las resistencias de la región y luchas revolucionarias y populares son lo medular de la historia latinoamericana de este siglo. Pero la acumulación anterior de sus sociedades, más los modos específicos a través de los cuales se han desarrollado el capitalismo neocolonizado y la vida de los pueblos de la América Latina, dan por resultado una complejidad y suma de contradicciones tales que hacen a estos “pueblos nuevos” los más autoidentificados, caracterizados y potenciales sujetos de cambios radicales del Tercer Mundo.

No se muestra nada promisorio a simple vista, sin embargo, la coyuntura actual. Los problemas de los cambios posibles, que serían la cuestión democrática y la cuestión del socialismo, o expresado de otro modo, la cuestión de las relaciones entre contrarrevolución, reformas y revolución, tienen una riqueza y presentan unas dificultades extraordinarias. El proceso de “modernización” capitalista vivido por la mayor parte de la región en las tres últimas décadas ha producido desastrosos resultados que prácticamente nadie puede negar: grande y sostenida urbanización caótica sin empleo ni servicios suficientes; industrialización transnacionalizada que no forma parte de proyectos nacionales de desarrollo y que carece de apreciables mercados externos; capitalismo agrario sin desarrollo rural; violenta caída de los niveles de vida en los años ochenta y marginalización de gran parte de las poblaciones

en cada país<sup>7</sup>; doctrina de seguridad nacional, dictaduras prolongadas y terribles represiones y matanzas “para combatir el enemigo interno”, mientras en esos mismos países se ha consumado una gran dependencia externa; gobiernos civiles en los últimos años dondequiera que hubo dictaduras, pero que más bien continúan las políticas económicas y las tareas generales que sus predecesores militares emprendieron, y cuyos poderes representativos tienen en la realidad límites muy marcados. La lista de miserias amenaza ser interminable.

La Revolución cubana y el establecimiento de un poder socialista en América que ya tiene 30 años es la demostración práctica -con sus inmensos logros, sus insuficiencias y sus errores- de que es posible vivir de otra manera, incomparablemente más humana y justa, en este continente. Su desafío magnífico y permanente al imperialismo es el logro mayor de una política propia obtenido por pueblo alguno del continente, y eso lo saben los latinoamericanos. La alternativa socialista y el marxismo en español contenidos en la Revolución cubana constituyen un polo diferente y opuesto al del capitalismo en América. Los conceptos y la práctica fueron revolucionados por ella, piedra de escándalo y herejía para la escolástica, el dogmatismo y el reformismo. El actual proceso cubano, llamado de rectificación de errores y tendencias negativas, parte de los valores creados y las características propias de esta revolución para intentar superar las graves consecuencias de los cambios en Europa oriental y en la situación mundial, a la vez que las deformaciones y desviaciones del proceso y las insuficiencias del país, que fueron las causas del inicio de la rectificación en 1986. Para ello apela a promover una mayor participación popular en todos los campos, buscando el desarrollo de sus instituciones democráticas propias, y que de ellas salga la profundización del socialismo.

En la mayor parte de la América Latina las expresiones ideológicas, políticas y organizativas que provienen del campo popular tienen en su contra la sistemática destrucción a que han sido sometidas las organizaciones por la represión, y el aumento cualitativo de los medios de control ideológico y cultural. A favor tienen además de la necesidad y los anhelos de los desposeídos y ofendidos, la enorme y dilatada escuela política y la herencia



aportadas por las luchas de las décadas anteriores, y la ampliación consecuente -que es ya una verdadera multiplicación- de los actores populares y de las formas de su participación en la vida social. Sería un grave error subestimar el potencial que ofrece, a quienes sean capaces de articular reivindicaciones inmediatas y estrategias de liberación, la profundización y enriquecimiento de las percepciones y la cultura acumulada” de autoidentificación y rebeldía que tiene hoy el campo popular.

La democracia está hoy en el centro de los lenguajes políticos, pero para muchos millones de latinoamericanos ella no es sinónimo de sueños ingenuos, engaños periódicos o espejismos. Por ejemplo, ya no es posible separar democracia de economía: a los líderes, partidos y gobiernos democráticos se les exige ante todo políticas económicas de objetivos claros. Dentro del campo popular no se concibe democracia sin participación, y en las más diversas actividades y organizaciones se producen incontables experiencias, se critican las formas de conducción y de dominación que hasta hace algún tiempo se soportaban o se consideraban naturales, y se discute, se aprende o se diseñan formas democráticas para la actuación social y política. La necesidad de formas de poder popular se va abriendo paso en numerosos medios; de sus experiencias y debates saldrán planteos más claros y eficaces del problema del poder.

El juego de “democratizar” la hegemonía burguesa para ampliar el consenso, ese viejo juego con ventaja al que el capitalismo está obligado a jugar por su naturaleza, tiene siempre la desventaja de que expande la actividad y las representaciones políticas a cada vez más amplias masas desposeídas, cuyo desarrollo las va tornando más capaces de exigir lo que el sistema no puede satisfacer sin minar las bases mismas de su dominación. El reformismo es imprescindible para conjurar la revolución, pero a riesgo de que en el medio que el reformismo crea, mediante su negación activa, radical y eficaz, surja la revolución. En la América Latina el equilibrio es todavía más riesgoso para las clases dominantes porque, frente al potencial revolucionario del campo popular. El capitalismo carece de reformas económicas que realizar o incluso prometer, y en vez de bonanzas, trabajo o redistribuciones que amplíen o retengan su base social, debe hablar de políticas de ajuste, de

obligaciones económicas, de “pactos” y “concertaciones” sociales, de “austeridad” para los pobres, o pasar abiertamente a la represión.

¿Contarán las clases dominantes de la América Latina en crisis de fines del siglo veinte con un reformismo en el seno de las organizaciones populares y del pensamiento revolucionario que les favorezca en el objetivo central de conservar su poder? ¿Sólo serán posibles las “salidas” a la crisis permanente que el imperialismo y sus aliados en cada país tengan a bien ofrecer? Ante el agotamiento de los modelos de avance capitalistas nacionales, la vaciedad explícita de los pensamientos avanzados pero mentalmente colonizados, la unipolaridad emergente que aumenta el poder, la presión y la libertad de los Estados Unidos para actuar en la región, el reacomodo de tiburones que llenarán lo fundamental de la política internacional mundial en el futuro cercano, ¿qué puede hacer, cómo puede encontrar su camino la América Latina?

Buscar sus propias fuerzas y movilizarlas, interpretar el mundo desde sus realidades, intereses y anhelos propios, presentar a las relaciones inevitables con el mundo lo mejor defendidos sus intereses, pese a la heterogeneidad que la caracteriza también hacerle cauce al movimiento popular y a la desesperación motivada por la crisis social. Me parecen estas, y otras como estas, las tareas posibles y el único camino para evitar el suicidio de las concesiones que culminarían en la entrega pura y simple. Para estas tareas, para plantearse las bien, es imprescindible que el pensamiento sea latinoamericano, y que sea él quien injerte en nuestro tronco el inmenso caudal cultural que se mueve en el mundo actual. José Martí resulta entonces indispensable, y asumirlo un acto que nos dirige hacia el futuro, y no al pasado.

Sus tesis mismas de “Nuestra América” están dramáticamente en pie, aunque sean ya otros los datos del problema. El conjunto de sus escritos, su modo de abordar los problemas, la armonía y complejidad de relaciones entre su conducta y sus proclamaciones, entre su objetivo liberador y su práctica política, entre la política y la ética, todo Martí puede servirnos para entender el presente y trazar el proyecto, si somos capaces de ser grandes y hábiles.

Martí vio muy claros el lugar de Cuba en América y el deber de Cuba en América. Su más famoso fragmento sobre el tema, la carta postrera dirigida a

Manuel Mercado, expresa claramente su estrategia americana, y el alto destino que le tocaba a Cuba como parte de la lucha de nuestra América. También ve claro Martí en la necesidad de que el continente emprenda su camino de reafirmación y liberación, para que Cuba tenga en él aseguradas su independencia y su entorno natural, de pueblos libres coaligados. A su amigo querido se lo escribe, en esa misma carta: “Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe error”. Cuba será libre, de España y de los Estados Unidos, esto es, del pasado colonial y del futuro dominador neocolonial para iniciar así la segunda independencia; los demás países latinoamericanos necesitan andar ese camino, la unidad es indispensable para el triunfo.

Un siglo después Cuba se levanta, con la liberación nacional que Martí comenzó a pelear, realidad y pelea que tiene que consumarse una y otra vez en el mundo que existe, “que no nos es ajeno”, que a menudo intenta aplastárnosla, o recortárnosla. Los nexos de los fundamentos espirituales, de la cultura política y de la fe revolucionaria de los cubanos con la América nuestra son enormes y entrañables. Las relaciones reales entre nuestras culturas actuales son, sin embargo, muy insuficientes; muchos fuertes enemigos, falta de fuerza material cultural, algunos desaciertos nuestros, y el desconcierto que ‘produce la ‘originalidad misma de un régimen socialista como el cubano, están en la base de esa insuficiencia. Las -relaciones económicas son una muy modesta fracción de nuestro intercambio, aunque crecen, y tenemos numerosas relaciones estatales.

Es previsible que los Estados Unidos sean más tenaces y agresivos contra nosotros, en la coyuntura actual. Pero también es previsible que Cuba sea identificada cada vez más como la alternativa de liberación latinoamericana que efectivamente es. Intereses diversos pueden mover a clases y estados que pretendan intercambios provechosos y cierta autonomía en beneficio propio; en el campo popular las desgracias materiales e ideológicas pueden acrecentar mucho la simpatía y solidaridad que siempre han existido, las que se multiplicarían si se abre un nuevo ciclo de protestas y movimientos populares y revolucionarios.

El desarrollo del socialismo cubano, los modos como salga adelante de su difícil circunstancia actual, renuevan el problema del deber de Cuba en América. El socialismo cubano es la realización en América de la postulación martiana de la liberación nacional con justicia social, y la demostración palpable de que sólo uniéndose ambas es posible triunfar, sostenerse y avanzar. Es el proyecto de un cambio total de las personas y las instituciones, un cambio cultural como contenido real del socialismo, un largo proceso en que tienen que ser los participantes masivos los agentes fundamentales, lo que harán realidad las tareas más grandes, antes tenidas por imposibles, los que se cambiarán a sí mismos en el curso de su actividad, y serán capaces de ir derrotando paulatinamente al egoísmo, el individualismo, el afán de lucro, el afán de dominio, organizados y unidos por el objetivo común y por un poder revolucionario que, siendo por necesidad muy grande, sea por naturaleza concebido como un servicio.

Con todas sus insuficiencias y errores, nuestro socialismo en un país pequeño, subdesarrollado, al pie mismo de los Estados Unidos, es mucho más fuerte moralmente, por sus valores, y materialmente, por la unión y capacidad de resistencia encarnizada de su pueblo, que un socialismo basado en la competencia entre las gentes y el ansia inalcanzable de los consumos de los desarrollados, que un socialismo que se convierta en la dominación de un grupo en nombre de la sociedad.

La conversión de proyectos en realidades, mediante el predominio del factor subjetivo en la sociedad, es el secreto del éxito de las revoluciones profundas. Violentación de lo que la sociedad parece poder “dar de sí”, cuando se logra que las gentes den lo que sí pueden dar de sí, búsqueda pragmática y apasionada que exige una y otra vez la renovación organizada de lo que parece ya definitivo, por instituido, para aproximar la realidad cotidiana al deber ser del socialismo. En esa difícil y maravillosa tarea puede ayudarnos mucho Martí. Con su ayuda podremos incluso recuperar mejor el propio pensamiento nuestro, y pienso en el Che, ese hombre tan grande que hasta alguna vez hemos sentido la tentación mezquina de considerarlo demasiado grande. Este seguidor de Martí que reclamaba hace casi 30 años que se forjara el plan “como obra creadora del pueblo, como la acción de la voluntad del hombre,

sobre las posibilidades o sobre la economía, para transformarla y cambiarle su ritmo”. Y nos pedía a todos “no desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades”.

Martí exclamó una vez, al honrar a Bolívar 63 años después de su muerte, que él permanecía en el cielo de América “vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear [ . . . ] porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy”. Hoy estamos en mucha mejor situación los cubanos, en relación con Martí, aunque tenemos mucho que aprender todavía de él, y que poner en práctica de su prédica entre nosotros. Y también los demás latinoamericanos, pese a faltarles la conquista decisiva de poderes populares, pueden asumir hoy a Martí desde una riquísima experiencia de luchas y de logros de sus sociedades, de crecimiento cultural propio. Unos y otros tenemos que acercarnos, y tenemos a Martí de nuestra parte para hacerlo, ahora que, para terminar con sus palabras, debemos reconocernos unos y otros, como los que van a luchar juntos.

\*“Nuestra América”. Presente y proyecto de la América Latina”. Anuario del Centro de Estudios Martianos, núm. 14, La Habana, 1991

#### **Notas:**

1. José Martí: “Nuestra América“, en Obras completas, La Habana 1963.1973. t. 6. p. 152.3. En lo sucesivo las frases o fragmentos de Martí entrecuadrados en el texto pertenecen a ese ensayo salvo indicación del autor.

2. Cintio Vitier, explica los papeles de los tiempos verbales en la prosa política madura de Martí: “daban” por “deben dejar de dar”, o un tiempo presente para lo que debe suceder y con la acción hay que propiciar, son aspectos de ese lenguaje político.

3“¡Robaron los conquistadores una página del Universo!”, apostrofa en 1884 (O.C., t. 8, p. 335). El debate alrededor del quinto centenario del inicio de la opresión y explotación y opresión y exploración de América tiene en los numerosos pasajes en que trata el tema de la Conquista, y en el sentido de toda la obra de Martí una de sus fuentes más valiosas y de mayor peso; desde el lado de la identidad y la lucha por la emancipación americana.

4J.M.: “La Exposición de París”, en La Edad de Oro, O.C.. t. 18, p. 406-431.

5Un ejemplo: En La civilización de los indígenas, al tratar el tema de la “criminal indiferencia ante una raza”, afirma que las “revoluciones de principios” (liberales) serán infructuosas “mientras no hagamos una revolución de esencia”. “Se está consumando el ideal político; pero necesitamos para realizarlo de la unidad social”, “[...] las naciones no se constituyen con semejante falta de armonía entre sus elementos: todo debe repartirse equitativamente”. (*Revista Universal*, México, 14-1-1876).

6Enrique J. Varona: “Martí y su obra política”. Discurso, 14 de marzo de 1896. En *De la colonia a la república*. Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1919.

7El estudio de CEPAL “Magnitud de la pobreza en América Latina en los años 80”, de julio de 1990, estima en 183 millones a los pobres que residen en la región (pobres, según CEPAL y PNUD, son las familias que no pueden pagar el costo de su canasta familiar y apenas cubren sus necesidades básicas); constituyen el 44 % de la población total de la región. Según el estudio, 88 millones (casi la mitad) viven en la indigencia.

### **Anexo 3: Movimientos sociales, política y proyectos socialistas\***

**Fernando Martínez Heredia**

El problema práctico de las relaciones entre lo político y lo social es central en América Latina actual, aunque no es explicitado en el mismo grado ni de igual forma por los sectores interesados. Que sea abiertamente un problema principal para todo aquel que pretenda actuar desde los intereses de las mayorías del continente es ya un logro importante de cultura política, a pesar de las usuales lamentaciones acerca de las insuficiencias y los desaciertos de las organizaciones políticas populares en relacionar lo político con lo social. Esto significa que se comienza al menos por aquello que en coyunturas decisivas anteriores no se vio, o se advirtió demasiado tarde. Esa es una ventaja a la que es necesario sacar provecho.

Trataré este tema desde el terreno de la búsqueda de conocimientos, indagación que siempre es condicionada por las realidades y sus tendencias, y por determinados presupuestos ideológicos. En realidad solo aspiro a contribuir al planteo de los problemas que considero adecuado, que es lo que me parece más urgente. Por eso este trabajo presenta únicamente caracterizaciones y proposiciones sintéticas acerca de los procesos sociales que a mi juicio es necesario manejar para comprender el tema estudiado, y se mantiene a los niveles generales que estima apropiados.

Estos son apenas apuntes para un debate. Las soluciones acertadas serán siempre fruto de combinaciones afortunadas de prácticas políticas y sociales eficaces con buenas reflexiones y previsiones. Opino, sin embargo, que estas últimas son indispensables para adelantar camino a las prácticas actuales, cuyo desarrollo es muy insuficiente, y también creo que no se cuenta con demasiado tiempo para hacerlo antes de que nuevas coyunturas decisivas se presenten en América Latina.

#### 1. Política, economía y sociedad después de la "democratización"

El sistema político predominante en términos generales en la última década en América Latina es el llamado democrático. Sus características principales son:

- regímenes (en muchos casos posdictatoriales) basados en gobiernos civiles, avances variables en el estado de derecho y procesos electorales relativamente aceptables<sup>1</sup> en cuanto a limpieza y participación en los comicios de los inscritos como electores;

- alternancia de los partidos del sistema en el ejecutivo y en el control de los poderes formales del Estado;

- continuidad del Estado autoritario y de sus funciones de dominación;

- predominio de ideologías y creencias políticas que consideran intangible el orden legal vigente y el sistema capitalista;

- la toma de decisiones fundamentales queda fuera del control de los representantes electos, las instituciones y la mayoría de la población;

- los mecanismos políticos y las ideologías predominantes son funcionales a la transnacionalización y el arbitrio del capital financiero parasitario, que se han vuelto determinantes en la formación económica. Las instituciones financieras internacionales gozan de enorme influencia sobre los medios políticos;

- fuerte control, influencia y presencia del poder político y económico de los Estados Unidos, en grados y formas diversos.

Otro rasgo significativo actual es la tendencia a homologar idealmente los sistemas políticos de América Latina y sus referentes ideológicos a los de los países capitalistas desarrollados. Las causas y las manifestaciones de esa tendencia son complejas. En las últimas décadas se ha profundizado y acelerado la universalización de los procesos sociales, impulsada por el capitalismo desarrollado. En los países de la llamada periferia del capitalismo se combinan, por una parte, la creciente determinación y sujeción de su economía al exterior y la disminución progresiva de su autodeterminación, la transnacionalización, la miseria masiva estructural y otras consecuencias de la madurez del sistema mundial capitalista, con la pretensión —por otra parte—



de que esas sociedades "subdesarrolladas" se organicen políticamente y tengan un mundo ideológico que imite a los países centrales.

Muchos factores operan a favor de esa pretensión. Desde historias diferentes, y hasta cierto punto, se han desarrollado procesos, relaciones e instituciones característicos del capitalismo desarrollado en la mayoría de los países del planeta. Con mayor intensidad y difusión —aunque en proporciones muy diferentes según los estratos de población de que se trate se consumen los valores y diversos productos culturales procedentes del polo desarrollado del capitalismo. Ciertas clases sociales y estamentos son más receptivos a aquellos valores y productos por razones directamente ligadas a su existencia y modo de vida; otros muchos son influidos a sumarse por los medios de socialización del sistema, aunque no gocen de sus gajes. Por diversas razones, en América Latina se da una incidencia mayor de estos procesos y características que en las otras regiones del llamado Tercer Mundo. Ellas incluyen la realidad de que los elementos culturales en cuestión no solo están sólidamente implantados en el campo de la dominación en este continente de antiguos Estados independientes republicanos, o funcionan a favor de él: una larga tradición de luchas y de ideas populares latinoamericanas ha reivindicado la identidad regional y el bienestar para sus pueblos a partir de ideales y de instrumentos políticos e ideológicos originados en el desarrollo de Occidente.

Antes de continuar esta descripción breve y esquemática del complejo que forman la política y las ideas relacionadas con ella en América Latina actual, advierto que he tomado tres licencias. Ellas son: obviar la diversidad por países, discordancia que a veces es extrema, mediante generalizaciones cuidadosas, pero que en algunos puntos resultan insuficientes; excluir a Cuba, cuya situación es irreductible al resto; y no dar al aspecto de la violencia política el peso que tiene en la realidad en los casos de Guatemala, Perú y Colombia.

La llamada democratización se está agotando, pero ha ocupado el lugar central de la política en la última década. El par "dictadura–democracia", marcó los límites de esa política y redujo el campo de los proyectos considerados posibles. A la vez que se dio entrada en los actos electorales a decenas de

millones de personas y se reconoció a millones como actores sociales, se excluyó a proporciones generalmente mayoritarias de la población de los acuerdos políticos sobre las cuestiones sociales y económicas: las "concertaciones" han reconocido derechos y demandas, más o menos, a sectores organizados con poder de presión; el resto de la población de cada país ha sido sometida a las políticas de los regímenes "democráticos" y a los llamados ajustes económicos. La evolución de los arreglos siguió este orden general: primero se concertaba para obtener o preservar gobiernos civiles e institucionalidad, mientras se dejaban las demandas sociales "para después"; a continuación, las políticas de ajuste han exigido sacrificar a las mayorías en aras de un "chorreo" de la futura prosperidad, o simplemente porque resulta indispensable que la política económica haga esas "concesiones" a leyes externas "de la economía". La macroeconomía que manejan los gabinetes económicos gubernamentales no se siente obligada a tener en cuenta la miseria ni la política social, ni estas afectan mucho la actividad cotidiana de los partidos políticos. El desastre que se vive en la sociedad es excluido de las variables determinantes del sistema político democrático.

Ese desastre no es consecuencia de una coyuntura de crisis. La miseria actual en América Latina se torna estructural y creciente porque es consecuencia de la fase del capitalismo subordinado en que la transnacionalización se ha vuelto determinante en la formación económica. Este proceso significa que más del 40 % de la población es excluido de la economía o no es necesitado por ella; la mitad ya son indigentes. Pero no solo ellos sobran: el bienestar de amplios sectores medios, los negocios de una parte del empresariado capitalista, la actividad económica con fines nacionales, todo proyecto capitalista nacional, la más modesta política social, la soberanía nacional, también se deterioran o están siendo excluidos. Decrecen el empleo, el ingreso, el valor que se da a las capacidades, la salud y hasta la estatura de los pobres; su lucha diaria es por la sobrevivencia. Millones de servidores públicos, técnicos, profesionales, comerciantes, empresarios —cada uno a su talla—, pierden nivel de vida, seguridad y esperanzas.

La formación económica en América Latina está adecuándose al modelo que le impone el capitalismo mundial, un modelo que es demasiado excluyente

y subordinador. El lugar de este continente en el comercio mundial decrece rápidamente, se desmantelan estructuras de producción industrial y el gigantesco parásito de la deuda externa extrae proporciones crecientes del producto económico. En las condiciones actuales, la política de las clases dominantes carece de espacio para medidas sociales que equilibren sus regímenes y sustenten reformismos políticos. Se les exige que el Estado —a la vez "adelgazado" y autoritario— sirva menos a los intereses del país y a la soberanía nacional que a la dominación transnacional. Además, los Estados Unidos sobredeterminan los rasgos de esa dominación: ante su pérdida de competitividad frente a otros centros capitalistas y sus problemas internos, los Estados Unidos tratan de convertir a la América Latina en coto suyo, basándose en su implantación imperialista y controles previos en la región, y en ser hoy la única superpotencia mundial. Pretende hacernos rehenes de su debilidad, además de víctimas de su fuerza.

La base social y nacional de la hegemonía de las clases dominantes se estrecha y se debilita; la legitimidad de su hegemonía no está conseguida en unos casos, y en otros se desgasta. En muchos, los dominantes son fracciones nuevas, que no tienen a su favor la tradición ni condujeron alguna vez al pueblo. En su pasado reciente, abunda la complicidad con las dictaduras sangrientas de "seguridad nacional", y con el entreguismo, frente la opción de reconocer demandas y personalidad a las mayorías de sus propias sociedades. En general, no hay propuestas de futuro que avalen al presente: ni economistas ni políticos se atreven a prometer bonanza para la gente común. La democratización mantiene las características del sistema político enunciadas arriba, pero no enfrenta problemas básicos como son la participación cada vez menor del trabajo en la renta nacional, la inmensa y creciente desigualdad ante el ingreso, la no solución de las necesidades básicas de las mayorías y la erosión de la soberanía. Cambian los gobiernos, los partidos y los parlamentos, pero no el Estado. La reproducción ideológica del capitalismo sigue siendo en América Latina mucho más abarcadora y decisiva que la reproducción del capital. La ideología neoliberal y el triunfalismo capitalista difundidos desde los países centrales aún muestran eficacia, pero

van camino de agotarse y quizás con ellos la democracia electoral— frente a las miserables realidades de las sociedades.

El momento es de transición, insisto. Que la lógica dominante condene a desaparecer o perder su importancia a determinadas formas económicas, actividades estatales, instituciones y profesiones —y a los valores, intereses, sentimientos y hábitos que han estado ligados a aquellas no es igual a que esos procesos hayan recorrido en la práctica su ciclo vital. No hay que confundir las tendencias con los procesos transcurridos. Es inevitable que en este tiempo de transición surjan tensiones, contradicciones y enfrentamientos. En realidad, ellos forman una parte muy importante de la política latinoamericana de esta etapa, que puede asumir significaciones y entidades disímiles y acarrear consecuencias significativas al sistema político vigente.

Lo más trascendente en las sociedades del continente en la actualidad es que partes apreciables de ellas adquieren conciencia de sí y formas propias de organización. Los movimientos sociales agrupan a millones de pobladores urbanos humildes, cristianos de base, trabajadores "informales", defensores de derechos humanos, mujeres, indígenas, campesinos sin tierra, ecologistas, negros, jóvenes, desempleados, jubilados; ellos expresan en unos casos los cambios estructurales recientes, pero sobre todo manifiestan la emergencia de conductas masivas concertadas en defensa de sus identidades, sus intereses específicos y sus representaciones sociales. El período reciente ha hecho relevantes a los movimientos sociales, por razones muy variadas. Apunto las cinco que creo más importantes:

- la universalización capitalista tiene efectos monstruosos y contradictorios en este continente: crecen las relaciones sociales y los productos culturales típicamente capitalistas, lo que favorece la atomización de los intereses individuales y la ampliación de los papeles de la sociedad civil. Pero crece a la vez, en ese mismo proceso, la gran pobreza en que transcurre la vida de las mayorías, y en el sistema político no se plasman regímenes democráticos análogos a los típicos del capitalismo desarrollado;

- la autoidentificación social, y sus especificaciones, han sido favorecidas por la expansión de la capacitación, de la escolarización y de representaciones

más complejas del mundo, que han acompañado a los procesos latinoamericanos de las últimas décadas;

- en las últimas décadas, las represiones políticas y sociales y los estados de excepción sistemáticos vaciaron de sentido al sistema político en cuanto a la defensa de intereses populares y el contrapeso de poderes. Muchos movimientos sociales ocuparon espacios que antes eran de la política, o controlados por ella, y desplegaron formas sociales de lucha de manera autónoma;

- los regímenes políticos actuales funcionan de manera ajena a los reclamos y necesidades inmediatos de las sociedades. La mera sobrevivencia y la defensa de intereses, identidades y representaciones sociales de millones de personas ha tenido que expresarse como autodefensa, y apelar a solidaridades y fuerzas culturales de los propios grupos implicados;

- el Estado es execrado hoy desde los ángulos y los propósitos más diferentes: se le considera entrometido e ineficaz respecto a la economía, incapaz para atraer la inversión extranjera o para defender a la sociedad de sus efectos, burocrático, autoritario, sordo o inútil para enfrentar las necesidades sociales, o servidor de intereses antipopulares. La sociedad que se expresa o se organiza parece ser la antítesis del Estado, y eso aureola de simpatía a los movimientos sociales.

Muchos movimientos sociales fueron activísimos —y por momentos protagónicos— en los procesos antidictatoriales. La política del sistema se ha cuidado de desmontarlos o embotar su filo, como parte de sus procesos de democratización controlada y limitada. Pero la naturaleza, las demandas y las actuaciones de los movimientos sociales tienden a oponerlos a aspectos del sistema de dominación. Esa virtualidad que los asociaría a la lucha contra el sistema en una coyuntura determinada no implica que las organizaciones opuestas a aquel hayan conseguido vincularse con los movimientos sociales a escala significativa (reitero las licencias que advertí arriba). Este problema, y en sentido más general el de la articulación entre lo social y lo político como parte de una renovación del quehacer político, es central para el avance de una alternativa política a la dominación.

## 2. Hegemonía capitalista, democracia y socialismo

Desde varios años antes de la caída del llamado socialismo real, ya en gran parte de América Latina estaban en crisis o muy debilitadas las organizaciones e ideas revolucionarias, la alternativa socialista y la izquierda en general. Durante los años sesenta y setenta se había producido un enfrentamiento prolongado y muy sangriento entre la ola de protestas sociales y rebeldías revolucionarias que recorrió el continente, preludiada y estimulada por el triunfo cubano, y la gran represión, que llegó en algunos países al genocidio, emprendida por las clases dominantes y el imperialismo. Ambos se enlazaban entre sí más íntimamente en ese mismo tiempo, mediante un proceso que ha dado lugar al dominio actual del capitalismo transnacional en la región. La victoria obtenida por el bloque dominante no fue solo militar sino también política e ideológica, aunque también es cierto que se vieron obligados a reconocer el aumento de la conciencia social y la capacidad organizativa de muy amplios sectores de la población.

También se produjeron o mantuvieron, sin embargo, eventos y situaciones de signo contrario a esa tendencia. Desde fines de los años sesenta, Centroamérica influyó a todo el continente con el triunfo de la insurrección sandinista y la existencia de un poder revolucionario en Nicaragua, con el gran movimiento revolucionario salvadoreño y el crecimiento de la insurgencia en Guatemala. Las agresiones y el intervencionismo sistemático de los Estados Unidos fueron factores contrarrevolucionarios principales en la región. En Centroamérica se violaron todos los derechos humanos, se reprimieron las actividades sociales y políticas de la población, y se llegó al genocidio, mientras se declaraba la democratización de todo el continente. En algunos países latinoamericanos las movilizaciones laborales, políticas y populares durante la transición a gobiernos civiles renovaron o dieron lugar a muy importantes expresiones políticas de oposición al sistema que continúan hasta hoy, y que forman parte de los esfuerzos y las rebeldías contra la dominación capitalista que existen en la región. La revolución socialista de liberación nacional en Cuba, con sus realidades ejemplares de avances sociales, soberanía, convivencia y solidaridad humana, es un extraordinario ejemplo de lo que pueden hacer los latinoamericanos por su liberación.

La situación creada con el fin de los regímenes de Europa oriental ha fortalecido mucho las posiciones de la dominación capitalista en América Latina. Entre sus principales consecuencias están el gran desprestigio del socialismo, el triunfalismo capitalista, la seducción del neoliberalismo y el desaliento que hizo presa de muchos. Los cambios geopolíticos mundiales favorecieron sobre todo a la potencia norteamericana. En términos generales, se pretende que el capitalismo es el único horizonte general de la diversidad de comportamientos, organizaciones y proyectos humanos.

Me interesa destacar ciertos aspectos de la hegemonía de las clases dominantes<sup>2</sup>. Lo esencial de la victoria de estas clases ha sido que abrió una etapa de aceptación de la imposibilidad de lograr cambios sociales profundos favorables a las mayorías, por parte de la generalidad de los actores y el pensamiento representativos de las clases populares. Ellos han aceptado también limitar su actuación a las prácticas fomentadas o permitidas por la legalidad establecida, restricción que favorece la creencia en que esa conducta es la correcta, y la condena a toda otra posición. Esas aceptaciones inclinan a la desaparición del socialismo como ideal y como modelo confrontador del capitalismo, y a la descalificación de todo intento práctico de avanzar hacia el socialismo. En su lugar aparecieron o se incrementaron pensamientos y prácticas que aspiran a reformas dentro del sistema capitalista, de diferente entidad y adscripción.

La democracia "sin apellidos" se tornó el más tratado de esos temas que comparten en un momento dado el favor de la academia y de los medios de comunicación masiva. Como forma ideológica se ha beneficiado del ansia de gozar de derechos civiles que tenían la población políticamente activa<sup>3</sup> y los activistas sociales, después de tantos años y tantas represiones masivas y estados de excepción. A escala de las sociedades le es propicio el deseo generalizado de tener formas democráticas efectivas de gobierno, aunque el significado que se le dé a la democracia y las expectativas que se tengan de ella sea en los hechos muy diferenciado. También ha sido un interés de la política norteamericana hacia la región promover formas de gobierno civil, como lo fue, al contrario, su promoción injerencista de la "seguridad nacional" en los veinte años anteriores; ese interés ha aumentado sensiblemente la

factibilidad de la democratización y el trabajo de formación de opinión pública a su favor. Esta última labor es una variable que en los últimos años ha crecido cualitativamente en influencia masiva, en los medios y técnicas con que se la trabaja y en el control imperialista y totalitario sobre ella, de manera que la inducción en gran escala de opiniones y sentimientos desempeña un papel muy grande en la configuración de la hegemonía. Además, la promoción del tema de la democracia en los medios internacionales masivos se volvió un asunto privilegiado, y eso influyó mucho en América Latina, que es gran consumidora de aquellos.

La vieja contraposición entre socialismo y democracia, dejada a un lado durante el predominio de las dictaduras y la represión, fue renovada. Pero ahora sus circunstancias registran cambios importantes. Los factores que he relacionado hasta aquí tienden a identificar, o al menos reconciliar, al sistema político capitalista vigente con la democracia; los actores interesados tratan de convertir ese sistema en el defensor de la democracia o —en los casos en que es demasiado difícil— presentarlo como un avance o un tránsito hacia ella. Por otra parte, el abandono de los ideales y objetivos anticapitalistas, lleva a ciertos sectores caracterizados como de izquierda a relacionar sus criterios y su actuación con el avance o perfeccionamiento de la democracia del sistema capitalista. Para ellos el socialismo solo tiene dos caminos: desaparecer del todo, o integrarse a la hegemonía capitalista y servir dentro de ella como cuerpo de valores y factor de morigeración del liberalismo y el poder del mercado.

A todo esto hay que sumar la gran desventaja histórica del socialismo respecto a la cuestión democrática:

- a) el socialismo surge —como pensamiento y como lucha política—enfrentado a la primera sociedad que se organizó efectivamente en el mundo a partir de la libertad personal y no de las prestaciones serviles; de la igualdad formal y no de la desigualdad legal y consensual, de las relaciones mercantiles generalizadas y la política fundada en derechos ciudadanos y elección de



representantes. Y las instituciones económicas y políticas del capitalismo no son contradictorias entre sí, sino que se necesitan;

b) bajo el capitalismo se formula un deber ser de la libertad y de la democracia que ha servido como referente y como meta para muchas luchas e ideas sociales y políticas, las cuales han sido efectivamente rebeldes contra males del capitalismo real. Ese deber ser ofrece también un horizonte ideal a gran parte del campo ideológico y cultural. Así, la libertad y la democracia pueden parecer metas alcanzables dentro del capitalismo;

c) por su mismo objetivo anticapitalista el socialismo se formó y evolucionó tratando de negar la totalidad del sistema de dominación. Existe una larga tradición socialista que denuncia el carácter capitalista de esa democracia, que la subestima, y se opone a ella. Además, desde hace un siglo la adecuación reformista de tipo socialista a la hegemonía capitalista iniciada en Europa ha privilegiado la aceptación y defensa de las formas democráticas capitalistas, como legitimación de sus posiciones y vehículo de su actividad reivindicativa. Esto influyó mucho en el rechazo o el desprecio de los socialistas revolucionarios a la democracia;

d) la toma y utilización del poder como objetivo político expreso del socialismo implicaba una preferencia teórica por la forma dictatorial de gobierno, al menos por cuatro razones: 1. el nuevo régimen se originaría en la ruptura revolucionaria del orden vigente; 2. la necesidad de imponerlo, en vez de evolucionar hacia él; 3. el poder como un instrumento para la época de la transición del capitalismo al comunismo (época reducida luego a las infortunadas "construcciones" del "socialismo"); y 4. ante la realidad histórica de que no sucedió la revolución mundial o simultánea prevista por el marxismo originario, y la necesidad de una lucha internacional y de defensa de los nuevos poderes frente al capitalismo mundial.

La segunda razón nos conduce al lugar de una ambigüedad teórica principal presente en el marxismo originario. Entonces comenzaba a triunfar el evolucionismo como nuevo paradigma científico que influía en el conocimiento social. El postulado de la ineluctabilidad del socialismo como consecuencia de

la evolución social parece afirmarse en ciertos pasajes de la obra de Marx; a ellos, sin embargo, pueden contraponerse otros —que a mi juicio son decisivos— en los que Marx postula que solo mediante un tipo de actuación humana especificada socialmente (clasista, y por ello, consciente, organizada, violenta), puede triunfar la revolución proletaria, como condición imprescindible para que pueda advenir la transición socialista y para que sus actores sean efectivamente capaces de transformarse, de superar la manera de vivir capitalista y de crear una nueva manera de vivir. Estimo que este problema es fundamental para la perspectiva marxista, pero no puedo tratarlo en este texto;

d) la historia de la principal experiencia socialista del siglo, la soviética, que comenzó como una revolución contra una compleja cultura de despotismo imperial, pero que no logró desarrollar formas democráticas propias, se tomó antidemocrática, liquidó la revolución que la había originado y después petrificó un sistema estatal de autoritarismo, privilegios por estamentos y asfixia de la sociedad. La teoría socialista fue degradada durante décadas a ideología de la justificación y legitimación de aquel régimen, y a un rígido y estéril dogmatismo;

e) la difícil universalización del socialismo, que debió ser anticolonialista y antimperialista ante las formas fundamentales de universalización que ha tenido el capitalismo, resultó muy perjudicada por ciertos rasgos negativos de los movimientos e ideas socialistas: el eurocentrismo, el interés estatal desmedido de países socialistas, la manipulación, el seguidismo, la subordinación y la colonización mental. La democracia sufrió las consecuencias, como las sufrieron otros campos muy importantes;

f) un complejo de formas culturales propias y de efectos de todo lo anterior ha operado contra el desarrollo de la democracia en el pensamiento y las organizaciones socialistas en América Latina. La reproducción del autoritarismo y otras prácticas antidemocráticas

ha tenido funestas funciones políticas y morales. El desapego o la aversión a la democracia ha dificultado pensarla y actuar eficazmente en política. La adecuación a la hegemonía y la cultura capitalistas, tan nefasta como usual, limitó la preocupación democrática a tarea de "intelectuales del partido", dejándole a esa fracción la función — propia de una división muy primitiva del trabajo— de portadores de un "deber ser democrático", en este caso llamado "socialista", que podía ser ajeno al resto del partido.

El capitalismo latinoamericano dominante—dominado por el imperialismo, que tiene un historial muy antidemocrático, acorde a su naturaleza, sus necesidades y su campo cultural, pudo, sin embargo, fortalecer desde su poder la imagen del socialismo como principal enemigo de la democracia.

La tendencia dominante en la actualidad en los estudios sociales en América Latina es fruto de un cambio muy notable de la perspectiva y de los temas de investigación social. Primero fue prácticamente abandonado el tema del cambio social y la influencia de las teorías del conflicto social; después se ha ido dejando a un lado la práctica de relacionar el tema del desarrollo económico con la búsqueda de causas estructurales y de inserción de los países en sistemas internacionales. La crítica muy acertada a mi entender a la pretensión de que determinados sujetos sociales debían cumplir un destino histórico se ha vuelto ahora más abarcadora: para esa crítica no son posibles los proyectos que prefiguren un nuevo orden social, no son deseables los paradigmas abarcadores, no tiene cabida, incluso, hablar de un sentido de la historia. Otra característica actual es la escasez de mediaciones entre los temas del campo intelectual y los tópicos manejados por los intereses más poderosos de la sociedad.

La transición a la democracia, y ahora más bien la gobernabilidad, dominan, por tanto, la indagación teórica sobre el movimiento político. En la perspectiva prevaleciente, el Estado asume la transición concertada y las políticas de "liberalización" económica y de "democratización"; los movimientos sociales ocupan un espacio fragmentado y heterogéneo que crecerá sin

pretensiones de determinar lo social, la democracia carecerá de "apellidos" y de dimensiones sociales o económicas. El reduccionismo de la perspectiva en cuanto a la acción social se acentúa en los últimos años. La "crisis de paradigmas" abarca ahora también a la perspectiva keynesiana, que fue tan influyente durante un largo período. Con el liberalismo remozado — "neoliberal"—, declarativamente antiestatista, pero que utiliza los recursos del poder para todos los efectos económicos que le convienen, y el férreo determinismo económico que amenaza al pensamiento social en su conjunto, se completa un cuadro de correspondencias entre el rumbo de la dominación en el sistema mundial capitalista y el del pensamiento social.

El tema de la democracia, tan vital para la reformulación de un proyecto de cambio social que se oponga a la dominación vigente, resulta entonces doblemente manipulado. La democracia formal y sus instituciones — instrumental cuyo conocimiento es tan necesario para acertar en su utilización, se vuelve abstracta o ritual, y el calificativo "democracia" se erige en un ideal a alcanzar por todos, instituciones e individuos, un altar moral de la política y un lugar retórico. A la vez, esa democracia independizada de la realidad se torna una exigencia ideológica permanente ante la que deben hacer penitencia y promesa de fe los pensadores y políticos "de izquierda", culpables de ignorarla o violarla sin que la mayoría de ellos haya tenido jamás poder alguno para hacerlo.

El ideal de una democracia efectiva es sentido y analizado también de manera independiente por numerosos latinoamericanos ajenos a la dominación, a pesar de esa maquinaria formidable y ubicua que actúa desde los consumos culturales cotidianos hasta la academia. La existencia de esta otra democracia da testimonio de la ampliación y los avances que está logrando el campo cultural de las clases dominadas del continente, una característica de la realidad actual que a mi juicio es muy relevante<sup>4</sup>. Son muy importantes sus avances, en cuanto a la obtención, utilización y adecuación de conocimientos, métodos y técnicas sociales, aunque ellos sean todavía muy insuficientes y estén en parte marcados por rasgos que ya no son útiles, o que nunca lo fueron. Esos avances van desde la maduración de la educación popular como instrumento del desarrollo de las personas y los movimientos

sociales, hasta la realización de investigaciones rigurosas de ciencias sociales y formulaciones de un pensamiento opuesto a la dominación.

### 3. Problemas de una alternativa anticapitalista

Frente a los gobiernos que expresan el poder de las clases dominantes se reorganizan —o nacen— instituciones políticas que los desafían en el terreno del sistema político vigente; en algunos países ellas tienen notable fuerza numérica y arraigo popular, en los demás son muy minoritarias en la actualidad<sup>5</sup>. Esas organizaciones políticas participan en los procesos electorales y llegan al Parlamento, ejercen funciones de gobierno local y regional en varios países, exigen la afirmación y profundización de los procesos de democratización, luchan contra las políticas económicas y sociales "neoliberales" que avanzan, apoyan las demandas sociales de diversos sectores y denuncian la situación de las mayorías miserables, y en alguna medida enfrentan la ideología dominante y tratan de presentar una alternativa de cambio frente al sistema vigente. Sectores dentro de esas organizaciones suelen reivindicar el socialismo como horizonte, sin pretender su implantación para un futuro próximo, ni ser homogéneos en cuanto a qué entienden por socialismo.

En lo atinente al conflicto entre el sistema capitalista y quienes quieren cambiar profundamente la sociedad, la política latinoamericana actual opone a dos minorías, una en el poder y la otra sin posibilidades inmediatas de enfrentarla con éxito, por carecer de conducción o atracción suficiente sobre grandes porciones de la mayoría de la población. Hay que añadir —entendiendo— otras dos peculiaridades notables: a) una parte de esa mayoría que no es conducida por los políticos opuestos al sistema está organizada, y tiene sus visiones e ideas propias acerca de contradicciones de la sociedad en que vive; y b) la idea del poder como vehículo del cambio social —que es tan central en política, está siendo cuestionada en el campo de los opositores al sistema.

La hegemonía capitalista conserva aspectos altamente favorables, como es el de amplios contingentes de votantes muy humildes que privilegian a los candidatos del sistema frente a los populares. Desde luego, en las contiendas electorales y otras coyunturas que comprometan su seguridad, el sistema

utiliza las tremendas ventajas que le dan el ejercicio y los recursos del poder; ordenamientos legales que lo benefician, y argucias: los límites prácticos al ejercicio de la ciudadanía; la cultura de dominación establecida, y hasta la inercia. Esos factores protegen al sistema frente a las propuestas de sus adversarios, y estos, por mucho que se moderen, siempre pueden ser calificados de aventureros. La descalificación que sufren en la actualidad los actos que se salgan de las reglas del juego del sistema completa la fortaleza política de las clases dominantes, y oculta o disimula su subordinación a los poderes del capitalismo central.

Sin embargo, no son desdeñables los factores negativos para la dominación. Es muy notable la diversidad de intereses económicos, la voracidad y la pertenencia a grupos rivales existente entre sectores activos que no se proponen un cambio de sistema, y también las diferencias de posiciones y valores políticos e ideológicos entre ellos. Cuando esa diversidad lleva a confrontaciones, ocasiona desequilibrios que pueden ser de importancia y hasta poner en riesgo el orden en coyunturas determinadas. El apego a los modos tradicionales de operar desde el poder —autoritarismo, corrupción abierta, represiones, continuismo, nepotismo y otros—, constituye una fuerte rémora ante ciertas necesidades de la democratización. El narcotráfico, importante rama de negocios en la actualidad y que por sus propias características debe sostener relaciones complejas con las autoridades, es un agente en especial nocivo para los sistemas de dominación latinoamericanos, a diferencia de lo que sucede en el "Primer Mundo", donde sus papeles son más controlados. Por otra parte, la situación social de empobrecimiento, miseria creciente y marginalización, sin salidas visibles, genera numerosas respuestas entre los afectados que violan las normas legales, y origina también protestas sociales; ambos tipos de rebeldías más o menos primitivas pueden llegar a ser peligrosos para el orden vigente.

Muchas organizaciones políticas de izquierda manifiestan la necesidad de articular las esferas de lo político y lo social como elemento imprescindible para que su oposición al sistema sea eficaz, y colocan este problema en el centro de una voluntad expresa de renovar su manera de hacer política. Pero se admite

en general que es muy insuficiente lo logrado en ese campo. ¿Es acertada la cuestión planteada? ¿Cuáles son sus causas?

En la búsqueda de lograr una profundización en el problema —y para ello hay que plantearlo bien—, quisiera identificar posibles insuficiencias presentes en organizaciones "de izquierda":

- mantienen dogmas organizativos e ideológicos, a la vez que copian formas capitalistas de ejercicio de poder;
- no consiguen ser el polo atractivo de formación de un bloque amplio y a la vez de orientación popular contra el sistema;
- no ponen en el centro de su actividad política los intereses de los más humildes;
- no logran ocupar simultáneamente espacios políticos y sociales en coyunturas sensibles, y actuar con eficacia en ambos terrenos;
- no elaboran claros proyectos anticapitalistas que influyan en sus expresiones organizativas, ideológicas, culturales, y no avanzan hacia la formación de movimientos socialistas.

Es cierto que este conjunto de reclamos puede parecer referido a un

- "programa máximo" político, que en el mejor caso sería rechazado, por impertinente, en la difícil circunstancia en que vivimos. Esa creencia, sin embargo, evidencia los límites no franqueados que siguen teniendo las formas tradicionales de hacer política "de izquierda". En realidad, lo promisorio que tiene la situación a que hemos llegado es la posibilidad que nos da, al fin, de englobar en una perspectiva unificadora las necesidades inmediatas de numerosos sectores, las actividades sociales más heterogéneas, el reclamo de que se pongan en vigencia valores arraigados o de consenso más reciente — como la justicia y el buen gobierno, o la democracia como gobierno del pueblo— y los elementos más radicales de las prácticas y del imaginario popular.

Para ser eficaz, la lucha práctica anticapitalista está obligada a combinar propósitos que en la perspectiva tradicional serían "finales" o "máximos", con la actividad cotidiana y con las decisiones coyunturales, lograr cambios íntimos de los participantes a partir de sus acciones desde etapas tempranas del proceso, e imbricar los proyectos con las prácticas. Por su parte, la actividad intelectual que se reclame socialista está obligada por su naturaleza a enlazar sus reflexiones sobre los asuntos del día con las referidas a los problemas del proyecto socialista mismo y de su realización. La dimensión trascendente es inexcusable en el trabajo intelectual socialista, que está obligado a prefigurar y proyectar, porque la sociedad que pretende es una creación consciente que transformará las relaciones existentes, y no una consecuencia de la evolución de estas.

Ante todo hay que afirmar que estamos ante problemas políticos. La expresión feliz "nuevas formas de hacer política" alude precisamente a hacer política, no a pronunciar referencias vergonzantes o autocríticas crónicas. Transformar radicalmente lo político no es sinónimo de eliminarlo, sino intención de fortalecerlo; exaltar lo social y ampliar y profundizar sus campos de acción no es pretender —o creer— que su ámbito sustituya a lo político. La oposición abstracta de lo social a lo político solo sirve en la práctica para negar un tipo de política: la que se opone al sistema. La novedad consistirá precisamente en ir creando una política superior y más capaz que toda la política anterior, que evite ser el vehículo de la pretensión de poder de grupos dominantes o manipuladores; una política que asuma con eficacia objetivos reales de liberación, anticapitalistas y socialistas. Solo si persiguen esos objetivos, podrán plantearse, a la vez, transformaciones profundas de las relaciones entre lo social y lo político.

Esa política nueva sería mucho más atractiva —y a la larga superior— para los movimientos de la sociedad que las pueda practicar el sistema capitalista en América Latina, ya que la determinación estructural transnacional actual del sistema no le deja espacio a los dominantes locales para hacer reformas sociales ni lanzar proyectos ambiciosos. Por ello sus políticas hacia los movimientos sociales se reducen a aprovechar los medios y mecanismos al



alcance del poder y de los arreglos políticos, al clientelismo, la cooptación, la neutralización y la manipulación.

La gran ampliación de los participantes es un hecho contemporáneo de la política latinoamericana. Inevitable para las clases dominantes, ellas tratan de integrarlo en su hegemonía; en general lo logran hasta ahora, en los eventos electorales y en episodios del funcionamiento de la política al uso. Pero, dadas las condiciones actuales que vive el sistema, esa ampliación es —potencialmente— una fuerza formidable para una política socialista de liberación que lograra ser eficaz. Al régimen político vigente le es vital mantener las características de su sistema democrático —que apunté al inicio—, para controlar la ampliación de los participantes, pese al agotamiento de la coyuntura en que se desarrolló la democratización. Le es vital que lo social y lo político permanezcan separados; que no se exija que la democracia abstracta y declarativa se convierta en actos concretos y en libertad, derechos y justicia; que las mayorías no aspiren a cambios radicales; que sus representantes no los promuevan, que la política “de izquierda” no los pretenda. Esta última debe ser reducida a límites mezquinos: siempre aprendiendo a comportarse, avergonzada de su pasado, logrando alternar, siendo funcional al curso general del mantenimiento del sistema, aunque sea irritante o parezca amenazante en ciertos momentos.

La escisión entre la vida cotidiana y las actividades sociales —por una parte— y la política —por otra— es esencial para la dominación. La separación de moral y economía, y de moral y política, le son fundamentales. Los casos de los presidentes Collor de Mello y Carlos A. Pérez —en Brasil y Venezuela— muestra tanto los límites como las reservas de maniobra de la hegemonía capitalista. Ante situaciones de crisis, la cultura de la dominación pretende restablecer todas las relaciones mencionadas en otros teatros que le son convenientes: sus mecanismos masivos de información y de creación de opinión y de estados de ánimo públicos; su sistema político, dueño de grandes controles; su Estado; las necesidades perentorias de poblaciones depauperadas, la homogeneización abstracta de los modos de vida, las instituciones económicas y políticas, los consumos culturales, que el capitalismo desarrollado impone por todo el mundo.

En esta etapa resulta entonces central la lucha cultural. La izquierda tiene que lograr una identificación propia de tal calidad que constituya al fin su especificidad; que sea su brújula para la actuación y el polo que atraiga a los humildes y a todos los que quieran sumarse a favor de los cambios, en vez de ser su identidad, el peso de un saco de indefiniciones e inconsecuencias que arrastra fatigosamente. Entiendo que el único camino viable y eficaz es la construcción de una posición socialista (lo que siempre incluye convicción, elaboración técnica, voluntad, acción), que sea irreductible a la dominación capitalista y generadora de una cultura de liberación. Las ideas, la organización y la acción política de izquierda, están obligadas a ser ajenas y opuestas al capitalismo: solo así podrán tener oportunidades en esta etapa y en la lucha cultural que se ventila. No solo son obsoletos los viejos tópicos y modos ideológicos “de izquierda”, también es ineficaz la lucha ideológica que no se entienda a sí misma como parte de un enfrentamiento más amplio, cultural. La madurez del capitalismo nos ha hecho visible al fin lo que Marx intuía y expresaba como podía hace siglo y medio.

Las opciones del futuro cercano en América no están distribuidas fatalmente en uno u otro campo político. Al menos en algunos países, el capitalismo puede introducir modificaciones al modelo neoliberal en busca de equilibrios, después de cumplir las salvajes etapas “de ajuste”. Hasta ahora sus representantes salen vencedores, o airoosamente, en las contiendas electorales, lo que facilita a las clases dominantes capear las dificultades del tránsito a una dominación que es más excluyente en lo social que hace tres décadas. Otro futuro posible es la posibilidad de que el autoritarismo se acentúe cada vez más, ante el crecimiento de la miseria sin salidas, ante rebeldías nacionalistas o de sectores con peso en la sociedad, o ante combinaciones de ellas. Y es posible también que cualquiera de esas opciones, o todas ellas, se compliquen, fallen y se configuren situaciones de debilidad o riesgo para el sistema de dominación. Los protagonistas de esas situaciones podrían ser muy diversos.

No hay que desestimar la posibilidad de que muchos movimientos sociales sean adecuados a la hegemonía capitalista. De no haber desajustes apreciables del sistema actual, ese proceso formaría parte de la "democratización", al ampliar con participantes populares las instancias y los

asuntos que el sistema controla. Se produciría una suerte de "acción cívica desde dentro", si el sistema logra intervenir o neutralizar los liderazgos, los temas de confrontación y las acciones sociales, aunque lo haga de manera indirecta; esto lo ayudaría a "educar" la acción social, para hacerla inofensiva ante el orden vigente. En tal caso, los movimientos sociales hegemonizados por el sistema cumplirían funciones sociales que en política le tocan al reformismo, y contribuirían a combatir o aislar a las alternativas revolucionarias, al confundir a una parte de su base social y propiciar que se les califique de extremistas desde la sociedad.

Todas las opciones futuras y los cursos de acción posibles presentan a las organizaciones opuestas a la dominación la necesidad de pensar y actuar políticamente ante las cuestiones de las relaciones entre lo político y lo social. Como es natural, los que están involucrados de manera directa son los protagonistas, y ellos serán quienes plantearán, con acierto o no, las iniciativas y las actuaciones concretas. Desde la búsqueda de conocimiento, aventuro entonces algunos comentarios que me parecen imprescindibles, con las mismas prevenciones hechas al inicio de este texto.

El problema del proyecto es central para el pensamiento y la acción opuestos a la dominación. Hoy hay, ha habido siempre, diversidad en esos proyectos. Los une el deseo de expresar las necesidades y sentimientos de las mayorías explotadas, miserables u ofendidas, la convicción de que el capitalismo es enemigo de las personas, los pueblos y el medio en que vivimos, y la participación en acciones y esperanzas organizadas, dirigidas a la creación de realidades sociales y personales nuevas y humanas. Quizás en todo lo demás son no coincidentes y hasta divergentes —a veces con virulencia—, ya que su diversidad se debe a situaciones, circunstancias, vivencias e ideas muy específicas. Esos proyectos diversos entre sí son, sin embargo, hijos tanto de lo que los une como de lo que los diferencia. Por consiguiente, son un terreno básico para conocer más y enriquecer con principios acertados la necesaria comunidad espiritual de los opuestos al sistema, y para guiar la actividad de cada uno, tan compleja y sometida a tensiones de todo tipo.

En mi opinión, los proyectos latinoamericanos atinados, viables, atractivos y eficaces, tendrán que ser socialistas. Por eso es esencial lograr reformulaciones del socialismo, que contribuyan a superar sus insuficiencias y la degeneración progresiva experimentada en el curso histórico de sus prácticas, y que le permitan asumir la centralidad de la lucha cultural contra el capitalismo. La acumulación histórica y las características actuales de América Latina son potencialmente favorables para esas reformulaciones y proyectos. El socialismo tiene que resurgir, ahora como 'creación social, y eso exige proyectos políticos que reconozcan y auspicien el papel creciente de los movimientos sociales en todo el proceso, incluida la actividad política misma. En nuestro continente muchos movimientos sociales tienen características y condicionamientos apropiados para alcanzar y asumir aquellos papeles, sobre todo porque pueden representárselos como un interés suyo, y como realización de sus identidades.

Las organizaciones políticas y sociales requerirán cambios y desarrollos que las hagan capaces de desempeñar los papeles requeridos por procesos tan profundos. Pero ni el más perfecto proyecto puede lograr esos cambios por iluminación: las organizaciones e ideas actuales solo existen a través del duro y penoso trabajo cotidiano, y de enfrentar los eventos y retos de hoy, por lo que sus cambios tendrán que partir de esas realidades. Además, el proyecto socialista como un dictado previo que será cumplido por actores providenciales es falso, y ya nadie cree en él; solo será construido progresivamente al transformarnos desde el primer día, y cada vez por más participantes conscientes. Entonces, el éxito residirá en combinaciones acertadas de perspectivas y actuaciones.

El problema fundamental es político: ir reuniendo una fuerza social muy amplia, a partir de las actividades y las identidades que la convoquen, que aprenda a lidiar por los espacios sociales e institucionales imprescindibles para producir cambios, y a romper los límites y obstáculos que se le interpongan. Es lograr organizaciones políticas y sociales eficaces, para lo cual es indispensable que sean controladas por las bases populares, y que incluso sean rediseñadas periódicamente por ellas. Es luchar siempre por las porciones del poder que sean necesarias, en los más diversos escenarios y

con las más distintas tácticas y formas, pero con la vocación irrenunciable de expropiar todo el poder.

La efectividad en la lucha contra el despiadado sistema vigente se alcanzará en el transcurso de la incorporación y permanencia de fuerzas sociales crecientes, su concientización y organización, y la práctica de políticas alternativas dirigidas contra aquel sistema y sus relaciones fundamentales. Solo un proceso político e ideológico que involucre progresivamente a las mayorías viabilizará una voluntad masiva de apoyo activo a los cambios, y ese ejercicio tiene que tornar a los participantes en capaces de conducir por sí mismos las transformaciones, de atraer la simpatía y la participación de sucesivos contingentes mayores, y de profundizar sus propios cambios. Sin esas acumulaciones, ningún proyecto alternativo radical podría sostenerse y avanzar.

La alternativa está obligada a ser radical, para que goce de posibilidades de triunfar. El socialismo es la única opción razonable y práctica ante las tareas tan ambiciosas que debe asumir una política opuesta al sistema, y frente a la incapacidad de realizar reformas de los dominantes locales y el poder excluyente y depredador del imperialismo, dos características del capitalismo mundial. La alternativa socialista necesita ser democrática, porque solo en el protagonismo y el control popular encontrará fuerza suficiente, identidad, persistencia y garantías contra su propia desnaturalización, y porque debe brindar cauce y espacio a la cultura nacional popular. Como se trata forzosamente de un largo proceso, la perspectiva socialista puede ofrecer valores y un horizonte para avanzar desde el primer momento hacia una liberación que tiene visos de realización lejana.

Esta posición revolucionaria no es excluyente respecto a las que procuran avances del campo popular mediante reformas. La disyuntiva "reforma o revolución" tuvo razones históricas para existir, pero nunca ha expresado ni la realidad ni la estrategia eficaz de las revoluciones. En la situación actual, a la dominación le es muy difícil negar espacio a los que exigen reformas dentro de su propia lógica hegemónica, pero la estructura económica vigente no da espacio para que esas reformas puedan realizarse. El desfase entre el mundo

de lo político y social y el de la economía dominante es mayor que nunca. Las reformas que pretenden profundizar la democratización tienden a afectar las bases mismas de la dominación. Las movilizaciones, las jornadas electorales, la educación política popular, las presiones masivas, las acciones populares fuera de las reglas del juego del sistema, no son privativas de una posición reformista o revolucionaria. Un gran logro cultural del campo popular es que ya nadie se atreve a afirmar que es propietario único de la verdad y el camino. Si en las condiciones actuales se van a formar la conciencia y los instrumentos que lleven adelante cambios trascendentales será porque todos los que crean en ellos participen en formarlos.

Las alianzas y los bloques populares posibles en este tiempo y en el futuro previsible, serán aquellos que sean capaces de reunir medidas que urgen y necesidades identificables, aquellos que porten la emoción que moviliza multitudes y proyectos de vida por los cuales la gente se motiva más allá de sus intereses inmediatos. Convertir esos instrumentos que invoco en realidades, exigirá esfuerzos tales que sus actores se irán cambiando a la vez a sí mismos. En ese largo camino, sociedad y política se modificarán tan profundamente, que renovarán del todo los términos del debate que hoy podamos tener acerca de ellas.

\*Exposición en el Seminario Estado, Partidos Políticos y Movimientos Sociales, organizado por el Foro de Sao Paulo, en México D.F, marzo de 1993. Revisada para esta edición.

#### NOTAS

1. Incluyo aquellos casos en que sigue siendo contenido de la lucha política conseguir que esos regímenes civiles y procesos electorales sean realmente aceptables, y no unos simples tramitadores de la conservación legalizada del sistema. Esto es, que las prácticas del poder respeten al menos los rasgos básicos de la propia democratización.

2. He tratado este tema ampliamente en "Dominación Capitalista y Proyectos Populares en América Latina", en América Libre, Buenos Aires, 1992, no.1, diciembre. Utilicé ideas y algunos fragmentos del acápite tres en la parte final de este trabajo.

3. Le llamo población políticamente activa a la parte de una población que es capaz de incidir en la continuación o el cambio de las estructuras políticas a partir de

sus actuaciones, sistemáticas o frecuentes, motivadas por percepciones, sentimientos y pensamientos directamente relacionados con la dimensión política en una formación social determinada. Se diferencia, pues, de la parte que actúa en política esporádicamente, o que no actúa nunca; también de las actuaciones que no están políticamente motivadas, aunque puedan tener efectos políticos. El concepto de población políticamente activa permite analizar la dimensión cuantitativa de la participación en los procesos políticos, afinar el conocimiento de los modos e instrumentos utilizados por las organizaciones y persona políticas, y obtener elementos, como son las series históricas, para estudiar la evolución en el tiempo de los problemas mencionados.

4. Entre otros textos, lo he tocado, en "Transición Socialista y Democracia:1 Cubano", Cuadernos de Nuestra América, La Habana, 1987, no. 7, enero (reproducido en Fernando Martínez: Desafíos del socialismo cubano, E, Mestiza—CEA, México D.F., 1988; Centro de Estudios sobre América, La Habana, Editorial Dialéctica, Buenos Aires y Ediciones TAE, Montevideo, en También en "Pensar desde los Movimientos Populares", Casa de las Am La Habana, 1991, no. 183, abril—jímio.

5. En cuanto a procesos electorales, México en 1988 y Brasil en 1889 son ejemplos del primer caso; en Uruguay ganan la alcaldía de Montevideo. La izquierda electoral peruana, sin embargo, en alza a inicios de los ochenta, decae a fines de la década.

## **Anexo 4: Cultura y política en América Latina\***

**Fernando Martínez Heredia**

Cuando la verdad sea demasiado débil para defenderse,  
tendrá que pasar al ataque.

BERTOLD BRECHT

A pesar de ser tan imprecisa, la proposición de defender la identidad latinoamericana desde la cultura tiene fuerza y se ha ganado un espacio. Esto se debe por lo menos a tres razones: a) las identidades latinoamericanas están en riesgo, por causas muy visibles. Eso no les sucede, por ejemplo, a la francesa o la norteamericana; b) sigue existiendo la dimensión de proyecto, la propensión a atribuirle un destino a la América Latina, o a asumirla como un proyecto, lo cual se debe a necesidades regionales muy prácticas y a la existencia de una cultura política acumulada; c) la necesidad de defenderse, y la de proyecto, encuentran en lo específico regional una fuerza, y en la cultura la expresión por excelencia de lo que tienen y de lo que buscan.

Existe otra razón. Cuando se pasa revista a la situación de la región, la defensa de la identidad latinoamericana desde la cultura parece ser la única posible. La tendencia general en las últimas décadas más acentuada en los últimos años ha sido adecuarse a los designios de la centralización creciente del capitalismo mundial. Sus decisiones se imponen en la economía, en las formas políticas, en las políticas sociales, en las ideologías relativas a esos campos y en las visiones predominantes acerca de lo que es posible hacer o pretender, en el consumo espiritual de las elites y con diferencias— en el de las masas. Quizás la mayor victoria cultural del capitalismo central actual, está en el terreno de lo que se considera posible: sus oponentes potenciales, que podrían nuclearse y arrastrar a tantos perjudicados a emprender caminos de rebeldías eficaces, desconfían mucho o no creen en que sea posible cambiar en nada esencial el sistema vigente.



Resulta entonces ambigua y hasta contradictoria— la asunción de la defensa de la identidad latinoamericana desde la cultura. En la medida en que responde a las necesidades anotadas al inicio es un vehículo de resistencias, que podría ser muy útil en la búsqueda de caminos y en la acumulación de fuerzas propias que permitan avanzar, desde la defensa hacia la proposición de opciones viables frente a la inhumana dominación del sistema. En la medida en que se reduzcan los ámbitos y perspectivas de esa identidad a ideas estrechas que permanezcan dentro del campo "cultural", que no incluya e integre los conflictos reales existentes —ideológicos, sociales, económicos, políticos—, y las necesidades reales de las mayorías, ella será muy débil frente al imperialismo y frente a los intereses de las minorías dominadoras en cada país, y será manipulable por ellos.

La universalización de los procesos sociales se ha ido profundizando y acelerando, y se ha vuelto tangible por todas partes en la actualidad. Desde los consumos materiales y espirituales de la población que participa en la vida regida por el mercado simplificados e inducidos a un grado nunca antes visto— hasta las instituciones y los ritos de la vida cívica, se está produciendo un gigantesco y abarcador proceso de homogeneización a escala mundial. Lo determinante en esa tendencia es el control que ejerce sobre ella el capitalismo, que conjuga la existencia de una brecha honda e ingente entre la vida en los países centrales y la de la mayoría miserable, depredada, explotada y sin oportunidades del planeta, con la presencia, prácticamente en todos los países del mundo, de cierto número de procesos, modos de vida, relaciones sociales y entidades que son típicos del capitalismo desarrollado. Los valores y numerosos productos culturales procedentes del polo desarrollado del capitalismo se consumen hoy con mayor intensidad y difusión, aunque en proporciones y de maneras muy diferentes según los grupos de población de que se trate. Los individuos de ciertas clases y estratos sociales son más receptivos a aquellos valores y productos por motivos directamente ligados a su existencia; otros muchos son influidos por los medios de socialización del sistema.

Por diversas razones, en América Latina han incidido más que en otras regiones del llamado Tercer Mundo los procesos de universalización

subordinadora impulsados por el capitalismo occidental. Pero esto no se debe solamente al interés foráneo y de las clases dominantes de cada país. En la conformación misma de las comunidades nacionales han primado los ideales y los instrumentos originados en el desarrollo de Occidente, como en las formaciones económicas han sido decisivas las integraciones sucesivas al capitalismo mundial, desde la destrucción de las civilizaciones existentes al inicio de la colonización hasta hoy. La extrema complejidad de las realidades resultantes podría formularse de esta manera: desde la composición poblacional y las relaciones interpersonales actuales pasando por las gestas nacionales que están en el origen de muchos de sus Estados y una larga tradición institucional, de ideas y de luchas—, hasta los proyectos de futuro que se elaboran hoy, predomina en América Latina un medio cultural que reivindica su específica identidad regional y busca bienestar y un lugar autónomo para sus pueblos con ideas e instrumentos profundamente imbricados a una cultura surgida en otro ámbito materialmente mucho más poderosa que ella y derivada de las colonizaciones—, que ejerce en la actualidad una dominación muy centralizada y no ha podido superar su carácter colonialista.

Un planteo adecuado en materia de identidades latinoamericanas debe tener muy en cuenta la homogeneización de conductas, consumos y valores inducida a escala mundial por el capitalismo centralizado. Para ese sistema de dominación es esencial que los individuos y los movimientos activos del Tercer Mundo persigan los ideales que en abstracto les formula el Primero, y que cada modernización que consigan equivalga a una sujeción mayor.

Las asunciones latinoamericanas de las culturas latinoamericanas serán eficaces para nuestras sociedades si ellas son capaces de asumir las complejidades de sus implicaciones. Ante todo, las procedentes de la colonización y la neocolonización, cuya importancia en nuestras historias es tan grande que baña de mil modos a la mayoría de nuestras instituciones, relaciones, valores y actitudes; su impronta nos hace singulares respecto a otras sociedades, como son, por ejemplo, Canadá o Japón. Afortunadamente los estudios latinoamericanos valiosos en este campo ya forman legión, y las celebraciones del V Centenario, fracasadas en su sentido de operación cultural neocolonial, tuvieron la paradójica virtud de animar más esos estudios y aguzar

su posición de resistencia y sus logros analíticos. De todos modos, hay que reconocer que son rasgos sumamente extendidos, el sometimiento a los parámetros y los valores del otro, la angustia por alcanzarlos, la fiebre imitativa, la autosubestimación, el racismo del colonizado. En muchos medios se llega a una esquizofrenia entre la comprensión y la conducta, incluido el medio de los que trabajamos en ciencias sociales. Es demasiado difícil analizar fríamente y con hondura algo que nos está acechando casi siempre en nuestra vida cotidiana, exigiendo comportamientos y distribuyendo premios y castigos muy ligados a lo que se considera el éxito o el fracaso.

Siempre desde sus implicaciones sociales, las formas culturales —y las acumulaciones culturales—, tienen un carácter contradictorio.

La reproducción cotidiana de la vida y todos los campos diversos de actividad humana, los universos simbólicos a través de los cuales cada comunidad se identifica, interactúa y concibe el mundo y la vida, son también, siempre, el teatro de convivencia y conflicto de muy diferentes grupos sociales, el medio en que suceden efectivamente, la dominación, las jerarquías, las subordinaciones, las hegemonías, las negociaciones, las rebeldías, las coacciones, las reformulaciones de los sistemas sociales de dominación. Desde este ángulo —que según mi criterio es el principal— los complejos culturales expresan el restablecimiento una y otra vez elaborado de las tendencias a la vida en común, a la vez que una extrema oposición entre las personas y entre los grupos sociales, a la cual hemos llegado en las sociedades en que vivimos.

El análisis cultural latinoamericano se encuentra ante una riquísima diversidad, ante un sinnúmero de especificidades nacionales, regionales, locales, de tipos disímiles de grupos humanos, como seguramente sucede en otras regiones del mundo. Lo problemático es que esas especificidades tienen que tomar parte activa en cualquier proyecto unitario latinoamericano que pretenda ser beneficioso para las mayorías del continente. De manera general y abstracta se podrá estar de acuerdo enseguida con la proposición que acabo de hacer, pero en la realidad existe una multitud de dificultades y factores negativos frente a esa avenencia: intereses de clases y sectores dominantes, formidables prejuicios muy arraigados, desconocimientos mutuos, historias de

rivalidades y enfrentamientos, ideologías y prácticas que arrasaron y humillaron a millones, asumidas en nombre del Estado–nación, del progreso, del liberalismo y de movimientos sociales, económicos y políticos que tuvieron otros aspectos positivos. La intolerancia, la confusión, el error, el agravio y la colonialización mental han buscado fundamentos incluso en el socialismo. Las visiones de futuro y los proyectos liberadores en América Latina tendrán que partir de nuestras realidades y tener muy en cuenta nuestras representaciones y hasta nuestro tipo de sueños, o no tendrán ninguna posibilidad de éxito.

\* Conferencia leída en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Sao Paulo, 1997.

## **Anexo 5: Trazando el mapa político de la América Latina\***

### **Fernando Martínez Heredia**

#### 1. Platicar con ella.

Solo el debate nos ayudará a encontrar el rumbo, porque trazar este mapa es demasiado complicado. Por suerte, hoy se comprende su complejidad, antes era más simple, engañosamente simple. Ahora, a fines del noventa y ocho, me alegra que comencemos un Taller de Educación Popular con un panel que se llama La política y las luchas sociales y políticas en América Latina hoy. Tema relevante para la discusión.

Mientras me preparaba recordé que en 1979, cuando fui para Nicaragua, supe enseguida de algo que llamaban "sujeto popular", algo interesantísimo. Y que la Revolución sandinista combinaba las luchas políticas con las sociales. Después fui entendiendo un poco más, porque yo conocía a los sandinistas hacía años, pero como dicen en Centroamérica, "no es lo mismo mirarla de largo que platicar con ella".

La experiencia sandinista me ayudó a comprender mejor que la combinación de las luchas sociales y políticas ya había sucedido en Cuba, aunque nosotros no le habíamos puesto nombre. La gran Revolución cubana —una revolución socialista de liberación nacional, de cuyo triunfo se cumplirán cuarenta años dentro de mes y medio— también combinó las luchas sociales con las políticas. Lo que pasa es que en ese tiempo estábamos como en aquel grabado de Goya que tenía inscrito al pie: "No lo saben pero lo hacen". Nosotros no lo sabíamos, pero lo hacíamos. A mí me llamaba la atención que siendo los nicaragüenses de 1979 mucho más analfabetos que los cubanos de 1959, sus necesidades intelectuales eran, sin embargo, superiores. Y es que con ayuda de las luchas de la gente uno se da cuenta, sobre todo si participa, de que la cultura política general de los latinoamericanos en la segunda mitad del siglo xx ha crecido enormemente. Quiero comenzar por la presentación de ese primer problema: el inmenso crecimiento de la cultura política de los latinoamericanos.

A principios de los años cincuenta todavía era normal lo que sucede en *Vidas secas*, aquella película del cinema novo brasileño —en que Ruy Guerra adapta la novela de Graciliano Ramos—, en la que un hombre y su perro sufren tanta hambre. Entonces el hambre era natural. Un fenómeno principal de los años sesenta, y desde ese tiempo de rebeldías, es que el hambre dejó de ser natural y se volvió social. Nunca más se pudo decir que es natural pasar hambre, sino que se pasa hambre porque hay unos hijos de puta que hacen que uno pase hambre. Eso es fundamental. De ahí en adelante se avanzó muchísimo en multitud de cosas. Incluso ayudó algo el aumento de las matrículas y las redes de escolarización que estaban en curso entonces, a pesar de sus mentiras y mezquindades. A fines de los sesenta, en Chile, un estudiante de medicina —Miguel Enríquez— discutía las tesis de André Gunder Frank, mientras disimulaba en su bolso de compras una pistola cuarenta y cinco. La cultura fue creciendo.

Nada más complicado que intentar el cambio total de las personas y las relaciones sociales. En Nicaragua, por ejemplo, los soldados sandinistas eran muy valientes y aprendían a manejar el armamento moderno rápidamente, pero no querían aprender a ser jefes de pelotones y mucho menos jefes de compañías. Querían avanzar y morir primero, y de esa manera era muy difícil una preparación táctica que defendiera la vida.

Por otra parte, querían maestros, alfabetizar a todos y hacer escuelas para todos. Pero expresaban su descontento con el papel general de la escuela. Un alto funcionario decía que la escuela es un instrumento de dominación del capitalismo —lo cual es verdad—, y a la vez, se luchaba angustiosamente apenas por construir un sistema escolar. En 1980, la Cruzada Nacional de Alfabetización, movilizó a decenas de miles de muchachos, y los sentimientos de todo el país. El ministro de Educación, Fernando Cardenal, me contó después que ellos obtuvieron la lona para las hamacas de los alfabetizadores, y dijeron: ¿cuánto mide un nicaragüense? En general no son altos. Entonces cortaron la tela a una medida, y se desgraciaron los muchachos, porque los que mandaron a cortar olvidaron que las hamacas llevan un pedazo —además de la estatura de cada persona—, donde se cosen las puntas con que se amarra.

¿Qué quiere decir todo esto? Que hay que enfrentar muchos problemas gravísimos para hacer una revolución, y muchos más, para profundizarla, para enseñar a todo el mundo y para que todo el mundo aprenda a enseñarle algo a la revolución. Constituye un problema gravísimo defenderse, hacer un nuevo poder que no repita los males de los viejos poderes.

Problemas de todo tipo. La multiplicación de los problemas es una señal del avance, del desarrollo. Pero la multiplicación de los problemas por sí sola no genera un cambio cualitativo (como dirían los antiguos filósofos). La "contra" auspiciada por los Estados Unidos, obligó a Nicaragua a desgastarse en una terrible lucha durante años. Y en cuanto a educación, en 1987 un 30 % de los niños del país carecía de escuelas. Sucedió un avance tremendo en la cultura política. Por eso, al hacer una revolución en un país con menos escolaridad y desarrollo general de las capacidades sociales que en Cuba, identificaron al sujeto popular y a la combinación de las luchas sociales y políticas. Pero las clases dominantes —y el imperialismo— también habían aprendido sus lecciones y aumentado su cultura política. Ahora, cuarenta años después de 1959, la mayoría de los latinoamericanos no conoce el proceso revolucionario cubano. Muchos compañeros de izquierda que tienen una buena cultura lo desconocen. Lo que hay son pasiones alrededor de la Revolución cubana. La aman, no la aman. Tienen pasiones, no conocimientos, acerca de esta experiencia extraordinaria de la cultura del lado de acá del Atlántico, y esa es una desventaja que debemos superar. La tenaz existencia de Cuba levanta retos culturales a los ojos y las mentes de todos, y la mantiene viva. A casi veinte años de su triunfo, la maravillosa rebelión popular nicaragüense —la Revolución sandinista—, pasa por una etapa de olvido: hoy pesan más el fango, el cansancio y las frustraciones, que la sangre, las iniciativas y los triunfos.

A pesar de que he comenzado hablando de dos países que me son entrañables, me referiré muy poco a los hechos concretos de cada nación de América Latina: por suerte están aquí muchas compañeras y compañeros de diferentes países. Mario Garcés nos invitaba al inicio a no convertir este taller en uno de aquellos congresos en que uno se aburría muchísimo si le tocaba ir, donde cada compañero se levantaba y le explicaba a todo el mundo cómo

estaban las cosas en su país según la línea de su organización. Usaré pocos ejemplos, aunque siempre estoy pensando en cuestiones concretas, y mencionaré algunas solo para ilustrar lo que digo.

Vuelvo, entonces, al mapa de problemas que estamos tratando de construir.

Debemos tener en cuenta no solo las ausencias: la acumulación de olvidos es extraordinaria. Tenemos que luchar contra estos olvidos. Aprendí también en Centroamérica lo de la memoria histórica. La memoria histórica puede resultar encantadora, si siempre habla a favor nuestro. Hablamos, casi siempre, de la memoria histórica de las rebeldías. Sin embargo, es muy importante conocer la memoria histórica de la sumisión, y rescatar la memoria de la adecuación a la dominación es muy importante. ¿Por qué? Porque lo usual no es la rebeldía, lo usual es la sumisión. Si podemos entender cómo la mayoría de la gente se adecua a la dominación, entonces vamos a ganar mucho para nuestra acción en busca de la rebeldía, y de paso, por fortuna, perderemos uno de los malos hábitos de la izquierda, que es su desilusión respecto al pueblo. "¡Qué malo es que el pueblo no reconozca que somos sus conductores! Es algo triste. Estamos aquí, ellos están ahí. Y el pueblo no nos entiende. ¡Si nos permitieran guiarlos, si los pudiéramos guiar a la liberación!" Hablo así porque no viene al caso aquí ser cortés. Somos compañeros, y de lo que se trata es de profundizar. Por eso estoy señalando un segundo problema, que es la necesidad de comprender, pero a través de una búsqueda en la que los papeles no estén repartidos previamente, un conocimiento sin "buenos" y "malos". No repartir los papeles previamente, a ver si eso nos ayuda a luchar eficazmente contra la dominación.

"Sujeto", "combinar lo político y lo social", "memoria histórica", son expresiones que señalan el crecimiento de la cultura política, porque atañen a problemas fundamentales y revelan la vocación de identificar las cuestiones básicas. Es la gente la que hará los cambios, o no habrá cambios. Es imprescindible reunir en un bloque cívico formas de acción social y política, para lograr romper la hegemonía cultural burguesa. Debemos apoderarnos de lo que hemos sido y de lo que creemos ser, para conocer los términos del combate y de las fuerzas que son posibles convocar. Esto es fundamental, pero



es solo parte de la cultura necesaria, y aun en esa parte nos perdemos o encontramos a veces callejones sin salida. De todos modos, esas identificaciones y esas búsquedas constituyen avances notables, y hay que destacarlo en estos tiempos en que está de moda la desesperanza.

Todos los que estamos aquí, hoy trabajamos con las alternativas o estamos en busca de ellas. La palabra "alternativas" es, por cierto, muy interesante. El lenguaje siempre es algo más que una herramienta comunicativa. Sin el lenguaje no hay pensamiento, podrá haber dicho en gran psicólogo ruso Vigotsky. Pero el lenguaje sirve para muchísimas cosas, entre ellas, es un instrumento de dominación o de liberación. Y la palabra "alternativas", tiene diversas implicaciones. Alternativa es una manera delicada de llamarle a las cosas cuando uno carece de todo poder. Como carecemos de poder, le decimos alternativa al poder, le llamamos alternativa al socialismo y a la liberación.

No estoy en contra del uso de esa palabra, pero quiero señalar con claridad lo que ella expresa. Expresa, entre otras cosas, nuestra falta de poder. Le tenemos que llamar de una manera alusiva, delicada, a una cuestión que hoy parece imposible: nada menos que la ruptura del orden, o lo que es igual, del sentido común. Porque el sentido común es burgués. Las cosas solo pueden suceder cuando no perjudican lo esencial de la dominación. Por ejemplo, se dice que el Che Guevara era un hombre maravilloso, muy bueno, que se creía que todas las personas son buenas, cuando, en realidad, no son buenas, sino que la mayoría de las personas son malas. Vean cómo hemos retrocedido en la actualidad a aquel viejo problema de la filosofía clásica y del iluminismo, al problema del estado de naturaleza y de la bondad o no de la naturaleza humana.

Y aquí asoma la tercera cuestión: aunque la tendencia histórica de este medio siglo es el aumento de la cultura política, la coyuntura es manifiestamente desfavorable, y la dominación capitalista a un grado irrestricto está exigiendo un retroceso incondicionado del pensamiento. Se está requiriendo que la mayoría acepte la dominación vigente como el único mundo posible, y que la minoría, que constituimos nosotros, no se sienta en

condiciones de negar la imposibilidad de cambios profundos que favorezcan a las personas y a las sociedades.

Los que estamos aquí somos todos partidarios de las alternativas. Ahora, ¿la mayoría de la gente en América Latina está a favor de las alternativas? La pregunta es inquietante. ¿La mayoría de la gente está o no está por las alternativas? Población políticamente activa y población socialmente activa son conceptos sociológicos. ¿Cuánta gente es necesaria para que hablemos de "muchos"? Esa pregunta es un corolario de la anterior, pero muy importante. En algunos casos, dos mil o tres mil personas ya son muchas, a veces hasta menos son muchas. Pero si las cosas marchan bien, pronto tendrán que ser doscientos o trecientos mil personas, y después tendrán que ser dos o tres millones. Depende también de la población de cada país. Lo cierto es que dejando a un lado consideraciones más estrictas de conocimiento acerca del significado de las magnitudes me arriesgaría a opinar que las mayorías latinoamericanas no se han identificado con las propuestas de alternativas.

Las alternativas, como es natural, se refieren a algo radicalmente opuesto al orden existente. Después habrá que ponerles nombre. Pero muchas veces las acciones colectivas de protesta, o los "castigos" electorales, lo que expresan son reacciones ante el abuso o la situación desvalida e irritante que se vive, y se agotan en sí mismos. Esto marca los límites de esos actos, pero no niega que ellos dejan huellas y constituyen pasos en un camino que mañana podría dar más frutos. Reacciones, como los sucesos de El Cibao y otros lugares de la República Dominicana el año pasado. Grandes protestas en las que la combatividad llegó hasta reeditar el viejo invento popular de la escopeta de perdigones a partir de un tubo, que es efectivo contra los represores. Y esa reacción grande llegó hasta la capital, una reacción de la gente. Me recuerda los motines de hace trece años contra las medidas neoliberales, que fueron tan sangrientos. La política nacional, sin embargo, no se mide por esas protestas, sino por las pugnas en materia electoral y municipal entre los partidos, y por las acciones del gobierno. El presidente de la República, un joven simpático que habla muy bien el inglés, se debate entre esos conflictos, la necesidad de borrar el sello de impunidad de los viejos

represores y las consecuencias de su política neoliberal. Y pronto habrá nuevas elecciones presidenciales.

¿Hay búsqueda de alternativas o solo existen demandas y objetivos limitados? ¿Qué tendencia está predominando? ¿La que identifica la alternativa con una salida radical, la utopía, el socialismo o cualquier otra denominación que se le dé? ¿O la que postula conseguir lo que sea posible dentro de un sistema que es intangible, esto es, adecentamientos de la vida pública, mayor y mejor ejercicio de la ciudadanía y uso de los recursos, estado de derecho, medidas ecológicas? ¿Cómo introducir este problema más general en las acciones y los análisis particulares? Las situaciones son muy diversas en \_el continente —desde la magnífica resistencia de Chiapas hasta las pugnas políticas en Argentina— y no estoy subestimando lo que han hecho millones de votantes en Rio Grande do Sul y otros lugares. Pero las preguntas siguen en pie. Me parece esencial el problema de cómo conectar el "nosotros" con el "muchos", cómo conectar a los "nosotros" —incluyendo los que estamos aquí, porque somos uno de los tantos grupos que existen en América Latina— con los millones de "muchos". Modificar las escasas relaciones existentes entre los nosotros y los muchos es un problema básico para la conversión de las ideas en movimiento histórico. Por eso es tan valioso este taller, que en vez de regodearse en lo que somos se dedica a discutir e intercambiar acerca de los problemas principales que identificamos. Lo más valioso del trabajo intelectual es que puede levantarse por encima de las coyunturas, para ayudar a la gente a entenderlas, a mirar más allá de sus narices y a representarse un mundo y una vida muy superiores a las condiciones en que se vive, y ayudar a la gente a buscar los caminos.

## 2. Las cartas del otro.

Vamos a abandonarnos un momento a nosotros —sin complacernos demasiado— para atender a la naturaleza y a las fuerzas con que cuentan los que se oponen activamente a las alternativas. Constituimos dos minorías: la nuestra y la de ellos. Ellos tienen rasgos muy particulares. Podrían aplicarse a su análisis, entre otros, los conceptos que relacionaba al inicio. Su historia parece, en ciertos aspectos, tan vieja como el tiempo del hombre en la Tierra;

en otros ya tiene algunos siglos; pero sus características más recientes son las más visibles y las que parecen determinantes. ¿Cómo se percibe su poder en la actualidad? ¿Cuáles son los fundamentos de su hegemonía sobre las mayorías?

Lo primero es el mito de la centralidad de la economía vigente y de su intangibilidad. Está muy extendido en toda América Latina y no solo en ella: es el gran mito mundial de hoy. Pero estoy hablando de América Latina. ¿Por qué es tan fuerte ese determinismo económico y cómo se llegó a ese grado de impotencia? Varias tradiciones diversas son opuestas al fatalismo económico, y el tipo de marxismo al que yo me adscribo también lo es. Pero en la región fueron creadas condiciones —externas a la economía— favorables a la libertad de acción de las clases dominantes para hacer que las mayorías sean las que paguen las consecuencias de la renovación de su asociación subordinada a los centros del capitalismo mundial —que ahora es mucho más íntima—, y de las variaciones de la tasa de ganancia. Los Estados Unidos sobre-determinaron ese proceso, desde el control económico más descarnado hasta la colaboración en la represión, que llegó en algunos lugares al genocidio. Una historia de crimen mancha a los Estados Unidos, desde la Escuela Interamericana de Policía, que graduó torturadores a escala continental y la complicidad abierta con el golpe de Estado en Chile en 1973, hasta el largo baño de sangre en El Salvador. Una primera diferencia en cómo llegamos al lugar en que estamos, atañe, entonces, a los instrumentos utilizados y a los modos en que se realizó el tránsito. La conservatización de la política fue solo uno de los rasgos generales de estas décadas en los países capitalistas desarrollados o centrales, y apeló a los mecanismos legalizados de su propio sistema. En América Latina, los regímenes de "seguridad nacional", las represiones abiertas y la imposición de un gran autoritarismo fueron la vía y los medios para reducir a las mayorías al arbitrio del gran capital. Solo después — y en las dosis necesarias a cada país— vinieron la "democratización" y la "redemocratización" controladas. La historia reciente de los colonizadores no es igual a la historia reciente de los colonizados.

El sistema que consumó genocidios en Guatemala y Argentina, y represiones terribles en tantos otros lugares, bajo el pretexto de la seguridad

nacional, era hijo, sin embargo, de una tradición. El peso simbólico de la patria, la bandera, la república, no es pequeño en el caso latinoamericano. Nació de conmociones generalmente anticoloniales, y de eventos revolucionarios que reunieron a clases y grupos diversos, y que en algunos casos tuvieron extraordinarios componentes populares.

Los dominantes poseyeron una historia de viejas clases que fueron sustituidas por regímenes liberales autoritarios; de viejas relaciones hacendarias que fueron reemplazadas por abiertas modernidades; de sustitución de importaciones y nuevos empresariados mejor ligados al mundo capitalista; de viejos partidos clientelares que fueron suplantados por otros nuevos; de luchas democráticas por el estado de derecho; de nuevos liderazgos populistas. Y eso siempre explotando y dominando a las mayorías, unas veces enfrentando a sangre y fuego las rebeldías o protestas populares, otras veces manipulando al pueblo, y en ocasiones conduciéndolo en jornadas revolucionarias. Junto a un proceso de supeditación de los dominantes a los centros del capitalismo mundial, hemos tenido una historia de hegemonía burguesa en América Latina, una historia del capitalismo propio. Esto se ha ido acabando en los últimos treinta o cuarenta años.

Durante gran parte de esas décadas se apeló a la más dura represión. No solo hubo represión: ella fue central para la dominación burguesa. Cuando se juzgó necesario, se golpeó a sectores o individuos ajenos a los dominados, pero la gran mayoría de las víctimas fueron de la gente común. Sufrieron terribles desilusiones aquellos que creían que los sectores modernos e industrialistas —también llamados burguesía nacional—, iban a protagonizar una época de avances contra el atraso, el imperialismo y su aliada nativa, una clase dominante arcaica y anticuada, "semifeudal" y "compradora". Resultó que la acción de los modernos fue totalmente contrarrevolucionaria, antipopular y aliada al imperialismo. Esa alianza ha producido una evolución que hizo de América Latina una región del mundo mucho mejor articulada, como nunca antes, al capitalismo mundial.

El proceso de centralización y concentración de capitales del último tercio del siglo xx ha sido descomunal. América Latina no quedó al margen de él. La

intimidad de los lazos que se han establecido entre los países latinoamericanos y el centro imperialista es tal, que el espacio de autonomía de los poderes de la región, está desapareciendo. La soberanía nacional y la autodeterminación de los Estados formaban parte de la doctrina y se enseñaban en todas partes. Después de la defensa a sangre y fuego de la "seguridad nacional" contra nuestra propia gente, los gobiernos legales llamados democracias no consiguen éxitos en cuanto a defender la soberanía de cada país frente a los designios del gran capitalismo. Hace varios años le escuché a una persona, que después ha desempeñado cargos importantes, el concepto de "soberanía limitada": en el mundo de hoy ya no es posible sustentar la idea de la autodeterminación ilimitada y la soberanía de las naciones (¡de nuestras naciones, claro, no de las de ellos!). Nos gustaría tenerla toda, pero es imposible. La soberanía, como tantas cosas, debe limitarse. Me aterró.

Está en curso en América Latina y en una enorme parte del planeta un proceso de recolonización, una recolonización pacífica del mundo. Las clases dominantes latinoamericanas no se oponen a él, lo aceptan o son cómplices activas, según sus posiciones, intereses y posibilidades, Los Estados y sus gobiernos consienten en los recortes progresivos y sucesivos de sus atribuciones, en nombre de sus propias abstracciones, como la democracia, o de las que les han ido recetando, como "los derechos humanos", la "lucha contra el narcotráfico", o "contra la corrupción". A inicios de siglo se nos consideraba eternos niños, a los efectos del garrote, la zanahoria, el cobro de deudas o la civilización; al final del siglo se celebra nuestra madurez al ver como aceptamos o colaboramos en todo eso con gran urbanidad.

La centralización del sistema económico y de las formas de dominio internacional del capitalismo es la fuente de este poder tan grande sobre las economías, los Estados, la política y las sociedades latinoamericanas. Su nombre verdadero es transnacionalización y poder del dinero parasitario. Desde hace más de una década le llamo así, y no "neoliberalismo", porque en mi opinión el neoliberalismo es sobre todo una ideología.

El proceso fue llevado adelante con el concurso del poder de los Estados, que aplicaron políticas económicas junto a represiones, que usaron

mecanismos extraeconómicos para fines económicos, como sucede siempre. Después, los gobiernos civiles de los Estados democráticos o democratizados les han dado continuidad a esas políticas económicas de las dictaduras, en correspondencia con el avance del proceso de dominio de la transnacionalización y el poder del dinero parasitario. Si no nos dejamos arrebatarse la memoria podemos constatar esa continuidad. Y desde hace unos quince años se “adelgaza” a los Estados para que “abran” las economías, esto es, que eliminen toda traba al dominio transnacional, y a la vez las “ajusten”, es decir, que descarguen el peso de los cambios sobre la parte del ingreso, la capacidad adquisitiva y la calidad de la vida de las mayorías de cada país. Retrocede la legalidad de defensa del país ante el gran capital; retrocede la política social que redistribuía algo del ingreso hacia más amplios sectores del pueblo; retroceden normas de convivencia procedentes de la tradición de los contratos sociales, pero avanzan, la utilización de los mecanismos del poder político en favor de las nuevas formas de integración internacional con el gran capitalismo y la impune formación de mafias formidables para todo tipo de negocios, mientras —al fondo de los eventos y las alternancias de los políticos—, permanece la continuidad del Estado, cuyos medios de actuación, decisión y represión, siguen fuera del control y la fiscalización de los ciudadanos. Frente al proceso de dominación económica actual, las “economías nacionales”, carecen de autonomía, no tienen posibilidad de integrar modos de vida que satisfagan a amplias partes de la población y no pueden servir a proyectos nacionales. Salen sobranes la soberanía, una parte del empresariado, los jueces y gran parte de los funcionarios y empleados de los Estados, las fuerzas armadas y los legisladores, y, sobre todo, una parte creciente de la población de cada país.

Es la naturaleza excluyente del desarrollo actual del capitalismo la que hace crecer el desempleo; ya no habrá más ciclos de expulsión y atracción de masas de trabajadores, regidos por crisis y bonanzas del capitalismo. Al fin empieza a aceptarse la realidad de que el desempleo es estructural. Pero no es natural, no es el desempleo que exige la economía en general para “desarrollarse”: es el desempleo que exige el capitalismo actual. Es un rasgo y una debilidad que nace de su orientación al lucro, de su carácter antihumano.

No lo pueden cambiar. Es una debilidad y un riesgo potencial muy grande, y ellos no pueden solucionarlo.

El empobrecimiento de los latinoamericanos es una tendencia central de esta época. Después de un crecimiento de las proporciones generales del ingreso y de la participación de amplios sectores en el aumento del ingreso nacional, esa tendencia se frenó hace treinta años. Hasta hoy ha descendido intensa y firmemente la parte de los trabajadores y de las mayorías en el ingreso. Están mezcladas en nuestra gente las experiencias duras u horribles de las grandes represiones y la conciencia de que se tiene menos y se puede aspirar a menos. El sentido último de la eliminación de la memoria por las acciones de la dominación es completar el cuadro de desaliento de los "viejos" con la formación de nuevas generaciones que carezcan de experiencias y de conciencia; lograr que la situación de empobrecimiento sea natural, no social, que el imperio del egoísmo de todos, del lucro de las minorías y del poder del capitalismo se considere lo natural, no una opresión social. Necesitan ese formidable retroceso después del inmenso crecimiento que tuvo la cultura política. Pero puede serles muy difícil llevar a cabo su tarea.

El mito de la centralidad de la economía vigente, y de su intangibilidad cumple, entonces, funciones principales. Refiere los males que sufren las mayorías a algo "objetivo", "externo" e incambiable, porque nadie tiene en sus manos la capacidad de hacerlo. Las políticas económicas, y en última instancia toda decisión de envergadura y toda conducta sensata, están sujetas a esa premisa férrea. Mientras el sistema de dominación en cada país es subordinado y cómplice del capitalismo central, el mito sugiere que no hay tal responsabilidad, porque el tipo de economía vigente, tan perjudicial a las mayorías, es resultado de un orden mundial, algo impuesto desde afuera, inapelable, pero del que nadie en el mundo tiene culpa; el mundo es así. Por otra parte, si ya no son posibles los proyectos, sí lo son todavía los comportamientos: "ajustarse", "abrirse", "ser eficientes", "flexibilizar", son los verbos requeridos. Su signo es claro: colaborar y esperar. El presente es fatal; el futuro incluye una vaga promesa: sobrevivencia y buena conducta pudieran ser premiadas de algún modo, aunque todavía no se sepa cómo.



Detrás de esa centralidad de una economía, que es ajena, se esconde también la debilidad de las hegemonías nuevas. Las viejas hegemonías latinoamericanas, fueron arrastradas por las modernizaciones y por los cambios del período reciente, pero las nuevas clases dominantes de la mayoría de los países carecen de rasgos fundamentales para que pueda hablarse de la consolidación de nuevas hegemonías. Sin gestas propias ni memorias de conducción de mayorías, sin base en amplios sectores intermedios, sin dominio apreciable sobre la autodeterminación nacional ni la economía, la hegemonía de las clases dominantes no está establecida, y en algunos casos se reduce a equilibrios. Sin proyectos, sin mucho que repartir y sin dominio sobre el pasado, tienen demasiadas carencias. El imperio de la "economía" esconde la mezquindad de la política, que ofrece a la ciudadanía un teatro muy inferior a la cultura política que se ha alcanzado. Viejos partidos actúan como sombras, y la mayoría de los nuevos partidos muestran casi desnudos sus grupos de intereses. Sin haber subido los escalones de algún esplendor trágico, la política se asoma a la etapa de espectáculo. Los políticos se mueven en un mar proceloso, entre escándalos, cambios de monedas y cambios de personas. Se reclutan políticos profesionales usualmente mediocres, pero también hay profesionales -liberales, caballeros emprendedores y artistas, y algún que otro bergante ha llegado incluso a presidente de la República. Pero, en términos generales, el consenso no adquiere visos de legitimidad. No obstante, si tienen tiempo y manos libres, quizás los dominantes terminarán por lograrlo. La historia tiene sus etapas. Si se deja pasar el tren del cambio histórico, hay que esperar el próximo, y el siguiente tren puede tardar veinte o veinticinco años, porque esos trenes no son diarios, ni anuales.

La otra carta fuerte de las clases dominantes de América Latina es que la mundialización de la hegemonía del capitalismo las favorece. Gracias a su naturaleza, la dinámica del capitalismo generó la única cultura en la historia de la humanidad que ha logrado una expansión de alcance y dimensiones universales. Su etapa actual le permite y lo obliga a librar una guerra cultural mundial que está en curso, a la que me he referido muchas veces en esta última década. La negación de posibilidad a toda alternativa le es inherente. Su alcance global, sus recursos y los medios que usa, sirven también, en la

práctica, a los dominantes locales de América Latina, aun si a veces no es esa su intención.

La guerra por el dominio de la vida cotidiana persigue, entre otros fines, homogeneizar la información a escala mundial y formar la opinión pública que le conviene. Recuerdo nuestra angustia en 1986-1990 al ver la televisión, noche tras noche, porque los militares querían derrocar a la presidenta viuda de Filipinas. Nadie nos decía que los grandes propietarios rurales en Filipinas —entre ellos la familia de la presidenta— son el azote del pueblo. Nada tampoco de los guerrilleros que llevaban décadas peleando en Filipinas: solo hablaban de la viuda y de los malvados militares antidemocráticos. Esa información omisa, seleccionada y manipulada, es hoy un arte, fino o burdo, y un acto impune al servicio de un totalitarismo ideológico. Los temas sucesivos que consumen las poblaciones convertidas en público, configuran lo que antes se llamaba opinión pública. Los sentimientos mismos son "satisfechos" de cuando en cuando por eventos (la princesa Diana, por ejemplo), pero se aseguran con la forja sistemática del gusto de las personas. La telenovela es una de sus vías. Son formas de homogeneizar el gusto para facilitar la aceptación de la dominación en la vida cotidiana.

La vida ciudadana también es acotada de manera rígida. Solo son admisibles las declaraciones y los regímenes llamados democráticos, que deben copiar los modelos de sistema político y de ideologías de Europa occidental o los Estados Unidos. El efecto en América Latina es muy notable. Realza ciertos rasgos de sus gobiernos civiles, como los procesos electorales o la existencia formal de tres poderes del Estado. De esa forma se cubren con retazos de tradición las nuevas realidades de la dominación política e ideológica. También parece como si al fin estuviéramos-logrando el ansiado objetivo de parecernos a los países del Primer Mundo, cuando en realidad el sistema político en esos países tiene otras funciones y otra historia —por cierto, muchas veces no muy edificante—; cuando el estado de derecho del capitalismo está lejos de conseguirse o es parcial en tantas tierras, entre ellas las latinoamericanas; y, sobre todo, cuando en América Latina las relaciones y las estructuras sociales, están atrapadas en los rasgos esenciales del sistema económico.

Hace quince años, Frei Betto, escribía que, respecto a la vida material, Brasil alberga en sí una Bélgica y una India. Hace diez años recorrí Calcuta en el centro de Lima. Quizás, la paradoja más hiriente para el conocimiento en América Latina, es ver que conviven esas realidades con la aceptación de que la vida no se puede vivir de otra forma, como no sea el capitalismo. Esa sobredeterminación de fuente mundial, favorece a las clases dominantes latinoamericanas. Pero, a la vez, es un índice de su debilidad, porque las va reduciendo en términos culturales a ser clases cada vez menos nacionales.

¿Qué peso llegará a tener y quién controlará la internacionalización, la mundialización? ¿Qué puede desatar, quién la utilizará finalmente y para qué? Por lo pronto, los políticos tienen que ser nacionales. Siempre recuerdo a un cantante que ofreció ser un presidente de nuevo tipo en su país y cerró su campaña con un discurso ecológico. Su adversario cerró su campaña con un discurso violentamente nacionalista. Y ganó. ¿Por qué? Los votantes fueron sensibles a ese nacionalismo. Si hubieran votado los ecólogos de todo el mundo, habría ganado el otro. Ahora acaba de ganar una señora del partido opuesto al del discurso nacionalista. En suma, debemos distinguir entre las tendencias históricas y las situaciones, la conciencia y las luchas del día.

Si escojo algunos rasgos muy centrales para terminar esta parte, diría que el capitalismo latinoamericano actual tiene un límite dramático: muestra ser un sistema en el que unos pocos obtienen ganancias y poder mediante la subordinación, la complicidad y las mafias, pero no sirve para ofrecer vida material decente ni esperanzas a las mayorías. Y sus clases dominantes no logran obtener legitimidad, porque no gobiernan las tradiciones, ni tienen autonomía y capacidad de maniobra, ni hacen propuestas de futuro. Y todo eso se sabe. Hay una gran cultura adquirida, y todo eso se sabe.

Sus enemigos reales o potenciales tienen también límites tremendos. En general, los opuestos al capitalismo no pretenden el poder. Sus formas de organización, sus formas de presión, sus formas de lucha, sus ideologías, no tienen suficiente base social para actuar con éxito dentro del sistema de dominación vigente. El otro aspecto es que no muestran suficiente vocación creativa para la subversión.

### 3. El "sujeto popular".

¿Cómo es el sujeto popular? ¿Cómo es nuestra gente? Ante todo, no es necesariamente nuestra. Podemos atribuírnosla y confundir deseos con realidades, la potencia con el acto. No lo hacemos por mala intención, ni por engañar a nadie. Es lo normal cuando la unión de protesta y adecuación ya se expresa políticamente en una sociedad, que haya quienes se atribuyan la representación del pueblo frente al sistema, como por innatismo, por un destino o una misión. Lo anormal es conducir realmente al pueblo contra el capitalismo, conseguir una unión de planes, líderes, masas, conciencia, organización, sueños, decisión, capaces de barrer con el capitalismo y crear una vida nueva. Por eso son tan insólitas y anormales las terribles y maravillosas revoluciones. Ya es bastante anormal que aparezcan indicios de la posibilidad de un gran cambio.

En segundo lugar, la gente vive en su diversidad, y no en la unidad. Eso también es lo normal. La diversidad es local, regional, económica, de género, política, religiosa, étnica, ideológica, racial, de todos los tipos imaginables. Lo anormal es la unificación de diversidades. Puede suceder o conseguirse por un tiempo o transitoriamente, por determinados motivos. Ya eso es algo. Creo que siempre es una ganancia, es una escuela, pero es un logro muy insuficiente. La diversidad no es una argucia o una conspiración de los burgueses, ni es tampoco una bendición para los que luchamos contra el capitalismo. Es una característica de la gente.

En tercer lugar, la gente vive en su cultura, y, por tanto, vive sus culturas. Siempre existe una compleja integración de las formas culturales, con predominio de una estructura que fija lugares, alcances y valoraciones, para cada forma, con lo que asegura mediante la dominación cultural, que la reproducción de la vida social sea a la vez la de la dominación. Un error de la izquierda es, por ejemplo, no advertir que las mayorías respetan y tienden a acatar las jerarquías. Muchos creen que el presidente de la República debe ser un doctor y no un tornero mecánico, y, por tanto, votan por el doctor. Cuando yo era muy joven, el dirigente máximo de una fuerte organización de izquierda y muy establecida en un país, entonces democrático, no me pudo explicar por

qué ellos le llamaban lumpen a la gente más humilde, esto es, por qué despreciaban a la gente más humilde, en vez de pensar que si tienen tanto apego a la sobrevivencia es por ser tan pobres, y que si conseguimos ganarnos su confianza, quizás, pueden dar una ayuda inestimable a los procesos de liberación.

Un fenómeno más eventual y reciente, pero muy importante, es que en cierto número de países se ha conseguido implantar una cultura más conservadora en el terreno de lo político. El poder y los medios a su servicio la promueven con descaro o con astucia. Pero gente común llega a creer y a decir que "al menos los militares no robaban".

Sin embargo, la dominación cultural no es un escenario fatal en el que todo es funcional: es un teatro de conflictos y adecuaciones, de renovaciones y nuevos conflictos. En lo esencial, hoy el capitalismo está ejerciendo el control, pero en la cultura de las gentes y sus expresiones hay un inmenso potencial de rebeldía.

La movilización social es uno de los factores de cultura política más relevantes de América Latina. La capacidad de movilización social ha crecido de manera descomunal en las últimas décadas, y pese a retrocesos puntuales, de una u otra manera, incluye a decenas de millones de personas. ¿Qué relación tiene este hecho social con nuestro tema central? ¿Qué relación tiene con las debilidades de la política anticapitalista? Ese es un problema principal.

Se han multiplicado las autoidentificaciones. Ha crecido la propia estimación de muchos millones de personas. "Un indio de mierda", por ejemplo, era una expresión muy usual. Ya no lo es, nadie la dice en público. Desde México hasta Argentina, los descendientes directos de las poblaciones autóctonas se autoidentifican, y muchos se precian de serlo; identifican y rescatan en lo posible sus culturas; se organizan para defender sus derechos y su identidad; prueban a aliarse o a ir juntos con otros grupos desposeídos y con otras culturas subalternas, porque entienden y practican otra diversidad social. Cosas análogas pueden decirse de otros grupos sociales, numerosos y diversos. Identidades, autoestimación, demandas, organizaciones sociales, se han multiplicado a un grado impresionante.

La identificación del enemigo es mucho menor. Los ámbitos en que existe y se ejercita son sectoriales, parciales, locales. Pero los conceptos "sociedad civil" y "movimientos sociales", han salido de los libros, aulas y foros académicos, y están en los medios masivos y en las reuniones, las publicaciones y la prosa de los activistas populares: ningún político se atreve a ignorarlos.

Entro en este terreno polémico y presento los hechos, que en sí no son ni "malos" ni "buenos". La diversidad social expresada en movimientos no es, en sí misma, una función de la política de nadie. Eso dependerá de múltiples variables y, sobre todo, de las actuaciones.

Los movimientos sociales me parecen escuelas en varios sentidos: escuelas de actores sociales, de concientización social, de luchas sociales, de formación de grupos calificados; escuelas de tácticas y de imaginación, que es un producto que a veces está en falta. Forman grupos de presión, de negociación, de conflictos, grupos de gestión económica, de satisfacciones personales y grupales, escuelas para enfrentar la cotidianidad y grupos para enfrentar la cotidianidad; permiten estrategias de vida y son expresiones culturales frente a la cultura nacional, que es la cultura dominada por la clase dominante. ¿Son o serán escuelas de actuación política? ¿Qué efectos le harán a la política que se opone realmente al sistema capitalista, y qué podrán aprender de ella?

Es absurdo presentar el problema de "lo social y lo político" como si ambos estuvieran en el aire y destinados a ser relacionados de un modo u otro, que además, supuestamente, lo definirá todo. Demasiadas veces hay un hueco entre ese abstractismo y los problemas acuciantes y concretos. Por otra parte, debates como los sostenidos alrededor de las ONG no son más que escaramuzas acerca de los grados de perversidad de lo que hace el enemigo. ¿Y qué hacemos nosotros?

Está claro que las prácticas específicas son las que definen a quién sirve lo que se está haciendo, y las que brindan experiencias. Pero es indispensable hacer análisis, y ellos deben tener en cuenta las estrategias de sobrevivencia de los implicados, las graves necesidades e insuficiencias de la política

burguesa hegemónica, las acciones del gran capitalismo mundial, las derrotas y las imágenes de la política opuesta al sistema, las tendencias a adecuarse a la dominación, el potencial de rebeldía, etc. Solo desde esta complejidad será lícito preguntar hasta dónde los movimientos sociales son funcionales o están en conflicto con los sistemas de dominación vigentes. O hacer preguntas más generales, como, ¿la movilización social implica desmovilización política? El mundo social, ¿hasta dónde pesa frente a las gestas y los proyectos conocidos, que son los nacionales y los de los próceres de la historia que se escribe? Hablamos de grupos sociales, pero no podemos olvidar que la individualización de tipo capitalista —la que "instituye individuos histórico-universales, empíricamente mundiales", que decía Marx en 1846— al fin se ha logrado. El dinero reina a un grado nunca visto, con su "todo vale". Reina la atomización de las personas, el hombre vuelto hacia sí, que a lo sumo admite a su familia inmediata.

Pese al "subdesarrollo", en América Latina hemos llegado tan lejos en ese proceso como en los países del capitalismo más avanzado. Cada individuo solo en la multitud es el ideal contrainsurgente de hoy: hacia eso se dirige la ofensiva cultural mundial. Ella difunde y exacerba cuatro rasgos, que aquí solo tengo tiempo para nombrar: el temor, la indiferencia, la resignación y la fragmentación. Es obvio, que en la batalla cultural contra la dominación, las identidades y los movimientos de grupos sociales, pueden ser baluartes de resistencia y lugares de iniciativas.

#### 4. Dentro y fuera del juego.

Por un lado hemos tenido "democratizaciones" de los regímenes políticos en los años ochenta–noventa. Sus consecuencias no son despreciables. No han cumplido ninguna de sus promesas, excepto la de mantener el sistema institucional y poner en juego periódicamente los cargos electivos. Algo es, aunque demasiado insuficiente. Por otro lado, el empobrecimiento causado por el sistema ha sido legalizado y bendecido por las políticas económicas de ajustes y desregulaciones, como único camino racional. En suma, se ha producido un desastre social tan grande que, si al pasar balance a los ochenta se le llamaba "la década perdida", en esta década, al parecer no habrá ni

siquiera balance. A inicios de los noventa la CEPAL proclamaba la meta de "crecimiento con equidad"; ahora ya no se proclama nada. Hace una década se decía que todos los sacrificios eran necesarios para el desarrollo; h) y nadie se atreve a prometer el desarrollo. Simplemente, suceden las cosas. El desgaste del sistema político es grande, pero sigue funcionando. Las dos cosas son ciertas. ¿Por qué?

Anotaré solamente que el valor "democracia", en su realidad y en su mito, es muy compartido por millones de personas activas que estiman que al menos garantiza un sistema con derechos cívicos codificados. Otros millones le conceden intangibilidad al régimen vigente, remitiéndolo a un campo inerte, en el que no participan. Gran parte de los componentes de ambos grupos no creen que esos regímenes resolverán los problemas básicos de sus países.

Por el lado de los poderes, la gobernabilidad va ocupando parte del espacio ideológico que un día monopolizó la democracia. La continuidad y el poder eficaz del Estado autoritario hacen frente y complementan a todos los cambios de gobierno. Sus estructuras y funcionarios no fiscalizados ni controlados —y en gran parte no elegidos—, ejecutan los actos represivos y administrativos que se consideran necesarios, y toman las principales decisiones. El Estado supuestamente débil y mal visto por todos es instrumento efectivo del poder de los grupos dominantes de cada país y es subordinado de los poderes del gran capitalismo mundial.

A pesar del autoritarismo, en general no se eliminan las reglas básicas de la legalidad. Como en todas las cuestiones de importancia, en cada país las prácticas se adecuan a sus rasgos específicos. Sigue siendo muy diferente en Uruguay que en Paraguay. En Perú, el autoritarismo apela al autogolpe, somete a la institucionalidad y obtiene después la reelección presidencial. Y así en cada caso. Aunque la ideología dominante niega los conflictos, estos se forman sin cesar, se conjuran o estallan, persisten o son olvidados. La conflictividad de las actuales sociedades latinoamericanas solo puede negarse por maldad o ceguera. A veces asoma el motín, como en Caracas en 1990, aplastado por una gran matanza. Otros estallidos de furia popular, fuego y saqueo, se alzan súbitos y desaparecen pronto. Esos comportamientos de



masas desesperadas no concuerdan con los de esas mismas poblaciones ante otras clases de eventos, como suelen ser los electorales. Un tipo de conflicto crónico se relaciona con la marginación de poblaciones urbanas y la imposibilidad de viabilizar comunidades y aspiraciones: la informalidad incontrolable, el barrio "peligroso" y la delincuencia de los más pobres.

La violencia es abominada de palabra por los que dominan, y remitida ideológicamente a cierto pasado. Pero existe una violencia cotidiana, omnipotente contra todos los desvalidos. La del hambre es sorda y general, la que sufren la mujer y el niño es más notoria: ambas son impunes. La de la delincuencia común ha hecho famosas a un buen número de ciudades. El miedo es general, pero la seguridad se privatizó en favor de las clases altas y medias. El arma de la violencia represiva sigue siendo usada contra las rebeldías, las protestas e incluso preventivamente. Tanta violencia en tantas formas merece ser tomada en cuenta. Los que discutimos sobre alternativas no debemos hacer caso a la exigencia de que condenemos toda violencia y la abominemos, aunque solo sea por sentido común, ya que existe tanta. En la escala más amplia de lo social, estamos obligados a darles a los conflictos, y a su análisis, el espacio que exige su trascendencia. Es un asunto vital.

Existen conflictos caracterizados por una organización muy combativa de sectores desposeídos y oprimidos que han ido lejos en su rebeldía. El Movimiento de los Sin Tierra de Brasil y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas son los más famosos. Cada uno en su circunstancia y con sus tácticas, han mostrado gran creatividad, energía, unidad consciente en sus bases y determinación. La trascendencia de su actuación en sus países y en el continente es muy superior a sus logros específicos —diferentes en cada caso—, porque su mensaje moral y sus ideas, tienen más largo alcance que sus actos, y porque, son ejemplos vivos de que se puede ir más allá si se rompe el mezquino rasero de lo establecido como posible.

Hay pugnas de otro tipo en toda la región. Ellas oponen a formaciones políticas de izquierda y centroizquierda a los partidos del sistema, en eventos electorales y otros palenques ciudadanos. El Partido de los Trabajadores de Brasil, el Partido Revolucionario Democrático mexicano, el Frente Amplio

uruguayo, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional salvadoreño, son ejemplos de los que luchan dentro de las reglas del juego. Son gobierno en varias grandes ciudades y algunas regiones, y han estado muy cerca de ganar la presidencia en un momento dado. Escuelas de ciudadanía, balance diversificador en poderes públicos, instrumentos de presiones sociales mediante la política, vehículos de luchas locales, formas prácticas de ejercitar ideologías opuestas al sistema actual, canales de ascenso social: esta política es una realidad que entronca en parte, o en situaciones dadas, con protestas populares, y es erróneo despreciarla. Es cierto que su peso, rasgos y posibilidades, varían mucho de un país a otro, pero en general son un factor de disenso en la América Latina de hoy, y escenario del ejercicio de las actividades cívicas, esporádicas o constantes, de millones de personas. Nosotros solemos vacilar entre despreciar esa política o darle toda la importancia del mundo, a veces alternativamente, según perdamos las elecciones o nos acerquemos a ellas, o cuando se gana una importante alcaldía, por ejemplo.

¿Constituyen esas actividades un potencial de conflicto y el esbozo de una alternativa viable al capitalismo en América Latina? ¿O son funcionales al sistema, al darle una oposición imprescindible para la hegemonía en lo político, más necesaria cuando no existe ningún reformismo social? Las otras formas de conflicto a las que aludí, ¿pueden ser absorbidas o neutralizadas por los poderes actuales sin daños graves o huellas peligrosas? Toda respuesta a estas interrogantes está ineludiblemente mediada por un dato básico: el nivel de las luchas de clases en la América Latina actual es muy bajo. Las causas y condicionantes no son ignoradas por nosotros, pero el hecho está ahí. Se ha llegado a esta situación por un camino que traté de describir —para ayudar a que no se olvide—, y el reino de miseria y empobrecimiento de hoy no genera por sí solo, no sucede jamás, ninguna rebeldía organizada y eficaz. Es esencial que no creamos el argumento burgués de que ese bajo nivel es un éxito de la convivencia que nos conviene a todos. ¿Qué causas hacen persistir el bajo nivel de lucha de clases? Ya no se manda a pelar a los jóvenes, ni se hace desaparecer a decenas de miles de personas. En la ciudad de Rosario, donde nació el Che, reina el desempleo, y una asamblea de choferes de ómnibus

acuerda reducir sus ingresos para ayudar a sus patrones a continuar operando los ómnibus. ¿Dónde está el quid de la cuestión? No tengo las respuestas, solo pregunto. Pero tengo la convicción de que son interrogantes fundamentales.

#### 5. Qué problemas, qué futuro.

Se ha repetido hasta el cansancio que las derrotas llevaron a la izquierda, al fin, a considerar importante la política institucional. Esto es, la izquierda está compuesta de gente terrible que nunca le hizo caso a lo institucional, y solo el peso de sus derrotas la ha llevado a considerarlo. ¿De qué izquierda están hablando? Si es del conjunto de la izquierda, eso no es cierto. Es mejor preguntarnos a quién beneficia esa creencia absurda que a veces repetimos con satisfacción, como si fuera nuestra y nos sirviera de algo. Yo diría más bien que las luchas anticapitalistas de los años sesenta y setenta —Centroamérica de los ochenta no es igual— fueron, en general, primerizas, primitivas, insuficientes, sobre todo en sus capacidades de formar militantes y organizaciones, y de conducir a las mayorías humildes y a capas medias a participar en las revoluciones, y dejar de ser el público ante las dos minorías enfrentadas. Fueron insuficientes en cuanto a operar teniendo en cuenta los datos sociales esenciales, y en cómo comprender y actuar ante las diversas coyunturas.

Es necesario que nos apoderemos de esas experiencias, que las conozcamos: ellas forman parte importante de la memoria histórica de las rebeldías. Si colaboramos en su demonización nos debilitamos todos. Pensemos lo que pensemos, creamos lo que creamos acerca del presente y del futuro, si creemos que los llamados subversivos eran bestias de izquierda, los matamos otra vez. Es un triunfo ideológico del capitalismo. Lo que quiere decir el "nunca más" oficial, sobre todo es que nunca más haya una revolución. Los que dirigieron y llevaron a cabo la represión sí se comportaron como bestias, incluso frente a tradiciones de convivencia y frente al ideal del estado de derecho. Las formas hegemónicas fueron echadas a un lado durante todo un período en el cual se comportaron bestialmente, en Chile y Uruguay. Después de construir un estado de derecho y una democracia política, los echaron a un lado. En otros países con grados diferentes de desarrollo de la

institucionalidad capitalista, tuvieron dictaduras abiertas que se igualaron en bestialidad.

Por otra parte, en la historia de las izquierdas del continente ha tenido un papel enorme la adecuación a la institucionalidad de las clases dominantes, y ha habido muchos casos de colaboración con sus regímenes. La izquierda tiene una larga historia de adecuación, que forma parte de sus tradiciones. La perspectiva histórica ayuda siempre, y en este caso también.

Nos deben la historia completa. Cuando uno ve el modo en que se narra la historia en la actualidad, y los olvidos a que es sometida, se da cuenta de las intenciones ideológicas de cerrar el paso a toda posibilidad de conciencia y organización que echen adelante las luchas sociales. La política institucional actual no es un gracioso regalo. Para la mayoría de la población de la región, que vivió bajo dictaduras, es el espacio cívico abierto después de ellas, que fue exigido por las protestas sociales y por el ascenso de la cultura política de decenas de millones de latinoamericanos. Nadie lo regaló. Eso es importantísimo. Lo ha exigido también la necesidad de reformular la hegemonía en cada país, por parte de las clases dominantes en busca de legitimidad. Las reglas del juego de los regímenes civiles son fruto de negociaciones y prenda de equilibrios.

En segundo lugar, la llamada democracia también juega con la estrategia general de los Estados Unidos y del gran capitalismo mundial. El primero sobredetermina el dominio con sus cartas marcadas, con su "integración" y sus exigencias, su panamericanismo de fin de siglo. Pero la institucionalidad y la alternancia política son necesarias al modo de dominación actual del gran capital internacional, que he caracterizado de recolonización "pacífica" del mundo: Aunque periódicamente se refuerza con bombardeos y asesinatos masivos de civiles, el tipo político e ideológico de democracia del gran capital es un aspecto importante de su hegemonía y de su batalla cultural. La hegemonía burguesa en cada país latinoamericano trabaja con esa democracia, o se acerca a ella, o los Estados Unidos se la señalan como meta a alcanzar. Esta complejización del sistema implica algunos riesgos, pero toda

reorganización y renovación del consenso con reformas de la dominación capitalista los incluye.

Uno de los rasgos más interesantes de la insurrección cubana de los años cincuenta es que se originó en un país donde se había desarrollado y legitimado un orden democrático burgués ejemplar en el Caribe y Centroamérica (exceptuada Costa Rica) y superior al de muchos países de América del Sur, orden que fue roto por un golpe militar de Estado. Los riesgos de la institucionalidad eran los de dominar a la gente con su consentimiento y no mediante la represión. Se rompió la institucionalidad, afloraron otras características de la sociedad, apareció una nueva política revolucionaria, y, como se sabe, lo pagaron muy caro. Después he oído cosas absurdas, como la fábula de que la "vía cubana" había sido posible porque los cubanos siempre vivieron bajo dictadura.

¿Qué es ser de izquierda hoy? Las izquierdas, ¿indican las diferentes "situaciones objetivas" de los grupos sociales y naciones, o los diferentes modos de acción—organización y de concientización populares? ¿Indican los diferentes estadios de las luchas de clases? Estos cuestionamientos apuntan a otros problemas, entre ellos el de la discusión sobre el predominio de la determinación social como guía de la acción, o la acción que parte de lo existente para violentarlo. El problema del alcance de las ideas y del movimiento es también el problema de lo posible. ¿Nos estamos planteando estos problemas realmente? Tengo la sensación de que las cuestiones fundamentales no se discuten mucho.

Y ya en la senda de las incitaciones al debate y las provocaciones, ¿por qué las propuestas políticas de izquierda se parecen tanto, o no niegan, o no se oponen, o no son muy diferentes a las propuestas que hacen los dominantes? ¿Por qué todos están de acuerdo en que la eficacia y la calidad de la nueva política anticapitalista, está ligada a nuevas relaciones entre lo político y lo social, pero en la práctica esas novedades no se producen o no prosperan mucho? Los proyectos que guían a los movimientos sociales populares, ¿son acaso más de izquierda que los proyectos políticos? La autonomía que tienen los movimientos sociales respecto al sistema, ¿es más

aparente que real? ¿Será que esa autonomía es propia de su naturaleza y de su tipo de espacio y de acción dentro del sistema actual y que esa es la forma en que son funcionales al sistema? O bien, ¿será que los movimientos sociales populares son realmente formas de acumulación anticapitalista más factibles y más eficaces en la actualidad?

Para mí son preguntas acuciantes y graves, porque no creo que la política vieja sea capaz de leer este mapa, y mucho menos de cambiarlo, y tampoco creo que sea posible ninguna liberación humana y social sin dimensión y actuación políticas revolucionarias. Soy de los que creen que es posible la alternativa anticapitalista: por eso le presto tanta atención al hecho de que tantos millones no creen que esa alternativa sea posible. Es imprescindible librar la batalla cultural que cree espacios para negar la dominación, el poder y las jerarquías vigentes; que cree un campo diferente y opuesto al capitalismo para la actuación y los proyectos nuevos, que instituyan nuevas personas y nuevas sociedades.

Por último, creo que América Latina necesita declarar su segunda independencia de proyecto. En este momento de mundialización desarrollada del capitalismo no puede, no tiene ninguna posibilidad de seguir un proyecto mundial que le ofrezcan. No sé si alguna vez la tuvo realmente, no opinaré aquí sobre eso. Pero en la actualidad le es indispensable crear un proyecto propio. No puede consistir, sin embargo, en soñar otra vez con un bloque popular—burgués nacional, que hoy sería más que nunca burgués (sin apellido nacional), y conduzca a los famélicos populares ya demasiado desgastados para intentar algo serio. La construcción de esa propuesta latinoamericana será una gran aventura intelectual y práctica, si es que quiere tener alguna posibilidad de ser realizada: en la actualidad, la utopía resulta de un pragmatismo feroz. Tiene que ser una gesta de creaciones. Y debo repetir que tendrá que parecerse más a una cruzada que a una evolución.

\* Palabras motivadoras para el debate del Taller de Educación Popular, del Centro Martín Luther King Jr., La Habana, 18 de noviembre de 1998.

## **Anexo 6: Entrevista con Fernando Martínez Heredia: El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución**

### **Los orígenes de una idea: el siglo XIX y los inicios del XX.**

**Cuando se habla de integración latinoamericana generalmente se acude a citar los proyectos de Bolívar y San Martín y a hablar de una historia y un sustrato cultural compartido. ¿Alcanza esta “integración por la cultura” para sostener la idea de una integración continental o roza a veces con el lugar común?**

Tú hablas de una cosa que ha sido muy mal usada o mal entendida pero que tiene una importancia fenomenal. En uno de mis trabajos digo que únicamente se habla bien de Latinoamérica en términos culturales, que resulta como una especie de consolación: es la que tenemos: la Latinoamérica cultural, pero mira qué bonita es. Y entonces se pueden hacer desde esas expresiones vacías, carentes de toda realidad al estilo de “ya Bolívar y Martí” hasta cosas mejor formuladas pero siempre sumamente parciales y limitadas.

Hay *culturas* latinoamericanas y no *una* cultura latinoamericana, y las historias de ellas son conflictivas. Por ejemplo, la gran saga de la gran epopeya de la independencia latinoamericana de la corona española deja fuera a la Revolución Haitiana. Yo me pasé los años entre 1991 hasta 2010 fastidiando con eso. Incluso planteé que en Cuba debería celebrarse el aniversario de la batalla de Vertières el 18 de noviembre de cada año y dije en la televisión cubana que los niños cubanos deberían aprender a cantar la canción de los guerrilleros Dessalines de 1803, que decía: “Dessalines viene por el sur. Dessalines viene por el sur. Trae fusiles, trae balas, trae fusiles, trae balas. Esos son los *ngangas* de hoy”. Qué quiero decir con esto: que los movimientos fuertes de fines del siglo XVIII y principios del XIX incluyen, pero muchísimas veces, a los pueblos que no son blancos; segundo, una parte muy fuerte de países que incluso ahora no son así, como Argentina y Perú, la mitad de los soldados de San Martín, no son blancos, en Perú los negros son minoría sin duda, pero en Lima son el 25 % de la población, en Venezuela, son el 60%. En Venezuela Bolívar era un blanquito (algunos dicen que mestizo) millonario muy

mal visto, que tiene la suerte de ser un genio, tener una voluntad de hierro y de tener los llaneros de Páez, porque la gente pobre estaba contra ellos. Los negros que se alzaban estaban en contra de los independentistas, ellos no querían ver a los otros porque los otros eran los ricos de Caracas. Y eso lo narra muy bien Arturo Uslar Pietri en *Las lanzas coloradas*. Entonces en esa historia la Revolución Haitiana, o entra o estamos mal. Si no, no se puede hablar de cultura continental, hay cultura de grupos. Las revoluciones mismas de la América española incluyen las revoluciones sociales, las revoluciones políticas, alguna gente abole la esclavitud, luego la vuelven a poner otra gente. Hay ahí un espacio primero conflictivo y triunfan los estados independientes.

Pero los estados independientes tienen una historia cada uno, y algunas de esas historias es imposible que sean continentales, en todo caso, a veces, pueden llegar a ser regionales. Su contrapartida es que un grupo de estos estados no llegan a asegurar la unidad nacional hasta muchísimo después de ser estados. De hecho, algunos todavía no lo han logrado. Entonces muchas veces estamos hablando de generalidades que no son ciertas.

Un británico amigo mío dice que los estados independientes latinoamericanos del siglo XIX son colonias de población, es decir, su grupo dominante, con sus fórmulas estatales y políticas, pretende blanquear a sus países sobre todo con migraciones y lograr colonias de población. Cuando uno ve la gran literatura que se empieza a hacer en el Río de la Plata una buena parte de ella es pronorteamericana o proinglesa, pero cuando ves la política misma de las revoluciones liberales de la segunda mitad del XIX, tan alardeadas por la historiografía tradicional es antipueblo y antipueblos autóctonos, tienen una historia casi siempre de implantación feroz de un capitalismo subalterno que va a producir la separación de la iglesia, el estado, la modernización de las costumbres pero toda esta entrada en la modernidad solo atañe a los grupos burgueses.

Si aún faltara un gran crimen para completar esta historia el gran crimen de la segunda mitad del siglo XIX es la Guerra del Paraguay. El único país desarrollado del continente independizado fue aplastado por una coalición militar financiada totalmente por la Gran Bretaña que acabó incluso con la



población masculina del país. El caso más gigantesco de maldad que pudo suceder en América del Sur fue ese: contra el único país que tenía toda la población alfabetizada antes de 1840, resuelto el problema agrario, unas fuerzas armadas de primera y fabricaba cañones, una marina mercante cuyos barcos llegaban a comerciar hasta el Mediterráneo, una estabilidad de la vida social extraordinaria. Yo he estado en reuniones de estudio del partido comunista de uno de los países asesinos y he escuchado allí formas despectivas para referirse a los paraguayos. Y les dije que no eran comunistas, sino servidores de la burguesía de su país.

Entonces existe una historia que no se puede obviar. Es impresionante como después del primer ejército en Occidente de corte realmente internacional que se planteó liberar a los países y tiene una historia desde Monteagudo y San Martín hasta Bolívar resulta que 135 años después no tiene ninguna iniciativa de integración. Hay que dar un salto con garrocha descomunal para sostener ciertas cosas porque son insostenibles.

Un hecho decisivo fue la Revolución mexicana, que no fue para los indios, aunque los yaquis fueran ser la escolta de Oregón eso no tenía importancia, sin embargo el indigenismo mexicano fue una profundización de la ideología del mestizaje de Porfirio Díaz porque bajo la dictadura terrible aquella se decía: “¿quién hizo México?: El mestizo”. Pero México no es América Latina.

Por ejemplo, en el Perú de los años 20 —no solo Mariátegui, lo que pasa que Mariátegui fue el más grande— se dieron cuenta de que los indios no eran solo unos indios de mierda sino que eran peruanos también y unos cuantos trataron de que eso cambiara, culturalmente hablando. El problema es que ese discurso puede servir como una gran sombrilla Ya había dictadores como Augusto Bernardino Leguía que afirmaban estar del lado del indio y decían: aquí tiene que haber un régimen democrático.

Entonces es más factible hablar de Indoamérica, y Sandino, que estaba tratando de encontrar un asidero para su guerra revolucionaria, apela a Indoamérica pero por razones políticas, mientras que, también por razones políticas, los regímenes posrevolucionarios de México ya nunca más van a dejar solo a esta ideología, van a dejar solo al autóctono, pero no a la

ideología. De hecho el vehículo del presidente de la República de México es una guagua que se llama Benito Juárez. Entonces vamos teniendo una cierta, relativa inclusión.

A pesar de esas menciones el paradigma fundamental es europeo occidental, y el que se suma, si se puede hablar de sumar, es norteamericano. Y muchos asumen que la receta para resolver este conflicto es hablar entonces de democracia, es decir, vamos a hacer gobiernos democráticos lo cual es una idea muy fuerte hasta nuestros días. Por lo tanto no hay que subestimar a los otros y tampoco sobrestimar a los nuestros porque el comunismo entró en la escena sin lograr resolver este problema culturalmente.

El comunismo entra en América Latina afectado primero por el deseo excesivo de mundializar la doctrina pero sin condiciones para eso. En lugar de apelar a una etapa de apropiación cultural y de fortalecimiento cultural apela a una etapa de formalización política y autoritarismo político. Entonces crea organismos realmente externos a sus países en muchos casos, pero muy disciplinados y estructurados, que todos quieren lograr lo mismo: la Internacional Comunista. Pero las culturas de estos países y pueblos en muchos casos tienen elementos superiores a los que traen estos compañeros y en otros no, pero por lo general son muy diferentes. Entonces se termina con ideales maquillados y asimilaciones del Occidente burgués.

Por ejemplo, en Cuba, después de los años 30, se llega a explicar cómo José de la Luz y Caballero y José Antonio Saco eran los abuelos de las ideas socialistas de la nación cubana, que los compañeros de la peor burguesía de Cuba, que estuvieron en la Junta de Información del 66, en vista de que esta no dio los resultados esperados se fueron a hacer la Guerra de los Diez Años. Decir eso como socialista marxista es un error absoluto, y claro, todos los errores de ese tipo se pagan. Si tú eres un poco externo a lo que de verdad produce la cultura de tu país como las corrientes potencialmente libertarias, lo vas pagar muy caro.

La fórmula de Indoamérica más popular en cierto sentido fue la del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) en Perú, que se llama antimperialista y radical además, aunque en la práctica fue un desastre tuvieron

más posibilidad de calar en la masa del pueblo como caló. Hay una investigación sociológica de fines de los años 80 que se llama “El aprismo popular”, hecha para la Universidad de Lobaina en Bélgica, donde aparece una cosa asombrosa sobre las creencias de mucha gente del pueblo en edades mayores, e incluso algunos jóvenes, acerca de lo que significó el APRA, y de lo que era Haya de la Torre, que no son verdad. Incluso la reforma agraria que hizo Velazco Alvarado, el gobernante militar aquel del 69, una parte de los encuestados se la atribuía a Haya de la Torre. Da ternura porque aunque es falso completamente ellos lo creen. Y el investigador social debe saber que lo que cree un pueblo o un grupo de personas, aunque no sea verdad, hay que estudiarlo, porque es importante.

Con cada uno de estos ejemplos lo que pretendo ilustrar es que cuando se habla de una historia común en realidad estamos entre autoctonías más o menos mentadas, historias más o menos tergiversadas o parcialmente ocultadas, e inclusiones relativas.

**Asociada a la idea del latinoamericanismo hay otra con la cual ha estado en constante pulso, el panamericanismo. Háblame de esta pugna en la que cada quién ha reclamado para sí la idea de integración.**

Los albores del latinoamericanismo en el siglo XX están muy unidos al panamericanismo norteamericano que fue fortísimo a causa del New Deal, de Roosevelt, y la Segunda Guerra Mundial. Para Estados Unidos la posguerra es el momento de inicio de tomar verdaderamente el control de América Latina, fue cuando desplazó a Inglaterra y los otros poderes que fueron siempre menores. Aun así al inicio de esa etapa en América del Sur sigue habiendo relaciones de algunos países, por ejemplo Argentina con la Gran Bretaña, muy fuertes, y va a haber nuevas relaciones y paso de industrias a la América del Sur desde Italia.

Desde el punto de vista latinoamericano hay dos cuestiones importantes en esa primera etapa: uno es la sustitución de importaciones que fructificó también en un pensamiento económico expresado en la Cepal. La Cepal es entonces un baluarte de un tipo de desarrollo con polos autónomos basado en la posibilidad de industrializarse cierto número de países. De esta manera la

industrialización y la sustitución de importaciones era el fin más inmediato y la integración podía verse como un horizonte más lejano. De cualquier manera no cabe duda que el pensamiento de Cepal tiende a una autonomía de pensamiento frente a lo normal, que es el colonialismo mental porque incluso las teorías económicas más al uso han tenido un uso colonializado y Cepal, no solo Raúl Prebisch, no lo son, son de ideas autónomas.

Por otra parte hay una variante que es política, no económica: América Latina debe tener un lugar propio, autónomo, aunque no necesariamente antinorteamericano, puede ser, puede no ser. Por ejemplo, la variante peronista fue antinorteamericana de inicio porque le fue imprescindible, recordemos que la consigna era “Braden o Perón”, en 1945. Después no hace mucho juego con las realidades y se mantiene más como una cuestión de ideología que otra cosa, lo que no obvió que al final los Estados Unidos, como un paso necesario para su control latinoamericano tuvieron una importancia tremenda en la llamada Revolución Libertadora del 55.

En el caso brasileño la autonomía es planteada por un viejo caudillo, el dictador Getulio Vargas, que va a volver a la presidencia en una segunda vuelta curiosísima que termina en su suicidio pero con una pretensión de separación fuerte del país de los Estados Unidos, que no había sido la conducta incluso durante la Segunda Guerra Mundial donde los brasileños son prácticamente el único estado latinoamericano que participó con soldados.

Hay entonces, por parte de algunos poderes burgueses de grandes países con posibilidades de industrialización y también de venta preferida de materias primas o de productos alimenticios, pretensiones de autonomía pero que no son integracionistas. Sus socios siempre van a estar en el primer mundo, por eso yo hablo de política, porque proclaman: soy latinoamericano, pero sus relaciones económicas no son latinoamericanas en su mayoría.

En esa época tenemos una verdadera disociación de los países del continente de manera que Roque Dalton a final de los 60 pudo decir: la América Latina de la que nosotros hablamos es la que queremos que ella llegue a ser, la América Latina que existe ella sola es la de los Estados Unidos, la del poder norteamericano.

## **El latinoamericanismo y la Revolución Cubana en sus inicios.**

**Cuando triunfa la Revolución en Cuba durante varios años hay un fuerte discurso latinoamericanista respaldado mayoritariamente por una voluntad política aunque no siempre por un accionar económico.**

América Latina tenía un peso inmenso en Cuba. Cuando triunfa la Revolución Fidel hace su primera salida a Venezuela para agradecer a quienes ayudaron pero también para contactar con nuestra región: América Latina. Toda la exaltación de sentimientos en la Cuba de los primeros tiempos que supera lo estrictamente nacional está relacionada con Latinoamérica. Incluso hay figuras que gozan de una fama efímera pero inmensa, como un muchacho colombiano que cantaba en los actos con una forma antigua de merengue, que decía: “dicen los americanos que Fidel es comunista, dicen los americanos que Fidel es comunista, que me pongan en la lista que estoy de acuerdo con él”.

Hay una cantidad de cosas concretas y otras simbólicas como el prestigio que tienen los primeros combatientes internacionalistas que fueron a Nicaragua en el 59, donde los mataron a casi todos. En esos días se le llama latinoamericano a varias cosas como el Estadio Latinoamericano, discusión latinoamericana de esto y de lo otro, la idea de ser latinoamericanos se vuelve de pronto fortísima. La primera declaración de La Habana es netamente latinoamericana y la Segunda Declaración de La Habana, que es como el colofón, no del todo limpio del movimiento comunista internacional pero ya del lado de acá, es absolutamente latinoamericano. Son dos documentos programáticos de este país que dicen por dónde quiere ir y son sobre América Latina. Incluso vale la pena detenerse en la Segunda porque ya esta es muy propositiva, no es de respuesta.

La Revolución Cubana constituye una ruptura tremenda porque aunque plantea que va hacia el comunismo a los tres años de la Revolución, el himno del tercer aniversario está dedicado a la América Latina y dice: “campesinos, obreros e indios, a luchar contra el yugo opresor. Mueran todos los imperialismos. América: Revolución”. Pero los partidos comunistas negaban que hubiera indios, decían que lo que llamaban indios eran campesinos. Entonces esta Revolución que era semianalfabeta le cantaba a los

“campesinos, obreros e indios”, o sea, un país occidental, con una cultura muy precisa, con una ideología socialista variada, con un comunismo insurreccional e internacionalista se aparece de pronto con una alternativa que no es integradora pero tiene un potencial integrador cultural muy grande. Y esa es una de las razones por las que Cuba era como una monedita de oro, y la gente decía: ¡Cuba sí!, incluso gente que tiene algunos monumentos culturales inmensos pero sin solución, veía la solución en Cuba.

Todas las semanas se publicaban varios materiales que costaban cinco centavos, sobre América Latina. Uno de ellos formidable, que se llamaba Panorama económico latinoamericano lo hacía Prensa Latina cada semana. Eran folletos con presillas, que la gente compraba a medio para mantenerse informada. Hay una obra de 900 páginas que es de cada uno de los países de América Latina, una explicación de su historia, su economía, que se tiró en una cantidad abrumadora en el 77.

En el cine también se libró una batalla inmensa, primero para conseguir que el cine cubano conquistara a todo el mundo, porque ya el norteamericano los había conquistado (Cuba era el segundo país en asistencia al cine en el mundo antes del triunfo revolucionario) y segundo para que las películas latinoamericanas fueran de consumo popular, empiezan a salir entonces filmes como *Los fusiles*, de Ruy Guerra; *El dios y el diablo en la tierra del sol*, de Glauber Rocha y se utilizan para hacer círculos de estudio, cinedebates.

Leer la novelística y los cuentos latinoamericanos se convierte en un símbolo. La Casa de las Américas cumple una función muy importante porque arranca desde el inicio con la publicación de las *Memorias póstumas de Blas Cubas*. El didactismo, aunque fino, se vuelve muy importante porque la gente quería saber. Primero era saber los que no sabían leer ni escribir, luego saber los que tenían que completar el sexto grado y luego saber el que no ha leído todavía una novela y quiere leer. Entonces se publican tres colecciones de diez libros de América Latina, uno de ellas de ensayos y las otras dos de literatura a diez centavos cada una, es decir, que los 30 libros costaban tres pesos. Es decir que por 10 centavos te podías comprar *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias o *Democracia y tiranías en el Caribe*, de William Krehm o uno

de los capítulos de los *Siete ensayos*, de Mariátegui, mientras que los comunismos de América Latina habían prohibido a Mariátegui durante 30 años y se le llamaba incluso por la Internacional “la desviación mariateguista”. Allí hay una potencia cultural inmensa que se retroalimenta e inclusive se percibe el hecho de que haya compañeros que pierden la vida en las luchas de América Latina como un motivo de orgullo nacional.

Con el triunfo de la Revolución hay una corriente de interés latinoamericanista hacia Cuba que también fue sin duda interesante. La CEPAL envió a Cuba en el 59 una comisión de ayuda cuyo presidente era un joven economista mexicano que prometía muchísimo llamado Juan Noyola, quien se queda obsesionado con Cuba y la Revolución cubana y se enamora tanto de ella que decide venir para acá y sirve a la Revolución cubana y participa en la creación de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) de la que es director de Planeación, Inversiones y Balances hasta que muere en el oscuro accidente de aviación de noviembre del 62 donde murió también Raúl Cepero Bonilla y la delegación que estaba en una reunión de la FAO en Río de Janeiro.

En el campo de lo político hay otro aspecto que no se debe olvidar que es el civilismo, esta discusión pertenece en parte a los pleitos latinoamericanos del XIX y las primeras décadas del XX, es decir, cómo la América Latina va a poderse desarrollar, si sus regímenes políticos van a poder ser democráticos o no y si se iba a poder eliminar el militarismo. Cuando triunfa la Revolución cubana el libro de German Arciniegas, *Entre la libertad y el miedo*, es un *best seller* en su esplendor todavía, y la Revolución cubana aparece de pronto como un gran triunfo del civilismo. Así la saludaron quienes afirmaban que en Cuba había sido liquidada una dictadura militar, sin saber ni media palabra, porque Batista jamás se vistió de militar en los siete años que estuvo en el poder y no nombró ministro a ningún militar, ni siquiera en Defensa ni en Gobernación, que fueron civiles siempre. Era la dictadura que había en Cuba, pero no era militar. La gran fiesta por la Revolución cubana en alguna medida es una fiesta civilista.

En alguna medida que habría que estudiar mejor, podría ser también una fiesta de los poderes un poco fuertes que sí han partido de la sustitución de

importaciones y por eso es que Arturo Frondizi es visitado, porque Brasil y Argentina son interesantes para Cuba, y puede que Cuba lo sea para ellos, pero sin arriesgarse demasiado. Había interés, pasos en el comercio, algunas acciones económicas pero muy pequeñas en realidad y otros países más pequeñitos tienen relaciones con Cuba porque era oportuno pero no eran pasos fuertes hacia ninguna integración.

Uruguay, por ejemplo, fue el último país que rompió con Cuba, y las relaciones se mantuvieron hasta entonces por la venta de carne en conserva, los señores que controlaban el Consejo Colectivo de Gobierno Uruguayo, estaban absolutamente ligados con los que le vendían la carne a Cuba y no querían dejar de vendérsela. Solamente en 1964 Estados Unidos pudo obligarlos a romper con Cuba. Pero eso no tiene nada que ver con la integración, está relacionado con los intereses de grupo de una balanza comercial positiva.

Fue diferente el caso de Chile, que tampoco tenía grandes relaciones económicas con Cuba pero tenía un sistema de hegemonía interno para el cual las relaciones con Cuba sí tenían importancia. Ellos decían que eran democráticos (hasta el 73) y por tanto claro que tenían relaciones con Cuba pero en el momento en que las elecciones del 64 ya estaban empezando a ser un proceso candente, el Frente de Acción Popular (FRAP), de Salvador Allende, tiene que ver cómo se las arregla para ganar, y Jorge Alessandri, el presidente, un hombre reaccionario en quien los Estados Unidos estaban interesados, rompe con Cuba. Esas fueron las dos rupturas del 64, y en el caso de Chile se hizo confiado, como de hecho sucedió, en que la izquierda electoral chilena se iba a callar la boca, como hizo, y pasarse y silbar ante la ruptura con Cuba para no perder su posibilidad electoral que al fin de cuentas no ganaron.

Por otro lado empieza a surgir una política dentro de las alas más avanzadas de los civilistas y de otros partidos populares, los primeros eran los Adecos, en Venezuela, los segundos los APRA, en Perú. Los Adecos se ven ante la posibilidad de una profundización del movimiento político venezolano, que ha estado muy ligado a Cuba y, a la vez, muy atacado por Trujillo, que trata incluso de matar al presidente de la república en un atentado. Y aunque



Cuba era un aliado antitrujillista y revolucionario, el gobierno venezolano rápidamente comprendió sin embargo que, con Cuba, nada. A tal punto que cuando se produjo la sublevación militar en Valencia, el gobierno cubano llama al presidente venezolano y le dice que para allá van 900 soldados rebeldes, y el venezolano le da las gracias al Presidente cubano y le pide, por favor, que no mande a nadie. Yo no creo que el otro fuera un tonto sino porque se dio cuenta de que eso podía ser un plano inclinado.

Perón no había logrado nada con Venezuela porque no había querido, Chávez lo logrará después con los Kichner. Argentina tenía una industria maravillosa, y Venezuela tenía un petróleo maravilloso, se decía que un obrero argentino podía fabricar hasta una bomba atómica, y Venezuela podía tener hasta un 1 200 000 barriles diarios, digo esto porque en los años dos mil la relación Venezuela-Argentina iría justamente por ahí. Pero en los años 50 eso no pudo ser porque Pérez Jiménez dijo que no, porque a los Estados Unidos no le gustaba Perón. Hay situaciones referentes al tipo de economía que se ha extendido durante 500 años casi, con los polos principales en el llamado primer mundo y se establecen entonces esas formas coloniales y neocoloniales porque el otro no quiere perder el control así que para los países latinoamericanos quedan los roles de cómplices o subordinados, a tal punto entonces que en la primera mitad de los 60 los autónomos de corte capitalista pierden el terreno completamente en América Latina, es decir, tienen que ser pronorteamericanos o ser controlados por los Estados Unidos, no hay mucho más, incluso Uruguay pasa a tener una feroz dictadura menos de ocho años después de haber suspendido las relaciones carnívoras aquellas, y era la Suiza de América.

Cuba resulta ser el ejemplo subversivo, la gente más lúcida de Estados Unidos lo estaba viendo ya pero poco a se empieza a ver mejor, por un lado se empieza a aparecer entonces una política profundamente anticubana, bien organizada, que logra la primera condena de Cuba, en septiembre del 60 en la OEA (Organización de Estados Americanos), y luego su erradicación de este organismo por los métodos de la Guerra fría, es decir, estaba relacionado con una batalla extracontinental.

Por el camino Cuba tiene algunas relaciones que no pueden ser muchas tampoco, y en la práctica lo que hace es ayudar a Guyana e intercambiar con algunos países algunas cosas pero no puede ser un socio importante de ninguno, y, sobre todo, Cuba no logra que alguno sea socio importante de ella. Eso fue algo trágico para la Revolución cubana. Cuando nosotros éramos jovencitos queríamos que en el Brasil se sostuviera primero Jânio Quadros y después João Goulart *Jango*, y con ambos hubo relaciones, y no salió, incluso algunas de las fuerzas progresistas nos decían, ya estamos a punto de gobernar Brasil, y lo que sucedió fue el golpe militar del 64. Es decir, el vaivén verdadero era el control o no, que casi nunca se quitaba, de Estados Unidos sobre esos países. Eso cerró la puerta a esta integración.

Ahora, el panamericanismo, ¿podía continuar? Me parece a mí que tampoco. Los Estados Unidos estaban destinados, por el mismo tipo de relación que tenían, a mantener la división entre los países de América Latina y no hacer una integración de ellos. Todas las políticas, incluso las que tienen aspectos más interesantes como la Alianza de Kennedy, que además de préstamos fuertes, en vez de exigir lo que se exige ahora exigía que se hicieran reformas agrarias, a Somoza por ejemplo le exigieron la Reforma agraria, pero aun así el tipo de relación neocolonial que establecía Estados Unidos no propendía a ninguna forma de integración subordinada a Estados Unidos, era de subordinaciones bilaterales. Esto a mí me ha llevado incluso a tener prejuicios con el ALCA, yo siempre pensé que no era verdad que los Estados Unidos estuviesen soñando ni llorando por el ALCA, eso era una movida, porque lo fundamental de ellos han sido y son, las relaciones bilaterales.

Cuando Clinton hizo aquello del Consenso de Washington, eso no era para que los países de América se juntaran, era para que estuvieran juntos, allí, con él, en una reunión. No me parece a mí que haya pruebas prácticas de otra cosa. Mientras tanto había en Centroamérica el Mercado Común Centroamericano fundado en 1960, que es el más antiguo de América Latina, del cual se escribieron montones de cosas interesantes pero que estaba destinado a no avanzar porque Guatemala veía mejor su negocio en una integración con Estados Unidos y El Salvador en algunas ramas pequeñas industriales como la textil. A Honduras y Nicaragua le tocaba bailar con la más

fea y a Costa Rica hacerse un poco el tonto, decir que sí pero tratar de mantener su sistema. De ahí no sale mucha integración, sin embargo es la que tiene materiales, especialistas, cosas para que la gente se entretenga estudiando.

**Mucha gente le ha reprochado a Cuba su apoyo a las guerrillas en el continente. ¿Cree que podría hablarse de una integración de la subversión en esa época?**

Claro que sí, lo que sucede es que la experiencia que tiene la cultura de Cuba era superior a la que tenían, como te decía ahorita, los compañeros de la Internacional comunista. Esta cultura se dio cuenta de que por muy orgullosa que estuviera de lo que estaba haciendo, por muy grande que fuera lo que le aplaudían y querían los otros, no podía hacer otra internacional con centro en La Habana. Y la dirección de la Revolución cubana y Fidel así lo plantearon, que no podíamos hacerlo. ¿Qué podíamos ser? Internacionalistas como único se puede ser, que es dando, y no pidiendo, es decir, que por los hechos se va a ver.

La pregunta tuya es demasiado buena porque esto se ha tratado de olvidar, de cerrar, de que no se diga más incluso, pero tiene una importancia descomunal. En cierta medida los cubanos teníamos el poder y teníamos otras condiciones, pero muchas personas de otros países de América Latina, no tenían nada que ofrecer salvo subirse ellos mismos en ese carro de luchas a muerte donde se perdía la vida, en un internacionalismo en el cual se aspiraba a lo que se llamaba la Patria Grande. Eso se veía en la Canción del Guerrillero, que era una canción cubana que le tocaban a los que caían en misiones internacionalistas en el entierro, es una canción compleja porque admite algunas de las cosas que ha producido la cultura del movimiento comunista internacional y a la vez su práctica lo está negando: “conquistando la paz por la guerra, con las armas de la libertad”. Es decir, la paloma de la paz de los festivales va a ser sustituida por la guerra revolucionaria, pero se dice conquistando la paz, es decir, la paz es muy buena pero hace falta la guerra para conquistarla. Y así hay ahí una cultura que merecería ser estudiada.

Era tan fuerte la idea del guerrillero que a finales de los 60 el reconocimiento de la comunidad a las mejores madres era “Madre combatiente por la educación” y la representaban como una madre guerrillera. Y no tenía que ver en lo absoluto con la actividad internacionalista sino con la comunidad, pero se visualizaba como una madre guerrillera por la fuera del símbolo y, sin duda, el estado revolucionario contribuía a todo eso.

Hay producciones formidables que, o no fueron publicadas nunca o fueron una sola vez y son ejemplares raros que nadie consulta, pero fue un salto cultural latinoamericano muy grande desde cada uno de los países, pero muchas veces también desde coordinaciones, desde intentos... La Coordinadora del Sur, por ejemplo, donde participó Miguel Enríquez, que fue uno de los más grandes marxistas que hubo en el campo cultural en el siglo XX, pretendía que trabajaran juntos los revolucionarios desde los países hasta la población. Y claro Cuba era solidaria con ellos.

Otro ejemplo es el de Augusto Turcios Lima, un teniente del ejército guatemalteco convertido en guerrillero que hizo un discurso en La Habana en enero del 66 donde dijo que había que ser solidario con Vietnam y que la mejor manera de serlo era que cada uno hiciera la revolución en su país. Era una manera más coloquial de lo que Cuba y el Che Guevara planteaban que era “abrir dos, tres, muchos Vietnam” con la idea de que el imperialismo ha logrado una integración mundial, el capitalismo es el único que lo ha logrado, con una cultura mundial. Ahora se está viendo más y mejor que nunca. El capitalismo tiene instrumentos mundiales y tiene el compromiso que cumple siempre de escala mundial cuando es necesario incluso usando el genocidio. Entonces hagamos nosotros también una integración de revolucionarios.

Hay pasajes que llegan a ser poéticos: uno se sentirá muy bien peleando en cualquier ejército proletario, dice el mensaje a los pueblos, y luchando en cualquier parte del mundo. Esta idea, desmesurada en relación a lo que se logró, tiene toda la fuerza en favor de lo cultural, que como proyecto, como profecía, como prefiguración ayudó muchísimo. Quien vive nada más de lo que puede ser no llega ni a lo que debe ser. Ese es un campo cultural que es necesario argüir, agarrar porque se extiende hasta hoy.

Cuando en Chile se celebra el 40 aniversario de la caída en combate de Miguel Enríquez y hay allí un montón de jóvenes en los actos, en un país que ha sido conservatizado socialmente y políticamente, te das cuenta de que esas son corrientes profundas que pueden convertirse en realidades como cualquier otra corriente con potencial.

Una vez ya siendo presidente Evo Morales afirmó que ellos estaban gobernando en Bolivia porque el Che estuvo en Bolivia, que su gobierno era una consecuencia de la conciencia de lucha y de la tradición que se creó. Y Evo es un hombre inteligentísimo que no dice eso por demagogia, porque el ejército boliviano puso como día del ejército, el 9 de octubre. Una vez un paisano le preguntó cómo era eso posible, porque parecía como una falta de todo y un militar boliviano dijo: es que todas las guerras en que hemos estado las hemos perdido, por lo menos esa vez no. Y sin embargo Evo es capaz de decir, porque el Che estuvo aquí estoy yo aquí ahora. Es decir, hay sí hay un sustrato cultural de fondo del cual se dan cuenta los inteligentes, los conscientes e incluso los que no están muy conscientes a la esfera de los sentimientos reaccionan casi siempre bien. Eso forma parte del prestigio de Cuba.

**El campo intelectual cubano de finales de los 60 estuvo indudablemente marcado por la revista *Pensamiento Crítico*. En su tercer año ustedes le dedican un número a América Latina que habla precisamente del espacio que tiene América Latina en las páginas de la publicación. Visto en retrospectiva: ¿qué peso real tuvo el tema de América Latina en la revista, qué discusiones había al respecto?**

El número uno de *Pensamiento Crítico* es un anuncio de todo lo que va a venir. Tenía cuatro trabajos inéditos de revolucionarios latinoamericanos, el primero era un artículo del cura colombiano Camilo Torres a quien desgraciadamente matan luego en un patio de cemento llamado “La violencia y los cambios sociales” donde él explica como sociólogo la necesidad de la violencia para los cambios sociales. El segundo trabajo era de Fabricio Ojeda, un venezolano periodista del ala radical de Acción democrática, miembro del comité que organizó todo el movimiento de masas que precipitó la caída de la

dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Él llegó a ser uno de los dirigentes máximos de la guerrilla hasta que lo capturaron y asesinaron y dejó escrito un libro donde trata de fundamentar todo lo que debe hacer un revolucionario latinoamericano. Yo escogí para publicar el capítulo sobre el poder. El tercero fue un peruano, Ricardo Letts Colmenares, quien era el jefe de una organización de lucha armada revolucionaria. Los peruanos tienen algunos de los movimientos campesinos insubordinados en masa más importantes de América Latina de finales de los 50, y luego van a empezar los guerrilleros al estilo más bien cubano como Javier Heraud, en el año 66 ya tienen una cultura de eso muy grande. Este compañero no estaba de acuerdo con los métodos de los cubanos, y nosotros nos pusimos en contacto con él y le dijimos mira, nosotros vamos a publicar el texto que has escrito, pero vamos a escribir una coletilla delante diciendo que estamos en contra y él estuvo de acuerdo. Era el más largo de los cuatro textos y narraba las experiencias guerrilleras de su país y hace la crítica como él cree que pudiera ser mejor. El cuarto texto era de un comunista, el guatemalteco Julio del Valle, de los Guerrilleros que provenían de la juventud del Partido Guatemalteco del Trabajo, que fue de los poquísimos partidos comunistas de América Latina que, como el venezolano, se plantearon que fuera posible y viable la lucha armada. Es decir, es el comunista que se vuelve guerrillero, y su texto se llamaba "la desviación en el Partido". Cada uno de esos textos tenían una postura bien distinta, y los cuatro tenían una pretensión unitaria. Esa fue una línea que después se continuó.

En otra ocasión les dijimos a las cuatro organizaciones de lucha armada brasileña: si ustedes se ponen de acuerdo y cada una escribe un texto que podamos publicar para que puedan discutir juntos en una mesa sin matarse, se los publicamos. Ese fue el número 46 de Pensamiento Crítico, "Por la revolución brasileña". Yo le sumé además una entrevista que le hicimos en Pensamiento Crítico a Carlos Marighella que él había preferido escribir para que fuera más exacta. Ya en ese momento Marighella estaba muerto y ellos están escribiendo cada uno su pedacito pero a costa de escribir de los cuatro juntos como anuncio de lo que debía venir.

Nosotros publicamos en otro número toda la política económica de la Escuela Superior de Guerra de Brasil, de la dictadura, la política económica

que se planteaban ellos para el Brasil que no es neoliberal. La lucha armada es solo una línea a pesar de todo. Hay una línea grande de estudios sobre los movimientos populares, de los movimientos sociales de las clases sociales, de las economías nacionales. Por ahí hay una cuenta sacada de cuántos son y de la proporción de temas.

A la vez, y ahí es donde viene el chiste de ser comunista, la revista tiene muchísimo interés en los movimientos y las luchas de las demás partes del mundo, en menor cantidad pero siempre presente. Hasta tal punto que un número muy grueso fue, por ejemplo, el del Mayo francés. El panorama de lo publicado en *Pensamiento Crítico* va desde la crítica cultural de la izquierda estricta británica con un trabajo de Perry Anderson; hay bastantes textos sobre los Estados Unidos, desde la lucha por los derechos civiles hasta las Panteras negras; incluso nosotros publicamos en un número de *Pensamiento Crítico* un texto de Robert McNamara, explicando que él cree que bombardeando de esa manera a Vietnam no se iban a rendir los vietnamitas porque eran muy tozudos, que él se ha enterado incluso que aunque se quedan sin corriente durante los bombardeos en la sala de operaciones tienen una bicicleta y se sube un compañero y comienza a pedalear para cargar un dinamo y que hubiera luz eléctrica. Eso lo publicábamos para que la gente supiera se debe leer lo que dice el del frente. La teoría del marxismo leninismo también tenía un espacio, por ejemplo, en el número dos ya sale Gramsci y hay un texto de Louis Althusser discutiendo si el arte es una forma de conocimiento o no.

### **¿Integración latinoamericana Vs integración con el campo socialista?**

**En los años 70 y 80 aunque Cuba mantuvo el discurso latinoamericanista su ejecución práctica se tornó cada vez más difícil ligada como estaba su economía a las cuotas de la Unión Soviética y el CAME.**

A pesar de todo Cuba mantuvo el discurso de que el destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución. Eso va a ser la constante a lo largo de varias décadas. El 26 de julio de 1970, frente a la tragedia de que no se lograron los Diez millones en la zafra, el país está en una situación de

desbarajuste completo y Fidel plantea en su discurso en la plaza si no es mejor que él deje el cargo y la gente le grita que no. Entonces dice “Algún día todo lo que tengamos será de todos los pueblos. Nosotros no queremos construir un paraíso en las faldas de un volcán. Trabajamos con ahínco y confianza en el futuro. Nos enfrentamos a batallas difíciles y ganaremos esas batallas. Pero algún día tendremos que formar parte de la comunidad de los pueblos de América Latina, de la comunidad de pueblos revolucionarios de América Latina. Algún día nuestras patrias no serán fragmentos de un continente balcanizado y subyugado por el imperialismo”. (Castro Ruz, DISCURSO PRONUNCIADO POR EL COMANDANTE FIDEL CASTRO RUZ, PRIMER SECRETARIO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CUBA Y PRIMER MINISTRO DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, EN LA CONCENTRACION CONMEMORATIVA DEL XVII ANIVERSARIO DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA, 1970). Cuba tenía entonces, como se dice popularmente, una mano delante y la otra detrás.

Cuba entró en el CAME o COMECON por una necesidad perentoria, por eso es que entró a los 14 años del triunfo. Porque cualquiera que se fije podría preguntarse por qué, si tenían relaciones enormes con la Unión Soviética y el Campo Socialista desde el segundo año, por qué tardaron 12 más en entrar. Porque no era este el mercado al que se aspiraba. El día que Cuba ingresó en el CAME en 1972, el delegado cubano, Carlos Rafael Rodríguez, pronunció un discurso tan breve que quizá no pasa de dos párrafos. En esencia decía que Cuba ingresaba en el CAME porque no podía ingresar en una asociación de países de la América Latina que es su verdadera región de pertenencia cultural, histórica, económica y política; en segundo lugar decía que Cuba se consideraba un país subdesarrollado porque la inmensa mayoría de sus exportaciones eran productos primarios y en tanto no exporte productos industriales se considerará subdesarrollado. Eso era una forma de decir que estábamos allí porque no nos quedaba otro remedio.

El problema grave es cuando uno confunde la necesidad de hacer apagones porque no hay combustible para generar luz eléctrica con que la oscuridad es romántica, son dos cosas diferentes y esa segunda cosa sucedió, aunque la dirección cubana mantuvo su lucidez, y mantuvo su política



latinoamericana pero esta era sumamente restringida. Primero trató de tener una política inmensamente grande, que no pudo serlo no por culpa de Cuba, con el Chile de Allende; Cuba se las quiso jugar todas en Chile, y si no fue así fue porque la parte chilena no quiso. Fidel estuvo más de un mes a fines del 71 allá, tratando de ayudar.

Cuba estuvo junto al gobierno peruano de Velasco Alvarado en todo lo que pudo, y pretendió además que la Unión Soviética comprendiera lo importante que era eso. Hubo entonces unas relaciones fortísimas con el Perú, no meramente porque Cuba ayudó tanto cuando el terremoto del 70, sino porque era una nación latinoamericana que quería hacer cambios y que estaba dispuesta hasta cierto punto, con su gobierno militar pero progresista y las condiciones que tuvo, que se acabaron cuando se acabaron ellos, que el gobierno de Francisco Morales no quiso continuar y regresó al redil. Cuba mantuvo unas relaciones fortísimas con toda la gente del Perú que organizó la Izquierda Unida, que era el bloque electoral de izquierda más grande de América Latina y mantuvo con ellos una relación sostenida hasta los 90.

Hay dictaduras como las de Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, donde obviamente las relaciones nada más podían ser con quienes estuvieran opuestos a ellas. Hay unas relaciones con México que son ejemplares en cuanto a su duración y en cuanto a ciertos aspectos de la conducta del gobierno mexicano que se negó a participar en la expulsión de la OEA, pero que económicamente nunca fueron importantes.

Hay también dentro de esa etapa unas relaciones económicas con Nicaragua enormes que, como tantas otras cosas, nadie las recuerda. En este caso fue integración por solidaridad, no por negocios. Cuba estuvo junto a Nicaragua desde el propio triunfo en todo lo que pudo, facilitando alimentos al país, facilitando equipos... por ejemplo para que Nicaragua pudiera, por primera vez en su historia tener una comunicación entre la Nicaragua del Pacífico y la del Caribe fue una brigada enorme de construcción cubana, con más de 130 equipos pesados que hizo la vía a través de la selva, la quebrada y los ríos. En principio la brigada no tenía nombre y cuando murió Celia se le puso Celia Sánchez Manduley. Cuba le donó a Nicaragua un central azucarero

completo para que produjeran azúcar propia. Se les apoyó en muchos aspectos de la economía pero también en la asesoría en todos los tipos de actividades económicas y sociales. Eso duró hasta que vino un gobierno que ya no era. Ahí hubo una relación profunda de la cual los compañeros sandinistas se sintieron siempre muy agradecidos, porque alguna que otra vez fue conflictiva porque no todo el mundo creía que debíamos hacer eso, incluso algunos creían que no debíamos hacerlo. Obviamente las relaciones nuestras con Nicaragua no podían ser mucho de complementación económica, ellos se negaron a vendernos, que Cuba se lo quería comprar, el café soluble en polvo, ellos no aceptaban que se les pagara. Por otra parte a veces hubo relaciones pequeñas, interesantes, con algunos de los países de habla inglesa del Caribe, como Guyana. Y lo que sucedió fue que nunca pudieron tener una entidad verdaderamente fuerte.

**Una etapa de tu vida sobre la que no sueles hablar mucho es sobre el tiempo que estuviste en Nicaragua. ¿Cómo cambió tu percepción de América Latina después de esa experiencia?**

Yo quisiera ser siempre honesto en todas mis respuestas, porque a veces uno dice lo que esperan que uno diga. Yo voy a Nicaragua en un momento complicado de mi vida en Cuba. Pero me fui muy feliz porque acaba de ocurrir una pugna entre quienes defendían el camino cubano y quienes afirmaban que los cubanos habíamos ganado por casualidad. Lo cual era como una broma porque nadie más ganó ni de esa ni de ninguna otra forma. Incluso Salvador Allende que parecía ser la otra vía exitosa terminó derrocado. Entonces para la gente de mi generación el triunfo de los sandinistas era “el” triunfo, es decir: al fin habíamos ganado una revolución como único se podían ganar. Eso era no solo lo que yo sentía sino también muchos otros. Yo sabía que ellos tenían una situación difícilísima, eran muy pobres, con bajísimos niveles de preparación previa, un país sin condiciones económicas de despegue, con dos fronteras grandísimas, en fin, una situación muy delicada. En ese sentido para mí era algo de mucha emoción porque podíamos ayudar a los hermanos nicaragüenses, que era como se llamaban entre ellos, no compañeros, sino hermanos.

Allí me enfrenté con nociones preconcebidas de lo que éramos en Cuba, como una vez que me tocó convencer —sin lograrlo por cierto—, a un muchacho muy jovencito de que en Cuba, como en casi todas las partes del mundo, nosotros también usábamos el dinero. En otra ocasión yo estaba hablando con un grupito de jóvenes combatientes, cada con su fusil en la mano y no sé porqué les dije que yo no era ateo y una combatiente empezó a llorar y cuando le pregunté qué le pasaba me dijo que ella sabía que yo no podía ser ateo; porque ellos tenían fuertemente arraigada la idea de que ser ateo era ser malo y yo era un hombre bueno, por lo tanto, para ellos, no podía ser ateo. Ello quiere decir que aún las cosas que mejor tú te crees pueden resultar relativas, porque estamos hablando de una guerra en la cual les mataron 31 mil compatriotas, después del triunfo, que fueron los años en los cuales yo estuve allí, pero ellos tenían su cultura y ahí se pone de manifiesto que el ser un creyente cristiano no implica no ser revolucionario. No eran el cura Camilo Torres Restrepo, ellos no habían ido a estudiar a ningún lugar, era otra forma de verlo, pero igualmente válida. Hay otra figura muy interesante que es la del Padre Gaspar García Laviana, un sacerdote que llegó a ser Comandante del Frente Sur, que tenía unos versos que decían “A morir, a morir guerrillero, para subir al cielo, hay que morir primero”.

Si yo te digo que mi viaje a Nicaragua no me hizo un efecto tremendo es mentira, pero no es el efecto de quien no sabía una cosa y la supo, sino del que quizá tenía algunas ideas y vivencias previas pero aun así le hizo un efecto impresionantísimo porque además era una posibilidad de que se desarrollara la Revolución Latinoamericana. Allí se compartía con otros compañeros que fueron a pelear de varios países, sobre todo, con los salvadoreños, que emprendieron su propia guerra, un intento maravilloso y terrible a la vez de ampliar el campo revolucionario en la región, terrible en cuanto a lo que sucedió a pesar de que la podían haber ganado dos veces de no ser por la intervención de Estados Unidos. Por ahí pasaron una cantidad enorme de gente del mundo entero pero sobre todo tengo muchos recuerdos de la gente misma del país, un pueblo humilde que trataba de darlo todo y estaba dispuesto a todo con muy pocas condiciones.

Yo era un muchacho muy jovencito cuando triunfó la Revolución cubana y tuve la oportunidad de participar en sus inicios, y luego tengo la oportunidad de participar en otra más, sentía como si me hubiera montado en el trompo del tiempo y hubiese perdido 20 años de edad. Recuerdo que a los pocos meses de estar allí voy a una unidad militar que estaba al lado del Pacífico y no había ninguna posta y comienzo a gritar ¡posta! Y al cuarto grito sale una muchacha que era una niña casi con una pistola 45 en la cintura y me dice qué pasó y le preguntó quién era y me dice que el oficial de guardia, le pregunto entonces qué edad tenía y me dice: 17.

Podría contar aún más anécdotas pero la esencia es la misma, fui partícipe de la barbaridad libertaria que significa una revolución dos veces. A mí me parece que la alegría de ese tipo de vida no es superable, si alguien dice que está con nosotros es porque de verdad está con nosotros porque lo que le va en ello es mucho, y cuando tú escuchas que alguien se ha portado bien es porque se ha portado sumamente bien porque si no ni lo mencionaran.

**El latinoamericanismo vuelve a escena: finales del siglo XX e inicios del XXI.**

**Cuando llegan los 90, Cuba se queda sin sus antiguos socios y tiene que buscar con quien comerciar, en primer lugar lo hace con Europa y en segundo lugar lo hace con América Latina, que en ese momento no comerciaba con ella misma y a partir de ese momento comienza a recuperarse la idea de la integración latinoamericana. Pero me queda la duda de si estamos hablando de integración, o de vínculos comerciales ineludibles, o estamos hablando de una integración forzosa revestida con tintes ideológicos.**

Cuando vino lo que vino en el 90 lo que se produjo fue un gran desastre económico porque Cuba sufrió la pérdida de las relaciones económicas más grandes del país por muchísimo, sin ninguna indemnización. Cuba había multiplicado por 14 la producción de cítricos para darle más cítricos a la Unión Soviética. El 40 por ciento de todos los cítricos que se consumían en ese inmenso país provenían de Cuba y esa producción se multiplicó de 70 mil toneladas al año a un millón para abastecer esa demanda. El control

internacional del mercado del cítrico es absolutamente norteamericano e israelí por lo tanto al quedarse sin el mercado soviético Cuba se quedó sin lugar para colocar esas cosechas de cítricos y se pudrieron y cayeron al suelo los frutos de miles y miles de árboles. Cuba se comprometió y cumplió a darles cuatro millones y después 4 400 000 toneladas de azúcar anuales. Cuba llegó a producir un promedio de siete y media millones de toneladas todos los años y lo que hacía era certificar su condición de país subdesarrollado o semicolonizado, vendiendo una materia prima cruda y utilizando el 52 por ciento de toda el área sembrada de Cuba para producir esa caña. Cuando vino después el desastre final de la industria azucarera hay que ver lo que pasó un poco antes porque Cuba invirtió millones de dólares a finales de los 60 e inicios de los 70 en reivindicar esa industria y restaurarla y ampliarla para que pudiera hacer eso. Para que Cuba pudiera vender en el mercado mundial, no solo en el socialista, para tener dólares y comprar cosas y equipamientos. Ahí se crea un desastre económico completo. El petróleo llegó a faltar tanto que la gente hacía chistes sobre que había que vigilar en el Malecón por si venía algún barco con petróleo.

Las relaciones económicas que se establecen en esas condiciones son lo que yo llamé en el 92 para relaciones para sobrevivir. Yo planteaba entonces que Cuba tenía tres desafíos por delante: el primero era sobrevivir, el segundo es que fuera viable y el tercero era la naturaleza del régimen que emergería de esa nueva forma. Para sobrevivir sí había relaciones interesantes siempre económicas con España, que nunca fueron pequeñas, y había relaciones con Finlandia, que no tenían nada que ver con el volumen de las de la URSS, pero eran relaciones bajo el mercado capitalista y de cierto tipo de productos necesarios. Lo cierto es que de todas maneras era una masa que no podía compararse con lo que había habido en relación con la URSS.

Las relaciones con América Latina empezaron a crecer a partir de esa coyuntura y crecían con alguna celeridad lo cual es interesante para un estudioso. En ese momento América Latina vio contraerse a la mitad su participación en el mercado mundial en toda esta etapa. Los Estados Unidos controlaron de manera más brutal a la América Latina y en los años 80 empezó el proceso de desindustrialización en América Latina. Quizá la necesidad

extrema de algunos de estos países de diversificarse por su propio descalabro, y por esa sujeción terrible de las burguesías nacionales a los Estados Unidos ayudó a que, por carambola, tuvieran más relaciones con Cuba. Lo cierto es que de todas maneras Cuba tiene relaciones con algunos de esos países, no con toda la región. Venezuela no aparece en el horizonte hasta final del siglo. Hasta el salto tremendo que dieron con el gobierno de Chávez el monto de las relaciones económicas de Cuba y Venezuela es despreciable. En otros países va creciendo, pero en ningún caso hay ahí una voluntad integradora que vaya siquiera hacia mercados comunes porque se dan facilidades. Creo que son relaciones bilaterales siempre y esto no cambia hasta que empieza a aparecer una política más internacional, cuando empiezan a aparecer en el gobierno de algunos países grupos con intereses autónomos capaces de reivindicarlos y salir adelante.

**Cuando en el año 91 fue el Centenario de “Nuestra América” publicaste el texto de “Nuestra América, presente y proyecto de América Latina” y decías que era una “feliz coincidencia” el centenario de Nuestra América con el vacío ideológico que dejaba la caída del Campo Socialista. Me gustaría hablar sobre la producción intelectual de esos años y como desde allí y desde el ensayo se trataba el tema de la integración latinoamericana y de la construcción de América Latina como proyecto posible.**

Yo fui tildado, con razón, de no ser partidario de la Unión Soviética. En el año 90 hice una intervención en un evento de la UJC (Unión de Jóvenes Comunistas), a la cual le puse como título “Saquémosle provecho a nuestras desgracias” y en ella decía que no viéramos la caída del campo socialista como algo malo sino como la posibilidad de inventar nuevos caminos. Un activista belga amigo de la Revolución cubana escribió un texto muy valioso que decía: “hagamos renacer la esperanza”, es decir frente a aquella postura de se acabó todo, ahora hasta la historia se acabó, yo decía “Saquémosle provecho a nuestras desgracias” y él decía “hagamos renacer la esperanza”.

Por eso supongo que volví sobre esa idea más tarde y decía aquello de la “feliz coincidencia”. La idea era que habíamos terminado algo que ya estaba

forzado a terminar, y que no fuéramos la última víctima de aquello sino que fuéramos capaces de tomar el pensamiento revolucionario latinoamericano y también el pensamiento socialista y marxista y no solo latinoamericano, por eso es que también he estado tratando de rescatar al Che no solo como revolucionario latinoamericano, sino también como socialista y marxista.

El primer momento de los 90 es un momento malísimo. La idea del socialismo sufrió un desprestigio enorme a escala mundial y en Cuba algunos pensaban que era mejor no hablar de eso. Se decían cosas alusivas a veces hasta simpáticas como: hay que salvar las conquistas, como yo de niño escuché a los dirigentes obreros hablar de las conquistas y las conquistas siempre eran que habían obtenido un mejor salario o un convenio colectivo de trabajo beneficioso me preguntaba si las conquistas eran esas, pero no, no podían ser esas, las conquistas nuestras eran absolutamente subversivas para Estados Unidos y a escala mundial, entonces cómo se pueden salvar las conquistas nuestras haciéndose el bobo. Se referían al Partido de la Revolución Cubana, y decían así le llamaba Martí a mí aquello me daba mala espina que usaran a Martí para eludir el nombre del socialismo, porque como decía Fidel, si Martí hubiera vivido esta época hubiera sido como nosotros, hubiera sido el más destacado comunista.

Ahí hay un problema fuerte a principio de los 90, porque el pensamiento tiene que tratar de no dar tumbos, ser honesto, y tiene que tratar de encontrar cuáles son los problemas fundamentales y cómo formularlos bien. Cuando estás a la vez abocado al problema de la sobrevivencia material es más difícil aún porque parece como que estás molestando porque no son momentos para ese tipo de cosas. Por eso es que Cintio Vitier dice: “tenemos que lograr hacer un parlamento en una plaza sitiada”.

Cómo hacer en el momento en que en América Latina han triunfado los peores gobiernos para decir que uno lo que tiene que ser es latinoamericano, porque ese es el momento en que Carlos Saúl Menem está haciendo lo peor que se puede hacer en América Latina, de manera más descocada y descarada, él nombra ministros a multimillonarios y les dice a quienes protestan que aquellos sí saben llevar los negocios. Incluso hay una obra de

teatro triunfadora en Buenos Aires donde un individuo que hace del canciller le dice: presidente, ya no tenemos nada para pagar los intereses de la deuda externa ya no es posible y el actor que hace de Menem le dice, tú estás equivocado, les vamos a ceder la provincia de Mendoza, verás cómo quedan tranquilos. Es decir, ese momento es como un páramo.

A quienes quisieron protestar en Dominicana a fines de los 80 los mataron en pequeños grupos y a quienes quisieron protestar en Caracas en febrero del 89 los mataron en masa. El mensaje es: no se puede protestar. Lo peor de todo es esa idea de que el régimen que viene económicamente es como el clima, usted no se puede molestar contra él, no es que sea bueno ni malo, es que es lo único posible. Eso lo dijo el canciller de Alemania: no se trata de estar en contra del neoliberalismo sino de entender que eso es como el clima está fuera de las opciones. La idea del consenso de Washington es una idea burda, norteamericana pero es en esencia lo mismo, no es un consenso, es que no queda de otra, o te gusta o te resignas pero de las dos maneras lo haces. Por eso incluso es que ellos producen una de las pocas perlas que tienen en materia teórica notables que es *El fin de la historia*. Por suerte ellos jamás han alardeado de teóricos.

Nosotros en Cuba teníamos una situación muy dura porque se habían dado algunos tumbos en materia ideológica, incluso se había tenido algunas crisis. No me refiero solo a la Perestroika, aunque no hacía tanto tiempo de eso, en ese tipo de situaciones históricas el tiempo pasa muy rápido y en el 92 ya nadie se acordaba de la Perestroika. No parecía factible defender el socialismo abiertamente. Entonces ¿qué se podía defender por otra parte en relación con América Latina?: hablar de los movimientos de lucha sociales, y se decía entonces que teníamos que conocerlos, que teníamos que unirnos a los movimientos de lucha sociales, ¿por qué? Porque no había movimientos de lucha política.

Después uno descubre que el Movimiento Sin Tierra es muy político pero en el fondo hay muy pocos movimiento de lucha políticos, hay algunos, incluso hay un Foro de São Paulo reúne partidos progresistas como el PRD de México, el PT, y un conjunto de partidos de países grandes y pequeños y Cuba asiste



también, y da unas reuniones anuales y unos seminarios teóricos, pero digamos que es algo sin demasiada trascendencia. Ni Cuauhtémoc Cárdenas gana las elecciones ni tiene el valor para cuando el pueblo quiso forzar la situación asumir. El asunto de Fernando Collor de Mello enturbió todo los primeros 90 brasileños y entonces se sacaron de la manga a Cardoso, hicieron un trabajo perfecto: crearon una inflación descomunal, lo pusieron a él de Ministro de Economía, él bajó la inflación y dijeron como Cardoso bajó la inflación se merece ser presidente de la República o sea, la política estaba muy pequeña.

Entonces nosotros aquí lo que podíamos plantear por un lado era la solidaridad con los movimientos sociales y por otro lado reivindicar el socialismo pero más bien fue una gran resistencia de unos pocos. La cuestión cultural en un sentido más amplio que puede incluir a las bellas artes honestamente yo no le vi mucho peso en el tema de la integración latinoamericana porque se estaba produciendo una pérdida del sentido de lo social en gran parte de la literatura latinoamericana que empezaba a descubrir que había que estar en otra cosa y se seguía produciendo una pérdida de asidero completo que no fuera de los grandes grandes de las artes plásticas, cuando en América Latina hay unas artes plásticas sensacionales propias.

Recuerdo un funcionario cubano que decía: si tengo que conseguir dólares para autollevar mi negocio porque no hay con qué, yo no lo puedo conseguir en ninguna de las capitales norteamericanas, tengo que conseguirlo en las grandes capitales mundiales y ellos me van a imponer sus reglas como es lógico. Aparecían problemas graves como decir: nosotros somos latinoamericanos, vamos a recuperar la latinoamericanidad y a la vez tenemos una situación económica desesperada, vamos a recuperar los negocios. Esa fue una década de tensión y creo que sobre este asunto no se ha pensado lo suficiente.

Lo que a mí me parece impresionante es como se mantuvieron los intereses y las discusiones latinoamericanas. Vamos a celebrar dentro de diez días el 11no. Paradigmas emancipatorios, un taller que nació en el año 95 gracias a que un grupito de personas formadas se decidieron a ser

latinoamericanos a como diera lugar. El primer taller lo dimos en un Club Náutico de la costa habanera todo desvencijado, sin muebles ni nada y que por lo tanto se lo prestaban a cualquiera. La primera mañana discutimos Enrique Dussel, Marta Harnecker y yo mientras un grupo de personas participaban, decían y escuchaban, aunque fue en plena crisis total y quienes lo organizaron no tenían un pasado latinoamericano pero este país tiene muchas reservas. Gilberto Valdés, quien sigue hasta el día de hoy llevando eso ha logrado que cada dos años asistan centenares de latinoamericanos a cada uno de los paradigmas. Se convocaba como una cuestión de los movimientos sociales, que era lo que de verdad tenía posibilidad de ser.

A mí me gustaría que eso hubiera pasado igual con las bellas artes, con otras formas de cultura popular de América Latina en las cuales Cuba tiene un desarrollo verdadero en algunas de ellas pero pasa menos. El pensamiento social mismo, en el sentido más general de su existencia había sufrido mucho en Cuba, lo habían aplastado, triturado, reducido, dogmatizado de una manera intencional a principio de los 70 y eso es un producto que no se recupera rápidamente. Las discusiones tremendas de la última mitad de los 80 ayudaron muchísimo y volvió el Che y los pleitos eran sensacionales en el 87-88 pero esto de pronto se vio en medio de algunas crisis cubanas del 89-90 y sobre todo del desplome completo de la calidad de la vida y de la reproducción misma material que era una situación muy agónica.

Sin embargo, en medio de lo peor, empezaron a florecer revistas, por ejemplo, la revista nuestra del CEA, *Cuadernos de Nuestra América* no floreció ahí porque una revista bien establecida, anterior completamente que pertenecía al Comité Central del Partido, había tanto una experiencia de trabajo como una estructura a su favor desde el 83; pero en los 90 surgió una revista como *Temas*, que se desgaja de *La Gaceta*, que fue otra publicación que revivió en el 93, en el peor momento, después de que en los 80 no hubiera tenido el menor interés, y cuando revive es impresionante. Esas cosas son impresionantes porque hablan de las potencialidades de algunos países, como el nuestro, y por eso es tan duro cuando no se utilizan.

**¿Qué influencia tuvo el CEA específicamente en la producción intelectual, no solo pensando en la revista sino también en los espacios de discusión que propiciaba y organizaba?**

Por un lado el Departamento de América del Comité Central que era la continuación de la organización de este tipo internacionalista que existió desde inicios de la Revolución era atípico. Todos los Partidos Comunistas tenían una dirección de Relaciones Internacionales; Cuba tenía dos: una para el mundo y otra para América, lo cual era lo lógico en el caso cubano. Dentro de ese movimiento era imprescindible el análisis. No se puede entrar en empeños tan grandes, tan complicados, con tanta decisión y donde se juega tanto sin análisis. Entonces siempre hubo dentro de América áreas de análisis, trabajo de análisis, respeto por el análisis. Incluso el Comandante Manuel Piñero que fue el jefe prácticamente todo el tiempo era un enamorado del pensamiento, tenía una cultura rara para ese tipo de tarea, esto hace que fuera una actividad completamente internista pero existente hacía mucho y se le daba mucho valor a lo que algo dijera como análisis después de haber visto una situación concreta a diferencia de otras áreas donde eso tenía poco valor o tenía menos.

A fines de los 70, en unas condiciones demasiado difíciles por la sujeción exagerada con la URSS surgió el Centro de Estudios de América (CEA), no como lo que fue después, sino como parte de esto que te contaba pero inmediatamente se desgajó porque se lo atribuyeron al área que dirigía Piñera y él hizo que funcionara en ese sentido. De manera que cuando empezaron a terminar las dictaduras militares que son muy diferentes los fines de cada uno, el Departamento de América y el CEA empezaron a aparecer por los lugares. Yo recuerdo que fui a Montevideo en noviembre del 85 como delegado de Cuba pero como CEA y allí se reunió una cantidad impresionante de intelectuales y de científicos sociales y la Fundación Ford envió un jerarca que tuvo la prepotencia de decir: la Ford no le va a dar ni un dólar a los investigadores sociales que no investiguen los problemas de la gente común de sus pueblos. Estaban interesados porque ya habían matado muchísima gente, ahora necesitaban algo preventivo pero nosotros también, por razones diferentes, estábamos muy interesados. Allí fue cuando ingresamos en Clacso en ese mismo lugar y mes.

Le era fácil a Cuba establecer estos puentes no solo por la cantidad de gente preparada y con alto nivel educacional acostumbrada a hacer análisis que teníamos, sino por el deseo de los latinoamericanos sobrevivientes y de los que empezaban una nueva generación de tener otra vez relaciones con Cuba. Esto estaba un poco perjudicado para cierta gente de alguna edad porque ellos nos veían prosoviéticos, pero la mayoría de la gente no, simplemente nos veían como los hermanos latinoamericanos que se están batiendo brutalmente en Nicaragua, y los que tenían un poco más de seso decían: y están ayudando a El Salvador. Eso hizo más fácil todo y ya a mediados de los 80 el CEA tenía una presencia real en medios que se empezaban a reanimar en los casos de las dictaduras, o trataban de reorganizarse en otros casos o eran fuerte desde siempre como en el caso mexicano, medios intelectuales, de ciencias sociales en donde la entrada fue muy positiva. Entonces la revista empezó a nutrirse de trabajos nuestros y de otras personas pero con una organicidad y un propósito muy marcado: volver a hacer importante el tema de América Latina en Cuba y volver a ser la influencia de Cuba en América Latina y esto se logró bastante.

### **Los finales de siglo XX y la entrada en el XXI.**

**Dado que el capital de Cuba tiene que ver obviamente más con el capital simbólico que con el capital económico, ¿cuál es el rol que crees que Cuba desempeñó en la recuperación de la idea de la articulación e integración latinoamericana tras el regreso de los gobiernos de izquierda y centro izquierda de la región a finales del siglo XX e inicios del XXI?**

Siendo preciso hasta donde uno sea capaz pienso que es un rol también concreto. En el caso venezolano Cuba tiene una influencia muy favorable desde antes del inicio de la Revolución Bolivariana por las relaciones de Hugo Chávez con Fidel, es decir Chávez también encuentra en este líder de máximo prestigio una especie de mentor y esto no es desdeñable para nada y en situaciones de extrema crisis de él jugó un papel, que hubiera esa relación tiene que tener un peso porque Venezuela a su vez ha tenido un papel continental.

Chávez comienza desde el 99 en adelante, a poner en práctica su propósito de independizar de verdad a Venezuela y de producir un cambio

radical en la población venezolana. Ambos aspectos resultaron al final cruciales para Cuba porque él no podía hacer lo primero sin enfrentarse a Estados Unidos y lo segundo sin Cuba, que lo ayudó a tener esa política social tremenda. Pero es la voluntad política la que produce los acuerdos venezolano-cubanos, no es una complementación económica. Venezuela siempre produjo todo eso, siempre tuvo petróleo, siempre lo tuvo en grandes cantidades, fue la voluntad política de ambos países, que tenían bien identificado lo querían lo que los llevó a estos intercambios.

Eso no se puede entender sin comprender la genialidad de Fidel Castro, que en el año 94, cuando Hugo Chávez no era más que una referencia para buenos periodistas y para la policía sobre todo, Fidel dijo: lo invitamos a Cuba, lo recibió en Cuba como si fuera un jefe de Estado. Y el otro, que tenía unas extraordinarias condiciones personales logró, en la crisis política de su país, ser la alternativa, y después ser el presidente, y hacer una nueva constitución y decir: ahora vamos a cambiar. Esto hace que el acuerdo de diciembre del año 14 tenga bases reales, la primera es la voluntad política pero la segunda es porque ambos países ya tienen poderes populares, el poder político está ejercido de una manera que yo llamo poder popular para entendernos, en el caso cubano se ha llamado a sí mismo socialista, en el caso venezolano bolivariano, pero son poderes populares. Es decir, hay una integración de un poder fuerte real con un consenso muy fuerte. En el caso cubano este es mucho más viejo, pero ambos tienen estas características y tienen además autonomía de Estados Unidos. Y después te diría que también ambos tienen una cosa curiosa, los dos tienen un producto exportable de gran valor: Cuba personal muy calificado y Venezuela productos petróleo-derivados. Fíjate que no es un intercambio directo de productos como ha marcado la tradición pero sí de cuestiones que tienen un valor añadido, como dicen los economistas. Sobre esa base se ha podido avanzar mucho en unas relaciones económicas-sociales, hay que llamarle así porque para el caso venezolano no es que no tenga una importancia económica inmensa, pero tiene un uso social.

En el caso boliviano tenemos relaciones buenas, admiración por parte de Evo hacia Cuba que visitaba el país antes de ser presidente y tenía admiración por el Che y eso también es una influencia. Y el caso de Correa que es más

lejano, un hombre cultísimo, con estudios superiores que obviamente en algún lado le gustó la ideología socialista porque lo dice abiertamente incluso cuando toma posesión y eso ayuda porque nos tiene que identificar a nosotros como socialistas también. En la práctica su gobierno ha sido muy afín al nuestro de maneras reales y me refiero a estos tres porque son los tres más caracterizados y representativos.

Después el papel de Cuba sí aumenta, en cuanto ya ellos tienen tendencia a la autonomía, a las coordinaciones, a la profundización de los procesos entonces sí la influencia cubana fue aumentando. El caso venezolano es obvio y ya lo hemos hablado pero en los otros dos casos también comienza a haber una comunicación directa en casos reales y situaciones concretas pero en general y me parece que es más importante para la pregunta los otros gobiernos que no son así pero también tienden a la autonomía y al mejor reparto de la renta nacional, hay una influencia de Cuba que, aunque es de otro modo, salvando la diferencia en los detalles, también es importante porque ahí lo que se pone en juego es el prestigio de Cuba y el prestigio de ellos, es decir, la amistad de algunos de estos líderes con Cuba está muy bien en ambas direcciones porque a ellos los hace más creíbles como actores políticos que tienen que usar las reglas del juego político de su sistema y que además Cuba no les dice: tienen que ser comunistas, para nada, con lo cual la cosa se me hace aún mejor, juegan mejor sus papeles como reformadores sociales y como políticos.

**El investigador argentino Claudio Katz dice que de hecho el ALBA, a diferencia de otros grupos como Mercosur, está basado en una redistribución no directamente económica o economicista, sino en términos de solidaridad y que es el primer grupo que realmente puede decirse que hace palpable esa idea de integración porque para él lo demás es intercambio comercial.**

Me has recordado algo muy interesante: a Chávez le gustaba mucho distinguir entre integración y unión. Él decía que estábamos luchando por la integración de los países de América Latina pero lo que había que tener como objetivo verdadero a ver cómo se lograba era la unión, que eran dos cosas

diferentes. Lo que dice Claudio a mí me parece muy razonable, pero también es cierto que tanto Venezuela como Cuba han tenido ese tipo de relaciones con varios países de América Latina. ¿Pero se puede decir que tienen solo efectos económicos? Sería un gravísimo error. Tienen efectos políticos e ideológicos tremendos.

Aquí viene el otro asunto sobre el cual un poco desordenadamente te he hablado: esto puede producirse gracias a ese mismo descalabro de la burguesía empresarial y general de América Latina, que también es un desequilibrio financiero de los primeros años 80, con su integración al capitalismo de la última parte del siglo XX, que no tenía espacio que ofrecerle a producciones trasladadas industriales como Casa FIAT y Casa Volkswagen, y que a la vez financieramente se convierte en un atracador, el capital financiero, cosa que está muy bien trabajado por Eric Toussaint, la financiarización de la economía, sobre la cual habla también Claudio Katz. No cabe duda de que tiene que haber reacciones en la medida de sus posibilidades, de su indignación, de su necesidad en muchos países de América Latina. Algunos países tienen gobiernos tan entreguistas y situaciones de protesta, resistencia y lucha tan débiles que siguen haciendo lo mismo, pero otros no.

Una cosa que yo saludo desde muy lejos que es el Mercosur, es un intento de enfrentar de plano la situación, lo que como es tan burgués es un acuerdo de cuatro países, dos grandes y dos chiquitos donde los grandes sectores empresariales tratan, sostenidos por sus estados, de sacar la mayor tajada posible. La siderúrgica argentina por ejemplo cayó a manos del Mercosur porque los obreros brasileños eran mucho más baratos que los argentinos, esas son realidades de otro tipo.

**En el caso del Mercosur y de otros como el Pacto Andino se definen a sí mismos como parte de ese proyecto de integración latinoamericanista pero mucha gente afirma que esto no son más que procesos de regionalización que no son inherentes a América Latina que está ocurriendo en todo el mundo como parte de la reestructuración del nuevo modelo de globalización**

Yo trataba de ser incluso más concreto: es decir, lo que tienen más posibilidades han tratado de ponerse de acuerdo como burgueses y en ese sentido hay una rama que la dictadura argentina de 1930 era capaz de nacionalistamente desarrollar la siderúrgica, y entonces el gobierno “democrático” de los 90 la entregó. A la vez los brasileños que tienen otras concepciones de la relación de la economía con el estado han tratado, y no sin éxito me parece a mí, de mantener esa fórmula y no caer en el neoliberalismo más completo. Por eso incluso en un momento dado llega a parecerles factible, o, por lo menos admisible, que el Partido de los Trabajadores pase al gobierno. En el año 2000 se hicieron las elecciones parciales en Brasil, el presidente todavía era Fernando Henrique Cardoso pero el PT ganó en siete de las grandes ciudades del país y se sintió que podía haber una nueva fuerza electoral capaz de triunfar en las elecciones del 2002; entonces la *Folha de S.Paulo* emprendió una campaña para decir que en realidad el candidato Lula no era tan mala persona y que Brasil se podía entender incluso con una victoria Petista, que lo que había era que ayudarse entre todos e incluso convencerlo a él de que no había que ser socialista.

**Hay un trabajo de Carlos Alzugaray que dice que a su juicio no se puede hablar de integración hasta que no existan organismos supranacionales con poder real para establecer agendas comunes, para controlar esas agendas, para ejercerlas y que el beneficio que eso genere sea menor que el coste que efectivamente tiene ceder una parte del poder nacional a un organismo supranacional. Pero si concordamos con Alzugaray entonces no podríamos hablar de integración de ningún modo porque eso no existe.**

Ese tipo de cosas así tan enérgicamente teóricas no siempre son buenas porque no te permiten jugar con las realidades. Yo siempre cuando escribo hablo de algunos gobiernos populares y un número de países que tienen políticas más autónomas respecto a los centros del capitalismo mundial aunque siguen estando dentro de sus estructuras. Por eso es que me refiero sobre todo a relaciones bilaterales, sin embargo reconozco, porque me parece que sería estúpido no hacerlo que las coordinaciones multilaterales, y quizá no siempre coordinaciones, pero las coincidencias expresísimas multilaterales están siendo



importantes. Por ejemplo cuando todo el mundo se plantó y dijo: no se le puede dar un golpe de Estado a Evo Morales; cuando se hace la CELAC, donde estaba incluso Colombia que generalmente es un país más cercano a los acuerdos del Pacífico con Estados Unidos que con la CELAC, pero ahí está. Otro caso es el de México, recuerdo cuando Rafael Correa encontró en el gobierno de México una ayuda tremenda para la idea de un organismo general latinoamericano, es decir, si uno no es ingenuo puede darse cuenta de que hay algunos aspectos de estos aprovechables.

A mí me gusta recordar cuando Fidel dijo: si la cosa se pone dura de verdad y el imperialismo avanza en su ofensiva por lo menos siete u ocho nos van a traicionar, pero ahora no estamos en esa situación, estamos luchando. En algunos escritos míos publicados fuera de Cuba y otros digitales aquí siempre digo: creo que si se sigue produciendo una independización y sigue la autonomía ganando fuerza los Estados Unidos tendrán que pasar a actitudes más agresivas y más de romper el campo y entonces tendrá que empezar a haber, como alternativa, actitudes y acciones más radicales. Al comenzar este tipo de época nunca la gente se ha reconocido previamente y después son las cosas las que los hacen reconocerse. Mi aspiración es que en esta sí de verdad unos cuantos nos reconozcamos bien y convenzamos a unas cuantas gentes que son profundamente burgueses de lo que pueden perder es mucho y no deben arriesgarse a ello.

Hay un problema gravísimo con el temor de compañeras y compañeros muy buenos que dicen: se están dejando engañar por los burgueses, todas esas gentes son las nuevas formas del capitalismo que nos van a hacer tierra de alguna manera. Yo les celebro su desconfianza pero les critico el que como de costumbre, son lo más ajeno a la política revolucionaria aunque da la impresión de ser los más radicales. Recuerdo a un escritor que refiriéndose a este tipo de gente decía, son tan rabiosos que no tienen ni madre ni padre, es decir, que parecen haber salido de la nada, cosa que no es cierta nunca. Otra cosa es dejarse manipular, por eso yo digo que les celebro la desconfianza pero siempre es en la lucha donde se ventilan estas cosas, cuando no se ventilan es porque no hay lucha, y entonces es mucho peor.



## Bibliografía

- Adorno, Theodor W., "El ensayo como forma", en T. W. Adorno, *Notas sobre literatura. Obra completa 11*, Madrid, Akal, 1974.
- Aínsa, Fernando. "Pensar en español desde América. El ensayo como escritura de una independencia inconclusa", *Philologia Hispalensis* Nro. 25, España, Universidad de Sevilla, 2011.
- Álvarez Álvarez, Luis. "Lezama Lima y la imago americana", *Revista Temas* Nro. 65, La Habana, 2011.
- Álvarez-Gayou, José Luis. *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*, Barcelona, Paidós, 2007.
- Alzugay Treto, Carlos. "Regionalismo, integración y relaciones interamericanas", en *La integración política latinoamericana y caribeña: un proyecto comunitario para el siglo XXI*, Morelia, Michoacán: Asociación por la Unidad de Nuestra América (Cuba), Universidad de Guadalajara (México), Rectoría y Escuela de Historia de la universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México), 2001.
- Andueza, María. "Trayectoria y función del ensayo hispanoamericano del siglo XX", en *El ensayo americano: para una reconceptualización*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- Arciniegas, Germán. *Nuestra América es un ensayo*, México, Coordinación de Humanidades, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1963.
- Bárcena, Alicia, Prado, Antonio, Rosales, Osvaldo, & Pérez, Ricardo. *Integración regional: hacia una estrategia de cadenas de valor inclusivas*. Santiago de Chile, Naciones Unidas/ Cepal, 2014.
- Carpentier, Alejo. *El reino de este mundo* (1949), La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999 ed.
- Carranza Valdés, Julio. "La economía cubana: balance breve de una década crítica", *Revista Temas* Nro.30, La Habana, julio-septiembre de 2002.
- Castro Ruz, Fidel, *Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la Plaza Aérea del Silencio, en Caracas, Venezuela*. La Habana, 23 de enero de 1959, Recuperado el 21 de marzo de 2015, de <http://www.cuba.cu/>: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f230159e.html>

- Castro Ruz, Fidel. *Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario de la Dirección Nacional de las ORI y Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la Segunda Asamblea Nacional del pueblo de Cuba, celebrada en la Plaza de la Revolución*. La Habana, 4 de febrero de 1962, Recuperado el 21 de marzo de 2015, de <http://www.cuba.cu/>:  
<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f040262e.html>
- Castro Ruz, Fidel, *Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la clausura de la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad*. La Habana, 10 de agosto de 1967, Obtenido de <http://www.cuba.cu/>:  
<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f100867e.html>
- Castro Ruz, Fidel, *Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en la concentración conmemorativa del XVII aniversario del asalto al Cuartel Moncada*, La Habana, 26 de julio de 1970, Recuperado el 21 de enero de 2016, de [www.cuba.cu](http://www.cuba.cu/):  
<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1970/esp/f260770e.html>
- Cerutti Guldberg, Horacio, "Hipótesis para una teoría del ensayo" en *El ensayo americano: para una reconceptualización*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- Chiampi, Irleamar, "Prólogo a La expresión americana", en Lezama Lima, José, *La expresión americana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Domínguez García, María Isabel & Ferrer Buch, María Elena, *Jóvenes cubanos expectativas en los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, Colección Pinos Nuevos, 1996.
- Fernández Retamar, Roberto, "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba", *Revista Casa, Nro. 40*, La Habana, *Casa de las Américas*, 1967.
- García Canclini, Néstor, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Gómez de Baquero en Gómez-Martínez, José Luis, *Teoría del ensayo*, México, UNAM, 1992.
- Guanche, Julio. César, "La biografía oficial de Fernando Martínez Heredia", en Fernando Martínez Heredia, *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005.

- Guerra Vilaboy, Sergio., & Maldonado Gallardo, Alejo, "La idea de América Latina", en *Los laberintos de la integración latinoamericana. Historia, mito y realidad de una utopía*, Morelia, Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002.
- Guerrero, Gustavo, "Modos, rutas y derivas del ensayo contemporáneo. De la tierra firme al mar sin orillas", *Revista de la Universidad de México*, Nro.126, México, 2014.
- Gutiérrez Castillo, O., & Gancedo Gaspar, N, *Pilares de la estrategia de desarrollo del turismo cubano*, La Habana, 2005. Disponible en [www.fas.harvard.edu](http://www.fas.harvard.edu), Recuperado el 3 de mayo de 2006.
- Katz, Claudio, *Integración o unidad latinoamericana*, Buenos Aires, La Haine, 2008, Disponible en [http://www.lahaine.org/katz/b2-img/katz\\_integ.pdf](http://www.lahaine.org/katz/b2-img/katz_integ.pdf), Recuperado el 21 de octubre de 2014.
- Labrador Sánchez, Alejandro, "Teoría y ensayística en el discurso sociológico", en *El ensayo Iberoamericano, perspectivas* (págs. 89-96). México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lukács, G. *Sobre la esencia y la forma del ensayo. Una carta a Leo Popper* C. T. Vasconcelos, Trad. (1910), *Anuario de Letras Modernas*, Versión digital (Vol. 13), México:Universidad Nacional Autónoma de México.. Disponible en: [http://www.journals.unam.mx/index.php/al\\_modernas/article/view/31063/28765](http://www.journals.unam.mx/index.php/al_modernas/article/view/31063/28765)
- Marquetti Nodarse, Hiram, "Cuba-América Latina y el Caribe: balance de las relaciones económicas y comerciales en los años 90", en C. Oliva, & A. Servin, *América Latina, el Caribe y Cuba en el contexto global*, Brasil: Laboratorio Editorial FCL, 2002.
- Martí, José (30 de enero de 1891), "Nuestra América", *La Revista Ilustrada*, Nueva York, Estados Unidos, 10 de enero de 1891, y *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891, Buenos Aires, Disponible en: [biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal27/14Marti.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal27/14Marti.pdf), Recuperado el 21 de enero de 2013.
- Martí, José, "Bases del Partido Revolucionario Cubano (PRC)", (15 de enero de 1892), La Habana, Centro de Estudios Martianos. Editora Política, Disponible en [congresopcc.cip.cu/wp-content/uploads/.../bases-y-estatutos-PRC.pdf](http://congresopcc.cip.cu/wp-content/uploads/.../bases-y-estatutos-PRC.pdf), Recuperado el 21 de enero de 2013.
- Martí, José. (18 de mayo de 1895). "Carta inconclusa a Manuel Mercado". Obtenido de Segunda cita:

<http://segundacita.blogspot.mx/2013/01/ultima-carta-inconclusa-de-jose-marti.html>, Recuperado el 21 de enero de 2013.

Martí, José, *Tomo 6 Obras Completas 26 tomos*, La Habana, Ciencias Sociales, 1991.

Martínez Heredia, Fernando, "Movimientos sociales, política y proyectos socialistas" (1993), en F. Martínez Heredia, *En el horno de los 90* La Habana, Ciencias Sociales, 2005.

Martínez Heredia, Fernando, "Cultura y política en América Latina" (1997), en F. Martínez Heredia, *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005.

Martínez Heredia, Fernando, "Trazando el mapa político de la América Latina" (1998).. En F. Martínez Heredia, *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005.

Martínez Heredia, Fernando, "Nuestra América. Presente y Proyecto de la América Latina" (2001), en F. Martínez Heredia, *El corrimiento hacia el rojo*, La Habana, Letras Cubanas, 2001

Martínez Heredia, Fernando, "*En el horno de los 90*" (1998), en *En el horno de los 90*, La Habana, Ciencias Sociales, 2005.

Martínez Heredia, Fernando, "Ciencias Sociales y construcción de alternativas" (2006), en F. Martínez Heredia, *El ejercicio de pensar*, La Habana, Ciencias Sociales, 2010.

Martínez Heredia, Fernando, "Problemas del ensayo cubano en los años noventa" (1994). En F. Martínez Heredia, *El ejercicio de pensar*, La Habana, Ciencias Sociales, 2010.

Martínez Heredia, Fernando, *La crítica en tiempos de Revolución. Antología de textos de Pensamiento Crítico*, Santiago de Cuba, Oriente, 2010.

Martínez Heredia, Fernando, "El destino latinoamericano revolucionario es hacer la revolución", Yinett Polanco Fernández, Entrevistador, La Habana, 2 de enero de 2015.

Martínez, Osvaldo, "Prólogo a América Latina: de la integración del capital a la integración de los pueblos", en J. Á. Pérez García, *América Latina: de la integración del capital a la integración de los pueblos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2011.

Mihailovic, Dejan, "El mundo como ensayo", en Horacio Cerutti Guldberg, *El ensayo americano: para una reconceptualización*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

- Monsiváis, Carlos, "La identidad cultural de la América Latina", en M. Caballero, & .. e. al., *Realidades y utopías de la América Latina y el Caribe*, Caracas, Cátedra América Latina y el Caribe, Universidad Central de Venezuela, 1995.
- Padrón, Frank, *El cóndor pasa. Hacia una teoría del cine nustramericano*, La Habana, Ediciones Unión, 2011.
- Picón Salas, Mariano, "Y va de ensayo", en M. Picón Salas, & G. Sucre (Ed.), *Viejos y nuevos mundos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983.
- Pogolotti, Graziella, *Polémicas culturales de los 60*, La Habana, Letras Cubanas, 2006.
- Pogolotti, Graziella, "*Pensar desde Cuba*", *La Jiribilla* Revista de Cultura Cubana, La Habana, 2013, Disponible en <http://www.lajiribilla.cu/articulo/3240/pensar-desde-cuba>, Recuperado el 15 de diciembre de 2013,
- Polanco Fernández, Yinett & Martínez Fresneda, Yadnara, La comunicación pública en Cuba en la primera mitad de la década del noventa. Una aproximación al Sistema de Comunicación Institucional entre 1990 y 1996. Tesis de Licenciatura, La Habana, Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, 2006.
- RAE. (s.f.). *Real Academia Española*, Disponible en <http://dle.rae.es/?id=FcboTnW>, Recuperado el 13 de febrero de 2016.
- Rafael, Luis, *Identidad y descolonización cultural. Antología del ensayo cubano moderno*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2010.
- Reyes, Giovanni E., "Integración Regional", Zona económica, 2007, Disponible en <http://www.zonaeconomica.com/integracion-regional>, Recuperado el 22 de mayo de 2017
- Rodríguez Manso, Humberto, & Pausides, Alex, *Cuba, cultura y revolución: claves de una identidad*, La Habana, Colección Sur Editores, 2011.
- Rojas Mix, Miguel, *Los cien nombres de América*. Barcelona, Lumen/ Andrés Bello, 1991.
- Rojas, Rafael, & Hernández, Rafael, *Ensayo cubano del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- s/a, *Constitución de la República de Cuba*, La Habana, 1976, Disponible en <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/6/2525/51.pdf>, Recuperado el 21 de mayo de 2015.

- s/a, *Constitución de la República de Cuba*. La Habana, 2003, Disponible en [http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/06/go\\_x\\_03\\_2003.pdf](http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/06/go_x_03_2003.pdf), Recuperado el 21 de mayo de 2015
- s/a, "Bases de las Becas de Investigación Cultural del Instituto Cubano Juan Marinello", *Revista Caliban*, La Habana, 2011, Disponible en [http://www.revistacaliban.cu/imprimir\\_extra.php?numero=8&extra\\_id=1](http://www.revistacaliban.cu/imprimir_extra.php?numero=8&extra_id=1), Recuperado el 15 de octubre de 2013
- s/a, (2011). "Bases de las Becas de Investigación Cultural Pensar a Contracorriente", La Habana, 2011, Disponible en <http://www.cubadebate.cu/noticias/2011/11/07/convocan-a-concurso-internacional-de-ensayo-pensar-a-contracorriente/>, Recuperado el 15 de octubre de 2013
- s/a, "La economía cubana frente al reto de los años 90. Algunos problemas globales", La Habana, Centro de Estudios de la economía cubana, 1990.
- Santana Castillo, Joaquín, *Utopía, identidad e integración en el pensamiento latinoamericano y cubano*, La Habana, Ciencias Sociales, 2008.
- Sheines, Graciela, "Fundar la patria en la escritura (reflexiones sobre el ensayo en Iberoamérica)", en s/a, L. Rangel D, & E. Elefthería Goletsa (Edits.), *El ensayo iberoamericano, perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- Starobinski, Jean, "¿Es posible definir el ensayo?" en *Cuadernos hispanoamericanos* Nro. 575, Madrid, AECID, 1998.
- Uslar Pietri, Arturo, "¿Existe América Latina?", en *Ensayos sobre el Nuevo Mundo. Antología de textos políticos*. Madrid, Tecnos, 2002.
- Vitier, Medardo, *El ensayo americano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.
- Weinberg, Liliana. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Weinberg, Liliana, *Umbrales del ensayo* (2004), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Segunda reimpresión 2011.
- Weinberg, Liliana. *Situación del ensayo*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Weinberg, Liliana, "El ensayo como una poética del pensamiento", N. G. Saldívar, Entrevistador, *Andamios*. Revista de Investigación Social,



México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, diciembre de 2007.

Weinberg, Liliana, *Pensar el ensayo* (2007), México, Siglo XXI, (Primera reimpresión 2009 ed.

Weinberg, Liliana, "El ensayo y la buena fe". En D. Castilleja, & D. Vandebosch, *El ensayo hispánico: cruces de géneros, síntesis de formas*, Ginebra, Droz, 2012.